

Cuadernos
del sureste

Edita:

Colectivo Cuadernos del Sureste

Consejo de redacción:

Luis Arencibia
Oscar Bermejo
Dora Castillo
Javier Díaz-Reixa
Ginés Díaz Pallarés
Natalia Jiménez Marsá
Jorge Marsá
Alejandro Perdomo
Mario Alberto Perdomo
Ramón Pérez Niz
Josechu Pérez Niz
Gloria Valenciano

Dirección:

General Goded, 5, 2º-C
35500 Arrecife de Lanzarote

www.cuadernosdelsureste.com
cuadernos@cuadernosdelsureste.com

Diseño y maquetación:

Jorge Marsá

Imprime:

Bouncopy

Depósito Legal:

M-43758-1996

Impreso en papel reciclado y ecológico
Se permite la reproducción citando el origen

INDICE

EDITORIAL	
La dificultad del debate	4
RAMÓN PÉREZ NIZ Y RICARDO SANTANA	
Obras en Lanzarote	10
NATALIA JIMÉNEZ MARSÁ	
¿La energía se puede gastar?	14
CUADERNOS DEL SURESTE	
Crónica de un secuestro	18
MANUEL PERDOMO APARICIO Y RAMÓN PÉREZ NIZ	
A la sombra del árbol	32
<hr/>	
Carpeta:	Cuestiones globales
JORGE MARSÁ	
Los mitos de la globalización	40
FERNANDO VALLESPÍN	
El nuevo escenario político después del 11 de septiembre	94
MARY KALDOR	
El terrorismo como globalización regresiva	112
ROSARIO MIRANDA	
El fantasma de la libertad	124
GINÉS DÍAZ PALLARÉS Y JORGE MARSÁ	
La crisis ecológica global: razones para el pesimismo	138
<hr/>	
CUADERNOS DEL SURESTE	
La democracia realmente existente	174
LUIS ARENCIBIA VERDÚ	
Sociedad educativa: la necesidad insatisfecha	190
JORGE RIECHMANN	
Comer largas distancias, comer petróleo	198
JORGE MARSÁ	
¿Quién friega los platos?	200



La dificultad del debate

Cuando apareció esta revista, en la presentación se destacaban palabras como crítica, debate, análisis de la realidad o pensamiento crítico. Nunca está de más volver a resaltar esos mismos términos, especialmente porque en los casi ocho años transcurridos quizá la principal experiencia adquirida por quienes realizamos esta publicación consista en haber comprobado la dificultad con que asumimos la discrepancia en nuestra sociedad y renunciamos a afrontar las críticas y aceptar los debates sobre las distintas alternativas y propuestas en el espacio público.

No compartimos el relativismo que implica la falsa asunción de la tolerancia que se resume en la siguiente frase: "Todas las opiniones son respetables". En una sociedad democrática todo el mundo tiene derecho a expresar sus opiniones, pero no todas son igualmente respetables. Sobre todo, si se entiende que hay que aceptarlas sin crítica alguna. Todas las personas son respetables, pero no todas las opiniones. No lo son, por ejemplo, las de quienes suelen exaltar los sentimientos xenófobos de los ciudadanos para quebrar la convivencia, como hacen frecuentemente en nuestra Isla los dirigentes de Titerroy-Gakaet. O las de aquellos que se niegan a aceptar la igualdad de todos los ciudadanos ante la Ley, en su lamentable intento por convertir a un político preso, Dimas Martín, en un preso político.

Puesto que no todas las opiniones son igualmente respetables, resulta necesario analizar críticamente tanto la realidad como las diferentes propuestas que se plantean. Es decir, resulta necesario cultivar el

Todo el mundo tiene derecho a expresar sus opiniones, pero no todas son igualmente respetables

La crítica suele ser despreciada sin atender a los argumentos expresados, sino tan sólo a quién la ejerce

pensamiento crítico. Ahora bien, no son pocos quienes piensan que el pensamiento crítico forma parte del patrimonio de la izquierda. Más aun después de haber sufrido los ocho años de gobierno de la derecha en España, sobre todo los cuatro últimos, durante los cuales el debate político ha alcanzado sus más bajas cotas, sustituido habitualmente por el desprecio y la descalificación del adversario. Sin embargo, no podemos olvidar que durante los catorce años de gobierno socialista, sin alcanzar ese nivel, también la soberbia y el desprestigio de la oposición fueron moneda corriente.

De hecho, y como es bien sabido, la permanente escisión que ha caracterizado la historia de las organizaciones de la izquierda política, y la virulencia de esos desencuentros, no pueden revelar más que la dificultad para asumir la discrepancia entre buena parte de los integrantes de esas organizaciones. La dificultad para asumir la crítica y resolverla mediante el debate público es una actitud que atraviesa transversalmente todo el arco político.

En Occidente, esta carencia se manifiesta más gravemente en los países de tradición católica que en los del Norte. Lo que explica que las democracias del sur de Europa y Latinoamérica gocen de peor salud que las de los *nortes* de ambos continentes. Y es que la asunción de las críticas y el debate público son características fundacionales de la democracia, básicas tanto para la conformación de la opinión pública como para la toma de las mejores decisiones posibles en el ámbito político. Razón por la cual, bien podría

considerarse a quienes mejor y más practiquen la crítica política como una especie a proteger para la conservación del entorno democrático de una sociedad.

La discrepancia se ve también anegada en las últimas décadas por la noción de lo "políticamente correcto", que parece haber calado hondamente en la sociedad y que, bajo la excusa de preservar la sensibilidad de determinados grupos, se emplea absurdamente para empobrecer los debates y simplificar los problemas, escondiendo lo que a veces es sólo una cuestión de intolerancia ante la divergencia, que también se pone de manifiesto entre quienes consideran que la crítica únicamente cobra sentido cuando implica la disolución de las diferencias.

España no es un país en el que el componente deliberativo de la democracia revele una especial vitalidad. Pero quizá en Canarias la confrontación abierta de las discrepancias entre las distintas opciones se exprese públicamente aun con mayor dificultad. No es la nuestra una sociedad acostumbrada al debate público. Y la crítica suele ser despreciada sin atender a los argumentos expresados, sino tan sólo a quién la ejerce y en función de la posición que ocupa. ¿Quién lo ha dicho? Ah, problema resuelto..., da igual lo que haya dicho.

En la arena política lanzaroteña, las críticas suelen ser despreciadas en las cafeterías, pero en el espacio público la respuesta habitual es el silencio. Se encajan con un poco menos de acritud en los partidos clásicos –CC, PP y PSOE– y con mayor virulencia, como parece lógico esperar, en las alternativas

populistas –AC y PIL–.

Y no extraña, porque los partidos políticos en nuestro país son instituciones organizadas muy jerárquicamente, que no es que no alienten la crítica en su interior, sino que raramente la aceptan sin el consabido ajuste de cuentas posterior, y estigmatizan a cualquiera que la ejerce desde fuera de la organización. Una de las formas más habituales de hacerlo en Lanzarote implica una patrimonialización del espacio público por parte de los partidos, que contestan a cualquier crítica blandiendo el argumento de que “el que quiera opinar que se presente a las elecciones”.

La experiencia de quienes hacemos esta revista muestra lo muy alejada que suele estar la teoría de la práctica y el decir del hacer. Y que las diferencias que peor se asumen son las que plantean aquellos que nos resultan más cercanos. Los momentos más tensos, a raíz de críticas realizadas en *Cuadernos*, han sido los provocados con el equipo que redactó la *Estrategia Lanzarote en la Biosfera* y con Alternativa Ciudadana.

Un partido que se reclama más democrático y participativo que cualquier otro, y que presume de incluirse en el ámbito del pensamiento crítico, como Alternativa Ciudadana, ha demostrado peor encaje que ninguno a la hora de aceptar cualquier crítica desde fuera. El talante de su principal líder, Pedro Hernández, se ha revelado con claridad en poco tiempo: la negativa explícita a contestar cualquier crítica y a entrar en el debate de las ideas, y el insulto como recurso para descalificar a los discrepantes.

Obviamente, esa actitud no ha sido exclusiva de una persona; el comportamiento en las elecciones de El Guincho del año 2003 del núcleo dirigente que contribuyó al nacimiento de ese partido quedará como una muestra de la peor y más antidemocrática conducta que hemos contemplado en los últimos tiempos en el espacio público lanzaroteño. Fue lamentable ver cómo los socios que les seguían aceptaban las propuestas para impedir el debate en la asamblea y la libertad de expresión a los discrepantes. Y fueron esos líderes y esas gentes quienes alumbraron Alternativa Ciudadana.

El otro caso al que nos referíamos comenzó también planteándose como un ejemplo de participación democrática. El equipo técnico y político que dirigió la *Estrategia* se reunió con los diferentes agentes sociales y políticos lanzaroteños destacando una idea: lo más importante del proceso que se abría era dar cauce y luz a las distintas ideas y opiniones sobre la situación insular. La clave estaba, nos dijeron, más en provocar el debate que en detallar proyectos concretos.

Empujados por esa idea, que compartíamos, afrontamos en *Cuadernos* el análisis crítico de las propuestas que nos planteaba la *Estrategia* y una serie de alternativas que nos parecieron pertinentes en aquel proceso. Y una vez que las publicamos (número 5/6), la respuesta fue la habitual: silencio en público, enfado en privado y ruptura de relaciones. Aquí se produjo un argumento también muy utilizado contra quienes vierten opiniones críticas: cómplices del

Alternativa Ciudadana ha demostrado peor encaje que ninguno a la hora de aceptar cualquier crítica desde fuera

enemigo. Nuestro análisis de la *Estrategia*, en opinión de quienes la dirigían, parecía tener un único objetivo: favorecer el triunfo del PIL en las elecciones de 1999. Tan ridículo como habitual.

Y es que la crítica suele entenderse como un arma arrojada que se lanza exclusivamente contra el enemigo y que, por tanto, no debe utilizarse con los próximos. Algo parecido ocurre con la etiqueta 'pensamiento crítico', confundida por muchos como la característica de aquellos que muestran siempre su oposición al poder. Resulta curioso lo que algunos entienden por pensamiento. Sin embargo, el pensamiento crítico es aquel que intenta analizar la realidad que nos rodea, y es crítico porque trata de evitar en lo posible las ideas preconcebidas que nos impiden comprender lo que realmente ocurre a nuestro alrededor. Y no, como algunos confunden, porque se oponga por sistema a toda propuesta que surja desde las instancias del poder.

Es la negativa a asumir las críticas y a debatir las distintas opciones lo que empobrece el pensamiento, se califique éste como se califique. Y así se entiende el escaso pensamiento que ha surgido de Alternativa Ciudadana; más dedicada a la ideología, desde que surgió no ha sido capaz de publicar una propuesta social o política medianamente articulada. Hasta el punto de presentarse a dos citas electorales sin ni siquiera un programa electoral.

En *Cuadernos*, no sólo somos partidarios de la crítica, sino que pensamos, precisamente, que resulta más útil y necesaria cuando se dirige a quienes nos encontramos

más próximos. Parece más lógico pensar que las críticas resultarán mucho más aprovechables para quienes más comparten con nosotros que para quienes ocupan una posición mucho más distante en el espacio público. Razón por la cual, no compartimos la costumbre de que la crítica se realice exclusivamente contra el "enemigo" y se considere una traición cuando se realiza en casa. Porque en ese caso tendríamos que aceptar algo que es, a todas luces, inaceptable: que la crítica nunca resultaría útil en campo propio.

Además de la idea de que los trapos sucios se lavan en casa, la oposición habitual a las críticas se alimenta de otras cuatro: "No es el momento", "éstas no son formas", "es una crítica sesgada" y "no hace falta señalar". Resulta tentador acudir a la socorrida contestación de que la crítica no se ha realizado en el momento más oportuno. ¿Pero cuál es el momento oportuno? Es difícil contestar a esa pregunta; sólo podemos acudir a nuestra experiencia, que nos indica que, para quienes se niegan a aceptar la crítica, el momento apropiado es siempre el mismo: ninguno.

Sobre las formas que envuelven a la crítica, la experiencia nos muestra también que raramente cambia el criterio o la contestación dependiendo del tono y las maneras en que se realiza. Tan cierto que las formas tienen su importancia como que quien no acepta la discrepancia no la asumirá por muy suaves que éstas sean. Además, resulta curioso que esa exquisitez en las formas y en la elección de los momentos sólo se exijan normalmente en lo que a la crítica se

La crítica suele entenderse como un arma arrojada que se lanza exclusivamente contra el enemigo

refiere, y siempre que va dirigida a nosotros. Porque cuando se destina al adversario, siempre es el momento apropiado y las formas, las adecuadas.

La tercera idea suele calificar a las críticas de sesgadas o tendenciosas, situando normalmente el acento en que la opinión vertida no recoge todas las situaciones posibles. Esto es, se critica a unos pero no a otros. Ninguna crítica está obligada a recoger todos los aspectos y posibilidades de una situación, por lo tanto, no debe ser descalificada por parcial por el hecho de que no contemple a otros posibles destinatarios. Por ejemplo, la principal referencia política utilizada hasta ahora en este artículo ha sido AC. ¿Resulta obligado que las referencias cubran todo el abanico político? ¿O está justificado, cuando de métodos democráticos se trata, ejemplificar la crítica en el partido que más ha presumido de un funcionamiento impecable en este sentido?

El hecho de que una crítica tenga destinatario concreto la convierte en más inasumible. Cuando nos mantenemos en el terreno de la generalidad, los problemas son menores. Uno puede poner a caldo a los políticos en general, y no pasa nada (en este país es un deporte muy practicado para la liberación de endorfinas), pero cuando la crítica tiene destinatario concreto, entonces se dice que se ha personalizado. Como si no fuera obligado personalizar las críticas cuando afectan a actuaciones bien personales.

Lo que está más o menos asumido con los políticos resulta para algunos intolerable, por ejemplo, para

los funcionarios de las instituciones públicas. No sería grave denunciar las carencias del funcionamiento de la Administración Local en Lanzarote. Así, en general. Pero si uno denuncia las tropelías de uno de sus funcionarios, como hizo *Cuadernos* con el secretario del Ayuntamiento de Arrecife, entonces... ¡hasta ahí podíamos llegar! Lo mismo ocurre si pensamos en la Administración de Justicia: criticar su mal funcionamiento no comporta ningún riesgo. Así, en general. Pero si se cuestiona una sentencia de un juez en concreto, se puede armar hasta entre gente como la que hace esta revista.

Puede muy bien decirse que la sociedad lanzaroteña se caracteriza por la ausencia de un debate público que afronte las diferentes ideas y las propuestas que la afectan. La deliberación política resulta casi inexistente y se sustituye por el insulto o el desprecio, con lo que el proceso de toma de decisiones en esta sociedad resulta ciertamente empobrecido. Igualmente pobres suelen resultar, en consecuencia, las decisiones tomadas.

En los municipios pequeños la situación se agrava: la transformación de los partidos en redes clientelares de carácter caciquil convierte la discrepancia en tarea de titanes. Y la censura en el espacio público en norma habitual. En esos lugares, como en las dos grandes instituciones insulares, el Cabildo y el Ayuntamiento de Arrecife, puede hablarse de muchos momentos en los que existe un auténtico miedo a expresar en público cualquier opinión discrepante.

Es la negativa a asumir las críticas y a debatir las distintas opciones lo que empobrece el pensamiento

***Como si no
fuera obligado
personalizar las
críticas cuando
afectan a
actuaciones
bien personales***

La escasa costumbre de debatir racionalmente los distintos planteamientos ha logrado que en Lanzarote el ámbito político se haya convertido en una bronca permanente. Porque cuando las críticas no se expresan o no se reciben habitualmente, cada discusión acaba convertida en una bronca.

Nuestra sociedad, la lanzaroteña, la canaria y la española, se caracteriza por la debilidad de su tradición democrática y por la ausencia de una enseñanza de los valores democráticos. Lo que en ocasiones vemos en las películas de Hollywood, los jóvenes practicando el debate en las aulas de sus escuelas o institutos, resulta tan habitual en muchas sociedades como inexistente en la nuestra. La enseñanza cívica continúa siendo la gran asignatura pendiente de la democracia en España.

A debatir se aprende. Si no se ha comenzado en la escuela, habrá que hacerlo en el espacio público. Sin embargo, el nuestro, como hemos dicho, se caracteriza por la ausencia de debate o por un debate viciado. Por eso somos conscientes de la dificultad que comporta entre nosotros la asunción de las críticas y el debate público de las diferencias. Porque esas dificultades las hemos sufrido también en algunas ocasiones a la hora de hacer *Cuadernos*.

No obstante, y pese a todo lo dicho, nos reafirmamos en aquellos postulados fundacionales de hace ocho años: el principal objetivo de esta revista continúa siendo el análisis crítico de la realidad, la contribución al debate de las ideas y alimentar la discrepancia en la sociedad insular. Así que eso

es lo que debe esperarse de un número de *Cuadernos*: crítica y discrepancia.

Nos gustaría que nadie se molestara en exceso por ello y, mucho más aún, que quien discrepara con nuestras posiciones lo hiciera tan públicamente como se difunden las nuestras. Las páginas de esta revista están, y han estado siempre, abiertas a quien considere oportuno disentir de lo que aquí se escribe.

Obras en Lanzarote

Ramón Pérez Niz

Ricardo Santana

Hace unos meses que se inauguró la nueva carretera de Tahiche hacia el norte. Se invirtió una buena cantidad de dinero con el objetivo de que podamos ahorrarnos unos minutos en el trayecto y, a la par, se produjo un destrozo en el territorio de consecuencias nada despreciables. Al poco tiempo, las primeras lluvias provocaron su inundación y desprendimientos en la carretera.

¿Era necesaria una intervención como la realizada? No. La reparación y rediseñamiento de la antigua carretera habrían bastado para cubrir las necesidades de movilidad motorizada; además de haber permitido dedicar gran parte de la inversión a las auténticas prioridades de la sociedad insular. ¿Contribuirá esa carretera a aumentar nuestra seguridad?

No. El incremento de la velocidad provocará que los accidentes que se produzcan puedan ser de mayor gravedad. ¿Es culpa exclusiva de los políticos, o algo tienen que ver en el asunto los técnicos que diseñaron la calzada? ¿Se decide hacer esa inversión para ahorrarnos los cinco minutos en el trayecto, o puede tener alguna relación con la corrupción imperante? ¿Era ridícula la postura de quienes se oponían al proyecto? ¿Lo hacían porque, como algunos piensan, tienen la costumbre de decir "no" a cualquiera de las intervenciones que se plantean? En resumen, ¿se han gestionado de la mejor forma posible los fondos públicos al destinarlos a la nueva carretera?

Éste no es más que un ejemplo, de los muchos que podrían utilizarse, para abordar uno de los principales objetivos de los políticos en esta isla: la obsesión por las obras. La política lanzaroteña, como la de otros lugares, se caracteriza por esa obsesión, y los proyectos políticos suelen estar destinados fundamentalmente a la obtención de fondos públicos que permitan abordar la realización de obras que puedan ser presentadas como emblemas de la gestión realizada. Lo curioso es que, en ocasiones, parezca que resulta más importante realizar la obra por sí misma que porque resuelva algún problema prioritario de la sociedad insular. La carretera mencionada no era, desde luego, una prioridad en Lanzarote, como no lo son muchas otras de las obras que se acometen.

Por lo tanto, puede decirse que el despilfarro es una de las características de la gestión política que

El despilfarro es una de las características de la gestión política que se realiza en Lanzarote

se realiza en Lanzarote. Sólo así puede entenderse que se cambien unas farolas recién instaladas en el Charco de San Ginés, o que se gaste el dinero en eliminar la conexión con el Islote de la Fermina sin atender a lo que ocurrirá en ese espacio poco después. Se plantea un concurso para intervenir en el Islote, primero se quita el paso, luego se construye un nuevo puente –horroroso, por cierto– y, después, se afrontará la intervención. El resultado es que el puente no tendrá nada que ver con lo que se haga en el Islote y, además, será estrenado por los camiones y máquinas que tendrán que cruzarlo para realizar las obras.

Este despilfarro se produce también por la obvia descoordinación entre las diferentes instituciones que actúan en la Isla. Hace un par de años se inauguraba la costosa obra del litoral de El Charco –realizada por la Consejería de Turismo del Gobierno de Canarias– sin resolver las filtraciones ni la mejora de la circulación de las aguas; ahora, nuevamente el Gobierno de Canarias, desde la Dirección General de Aguas, tiene previsto poner el paseo patas arriba para arreglar el saneamiento. Porque aquella obra se hizo sin tener en cuenta ese problema, que ha convertido el emblemático espacio de la capital en un colector de residuos en el que bañarse resulta peligroso para la salud. Y lo mismo ocurre cuando vemos cómo tantas calles se levantan para renovar conducciones que deberían haberse acondicionado cuando se asfaltaron poco tiempo antes, coincidiendo normalmente con los periodos electorales. Debe ser que como se hace con prisas, no tienen tiempo

de coordinarse con las empresas de servicios públicos: Telefónica, Inalsa, Unelco, Aguas Filtradas...

Los vertidos de aguas residuales ejemplifican bien la preocupación real por los problemas ambientales de quienes han gestionado durante años las instituciones insulares, y sus preferencias a la hora de abordar las obras a las que se destinan los fondos de la comunidad. Aunque parezca increíble, los vertidos al mar sin depurar continúan siendo generalizados en esta Reserva de la Biosfera. En Arrecife podemos contemplar cómo esos vertidos se realizan junto a la costa sin que se haya puesto remedio al problema durante años. Ni siquiera se ha acometido la pequeña inversión que supondría arreglar o prolongar los emisarios. Hasta el punto de que junto a la playa de la ciudad, en la Punta del Camello, podemos contemplarlos cada día. Los dos únicos parques urbanos mercedores de tal nombre, la playa de El Reducto –bañarse en Arrecife se ha convertido en una actividad de riesgo– y el parque Temático, se ven afectados por esos vertidos ante la mirada impasible de los encargados de gestionar la cosa pública.

Y la razón no puede ser la falta de dinero. Como decíamos, arreglar ese problema no requiere mucho gasto. La cuestión mas parece estar relacionada con que ese tipo de intervenciones, mucho más necesarias que otras, no les resultan a nuestros políticos tan impactantes o vendibles como las grandes obras. Motivo parecido es el que ha impedido que en Arrecife se haya acometido la principal intervención para embellecer la

Una de las ventajas de las grandes obras es la facilidad con la que se detraen fondos para financiar a los partidos y sus campañas electorales

ciudad y hacerla más vivible: es demasiado barato arbolar la ciudad. Los árboles no cuestan mucho dinero, así que no constituyen a sus ojos la gran obra que buscan. Y, además, cuando la inversión es escasa..., escasas son las comisiones.

Porque una de las ventajas de las grandes obras que obsesionan a nuestros políticos se relaciona también con la facilidad con la que se detraen fondos para financiar los partidos y sus campañas electorales. Los árboles o los emisarios apenas dejan dinero, y el que dejan es más complicado gestionarlo; mientras que para una carretera o una gran construcción, obras de muy elevado coste, resulta sencillo cuantificar y gestionar la comisión. Por cierto, ¿será ésta la explicación del excesivo incremento del coste final de las obras en relación con el presupuesto inicial, o es que los técnicos son incapaces de realizar correctamente sus cálculos?

La corrupción política se alimenta básicamente de las licencias de construcción y de las obras públicas, aunque a veces las cosas lleguen por caminos intrincados. En Arrecife, por ejemplo, el ayuntamiento entrega un espacio de los más emblemáticos de la ciudad a una empresa que necesita hacer un aparcamiento para el hotel que rehabilita, permitiéndole, además, una ocupación exhaustiva del solar en las dos primeras plantas, un incremento de la edificabilidad de la parcela y nuevos usos comerciales.

¿Resulta imaginable, en cualquier ciudad desarrollada, que se elimine un parque frente a su bahía marítima para proporcionar el

terreno a una empresa privada que lo necesita para convertirlo en aparcamiento? ¿Las modificaciones permitidas por el ayuntamiento no producen una situación muy injusta de agravio comparativo con el resto de los edificios y solares de la zona? ¿Puede entenderse una actuación tan inaudita sin acudir a otras explicaciones?

No hacen falta, sin embargo, muchas explicaciones para entender la incapacidad para gestionar los bienes públicos que caracteriza a quienes dirigen y han dirigido ese ayuntamiento. Pongamos otro ejemplo: en Arrecife existe, y se reclama todavía hoy, la necesidad de una piscina pública. Podría contestarse que esa piscina se comenzó a construir, y se dejó a medias, hace ya bastante tiempo. ¿Qué ocurrió? Pues que, aunque resulte increíble, aquella piscina se demolió, el dinero tirado a la basura y, a día de hoy, se publicita una nueva y gran obra destinada a construir una piscina pública en un terreno colindante. Como se ve, la incapacidad de los gestores y la ausencia del más mínimo cuidado con los fondos públicos es de cuidado.

La incapacidad para gestionar adecuadamente se revela también en dos aspectos: en el excesivo tiempo empleado en desarrollar un proyecto –como las obras de rehabilitación del Castillo de San Gabriel y su entorno o las que se realizaron en el parque José Ramírez Cerdá– y en su calidad. Que una carretera se hunda a los pocos días de su inauguración no es más que un ejemplo. Pero hay otros; en realidad, son multitud. Al poco tiempo de presentar el paseo marítimo que nos lleva de

Que una carretera se hunda a los pocos días de su inauguración no es más que un ejemplo

*En este
panorama de
incompetencia
algo deben de
tener que ver
las empresas y
los técnicos que
realizan las
obras*

Playa Honda a Puerto del Carmen, su pavimento de madera se levanta sin rubor y el jable entierra buena parte del mismo. Las obras recientes provocan inundaciones con una facilidad realmente pasmosa en la capital insular, incluso en su calle más Real y en su parque más Temático. Y lo que no se inunda bien puede ser anegado por el próximo temporal del Sur.

Como es lógico, esta obsesión por las grandes obras, unida a la incapacidad en la gestión, tiene una consecuencia evidente: una vez inaugurada la obra, si te vi no me acuerdo. Es decir, que el mantenimiento no parece ser responsabilidad de nadie. Así, puede presentarse con altavoces una peatonalización en el centro de Arrecife, que, en vez de peatonalización parece un paseo de obstáculos, y nadie se preocupará por lo que allí ocurra, aunque sea delante de la Iglesia. Si el pavimento se levanta, pues seguirá levantándose durante un año, porque nadie acudirá a repararlo. Si se estropea uno de los bolardos móviles destinados a impedir el cruce de los automóviles por la calle Real, pues se tapa el agujero y se acabó, pero no se les ocurrirá repararlo. No hablemos de los chicles, excrementos de palomas y manchas de aceite en los adoquines recién colocados, ni del vergonzante espectáculo de los contenedores de basura. Y es que los políticos parecen ser de la opinión de que el mantenimiento de los bienes públicos no da votos ni, desde luego, dinero; una vez inaugurada la obra, trabajo concluido.

Cierto que en este panorama de incompetencia algo deben de tener que ver las empresas y los

técnicos que realizan las obras, pero este artículo se ha escrito para hablar sobre la actuación de nuestros políticos, que parecen empeñados en utilizar cualquier fondo público al que tengan acceso para construir lo que sea, sin atender a las auténticas necesidades presentes y futuras de la sociedad. Ahora bien, resulta que lo que más les obsesiona –las actuaciones a las que dedican sus mayores y mejores esfuerzos– contribuye a revelar su escaso nivel como gestores, y, además, al no tener una visión general o proyecto global de ciudad, parece que las obras públicas son aleatorias dependiendo del dinero que el político del área consiga y del libre albedrío de sus técnicos, y que no se persigue un objetivo concreto, esto es, que cada pequeña obra sume con otras para ir configurando, poco a poco y a lo largo del tiempo, el proyecto general de ciudad. Por eso no puede extrañar que el desgobierno caracterice hoy la actuación de la mayoría de las instituciones públicas en Lanzarote.

¿La energía se puede gastar?

Natalia Jiménez Marsá

¡Cómo está el patio!

Los enseñantes intentamos darnos cuenta de lo que se cuece en el patio. El patio estudiantil no es más que un reflejo del patio de los adultos. La televisión es la única que habla. Los menores quieren ser famosos para salir en lo más divertido de la casa. Los anuncios publicitarios muestran la gran aspiración: *cuánto más mejor*. El patio vive como en la caverna de Platón: de espaldas a la realidad.

Por eso es importante gritar en el patio: señoras y señores, el problema más grave y urgente es poner fin a la guerra contra el medio ambiente. Porque, como dice Hermann Scheer en *Estrategia solar*¹, "la amenaza se percibe en teoría, al tiempo que en la práctica se prescinde de ella".

Por ello, no nos extraña que cuando en el instituto hablamos de energía, estudiantes de catorce años puedan llegar a preguntar: "¿La energía se gasta?" Ni siquiera nos extraña que no sepan distinguir entre las diferentes energías: fósiles, nuclear y solar. Ni que se asombren al descubrir que las reservas de las energías fósiles se calculan en la mitad de su esperanza de vida.

Tampoco es de extrañar que la

mayoría se ponga del lado de los ecologistas cuando aprenden que las energías fósiles no sólo se agotan sino que además contaminan y están envenenando nuestro medio, y la energía solar es limpia y renovable. Es fácil escoger cuando esto no implica esfuerzo.

Más difícil fue intentar llegar a un acuerdo en el debate que representaron los estudiantes. Un apasionado debate entre unos supuestos empresarios de energías tradicionales, representantes de países pobres compradores de residuos tóxicos, y ecologistas. El sentir general está en este pensamiento que transcribo, de una o uno de los de escritura más prolífica: "Que tienen que llegar a un acuerdo, porque saben que, si usan mal la energía fósil, podría acabar con el planeta, y que la energía solar es mejor para todos, ricos y pobres".

No es el momento de pedir prórrogas

La ignorancia de los adolescentes es el reflejo de la irresponsabilidad de sus mayores. Es el momento de hacer los deberes, no de lloriquear pidiendo un aplazamiento en nuestra reducción de emisiones de gases de efecto invernadero, en aras de mantener la "competitividad" de las empresas canarias, como ha hecho el consejero de Industria del Gobierno Autónomo.

El bien común está por encima de los intereses empresariales. Canarias tiene unos niveles de emisiones de CO₂ (dióxido de carbono) por encima del 74%, más alta que la media nacional, que está en el 40%, cuando lo acordado en Kioto es no superar el 15% de las emisiones de 1990.

Septiembre ya está aquí y se nos

La ignorancia de los adolescentes es el reflejo de la irresponsabilidad de sus mayores

1. Hermann Scheer, *Estrategia solar. Para un acuerdo pacífico con la naturaleza*. Plaza y Janes / Muy Interesante, Barcelona, 1993.

**La energía solar
no es un una
energía
alternativa, es
La Energía**

acaban las convocatorias. El problema del uso de la energía no permite moratorias. Cuanto más tardemos en enfrentarlo, más caro lo pagaremos. Vivimos de nuestro medio ambiente, somos una zona de riesgo. Si el calentamiento global sigue acelerando la disolución de los casquetes polares, la subida del nivel del mar hará que perdamos nuestras playas y con ellas se irá nuestro negocio.

Señoras y señores, lo importante es la energía. "La Cumbre de la Tierra de Río de 1992 comprende 21 temas (cambio climático, contaminación del aire, etc.) y obvia el que, según ella, es causa de todos: la energía". Si queremos poner fin a la guerra contra el medio ambiente, transformemos las Agendas 21 en Agenda I: "La proliferación solar", como dice Hermann Scheer.

La energía solar no es una energía alternativa, es La Energía. La energía solar produce todas las demás: la solar térmica, la fotovoltaica, la eólica, la biomasa, la biogas, etc. También las energías fósiles tienen su origen en el Sol.

No se trata de cambiar el petróleo por gas natural a partir del 2008 para cumplir con los niveles de emisiones establecidos en el protocolo de Kioto en 2012, como dice don Luis Soria. Se trata de empezar, hoy mismo, la sustitución de las energías sucias por otras renovables y limpias. Y de paso acabar con nuestra dependencia energética.

El alejamiento del Sol

La Revolución Industrial empezó cuando la especie humana fue capaz de transformar el calor en movimiento. El gran invento fue la

máquina de vapor, pero fue el tren el que hizo despegar a la humanidad, permitiéndole desplazarse a velocidades hasta entonces desconocidas. Era la velocidad que nos alejaba del Sol soltando en la atmósfera, en doscientos años de Revolución Industrial, las energías fosilizadas durante milenios.

El tren, decían, acabaría con las fronteras y con el hambre. Nada, se quería creer, detendría el progreso de la humanidad. Pero era un error pensar que podría haber un crecimiento ilimitado en un mundo limitado.

Sólo acercándonos de nuevo al Sol podremos recuperar el equilibrio, firmar la paz con la naturaleza, ecologizar la Revolución Industrial para que no sea la última etapa de la humanidad sino una más de su evolución.

La Revolución Solar

"Hay que eludir, si es posible totalmente, todo lo que consumimos que no sea renovable. Sólo así se puede construir una civilización que no lleve en sí misma el germen de la destrucción", argumenta Scheer. Si la mayoría de los productos que consumimos es difícil, de momento, controlarlos localmente, la energía solar está al alcance de todos. Tener una infraestructura para la producción de energía, de tamaño medio, en cada isla, no es un handicap, como dice el señor. Soria, sino que facilita la tarea de la sustitución.

En *La Revolución Solar* los pequeños tienen la posibilidad de tomar la iniciativa. Lanzarote tiene el tamaño justo y el título apropiado. Una Reserva de la Biosfera debería ser la primera en usar los fondos

de la Reserva de Inversiones para empezar la sustitución.

Necesitaríamos una superficie de 1.349.786 metros cuadrados de paneles fotovoltaicos (0,16% del territorio insular) para alcanzar la producción de Unelco en Lanzarote, que fue de 612.263 megaWattios/hora en el año 2001. Con paneles de una potencia máxima de 210 Wh por metro cuadrado, que multiplicado por seis horas, treinta días y doce meses, produciría 453,6 kWh por metro cuadrado y año.

Mucho más eficaz que concentrar la producción en grandes parques energéticos es sumar los mismos metros en pequeñas superficies, diversificando la propiedad y ahorrando en instalaciones de alta tensión. Si todos los habitantes de Arrecife vivieran agrupados en bloques de apartamentos habitados por una media de 18 personas, con superficies de 300 metros cuadrados, los tejados de la capital podrían albergar el 66% de esos paneles.

No es efectivo apostar todo a una carta. Habría que aumentar, también, el uso de paneles térmicos para calentar el agua, incluida la de los electrodomésticos: lavadoras, frigaplatos, etc. Sería hora de elevar ese escaso y estancado número de generadores eólicos en la producción energética de Lanzarote, por ejemplo, para desalar agua y producir hidrógeno.

Cuando faltara el sol y el viento, podríamos utilizar la electricidad producida por una pequeña central de metano con los residuos del vertedero de Zonzamas. También se podría montar otra pequeña central de biomasa con

los residuos agrícolas o con cultivos de plantas energéticas (ahulagas, cáñamos o cualquier planta que no necesite abonos ni plaguicidas), lo que aseguraría a los agricultores su compra y daría una nueva salida al campo. O también podríamos usar la energía de las mareas o la geotérmica de Timanfaya.

Las posibilidades son variadas y sólo con un compendio de ellas podríamos llegar a completar la sustitución y autoabastecernos. Todas esas alternativas están probadas y funcionando en otras partes del planeta; no son sueños de una noche de verano. Las energías fósiles se dejarían solamente para casos imprescindibles.

Empezar la sustitución

Lo más fácil es empezar por medidas que no cuesten dinero público. Promulgar leyes que obliguen a que las nuevas construcciones sean edificaciones energéticamente eficientes, con diseños solares pasivos, que capten el sol en invierno y que tengan ventilaciones cruzadas que las refresquen en verano.

También habría que apoyar la creación de módulos de formación profesional sobre energías renovables, para esos estudiantes que, aunque ahora lo ignoren, no podrán obviar, en un futuro muy cercano, los efectos del calentamiento global. Las Administraciones locales e insulares deberían dar ejemplo en sus edificios y primar a las empresas instaladoras.

En ese contexto no es descabellado poner una ecotasa al turismo para ayudar a la financiación del proceso. Pero lo más acertado sería crear un impuesto entrópico,

Los tejados de Arrecife podrían albergar paneles que nos proporcionarían el 66% de la energía que necesita la Isla

**Lanzarote es la
única isla del
archipiélago
que no tiene
ninguna
instalación de
paneles
fotovoltaicos
conectados a la
red eléctrica**

o sea, gravar todo lo que usamos que no sea renovable, en vez del sistema de primas a las energías renovables, que terminan encareciendo el recibo de la luz. Un impuesto entrópico, a todo lo que contamina, serviría para financiar el dejar de participar en el desastre y forzaría a que las empresas, para ahorrar, investigaran cómo sustituir esos productos contaminantes por otros renovables.

Empecemos por nuestro patio

La ceguera de nuestros dirigentes políticos y empresariales es comparable a la nuestra. Lanzarote, Reserva de la Biosfera, es la única isla del archipiélago que no tiene ninguna instalación de paneles fotovoltaicos conectados a la red eléctrica. No tenemos excusa, como diría Mario Alberto Perdomo, *para no empezar por nosotros mismos*.

Un pequeño grupo de ciudadanos podría empezar: *Ciudadanos por la Revolución Solar*. Una revolución pacífica que nos ayude a firmar la paz con la naturaleza y dignifique la Revolución Industrial, parafraseando otra vez a Hermann Scheer. ¡Si tiene un techo, llénelo de paneles solares! Cuantos más seamos, más difícil será que las instituciones puedan decir que no se puede hacer.

Según el presupuesto de Sol Lar, un instalador lanzaroteño, 21 metros cuadrados de paneles fotovoltaicos de 2,5 kW, con una horquilla de producción mes a mes de entre 215,4 kW/h (diciembre) y 355,9 (julio), daría una producción anual de 3.433 kW/h. Como Unelco está obligado a pagar lo que se produce al doble de la tarifa que cobra lo que se consume, con un consumo medio de 400

kW/h mensuales por vivienda necesitaríamos una instalación doble de 5,4 kW, unos 42 metros cuadrados que costarían 39.550 euros (6.580.566,3 pesetas), con una vida útil en torno a los 20 años y unos ingresos anuales aproximados de 3.500 euros .

El ICO-IDAE (Instituto para la Diversificación y Ahorro de Energía del Ministerio de Medio Ambiente) subvenciona a fondo perdido el 20% y la Comunidad Autónoma Canaria hasta el 40%. Si tenemos que financiar el resto, 18.000 euros, con un crédito hipotecario, por ejemplo a 12 años, tendríamos unos gastos anuales de 1.800 euros, que restados a los ingresos, nos daría un beneficio de 1.700.

Veámoslo como una inversión de futuro. "Aproximadamente, cada metro cuadrado de panel solar instalado ahorra 150 kg de petróleo, 268 kg de carbón, 90 kg de gas butano y evita la emisión de 490 kg de CO₂ anuales". Serían unos metros cuadrados que nos acercaría a ese acuerdo pacífico con la naturaleza. Ahora que Hollywood nos ha contado en imágenes como será *El día de mañana*, no es el momento de hacerse el remolón.

Cambiamos el efecto *nimby* (*not in my back yard*), no en mi patio trasero, por el *yimbi* (*yes in my back yard*), sí, en mi patio trasero. Organicemos a los ciudadanos por la revolución solar. Si Navarra produce el 60% del equivalente a su consumo con energías renovables y en 2005 prevén el 97%, que no nos digan que no es posible. Olvidémonos de la energía nuclear y pongámonos las pilas, pero esta vez que sean de energías renovables y limpias.



Crónica de un secuestro

Cuadernos del Sureste

La aparición de un nuevo número de *Cuadernos* no podía producirse sin realizar una valoración sobre el secuestro del número 11 de la revista, y sobre los avatares del proceso judicial seguido a instancias de Felipe Fernández Camero, secretario general del Ayuntamiento de Arrecife, que consideró que la publicación del artículo “El secretario: el quinto poder” y las posteriores declaraciones de Jorge Marsá, portavoz de la revista, con ocasión de la presentación pública del referido número, constituían una intromisión ilegítima en su derecho al honor.

En la página web de la revista (www.cuadernosdelsureste.com) se contiene una detallada crónica del secuestro y de los textos más relevantes que ha generado el proceso judicial, y allí puede encontrarse la transcripción literal tanto de los escritos de las partes (Felipe Fernández Camero contra Cuadernos del Sureste y Jorge Marsá), como de las resoluciones judiciales (Auto del secuestro, Auto de alzamiento de medidas cautelares y Sentencia del Juzgado n.º Dos de Arrecife de Lanzarote). También dejamos constancia de los titulares de la prensa nacional, regional y local y de los numerosos artículos de opinión que se hicieron eco de la insólita noticia: el secuestro de una publicación en un Estado democrático y de derecho por haber ejercido su derecho a la libertad de expresión al criticar la actuación de un alto funcionario público.

El cinco de febrero de 2003, el juez Fernando Paredes, sin dar audiencia previa a los responsables de la revista, ordena el secuestro de la publicación

Fernández Camero intenta demostrar la falsedad de la información aportada y la intención malévola del artículo

Por tanto, el lector interesado podrá profundizar cuanto desee en las peculiaridades del proceso seguido hasta la fecha, en los planteamientos sostenidos por las partes y en los pronunciamientos judiciales, y calibrar las repercusiones políticas y sociales de todo el proceso. Aquí nos limitaremos a esbozar una breve síntesis de todo ello, como pórtico necesario para realizar una valoración en términos políticos de estos sucesos.

Síntesis del proceso

1. Las medidas cautelares:

A finales de enero de 2003, se produjo la publicación y difusión del número 11 de esta revista, que contenía, como es costumbre, una carpeta central dedicada a un tema monográfico, en este caso el análisis de la corrupción. Entre otros artículos, en dicha carpeta central se incluyeron textos destinados a analizar las repercusiones de este fenómeno en la isla de Lanzarote (“El flujo de la corrupción”), y un artículo titulado “El secretario: el quinto poder”, firmado por Carlota Gutiérrez, en el que se analizaban y criticaban las actuaciones profesionales de Felipe Fernández Camero, secretario general del Ayuntamiento de Arrecife.

Al realizar la presentación pública del referido número, Jorge Marsá, actuando en calidad de portavoz del Consejo de Redacción de la revista, realiza unas manifestaciones que *La Voz de Lanzarote* (29-1-2003) reproduce, señalando, en relación con el artículo “El secretario: el quinto poder”, que “se ha querido sacar a la luz pública a un personaje clave en las tramas corruptas de la Isla, como es el secretario de Arrecife, Felipe Fernández Camero, porque nos parece que la corrupción no es sólo de políticos y empresarios, sino que también altos cargos de la Administración y funcionarios pueden estar inmersos en ella”. Posteriormente, en el marco de una entrevista publicada asimismo en *La Voz de Lanzarote* –el día 30 de enero de 2003– manifestó en respuesta a preguntas del periodista lo siguiente:

“– *Ha levantado espinas que su revista cite, sin ningún tipo de tapujos, a Felipe Fernández Camero.*

– En este caso, hay técnicos y altos cargos de la Administración que están implicados en tramas y prácticas raras ...

– *¿Denuncian ustedes que Fernández Camero cobra por ‘ciertas actividades oscuras’?*

– Nosotros no decimos que lo haga por dinero. Simplemente, afirmamos que es una actitud corrupta ...”.

A los pocos días, Felipe Fernández Camero solicita al Juzgado de Arrecife que adopte medidas cautelares contra la revista, en relación con la demanda de protección del derecho al honor que se proponía interponer contra los editores de *Cuadernos del Sureste* y contra Jorge Marsá. En su solicitud, sostiene Fernández Camero que tanto la publicación del artículo, como las declaraciones posteriores de Jorge Marsá, constituían una intromisión ilegítima en su derecho al honor, al imputarle falsamente actuaciones corruptas, y que, para evitar que se agudizara el daño sufrido con la publicación y con las declaraciones, se procediera al secuestro del número 11 de la revista, tanto en su versión escrita como en la edición digital.

El cinco de febrero de 2003, el juez Fernando Paredes Sánchez, entonces titular del Juzgado n.º Dos de Arrecife, sin dar audiencia previa a los responsables de la revista, ordena el secuestro de la publicación, tanto en la versión escrita como en la edición digital, y requisita los nueve ejemplares disponibles. La tradicional lentitud con la que actúa la Justicia, y la publicidad de la medida, provocaron que ese número de la revista se agotara con celeridad (posteriormente, se agotaría también una segunda edición).

Inmediatamente, la representación legal de *Cuadernos del Sureste* se opone a las medidas cautelares adoptadas y solicita el alzamiento del secuestro, iniciándose un procedimiento incidental, en el que la representación de Felipe Fernández Camero intenta demostrar la falsedad de la información aportada y la intención malévola de las opiniones vertidas en el artículo “El secretario: el quinto poder”. Por su parte, la representación de *Cuadernos del Sureste* y de Jorge Marsá centró sus esfuerzos en demostrar la veracidad de la información aportada y la adecuación y proporcionalidad de las opiniones y juicios de valor expresados. Centramos el eje de nuestra defensa en la evidencia de que el artículo de referencia no contenía una sola mención a la palabra corrupción ni a cualquiera de sus derivados, y que, en lo que concierne a las declaraciones de Jorge Marsá, afirmábamos –y seguimos afirmando– el derecho de todo ciudadano a tildar de corruptas aquellas actuaciones de funcionarios públicos que se aparten de la ética corriente que cualquier ciudadano medio exige a los servidores públicos, siempre que dicha calificación sea adecuada y proporcionada a los hechos y comportamientos a que se refiere.

Debatida la cuestión en sede judicial, el cinco de mayo de 2003 la jueza Luz Marina Caballero ordenó el alzamiento del secuestro. En su Auto, la jueza estima que la información aportada es sustancial-

El cinco de mayo de 2003, la jueza estima que la información aportada es sustancialmente veraz y tiene interés y relevancia públicos

Se acuerda el alzamiento del secuestro y se condena a Fernández Camero al pago de los daños y perjuicios y de las costas procesales

mente veraz y tiene interés y relevancia públicos; considera que la denunciada incompatibilidad “a primera vista y de forma indiciaria es contraria a los postulados y principios que deben regir toda Administración”. Y respecto a la utilización del término “corrupción” o “corrupto”, afirma que “el artículo cuestionado no refleja en ninguno de sus términos tal calificativo a don Felipe Fernández Camero, es decir, no existe una imputación clara, directa y tendencial de afirmaciones vejatorias para el honor de la parte actora y dirigidas con ánimo injurioso a menoscabar su reputación, los juicios de valor vertidos en el artículo de Carlota Gutiérrez están estrechamente entrelazados con los datos de la información y opinión pública”. Por todo ello, se acuerda el alzamiento de la medida cautelar de secuestro y prohibición de nueva publicación y difusión por cualquier medio o soporte, y se condena a Felipe Fernández Camero al pago de los daños y perjuicios ocasionados por el secuestro y de las costas procesales.

La representación legal de *Cuadernos del Sureste* solicitó el abono de dichos daños y perjuicios, renunciando al cobro de los eventuales daños materiales o morales producidos por la pérdida de difusión de la revista, y solicitando el abono de una indemnización simbólica (11,04 euros o la que fijara el juez discrecionalmente) exclusivamente relacionada con la pérdida del pleno ejercicio de sus libertades de opinión y expresión durante los noventa y dos días que duró el secuestro de la revista. Se fundamentaba esta petición en que Fernández Camero se había comprometido al abono de los daños y perjuicios que produjera el secuestro, en que así está previsto en la legislación procesal, en el hecho de que se había imputado a *Cuadernos del Sureste* la publicación de información falsa, que luego resultó ser veraz, y en que debía impedirse que en el futuro alguien pueda tener la misma tentación de amordazar la verdad. En suma, se trataba de dejar meridianamente claro que el interés que movía a quienes hacemos la revista en este conflicto no era otro que el desempeño de la libertad de información y de expresión en nuestra sociedad.

La representación de Felipe Fernández Camero se opuso a esta petición, con el mismo estilo bronco y beligerante de todas sus actuaciones procesales, apuntando que los mismos responsables de la revista señalaban la inexistencia de daño material o moral alguno, por lo que debía rechazarse la solicitud de abono de daños y perjuicios, a lo que accedió la jueza, que ni siquiera estimó oportuna la fijación de una indemnización simbólica por la pérdida del

pleno ejercicio de las libertades de opinión y de expresión que implicó el secuestro. *Cuadernos del Sureste* ha renunciado a recurrir esta concreta decisión, prefiriendo concentrarse en el resultado del pleito principal.

2. El proceso principal:

Ordenado el alzamiento de las medidas cautelares, se reactivó el proceso principal regido por la demanda de protección del derecho al honor, promovida por Felipe Fernández Camero contra el Consejo de Redacción de *Cuadernos del Sureste* y contra Jorge Marsá, en el que solicitaba que se declarara que tanto el artículo “El secretario: el quinto poder”, como las posteriores declaraciones de Jorge Marsá, constituían una intromisión ilegítima en su derecho al honor, y se pedía que se condenara a *Cuadernos del Sureste* y a Jorge Marsá al abono de una indemnización de 12.000 euros cada uno y a la publicación íntegra del texto de la sentencia.

El demandante fundamentaba sus pretensiones en la afirmación reiterativa de que la información aportada en el artículo “El secretario: el quinto poder” era falsa o estaba maliciosamente manipulada, y que la mera insinuación de que Felipe Fernández Camero incurría en actuaciones corruptas constituía un insulto y, en consecuencia, una intromisión ilegítima en su derecho al honor.

Además, Fernández Camero tildaba a la revista de “instrumento al servicio del sensacionalismo, la difamación y el resentimiento”, afirmaba que estamos involucrados en una “cruel campaña de acoso y derribo de quien posee una conducta y una trayectoria intachable, persiguiendo su linchamiento moral y aniquilamiento civil”, y señalaba que con su demanda pretendía “poner fin al amarillismo en que se desenvuelve la publicación a que nos referimos, cuyo objeto es la difamación, puesto que únicamente con una condena a los responsables será posible poner freno a la espiral de calumnias y al daño, tanto individual, como social (porque más que informar, desinforman mediante la publicación de invenciones que caldean y crispan a la sociedad de Lanzarote) que la revista crea al publicar este tipo de artículos”.

La dirección legal de *Cuadernos del Sureste* y de Jorge Marsá centró su oposición en la afirmación de que la totalidad de la información aportada versaba sobre hechos noticiosos de interés público, y que era sustancialmente veraz, y en muchos casos ya había sido objeto de publicación en otros medios de difusión; y de que se trataba de un personaje públicamente relevante, especialmente sujeto a la crítica pública, que debía soportar la carga de los juicios

La nueva jueza ni siquiera estimó oportuna la fijación de una indemnización simbólica por la pérdida del pleno ejercicio de las libertades de opinión y de expresión que implicó el secuestro

de opinión negativos cuando sus actuaciones fueran disconformes con la ética del servicio público, recordando, con Séneca, que la ética prohíbe cosas que la ley permite.

Al remarcar el hecho de que lo que se criticaba era la simultaneidad en el ejercicio del cargo de secretario general del Ayuntamiento de Arrecife con la actividad profesional de la abogacía y la representación de empresas mercantiles, se defendía la inexistencia de intromisión ilegítima en el derecho al honor porque era la propia actuación profesional de Felipe Fernández Camero en la esfera pública, libremente elegida por él, la que era objeto de crítica, por lo que no podría existir intromisión por tratarse de un ámbito voluntariamente sometido al conocimiento público.

Fernández Camero tildaba a la revista de "instrumento al servicio del sensacionalismo, la difamación y el resentimiento"

Se centraron los esfuerzos, por tanto, en demostrar la veracidad de la información aportada, en argumentar la fundamentación crítica de las opiniones vertidas, en su adecuación y proporcionalidad en relación con los hechos y actuaciones a que hacían referencia, y en proclamar que la publicación del artículo "El secretario: el quinto poder" constituyó un ejercicio de responsabilidad democrática en la difusión de la información y en la expresión de opiniones en la esfera pública. Esto es, se había cumplido, simplemente, con lo que debería ser no sólo el derecho sino la obligación de cualquier medio de comunicación.

El proceso principal culminó mediante Sentencia de cinco de diciembre de 2003, por la que, estimando parcialmente la demanda formulada por Felipe Fernández Camero, se declara que tanto el artículo de referencia, como las posteriores declaraciones de Jorge Marsá, constituyen una intromisión ilegítima en el derecho al honor, por lo que se condena a *Cuadernos del Sureste* al abono de una indemnización de 6.000 euros, y a la publicación íntegra de la sentencia tanto en la revista como en su página web, y a Jorge Marsá al abono de una indemnización de 9.000 euros y a la publicación íntegra de la sentencia en el diario *La Voz de Lanzarote*.

De la sentencia se extraen las siguientes conclusiones:

1ª. La información aportada en el artículo de Carlota Gutiérrez tiene por finalidad expresar una opinión sobre las actividades profesionales y empresariales de Felipe Fernández Camero.

2ª. Además de ser un artículo documentado, como quedó demostrado en el juicio y ratifica la sentencia, las expresiones utilizadas por Carlota Gutiérrez no se consideran atentatorias del derecho al honor, pues se encuentran amparadas por la libertad de expresión.

3ª. Ahora bien, el hecho de incluirlas en la carpeta de la revista sobre la corrupción y, por lo tanto, dentro del marco general de la corrupción, constituye un atentado al derecho al honor, pues la corrupción es “la acción y efecto de corromper o corromperse”, siendo el corrupto “el que se ha dejado sobornar, pervertir o viciar”.

4ª. Llamar a una persona corrupta o decir que mantiene una actitud corrupta es claramente un insulto, y los insultos no se encuentran dentro del ámbito protegido por la libertad de expresión.

5ª. Sostiene la sentencia que

Cuadernos del Sureste ha vulnerado el derecho al honor de Felipe Fernández Camero, por lo que condena a *Cuadernos* a la publicación del texto íntegro de la sentencia tanto en la revista como en su página web, y a indemnizar a Felipe Fernández Camero con la cantidad de 6.000 (la suma solicitada por el demandante se rebaja en 6.000 por considerar la sentencia que la información es veraz).

6ª. La sentencia estima que atentan contra el derecho al honor las declaraciones vertidas en la prensa por el portavoz de *Cuadernos*, Jorge Marsá, condenándolo a difundir la sentencia en el diario *La Voz de Lanzarote* y a indemnizar a Felipe Fernández Camero con 9.000.

7ª. Las costas procesales corren por cuenta de cada una de las partes enfrentadas en el litigio.

La conclusión más importante es que la sentencia expresa que, dada la relevancia pública de Fernández Camero, debe prevalecer la libertad de información sobre el derecho al honor, porque la información aportada reúne los requisitos de veracidad e interés público exigidos por la jurisprudencia del Tribunal Supremo y del Tribunal Constitucional, pero paradójicamente hace prevalecer finalmente el derecho al honor frente a la libertad de información.

Aunque cuestionemos radicalmente el contenido de la sentencia, hay que valorar positivamente el hecho de que se haya declarado en dos resoluciones judiciales (el Auto de alzamiento de las medidas cautelares y la sentencia) que la información aportada es sustancialmente veraz, porque Fernández Camero centró su escrito de demanda en la afirmación de la radical falsedad y de la completa manipulación de la verdad con que se había redactado el artículo “El secretario: el quinto poder”, puesto que en él se narraba su actividad profesional utilizando “hechos inciertos y maliciosamente distorsionados”. Estas acusaciones se repiten insistentemente en el texto de la demanda: “verdadera patraña deformada”, “flagrante

La sentencia expresa que, dada la relevancia pública de Fernández Camero, debe prevalecer la libertad de expresión sobre el derecho al honor...

falta a la verdad”, “puras mentiras”, “afirmaciones falsas”, “hechos falsos e imprecisiones e incorrecciones mal intencionadas”, “inconsistencia de las acusaciones”, imputando a *Cuadernos* haber descuidado “su obligación de desplegar una mínima diligencia en la obtención de la información”.

Contra dicha sentencia se ha interpuesto el correspondiente recurso de apelación, en el que se solicita que dicha sentencia sea revocada y se declare, en su lugar, que tanto el artículo de la revista, como las declaraciones de Jorge Marsá, no constituyen intromisión ilegítima en el derecho al honor, sino un supuesto de ejercicio de las libertades de expresión y de opinión en relación con hechos noticiosos y de evidente interés público, referidos a un personaje públicamente relevante, y subsidiariamente que, si finalmente prevaleciese el derecho al honor, se reduzcan sustancialmente las indemnizaciones fijadas.

3. El Ministerio de Administraciones Públicas también tiene opinión

Cuando ya se había dictado la sentencia, tuvimos conocimiento de la Orden del secretario de Estado de Organización Territorial del Estado (por delegación del Ministro de Administraciones Públicas), de 14 de enero de 2004, por la que se impone a Felipe Fernández Camero la sanción de destitución del cargo de secretario del Ayuntamiento de Arrecife de Lanzarote, con prohibición de obtener nuevo destino durante seis meses, resolución que se adopta a instancias de una asociación vecinal. Copia de dicha resolución ha sido acompañada al texto de nuestro recurso de apelación, por su evidente conexión con los hechos debatidos en el pleito.

Según dicha resolución, “de lo actuado en el expediente disciplinario se desprende que el Sr. Fernández Camero, al tiempo que ocupaba el cargo de secretario del Ayuntamiento de Arrecife, estaba colegiado como Abogado en los Colegios de Lanzarote y Las Palmas, y ejercía dicha profesión por libre, con despacho abierto al público, habiendo intervenido como tal en diversos asuntos ante los Tribunales de Justicia [...] Frente a ello, el inculpado alega que el desempeño de la profesión de Abogado por su parte no sólo era público y notorio para el Ayuntamiento, sino que su intervención en multitud de juicios se debió a petición expresa de la Corporación, que le encomendó la defensa de sus intereses, por lo que existía un reconocimiento tácito de compatibilidad por parte del Ayuntamiento para permitirle simultanear su cargo de secretario con la profesión de Abogado. Y que este reconocimiento se con-

*...pero
paradójicamente
hace
prevalecer
finalmente el
derecho al
honor frente a
la libertad de
información*

virtió en expreso por acuerdo del Pleno de 9-8-2002, que acordó, además, otorgarle efectos retroactivos, lo que convalidaría cualquier situación de irregularidad en que hubiera podido encontrarse anteriormente”.

En el expediente interviene, ¿cómo no?, la alcaldesa del Ayuntamiento de Arrecife, María Isabel Déniz, para informar a favor de los planteamientos del señor Fernández Camero, manifestando que el Secretario cumple con su jornada de trabajo, y añadiendo que “el aludido presta también servicios fuera del horario obligatorio, por lo que es necesario compensarlo en especie”.

Todos estos argumentos son desvirtuados por la resolución que afirma que “en materia de incompatibilidades no caben ni los reconocimientos implícitos ni los reconocimientos retroactivos de compatibilidad” y que “la solicitud y el reconocimiento de la compatibilidad hubieran debido llevarse a cabo antes de comenzar el ejercicio de la actividad privada, no catorce años después, y hubieran debido realizarse de forma expresa y motivada”.

En la resolución también se analizan las actividades empresariales de Fernández Camero, demostrando que ocupa u ocupaba cargos en diversas empresas (Las Cucharas S.A., Playa Quemada S.A., Lanzasuiza S.A., Lanzarote de Cable S.A., Adelfas 24 S.L., Empresa Municipal de Guaguas de Arrecife S.A., Aparcamiento Parque Islas Canarias S.L.). Sobre estas actividades, la resolución señala que “... existe una irregularidad de partida en la conducta del Sr. Fernández Camero respecto a la cuestión que nos ocupa, al realizar actividades empresariales sin haber obtenido el preceptivo reconocimiento de compatibilidad”. Sin embargo, la resolución concluye que como el ámbito de actuación de dichas empresas se contrae a municipios distintos del de Arrecife, o se refiere genéricamente a la isla de Lanzarote, “... no parece haber conflicto de intereses entre las citadas empresas y el Ayuntamiento de Arrecife”, y acaba considerando que Fernández Camero ha incurrido en una falta muy grave en materia de incompatibilidades por los cargos que ha ocupado en los Consejos de Administración de dos empresas mixtas (Lanzarote de Cable S.A., y Aparcamientos Islas Canarias S.L.).

Constata también la resolución la comisión de otra falta grave por la intervención de Fernández Camero como secretario del Ayuntamiento en un procedimiento administrativo en el que debería haberse abstenido, por referirse a una empresa en la que ocupaba cargos de administración (Aparcamiento Islas Canarias S.L.),

Se condena a Cuadernos al abono de una indemnización de 6.000 euros, y a Jorge Marsá a una de 9.000 euros

**El Ministerio de
Administraciones
Públicas
destituye a
Fernández
Camero del
cargo de
secretario del
Ayuntamiento
de Arrecife**

aunque sorprendentemente concluye que dicha falta está absorbida por la anterior, "... ya que si el señor Fernández Camero no hubiera sido nombrado, como procedía legalmente, secretario del Consejo de Administración de la empresa Aparcamientos Islas Canarias S.L., tampoco hubiera existido causa de abstención en la emisión del informe jurídico"¹.

Finalmente, ponderando la gravedad de ambas infracciones, que podía haber dado lugar a la sanción de destitución por un máximo de tres años, se señala que "... deben tenerse presentes, pese a todo, las reiteradas declaraciones de la Alcaldesa del Ayuntamiento de Arrecife afirmando que el inculcado cumplía sus deberes como Secretario de forma positiva y enteramente satisfactoria para la Corporación", por lo que se reduce la sanción de destitución del cargo de secretario y prohibición de obtener nuevo destino a los indicados seis meses².

En cualquier caso, lo cierto es que ha quedado acreditada la veracidad de las informaciones que se han vertido públicamente sobre la actuación de Fernández Camero. Tanto la sentencia, como la señalada Orden, desmontan de manera inequívoca la tesis principal de Felipe Fernández Camero, que consistió en afirmar la completa falsedad de la información contenida en el artículo "El secretario: el quinto poder". Por ello, se ha entregado junto con el recurso de apelación copia de dicha Orden, para reforzar los argumentos relativos a la veracidad de la información aportada y la fundamentación crítica de las opiniones vertidas.

La dirección legal de *Cuadernos del Sureste* y de Jorge Marsá tiene instrucciones precisas para continuar planteando en todas las instancias judiciales posibles la reclamación de nuestro derecho al ejercicio pleno de las libertades de opinión y de expresión. El debate jurídico tiene sus propios cauces: nosotros confiamos en que en instancias judiciales superiores se modifique sustancialmente el actual pronunciamiento sobre el fondo del asunto, puesto que resulta evidente que el artículo "El secretario: el quinto poder" no contiene la más leve referencia a la palabra corrupción, o al carácter corrupto de las actividades profesionales de Felipe Fernández Camero que en él se describen, y que toda la información aportada se ha demostrado veraz; y en cuanto a las declaraciones de Jorge Marsá, se consideran adecuadas y proporcionadas a los hechos y a los comportamientos a los que se refieren los calificativos empleados, por lo que deben entenderse amparadas por el derecho constitucional a las libertades de opinión y de expresión, por tratarse de

1. Obviamente, esta conclusión no se sostiene: en realidad, parece que el señor Fernández Camero infringió la ley, al no formular advertencia de ilegalidad cuando se propuso su nombramiento y aceptó el cargo, y volvió a hacerlo después, cuando, conociendo la causa de abstención legal, emitió el informe cuestionado. Por lo tanto, huelga hablar de lo que habría ocurrido si se hubiese cumplido la ley y no hubiera sido nombrado para el cargo.

2. Dicha Resolución no es firme por haber interpuesto Fernández Camero recurso contencioso-administrativo.

hechos de notorio interés público y de un personaje público relevante, que debe estar especialmente sujeto a la crítica política de los ciudadanos.

Esperemos, pues, los sucesivos pronunciamientos de los tribunales superiores, dejemos que el debate jurídico continúe por sus propios cauces, y llevemos la cuestión al terreno político, a la esfera pública, donde el debate no aparece constreñido por los preceptos legales, y donde las triquiñuelas procesales no pueden impedir que prospere la verdad.

De cualquier valla sale un ratón

Cuando se produjo el secuestro de la revista, se registró una avalancha de manifestaciones de apoyo y solidaridad, que hemos agradecido públicamente, y también algún ominoso silencio que en su momento denunciaremos. Entre las muestras de apoyo, donde destacó la casi unanimidad registrada entre los periodistas (con la habitual excepción del director del semanario *Lancelot*), resaltaron aquellos casos en que, además, se adjuntaban denuncias documentadas sobre las actuaciones empresariales y profesionales de determinados funcionarios del Ayuntamiento de Arrecife.

Fue así como tuvimos conocimiento de la denuncia formulada el 4 de mayo de 2002 por José Díaz, Presidente de la Asociación de Vecinos “La Plazuela 97” de Arrecife, contra Felipe Fernández Camero, por supuesta infracción al régimen de incompatibilidad del personal al servicio de las Administraciones Públicas. Esta denuncia provocó la Orden del Secretario de Estado de Organización Territorial del Estado (por delegación del Ministro de Administraciones Públicas), que ya hemos comentado, por la que se impone a Felipe Fernández Camero la sanción de destitución del cargo de secretario del Ayuntamiento de Arrecife de Lanzarote, con prohibición de obtener nuevo destino durante seis meses.

También por este cauce conocimos las denuncias de un ciudadano, Gonzalo Murillo, contra las actuaciones funcionariales y empresariales de Francisco Carmona Garcés, encargado del Catastro del Ayuntamiento de Arrecife, y accionista y administrador de empresas de promoción inmobiliaria que actúan en el municipio de Arrecife, y desarrollan actuaciones urbanísticas manifiestamente ilegales. Los hechos denunciados, cuya veracidad está contrastada, ponen seriamente en cuestión la efectividad de los mecanismos de control y fiscalización de la actividad privada de funcionarios públicos que ocupan posiciones muy relevantes en determinados Ayuntamientos de la Isla, y especialmente en el Ayuntamiento de

La alcaldesa de Arrecife, María Isabel Déniz, interviene para informar a favor de los planteamientos del señor Fernández Camero

Los hechos denunciados ponen en cuestión la efectividad de los mecanismos de control de la actividad privada de los funcionarios públicos

Arrecife, tarea ésta en la que el secretario general del Ayuntamiento, Felipe Fernández Camero tiene una responsabilidad obvia. Algunos expertos³ en materia de corrupción política y administrativa han señalado a la Administración Local como uno de los ámbitos en los que este fenómeno viene floreciendo de manera especialmente preocupante, lo que atribuyen, entre otras razones, al relajamiento de los controles sobre determinados cuerpos de funcionarios, anteriormente sometidos a mecanismos centralizados de control y fiscalización. Estos mecanismos se han debilitado considerablemente como consecuencia de la construcción del Estado autonómico, no obstante lo cual en el caso de Felipe Fernández Camero han llegado a funcionar gracias a una denuncia de una asociación vecinal.

Entretanto, ¿qué hace el Ayuntamiento de Arrecife? Por una parte, declara mediante acuerdo plenario de 9 de agosto de 2002, por unanimidad de todas las fuerzas políticas, la compatibilidad de Felipe Fernández Camero para el ejercicio profesional de la Abogacía, con efectos retroactivos al 7 de diciembre de 1988, y cuando se le impone la sanción por infracción al régimen de incompatibilidades asume su defensa en términos panegíricos que causan náuseas. Ninguno de los partidos políticos que hace tan sólo dos años apoyaron aquella increíble decisión ha tenido la valentía de explicar públicamente su posición sobre el escándalo que nos ocupa; sólo Alternativa Ciudadana ha dado muestras de cordura y coherencia democrática en este asunto.

De otra parte, en lo que concierne a las denuncias formuladas contra Carmona Garcés, un asunto por el que se siguen diligencias penales y una investigación del Ministerio de Hacienda, no sólo no ha merecido por parte de la mayoría de gobierno del Ayuntamiento de Arrecife la realización de una somera investigación, sino que desde la propia cúspide municipal se premia a Carmona Garcés con importantes funciones en relación con el proceso de revisión del Plan General de Arrecife, lo que ha sugerido a algún plumífero la inevitable rememoración de la vieja fábula en la que se encarga al zorro del cuidado de las gallinas.

Todos estos hechos han venido a ratificar lo que ya han señalado las decisiones judiciales y administrativas: la información aportada por Carlota Gutiérrez era absolutamente cierta, y sus opiniones rigurosamente proporcionadas a la realidad de los hechos. Más aún: el revuelo ocasionado con el secuestro y sus vicisitudes posteriores han puesto al descubierto que “la existencia de técnicos y altos car-

3. M. Sánchez Morón, “La corrupción y los problemas del control de las Administraciones Públicas”, en F. J. Laporta y S. Álvarez (Eds.), *La corrupción política*. Alianza Editorial, Madrid, 1997, pp. 189-210. Publicado originalmente en *Claves de razón práctica*, n.º 56, 1995, pp. 40-46.

gos de la Administración que están implicados en prácticas raras”, que denunciara Jorge Marsá, es un fenómeno incontestable que está a la vista de todos, y más extendido de lo que creíamos entonces con la información en aquel momento disponible. En realidad, si de algo puede acusarse a *Cuadernos del Sureste* es de un exceso de timidez y recato a la hora de describir y calificar la realidad y los comportamientos que nos ocupan.

Cada cual que cumpla su función

Los ciudadanos y los colectivos sociales han cumplido con su deber de denunciar las actuaciones corruptas de determinados funcionarios públicos, aportando los documentos que lo demuestran; ahora le corresponde a los poderes públicos cumplir con los suyos. En lo que concierne a *Cuadernos del Sureste*, cuando publicamos el artículo de Carlota Gutiérrez nos limitamos a reunir la información dispersa sobre las actuaciones profesionales de Felipe Fernández Camero y a realizar una crítica política sobre su simultaneidad con el ejercicio del cargo de secretario general del Ayuntamiento de Arrecife, cumpliendo con un deber democrático elemental. Pero no tenemos vocación de “ángel exterminador” ni de ariete contra las prácticas corruptas. Tampoco estamos involucrados, como nos machaca Fernández Camero en una “cruel campaña de acoso y derribo [...] persiguiendo su linchamiento moral y aniquilamiento civil”. La actividad ordinaria de esta revista se vio alterada por el secuestro y las posteriores vicisitudes procesales, por lo que queremos volver a centrarnos en nuestras ocupaciones habituales y dejar que el debate jurídico sobre las cuestiones de fondo continúe por sus propios cauces.

La extensión y complejidad del fenómeno de la corrupción política y administrativa exigen, además de que las instituciones cumplan su función, la presión ciudadana constante que exprese el rechazo social que genera este tipo de prácticas y que obligue a los poderes públicos a perseguirlas y erradicarlas. En los últimos tiempos venimos asistiendo a un cruce de declaraciones políticas que, por un lado, muestran la extensión del fenómeno en las Islas y, de otro, han dado lugar a propuestas políticas que deben ser objeto de atención y seguimiento. Si Lorenzo Olarte afirmaba que Canarias es un “paraíso de la corrupción”, el ministro de Justicia, Juan Fernando López Aguilar, destapaba la caja de los truenos con unas declaraciones en las que aseguraba que “en las islas se cuecen negocios millonarios con la complicidad de los poderes públicos”, dando lugar a un cruce de declaraciones con los portavoces de Coalición

Los partidos políticos, salvo Alternativa Ciudadana, no han tenido la valentía de explicar públicamente su posición sobre el escándalo

*Si de algo
puede acusarse
a Cuadernos es
de un exceso de
timidez y recato
a la hora de
describir y
calificar la
realidad y los
comportamien-
tos que nos
ocupan*

Canaria, en las que el ministro hizo referencia a la corrupción de los poderes públicos y al riesgo de degradación democrática en Canarias. Finalmente, en respuesta a una pregunta parlamentaria, el Gobierno de la nación manifiesta por escrito que “existe, en efecto, una percepción generalizada de la ciudadanía, reflejada también en los medios de comunicación, acerca de la severa degradación democrática que se está viviendo en Canarias [...] Por ello, una de las prioridades del Gobierno será la lucha contra la corrupción y la criminalidad organizada, a través de un endurecimiento de la legislación penal en la materia y de un fortalecimiento de la Fiscalía Anticorrupción [...] El Gobierno trabajará sin descanso por dignificar la vida pública combatiendo la corrupción y la delincuencia económica allí donde se produzca”.

En Lanzarote, el Gobierno y las instituciones tienen una oportunidad de oro para mostrar la solidez de sus propósitos, porque existen indicios más que suficientes de la existencia de prácticas políticas y funcionariales que deben ser erradicadas de las Administraciones Públicas, porque efectivamente contribuyen a la degradación de la democracia y a la perversión de las reglas de funcionamiento de sus instituciones.

Por nuestra parte, retornaremos a nuestras ocupaciones habituales, sin perjuicio de volver a denunciar cualesquiera actuaciones corruptas cuando la ocasión lo merezca, y de seguir llamando a las cosas por su nombre. Y si nos condenan por ello, pagaremos con gusto la indemnización, porque en términos de salud mental y de higiene democrática el cultivo del eufemismo puede salirnos considerablemente más caro.

A la sombra del árbol

Manuel Perdomo Aparicio y Ramón Pérez Niz.

La integración entre el Centro y la periferia. La ciudad se encuentra fragmentada, inconexa y desintegrada entre el centro y los barrios periféricos. Cualquier intervención debe tender a integrar el centro y la periferia, de cara a perfilar como un todo la ciudad, aunque diverso. Cualquier punto de la trama urbana susceptible para ello, debe ser arbolado, sea una acera, una calle peatonal, una pequeña zona verde, un parque...

Ciudadanos por Arrecife, "Algunos criterios para vivir la ciudad". *Cuadernos del Sueste*, n.º 8

La decisión de realizar esta tarea conjunta nace de la creencia, compartida por unos pocos más, de que las palabras pueden llegar al receptor adecuado para, haciéndolas suyas, materializarlas en una acción concreta de utilidad para las personas, cuya vida se desenvuelve, inevitablemente, en los espacios públicos. La aspiración de que los ciudadanos puedan influir en las decisiones de los gobernantes y que ello propicie un cambio en algunos aspectos del entorno donde se desarrolla nuestra vida nos ha conducido, durante años, a la búsqueda de los canales de comunicación con ellos. La sordera institucional y su ausencia de ideas; la perversión de los principios del gobierno de la comunidad y las acciones nunca acometidas para la mejora de nuestra vida, aunque sí demandadas con perseverancia, continúan siendo la llaga que nos socava.

Crear legítimo el hecho de poder decidir sobre las intervenciones en aquellos espacios, ya es objeto de discrepancia entre quienes nos empeñamos en la defensa de esta tesis y aquellos otros que, situados, siempre al otro lado, afirman que el ciudadano no disfruta de las atribuciones para opinar sobre las decisiones que afectan a los espacios comunes.

Durante años, desde todos los foros posibles, los ciudadanos que así lo sentimos hemos utilizado todos los caminos y estrategias para *contaminar* a nuestros vecinos y convencerles de que la manifestación de su parecer no termina en el democrático ejercicio de votar a nuestros representantes; que las ideas no son patrimonio de unos pocos, y mucho menos que la verdad tenga que situarse en el lado de los que se declaran los ganadores.

Afirman que el ciudadano no disfruta de las atribuciones para opinar sobre las decisiones que afectan a los espacios comunes

*Lo que
sustituye a la
ciudad vieja no
se integra en
aquel tejido y
no mejora lo
que es objeto
de sustitución*

La mención al árbol no es casual, ni lo es la referencia a la sombra que proyecta, pues la creencia de que es la respuesta a un amplio repertorio de cuestiones que se suscitan en las ciudades es lo que propicia que sea un tema tan recurrente, bien hablando de arquitectura y de urbanismo, como haciéndolo de calidad de vida. En los artículos de opinión sobre árboles en los que hemos podido tener participación, trazamos recorridos por paisajes urbanos; lo hicimos por viviendas, parques, calles y carreteras, y hasta hemos viajado por lugares de la memoria, en los que un árbol pudiera ser protagonista. Hablamos de árboles de la infancia que ya no están, y de los que aún permanecen. Aludimos al recuerdo de árboles, bajo cuyas copas se ampararon seres que hoy son imágenes en sepia y que también nos han prestado su sombra.

Hoy deseamos volver a reivindicar su presencia, a justificar el porqué de la demanda y el para quién. De igual modo, sobre cuáles son las razones para no parar de columpiarnos en la resistente rama de un árbol imaginario que simboliza a todos los otros: los que están, los que desaparecieron, y aquellos de los que aspiramos a que llenen algún día nuestras calles, nuestra vida y los recuerdos de quienes compartan su sombra con nosotros.

Arrecife, por su emplazamiento y por determinadas características, presentes principalmente en su litoral, es un lugar con las condiciones para establecerse en los primeros puestos de entre las pequeñas ciudades de esta parte del Atlántico. Su devenir histórico, apenas presente en unas escasas muestras de testimonios arquitectónicos, en los que se materializa la parte tangible de la sensación de pertenencia y de identidad de quienes amamos esta ciudad, nos ha llevado hasta su configuración actual.

El trazado de sus calles es su legado histórico más firme, pues todos los inmuebles que debieran acompañar y dar sentido a esta trama han sido sustituidos por nuevas muestras surgidas del desarrollo económico y de los planeamientos posteriores a la década de los cincuenta. El fruto de aquellas rupturas nos da un nuevo asentamiento. La explicación de que por su propia naturaleza, como ente vivo, se renueva continuamente, no resulta del agrado de quienes presenciamos que lo que sustituye a la ciudad vieja no se integra en aquel tejido y no mejora lo que es objeto de sustitución.

El proceso de Arrecife no nos deja demasiados recuerdos verdes: el viejo parque y la Marina; el laurel de Las Cuatro Esquinas, los de la Plaza de la Iglesia y del Mercado; los laureles de Santa Coloma y los olvidados pinos de la Plazuela. Con posterioridad, el Parque

Nuevo, nacido en desgracia por una concepción errónea, y la intervención de la Rambla Medular, que genera una presencia arbórea con marcado carácter urbano y un espacio de calidad. Sólo conseguido con árboles.

La experiencia de la calle Góngora, silenciosa, sin aspavientos y sin riesgos, acaso la experiencia más exitosa de cuantas se hallan acometido en Arrecife en los últimos años, en un entorno de las características de éste: una calle con sus dos frentes edificados que ha alcanzado unas cotas de bienestar en su contemplación, inimaginables. Sólo con árboles.

Como contraposición, las intervenciones de las calles Lebrillo, Triana, y la de la Calle Real, podrían calificarse de desafortunadas, si valoramos el aspecto relacionado con la elección de las especies plantadas, o su disposición en el último caso, pues no es suficiente una voluntad reverdecidora cuando no se cumplen unos requisitos en los que se recojan los aspectos estéticos, los efectos integradores y minimizadores de aspectos negativos, o la necesaria sombra bajo la que discurrir. Tampoco la proximidad de las palmeras a las fachadas permitirá un pleno desarrollo de los ejemplares, y su disfrute por los ciudadanos, pues la imposibilidad de podas es un hecho manifiesto en las especies de la familia de las palmáceas.

La actuación de la Calle Real, en la que el aspecto general mejora por la presencia de árboles de porte, no acaba de conseguir todos los beneficios que se tendrían que haber obtenido con la intervención, pues la alternancia de hileras de luminarias y otras de árboles no parece que propicie poner en evidencia lo que se nos antoja como la primera vía de la ciudad. Su linealidad hasta las proximidades de Las Cuatro Esquinas quizás debiera haberse acentuado con dos filas paralelas a cada frente edificado, homogeneizando las especies vegetales presentes y potenciando el carácter de columna vertebral de la zona, donde concurren variadas lecturas históricas, pues aquí se asentó la actividad comercial del Puerto, fue la vía por la que se llegaba desde todos los puntos de la Isla hasta el Muelle de las Cebollas, primero, y con posterioridad al Muelle Comercial, y aquí se construyeron muchos de los mejores exponentes de la arquitectura del siglo XIX y principios del XX. Las especies vegetales elegidas para el primer tramo: ralas, alejadas, desconsoladas..., no aportan nada con lo que no contáramos con anterioridad a su plantación. No hay duda de que el lugar que cada farola ocupa en esta vía, bien lo podría haber ocupado un árbol.

Recordamos, y lo hacemos con la sensación de que quien interpretó

En la intervención en la Plazuela se escenifican algunos de los males de la reciente sociedad

que le echamos un pulso, lo ganó, aunque se equivocó en la apreciación, pues los que hemos vivido la Plazuela como una pérdida sólo deseábamos opinar sobre el espacio público. Ésa debe ser la aspiración de cada ciudadano, la demanda para su calle y su barrio de aquello que mejore la visión del espacio en el que transcurre su vida, y que suponga la renovación de su afecto y sensación de pertenencia a ese lugar común. La mención a la Plazuela es recurrente, porque en la intervención que la dota de su aspecto actual se escenifican algunos de los males de la reciente sociedad. En ella, la torpeza política y técnica, y unas inmensas dosis de soberbia tienen un monumento, acaso en el torpe diseño, o en una fuente y una pérgola, y por qué no, en cada farola que ocupa el espacio de un árbol.

En aquel momento quien defendió la cualificación del espacio a partir de esa intervención, erró, y quien afirmó que históricamente el espacio careció de una personalidad definida, de la que ahora se le dotaba, olvidó documentarse para recordar que la plantación perimetral de árboles, realizada en los años cincuenta, convirtió este espacio urbano en uno de los más gratos rincones de la ciudad. Los árboles son los únicos que podrán recomponer este espacio, en el menor tiempo posible, pues no es factible que una calle consolidada como ésta, y otras muchas, puedan ser asumidas desde las modificaciones de un Plan General. Rápido, fácil y espectacular. Sólo con árboles.

*La definición de
parque es un
error desde el
mismo
momento en
que se presenta
el diseño del
Islas Canarias*

Hablamos con vehemencia de la necesidad de aportar algo de cordura a esta ciudad y pensamos que un frente edificado al que se le dote de una línea de árboles en su fachada nos devolverá una calle diferente en la que la luz, tamizada por las copas, sembrará de sombras el suelo y nos distraerá de inmuebles tan poco afortunados. Bien es cierto que es junio, y 2004, y que en estos momentos la ciudad, patas arriba, levanta aceras y construye edificios de aparcamientos. ¿Acaso sobre unas, y frente a otros, una larga fila de árboles no mejorará nuestras vidas y nuestra percepción de la calle?

Contemplamos con perplejidad la evolución de las obras del *Parque Islas Canarias*, y leemos en los medios de comunicación la denuncia del arquitecto Javier Mena, coautor del proyecto, sobre la retirada de ejemplares de palmeras que se habrían de disponer ante el frente edificado. Lamentamos discrepar de su queja, que tiene más tintes de despecho por la desaparición de una pincelada estética de su proyecto que de la queja de alguien a quien le retiran los necesarios árboles que habrían de dar la sombra necesaria para vivir este espacio. Sobre los aspectos formales de denominación de

las cosas, constatamos que la definición de ‘parque’ es un error desde el mismo momento en que se presenta el diseño de este espacio, porque su propia concepción queda dentro de lo que se define como ‘plaza’. Sin árboles no hay parque.

Es cierto, porque así lo hemos constatado, que una pieza de suelo que debiera albergar una veintena de palmeras, acogerá nueve o diez. También es cierto que la ausencia de los palmitos, que ya no estarán, poca sombra va a restar a la calle. Afirmamos esto porque entendiendo que si bien las distintas especies vegetales que se utilicen en un proyecto aportarán determinados efectos estéticos, no se debería valorar sólo esta vertiente para decidir sobre una u otra especie. En la plaza que surge del proyecto que se ejecuta, el palmito deviene en el exotismo y la escultura que complementa la intervención, y ante ello reivindicamos la conciliación entre los aspectos estéticos y los de utilidad de esas especies: pincelada del proyecto, sombra para el usuario y pantalla de tanto despropósito arquitectónico. Así lo percibimos ante las fracasadas experiencias mencionadas.

La afirmación de que la Sociedad Democracia no desea que se les reste vista al mar, cuanto menos habría que matizarla, porque partiendo de la veracidad de que eso se haya podido manifestar, su directiva representará, o no, el sentir de sus socios. En el supuesto de que sus legítimos representantes hubieran planteado esa demanda, se equivocarían doblemente: primero, porque demostrarían una gran dosis de insolidaridad con la ciudadanía al negárseles la posibilidad de disfrutar del árbol y de la sombra bajo la que discurrir y, segundo, porque si hubieran sido árboles los que habrían de plantarse, su sombra cobijaría a sus socios en la terraza. Quizás incluso en ese momento en que el porte de las especies fuera tan alto, la Sociedad estaría disfrutando de una nueva sede abierta al mar. Desoladora herencia nos habrían dejado tras su marcha.

Otra vertiente es el éxito de las demandas que determinados ciudadanos o colectivos realizan ante el Ayuntamiento. Éxito de quienes consiguen restar árboles. ¿Por qué no tenemos éxito en nuestras demandas los que queremos sumarlos?

Deseamos recordar el proceso de ejecución del proyecto, para quedarnos con la imposibilidad de plantear una sola alternativa al mismo. Con ello ponemos en evidencia que un proceso participativo de la ciudadanía, la Administración municipal y los técnicos, habría dado unos resultados que ningún grupo de presión hubiera osado modificar, pues habría sido fruto del consenso. El lamento

El tronco de un árbol no ocupa más que el pie de una farola o la presencia de una papelera

del arquitecto ante la comunidad que mira a su alrededor impotente y silenciada, no parece que vaya a tener eco alguno.

Participaríamos de las reservas de los empresarios que no desean que sus negocios desaparezcan tras los árboles si veinte alcorques fueran plantados con higueras. Ante tanto absurdo hay que ser categóricos y defender que el tronco de un árbol no ocupa más que el pie de una farola o la presencia de una papelera. Además, aporta la irrenunciable sombra.

El árbol como solución resulta demasiado simple. El desmedido afán de trascender de quienes deben dar respuestas válidas a los problemas de esta ciudad (y a las demandas de la ciudadanía) generan propuestas basadas exclusivamente en ser los protagonistas de la intervención: sólo aparente diseño, que no es más que la constatación de la nada más absoluta y el desprecio a los usuarios. Valoremos las propuestas a las que los espacios públicos en Canarias se están viendo sometidas y con seguridad acordaremos que son todas idénticas: los mismos materiales, las mismas soluciones *arriesgadas*, el protagonismo del diseño *per se* y la ausencia de sombra. Acaso lo aparentemente novedoso devenga en pasmosa uniformidad, lo que sería igual a vulgaridad.

El árbol en las sociedades desarrolladas es la reivindicación de una naturaleza desplazada hasta el lugar donde se desarrolla nuestra vida. Deviene en toldo que tamiza la luz, aporta sombra y frescor y es pantalla de horizontes no deseados. Es escultura, reconciliación e invitación a departir a su amparo. El árbol como elemento unificador e integrador, mancha de color que envuelve todos los espacios que hacen la ciudad.

Defendemos la presencia del árbol como una obsesión verde, y enfermiza si se desea, pero nos guía el convencimiento que surge de una permanente mirada alrededor. Miradas que no se detienen ni se ciñen al ámbito de la ciudad ni de esta Isla. Miramos siempre y hemos aprendido a hacerlo, y no olvidamos. Fijamos imágenes sin consciencia de hacerlo, realizando la tarea libres de prejuicios. Intentamos demandar para nuestro territorio aquello que valoramos como útil y con ello aspiramos a que la ciudad, de la cual somos los depositarios, nos devuelva su mejor cara.

Sin afecto por nuestro espacio inmediato, que hemos perdido por irreconocible; sin que nada mejor sustituya lo desaparecido, para aprender a quererlo; sin árboles que nos arropen en nuestro espacio público, bajo los que perder la mirada a la búsqueda de sus ramas más altas. Sin ellos, estaremos, francamente, a la deriva.

*El árbol en las
sociedades
desarrolladas es
la reivindicación
de una
naturaleza
desplazada
hasta el lugar
donde se
desarrolla
nuestra vida*



CUESTIONES GLOBALES

Es la primera vez que la carpeta central de esta revista no está dedicada a un tema directamente relacionado con la realidad lanzaroteña. Así que habrá que establecer la conexión de forma indirecta, lo que no resulta difícil, porque las cuestiones globales a las que alude el título de la carpeta afectan hoy, de manera creciente, a todas las sociedades del planeta. Sin embargo, no estamos ante un conjunto de artículos destinados a explicar o describir lo que se ha venido denominando la globalización, sino exclusivamente dedicados a analizar algunos de los aspectos de ese proceso histórico de acercamiento entre las sociedades humanas.

El artículo más directamente dedicado a la globalización es el de Jorge Marsá que abre la carpeta, aunque, en realidad, no pretende describirla sino abordar los muchos mitos de los que suele alimentarse, a derecha e izquierda, la actual literatura y la acción política sobre la globalización.

CARPETA

El ámbito de la política global ha quedado completamente transfigurado tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 y la reacción de los fundamentalistas cristianos que dirigen la actual Administración estadounidense. Y un perspicaz análisis de lo sucedido y de sus consecuencias es lo que nos ofrece Fernando Vallespin en el siguiente artículo.

Difícilmente podría faltar hoy en cualquier intento de abordar cuestiones globales una tan presente como el terrorismo, que ha pasado a ocupar un lugar omnipresente tras los atentados de Nueva York y Madrid (en el imaginario global siempre destacan los acontecimientos acaecidos en Occidente). Mary Kaldor dedica su artículo a analizar ese fenómeno como uno de los aspectos regresivos de la globalización.

Rosario Miranda escribe sobre el doble rasero que tan frecuentemente aplicamos a la libertad, según afecte a la de unos o a la de otros, a la de los poderosos o a la de los menesterosos. Y nos sumerge en una globalización en la que destaca tanto el vergonzoso trato que dispensamos a los inmigrantes como la imposibilidad de resolver ninguno de los conflictos del presente por medio de un mecanismo tan arcaico como la guerra.

Y cierra esta carpeta el artículo que firman Ginés Díaz y Jorge Marsá sobre la crisis ecológica global, en realidad, sobre las dificultades para resolverla. Se habla aquí de pesimismo ambiental, pues piensan los autores que esa crisis no comenzará a abordarse con seriedad hasta que las consecuencias no hayan alcanzado una gravedad aún más preocupante de la que hoy intuye la mayoría de la sociedad.



Los mitos de la globalización

Jorge Marsá

La realidad de las sociedades actuales y los estudios sobre ellas se confrontan con un nuevo paradigma: la globalización. Nos encontramos ante un concepto que con frecuencia sirve lo mismo para un roto que para un descosido; la globalización se ha usado tanto y para tantas cosas diferentes que el término, a la par que se ha popularizado, se ha desgastado. En ocasiones, parece que la globalización fuera la causa de casi cualquier transformación que se produzca en los campos de la política, la economía, la sociedad, la cultura o el medio ambiente. Se recurre a esta expresión tanto para explicar situaciones nuevas como para ocultar nuestras dificultades a la hora de comprender y describir muchos de ellas. “¿Qué es este fenómeno de la globalización, objeto simultáneo de tanto vilipendio y tanta alabanza? Fundamentalmente, es la integración más estrecha de los países y los pueblos del mundo, producida por la enorme reducción de los costes de transporte y comunicación, y el desmantelamiento de las barreras artificiales a los flujos de bienes, servicios, capitales, conocimientos y (en menor grado) personas a través de las fronteras”¹.

La actual globalización no es más que la aceleración del muy antiguo proceso de formación de las redes humanas. Las raíces de la creación de la red mundial se asientan en la Europa del siglo XV, el continente que se preparaba para afrontar la *Era de los descubrimientos*. La frecuente obsesión de muchos analistas, políticos e

La globalización se ha usado tanto y para tantas cosas diferentes que el término, a la par que se ha popularizado, se ha desgastado

1. Joseph E. Stiglitz, *El malestar en la globalización*. Taurus, Madrid, 2002, pág. 34.

ideólogos por el descubrimiento de nuevos mediterráneos contribuye tanto a exagerar la novedad del proceso como a oscurecer su profundo componente histórico. Intentaremos abordar el fenómeno de la globalización y sus consecuencias, pero sobre todo los mitos que la rodean y con los que se intenta explicarla, sin olvidar sus raíces y, en la medida en que seamos capaces, dejando a un lado los prejuicios ideológicos que tan a menudo dificultan la comprensión de los hechos. Somos de la opinión de que el actual estadio del proceso de globalización tiene, como siempre los tuvo, aspectos positivos y negativos, y de que el gran objetivo de una izquierda política merecedora de tal nombre debe consistir en defender el derecho de todos los humanos a una vida digna y a conservar el planeta que nos acoge, para lo que se requiere la intensificación y la transformación del proceso globalizador y de los instrumentos y las instituciones políticas que lo hacen posible.

1. Una descripción de la globalización

Como decíamos, la globalización es un proceso histórico, no un fenómeno radicalmente novedoso que supusiera un *nuevo comienzo* para las sociedades humanas. Sin embargo, comenzaremos por describir las características de la actual intensificación del proceso. Para ello acudimos a la obra más influyente que se ha escrito en los últimos años sobre la globalización: *La era de la información*. Pese a su tendencia a exagerar la ruptura histórica que supone la globalización, los tres volúmenes de Manuel Castells proporcionan un pormenorizado análisis de su estadio actual; así que sigamos a este sociólogo en su descripción:

Un nuevo mundo está tomando forma en este fin de milenio. Se originó en la coincidencia histórica, hacia finales de los años sesenta y mediados de los setenta, de tres procesos *independientes*: la revolución de la tecnología de la información; la crisis económica tanto del capitalismo como del estatismo y sus reestructuraciones subsiguientes; y el florecimiento de movimientos sociales y culturales, como el antiautoritarismo, la defensa de los derechos humanos, el feminismo y el ecologismo. La interacción de estos procesos y las reacciones que desencadenaron crearon una nueva estructura social dominante, la sociedad red; una nueva economía, la economía informacional/global; y una nueva cultura, la cultura de la virtualidad real. La lógica inserta en esta economía, esta sociedad y esta cultura subyace en la acción social y las instituciones de un mundo interdependiente.

La revolución de la tecnología de la información indujo la aparición del informacionalismo como cimiento material de la nueva sociedad. En el informacionalismo, la generación de riqueza, el ejercicio del poder y la creación de códigos culturales han pasado a depender de la capacidad tecnológica de las sociedades y las personas, siendo la tecnología de la información el núcleo de esta capacidad. La tecnología de la información ha sido la herramienta indispensable para la puesta en práctica efectiva de los procesos de reestructuración socioeconómica.

La crisis de los modelos de desarrollo económico tanto capitalista como estatista impulsó su reestructuración paralela a partir de mediados de los años setenta. En las economías capitalistas, empresas y gobiernos adoptaron diversas medidas políticas que, en conjunto, llevaron a una nueva forma de capitalismo. Esta se caracteriza por la globalización de las

actividades económicas centrales, la flexibilidad organizativa y un mayor poder de la empresa en su relación con los trabajadores. Las presiones de la competitividad, la flexibilidad del trabajo y el debilitamiento de la sindicalización condujeron a la reducción del Estado de bienestar, la piedra angular del contrato social en la era industrial.

Las redes de capital, trabajo, información y mercados enlazaron, mediante la tecnología, las funciones, las personas y las localidades valiosas del mundo, a la vez que desconectaban de sus redes a aquellas poblaciones y territorios desprovistos de valor e interés para la dinámica del capitalismo global. Ello condujo a la exclusión social y la irrelevancia económica de segmentos de sociedades, áreas de ciudades, regiones y países enteros, que constituyen el Cuarto Mundo.

Sin embargo, las sociedades no son sólo el resultado de la transformación tecnológica y económica, ni cabe limitar el cambio social a crisis y adaptaciones institucionales. Casi al mismo tiempo que estos procesos comenzaron a tener lugar a finales de los años sesenta, se desencadenaron vigorosos movimientos sociales de forma simultánea en todo el mundo industrializado. Por supuesto, fueron derrotados en la política porque, como la mayoría de los movimientos utópicos de la historia, nunca pretendieron esa victoria. Pero se marchitaron con una elevada productividad histórica: muchas de sus ideas y algunos de sus sueños germinaron en las sociedades y florecieron como innovaciones culturales, a las que tendrán que remitirse políticos e ideólogos de las generaciones venideras. De esos movimientos brotaron las ideas que serían la fuente del ecologismo, del feminismo, de la defensa constante de los derechos humanos, de la liberación sexual, de la igualdad étnica y de la democracia de base.

Si bien estos movimientos sociales eran fundamentalmente culturales, tuvieron un impacto en la economía, la tecnología y los procesos de reestructuración que siguieron. Su espíritu libertario influyó de forma considerable en la tendencia a unos usos de la tecnología individualizados y descentralizados. Su marcada separación del movimiento obrero tradicional contribuyó al debilitamiento de los sindicatos, lo que facilitó la reestructuración capitalista. Su apertura cultural estimuló la experimentación tecnológica con la manipulación de los símbolos, creando así un nuevo mundo de representaciones imaginarias que evolucionaría hacia la cultura de la virtualidad real. Su cosmopolitismo e internacionalismo estable-

La exageración es una de las características que sobresalen en buena parte de los estudios y posicionamientos políticos sobre la globalización

2. Manuel Castells, *La era de la información. Vol. 3 Fin de milenio*. Alianza Editorial, Madrid, 2001, págs. 405-417. Todo este apartado se ha escrito recurriendo a frases y párrafos textuales extraídos de las páginas citadas.

cieron las bases intelectuales para un mundo interdependiente, y su aversión al Estado socavó la legitimidad de los rituales democráticos, pese a que algunos dirigentes del movimiento se convirtieron en renovadores de las instituciones políticas. Es más, al rechazar la transmisión ordenada de los códigos eternos y los valores establecidos, como el patriarcado, el tradicionalismo religioso y el nacionalismo, los movimientos de los años sesenta crearon el marco para una división fundamental en las sociedades de todo el mundo: por una parte, las élites activas autodefinidas culturalmente, que construyeron sus propios valores en virtud de su experiencia; por la otra, los grupos sociales cada vez más inseguros, privados de información, recursos y poder, que cavan sus trincheras de resistencia precisamente en torno a aquellos valores eternos que habían sido menospreciados por los rebeldes de los años sesenta.

Las consecuencias de estos procesos en *las relaciones de clase* son tan profundas como complejas. El nuevo sistema se caracteriza por una tendencia a aumentar la desigualdad y la polarización sociales. Ello obedece a los tres siguientes factores: a) una diferenciación fundamental entre trabajo autoprogramable y altamente productivo, y trabajo genérico prescindible; b) la individualización del trabajo, que socava su organización colectiva, con lo que los sectores más débiles de la mano de obra quedan abandonados a su suerte; y c) la desaparición gradual del Estado de bienestar bajo el impacto de la individualización del trabajo, la globalización de la economía y la deslegitimación del Estado, privando así de una red de seguridad a la gente que no puede alcanzarla de forma individual. Esta tendencia hacia la desigualdad y la polarización no es inexorable: puede contrarrestarse y evitarse mediante políticas públicas. Pero la desigualdad y la polarización están prescritas en las dinámicas del capitalismo informacional y prevalecerán a menos que se emprenda una acción consciente y sostenida para compensar estas tendencias.

Las relaciones de poder también están siendo transformadas por los procesos sociales analizados. La principal transformación concierne a la crisis del Estado-nación como entidad soberana y la crisis relacionada de la democracia política, según se construyó en los dos últimos siglos. Puesto que la democracia representativa se basa en la idea de un Estado soberano, el desdibujamiento de las fronteras de la soberanía conduce a la incertidumbre en el proceso de delegación de la voluntad del pueblo. La globalización del capital, la multilateralización de las instituciones de poder y la descentralización de la autoridad a los gobiernos regionales y locales producen una nueva geometría del poder, induciendo quizás una nueva forma de Estado, el Estado red².

2. La exageración global

Además de un exhaustivo análisis de la globalización, las citas de Manuel Castells revelan una constante: “nuevo mundo, nueva estructura social dominante, nueva economía, nueva cultura, nueva sociedad, nueva forma de capitalismo, nuevo sistema, nueva geometría del poder, nueva forma de Estado... por primera vez en la historia”. Pero podríamos convenir, al menos, en que existe una clara dislocación entre un discurso que remarca tanta novedad y un mundo en el que, en su mayor parte, la vida cotidiana de las personas continúa enmarcada por las circunstancias nacionales y locales.

Parece que la exageración es una de las características que sobresalen en buena parte de los estudios o los posicionamientos políticos sobre esta intensificación de las relaciones entre las diferentes sociedades. “Bajo el paraguas de la globalización se coloca una heterogénea variedad de fenómenos, que incluye desde el desarrollo de las redes informáticas hasta la multiplicación de los restaurantes de comida basura, desde el volumen y la velocidad de los flujos financieros hasta el resurgir del fundamentalismo religioso. La extraordinaria capacidad de la globalización para, siendo sencillamente un hecho, abarcar todo cuanto ocurre en nuestros días puede explicarse, desde luego, reconociéndole un poder transformador sin parangón en la historia de la humanidad, y así lo hace la actual ortodoxia. Pero puede explicarse también a través de otro razonamiento: en realidad, si la fuerza de la globalización nos parece tan descomunal es porque estamos anotando en su haber cualquier fenómeno o acontecimiento que haya tenido lugar tras esa raya en el tiempo que hemos convenido en considerar como la marca de la nueva era y del nuevo comienzo. De ahí que nuestra actitud hacia la globalización sea semejante a la de los creyentes en cualquier divinidad creadora del mundo, que es tanto como decir creadora del inicio”³.

Por lo tanto, la globalización “cumple también en gran medida algunas de las funciones atribuidas al mito. En efecto, aunque trata de aparecer como la exposición o descripción más acabada de lo que pasa, como una especie de autentificación o acta notarial del cumplimiento de la propia lógica de la modernidad, que sería la lógica del progreso y de la racionalidad (racionalidad económica elevada a paradigma de racionalidad), la globalización es más bien un modelo explicativo o, mejor, un *paradigma* en el sentido menos neutro del término. Es decir, no es sólo un instrumento de conocimiento de la realidad, sino sobre todo una herramienta de conformación de la realidad, con la evidente función ideológica de coartada para tratar de legitimar proyectos sociales y políticos funcionales a la ideología y a los intereses del neoliberalismo económico, que es quien nos propone tal paradigma”⁴. Sin embargo, esta función ideológica de la globalización no es privativa de la derecha neoliberal. Las exageraciones sobre la influencia de la globalización en el mundo actual son muchas y aparecen transversalmente en el ámbito de la política y la ideología. El “pensamiento único” ha sido de todo menos único, y desde luego cada corriente política acarrea el suyo. Ahora bien, ¿por qué asistimos a esta desmesura que nos sitúa en el paraíso de la exageración global? Pues porque

La globalización se ha convertido en la gran justificación de la revolución conservadora

3. Jesús María Ridaio, *La elección de la barbarie. Liberalismo frente a ciudadanía en la sociedad contemporánea*. Tusquets Editores, Barcelona, 2002, pág. 100.

4. Javier de Lucas, *Globalización e identidades. Claves políticas y jurídicas*. Icaria Editorial, Barcelona, 2003, pág. 32.

la amplificación de los efectos de la globalización resulta funcional, por diferentes razones, para los intereses o los anhelos de muchos de los actores en conflicto.

El paraíso de la economía: los neoliberales

La derecha neoliberal ha encontrado en la retórica sobre la globalización una nueva herramienta para sus objetivos más tradicionales: el debilitamiento del Estado y el impulso de la libre interacción en el mercado. La globalización se ha convertido en la gran justificación de la *revolución conservadora*. Las propuestas políticas que fomentan la privatización del sector público de la economía, la desregulación del capitalismo, la eliminación del déficit público y el desmantelamiento del Estado del bienestar se han presentado como medidas económicas obligadas por la necesidad de competir en una economía global. En la globalización ha encontrado la derecha neoliberal el mito que le ha permitido proponer una opción claramente ideológica como si fuera el mero resultado de la aplicación de recetas económicas objetivas.

El recurso a la globalización para justificar una determinada opción política o económica se utiliza en los más diversos campos. En Canarias, un ejemplo de actualidad lo constituye la continúa apelación al turismo de calidad. Se argumenta la necesidad de continuar degradando el territorio de las Islas para albergar campos de golf, puertos deportivos, parques temáticos y hoteles de lujo como la única forma de competir en el mercado global, esto es, con el resto de los destinos turísticos. Da igual que resulte una evidencia que la mejor manera de rivalizar con otros destinos no puede consistir en ofrecer exactamente lo mismo que ellos, desnaturalizando las características del propio. Da igual que sea una obviedad que el mejor camino para competir sea restringir la oferta, detener el crecimiento turístico. Da igual que la continuidad de ese crecimiento ponga en peligro la propia competitividad de Canarias como destino turístico. De lo que se trata es de justificar, como sea, que el interés de empresarios y políticos por continuar ordeñando la ubre de la especulación del suelo y de la construcción inmobiliaria obedecería a la supuesta necesidad de competir en la economía global. Se trataría, por lo tanto, de una necesidad que nos viene impuesta desde fuera, inexorable, y frente a la que resultaría utópico oponer resistencia.

El paraíso de la ideología: la izquierda angelical

La izquierda radical tiene también una larga tradición en la adicción a la ideología y, en consecuencia, en la tendencia a exagerar la importancia de muchas de las actuaciones que denuncia. Y en este sector político la globalización ha tomado el relevo de lo que para la izquierda tradicional era el imperialismo, concepto construido también mucho más desde la ideología que desde el análisis de la realidad. La globalización se ha convertido en el nuevo paradigma, el nuevo estadio de desarrollo del capitalismo, que permite abandonar la política en el ámbito nacional, para centrar los esfuerzos en la construcción ideológica del futuro. Si antes se esperaba a que el *hombre nuevo* del comunismo acabara con los conflictos sociales, ahora, ante las desdichas de este mundo, se centran las esperanzas en que *otro mundo es posible...* en cuanto alumbremos una *nueva ciudadanía*. Se justifica la necesidad de huir de este mundo en aras de facilitar el advenimiento del que viene. Se abandona en buena parte el terreno de la política real para adentrarse en el de la religión polí-

tica. Y probablemente comprobaremos una vez más que “el ancestral ejercicio de imaginar el porvenir no ha tenido nunca otro efecto constatado que el de sacrificar el presente, arrasando de una vez tanto sus lacras como, sin duda, sus virtudes”⁵.

La renovación política que muchos creen atisbar en la antiglobalización más parece cuestión de etiquetas que de propuestas políticas. Si en el 68 se le añadió el adjetivo de nueva a la izquierda y de nuevos a los movimientos sociales, hoy algunos hablan de *novísimos* movimientos cuando se refieren a los que se incluyen en el movimiento antiglobalización o *altermundista*. El hecho de que los inspiradores y teóricos de tan *novísima* corriente –reunidos sobre todo alrededor de ATTAC y *Le Monde Diplomatique*– tengan ya treinta y cinco años de experiencia política –desde el 68– no parece que haga recelar a nadie de tanta novedad. Pero tampoco resultan nada novedosos los líderes más públicos del movimiento antiglobalización: en EE. UU., John Zerzan postula un retorno a la época paleolítica, en un mundo en el que la población no debería sobrepasar el 3% de la actual. En Francia, la figura de un proteccionista reaccionario como José Bové concentra buena parte de los focos. Vandana Shiva se hace famosa en la India por sus notables olvidos de lo que la ciencia podría aportar a una agricultura ecológicamente sostenible. En Latinoamérica, el Subcomandante Marcos y Rigoberta Menchú encarnan el nacionalismo indigenista, y mientras el primero se dedica a solidarizarse con sus compañeros nacionalistas de ETA, la segunda a la invención de su pasado –con notable éxito, por cierto, pues consiguió el premio Nobel de la paz–. Y entre los Nobel más literarios, poca novedad encontramos en la reivindicación de ciertas tradiciones: Wole Soyinka la de su etnia yoruba frente a las del islamismo o el cristianismo, y José Saramago la del ya clásico partido comunista.

En suma, mucho *colocón ideológico* y poca política. Así puede entenderse que un partido político como Alternativa Ciudadana, que se define como nacionalista popular, se considere el representante de esta corriente en Lanzarote. Se pone de relieve la ambigüedad política de un movimiento que se reclama “antisistema”. En el movimiento *altermundista* conviven distintas sensibilidades, pero muchas de ellas difícilmente deberían calificarse como progresistas si atendemos a una de sus características fundamentales: la apuesta por las políticas de la identidad, característica básica de la derecha más tradicional. No obstante, no puede negarse que, pese a la escasa solidez de las propuestas, este movimiento ha colocado en la

La renovación política que muchos creen atisbar en la antiglobalización más parece cuestión de etiquetas que de propuestas políticas

5. Jesús María Ridaio, *La elección de la barbarie. Liberalismo frente a ciudadanía en la sociedad contemporánea*. Tusquets Editores, Barcelona, 2002, pág. 11.

6. David Held y Anthony McGrew, *Globalización/Antiglobalización. Sobre la reconstrucción del orden mundial*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2003, pág. 16.

agenda política algunos de los conflictos fundamentales que ha provocado la globalización. Y al contribuir a modificar esa agenda ha influido significativamente en la actividad política durante los últimos años. Debe decirse, por tanto, que, pese al exceso de prejuicios ideológicos y a las visiones apocalípticas, el resultado de su aportación a la acción política en el mundo actual es claramente positivo.

El paraíso gubernamental: el gobierno inocente

La práctica de la exageración en lo que se refiere a la globalización ha encontrado terreno abonado en la actuación de los gobiernos, tanto en el mundo rico como en el pobre. En opinión de algunos, “la ideología de la globalización funciona como un ‘mito necesario’, a través del cual los políticos y los gobiernos disciplinan a sus ciudadanos para satisfacer las exigencias del mercado global”⁶. Sin embargo, el mercado global no exige nada; lo que se intenta es justificar la imposición de las políticas, también nacionales, que han caracterizado a la *revolución conservadora* o la ineptitud en las tareas de gobierno.

En los países desarrollados, la globalización se ha utilizado para argumentar la necesidad de primar el componente competitivo frente al solidario a la hora de implementar las políticas públicas. La globalización nos obligaba, se nos dijo, a liberalizar, desregular y flexibilizar nuestras sociedades como único camino para competir con éxito en la economía global. Durante la última década, el ejemplo lo han representado los Estados Unidos, y la profunda desigualdad de esta sociedad no era sino el mal menor que debíamos arrostrar para no quedar fuera de la competición. No obstante, el ejemplo norteamericano no deja de ser un caso bastante aislado –habría que sumarle el éxito económico de Irlanda–, pues la mayoría de los países que han tenido un éxito significativo en esa economía global lo han conseguido con políticas completamente diferentes, cuyo común denominador ha sido el mantenimiento de Estados fuertes con una importante influencia, de una u otra forma, en las respectivas economías nacionales. La economía más competitiva e innovadora del mundo es hoy la finlandesa, y su éxito ha ido acompañado por una gran expansión de su Estado del bienestar. Y la región económica con mayor crecimiento económico en el planeta es el Este asiático, donde la influencia del Estado resulta determinante. No es la globalización lo que provoca las políticas de los gobiernos que tratan de adelgazar el Estado de bienestar, sino la ideología de quienes abogan por modificar el reparto de la riqueza beneficiando a quienes más tienen.

En el Tercer Mundo, las exageraciones sobre la influencia de la globalización en sus economías nacionales han servido, fundamentalmente, bien para justificar el latrocinio de las élites locales o bien para diluir las responsabilidades de desastrosas actuaciones gubernamentales. En cualquier continente, y pese a la globalización, encontraremos ejemplos tanto de gobiernos que han fracasado como de otros cuyas políticas han tenido éxito. En este mundo global, continúa siendo decisiva la actuación gubernamental y el comportamiento de cada sociedad; aunque no pueda negarse la influencia de los mercados globales, la política sigue sin estar predeterminada desde el exterior.

El paraíso empresarial: las empresas multinacionales

Este es el campo donde los frutos de exagerar las consecuencias de la globalización pro-

ducen los beneficios más tangibles: los económicos. Las corporaciones multinacionales son uno de los mayores beneficiarios de la globalización —el otro sería el capital financiero—, ¿por qué, entonces, estarían interesadas en extremar sus problemáticas consecuencias? La contestación es sencilla: para acceder al conjunto de ayudas nacionales que conforman lo que en ocasiones se denomina la política industrial y obtener permisos de las autoridades antimonopolio para las fusiones o absorciones de otras empresas. En suma, el mito y la realidad de la globalización les permite acercarse al objetivo primordial, que reside, como dice el historiador David Landes, en el hecho de que “todos los hombres de negocios prefieren el monopolio a la competencia”⁷.

Cuando las multinacionales deciden instalarse en un país, lo primero que hacen es abrir una auténtica subasta a la búsqueda del gobierno que les proporcionará más subvenciones directas e indirectas. Por supuesto, nunca se ha escuchado una palabra de sus directivos sobre la manipulación del libre mercado que suponen estas ayudas, que desvirtúan la libre competencia.

Donde la globalización se esgrime como el argumento perfecto para evitar la libre competencia es en el proceso de las absorciones o fusiones empresariales, que vivió un extraordinario auge durante la pasada década, y que ha supuesto una verdadera pesadilla para las instituciones encargadas de velar por la libre competencia. Se defiende aquí el criterio de que las fusiones proporcionan la economía de escala imprescindible para competir en el mercado global. En este caso no puede hablarse de ideología, sino de puro cinismo. Porque la eliminación de competidores del mercado no puede provocar más que una disminución de la competencia, que obviamente es más intensa cuanto mayor sea el número de competidores. Las fusiones empresariales tienen dos objetivos: uno, evidente, es la búsqueda de esa tradicional aspiración al monopolio o al oligopolio que elimine o disminuya la competencia entre empresas. El otro, menos conocido, es que las grandes fusiones han proporcionado unos beneficios inmediatos de enorme cuantía a los directivos de las propias empresas y a los bancos de inversiones que se encargan del asesoramiento en estas operaciones.

Además, se olvida con frecuencia que una de las características de estas corporaciones es que suelen ser mucho menos multinacionales de lo que se piensa. Todas tienen su centro y buena parte de su actividad en un país. La mayoría consideramos, acertadamente, a IBM, Microsoft o Boeing como empresas estadounidenses, y lo

Los grandes adalides de la libre competencia no hacen más que pedir subvenciones y ventajas para evitar la libre competencia en el mercado

7. David S. Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones*. Editorial Crítica, Barcelona, 1999, pág. 149.

8. Edward Luttwak, *Turbocapitalismo. Quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización*. Editorial Crítica, Barcelona, 2000, pág. 199.

mismo hacemos con las de otros países: Repsol, Siemens, Alstom, Toyota, Samsung... ¿Por qué en cada uno de sus países respectivos se quejan estas empresas de las consecuencias de la globalización si son sus principales beneficiarios? Dejemos la contestación a Edward Luttwak: “Para los intereses de la empresa privada, hablar de la globalización es la mejor manera de conseguir la solidaridad del resto de la nación en su lucha contra las leyes y las instituciones que les parecen más restrictivas. Naturalmente, las empresas francesas que actualmente piden la supresión de las leyes de protección del empleo, por ejemplo, prefieren que la atención se centre en su batalla contra los competidores extranjeros y no en el conflicto con los sindicatos de su propio país. Lo mismo pasa en el resto del mundo, siempre con la misma contradicción: la globalización implica que la nacionalidad no importa demasiado, con empresas móviles propiedad de accionistas anónimos repartidas por todo el mundo. Aún así, quienes más insisten en su importancia siguen invocando el interés nacional. Quizá sea cierto que la coherencia sólo es una maldición de mentes estrechas. Ciertamente, ello no es óbice para que intereses privados, expertos desinteresados y funcionarios gubernamentales por lo demás interesados invoquen la solidaridad nacional en función de otro propósito que contradice la lógica de la globalización: la política industrial”⁸.

¿Qué se entiende por política industrial? Es sencillo: que el Estado contribuya a la Investigación y Desarrollo para suministrar nuevos productos y técnicas productivas a las empresas privadas; que proporcione créditos, subvencionándoles buena parte del interés; que conceda exenciones fiscales a los empresarios; que restrinja las importaciones de los competidores; que subvencione las exportaciones de nuestras empresas; que adjudique los contratos para la provisión de productos o servicios, incluso en peores condiciones, a las empresas nacionales; que estimule la fusión de empresas en los sectores demasiado fragmentados para competir en el mercado mundial...

Los grandes adalides de la libre competencia y promotores de la globalización neoliberal no hacen más que pedir subvenciones y ventajas para evitar la libre competencia en el mercado. Pero esta situación no se produce únicamente entre las grandes corporaciones multinacionales. Buena parte del empresariado canario –y los más poderosos, todos– responde con más exactitud a la etiqueta de recolectores de subvenciones que a la de emprendedores. En Canarias, es probable que la actividad principal de los ámbitos político y empresarial sea la búsqueda de subvenciones, para lo cual se cultiva el papel de víctima incapacitada para competir con los de fuera en condiciones de igualdad. Se habla de defender el estatuto de Región Ultraperiférica (RUP), como si Canarias fuera una pobre región alejada donde resultara difícil tanto llegar como salir, ¡en una comunidad que recibe doce millones de visitantes cada año! En esta tierra, a los empresarios turísticos, que disponen de la inmensa ventaja, con respecto a la mayoría de los destinos, de tener una estacionalidad de doce meses, se les subvenciona para que construyan el hotel y después se les obsequia con el 90 por ciento de los impuestos que deberían pagar –la RIC–. Pero si no hay suficiente con estas siglas, con la RUP y con la RIC, siempre estará el REA, la ZEC, las subvenciones a la agricultura, los Incentivos Regionales y la batería de ayudas del

Gobierno de Canarias a disposición de cualquiera que esté dispuesto a evitar, como sea, competir en el libre mercado.

A juicio de muchos empresarios, las instituciones públicas no pueden mantener unos servicios públicos de la calidad que demandan los ciudadanos de los países ricos, y hay que dismantelar el Estado del bienestar para fortalecer la competitividad de la sociedad. Pero la ingente cantidad de fondos públicos dedicada en todos los países a subvencionar a las empresas, ni tocarla, porque tienen que competir en el *libre* mercado.

El paraíso financiero: el casino global

Si en algún terreno existe un acuerdo generalizado sobre la extensión de la globalización en las últimas décadas es en el de las finanzas. El capital financiero ha sido el gran beneficiado de la globalización, hasta el punto de que bien puede hablarse hoy del casino global: “Por cada dólar intercambiado en el ‘comercio real’ hay un volumen de 55 dólares en intercambios en los mercados de divisas. No es de extrañar así que el propio Greenspan, presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, hable de una ‘inflación financiera’ que ha creado una inmensa burbuja especulativa crecientemente alejada de la economía real”⁹. Por tanto, la globalización se ha plasmado con mucha más fuerza en esa burbuja financiera que en la economía real.

Sin embargo, también al capital financiero le interesa exagerar los efectos de la globalización. ¿Para qué? Dos son básicamente los objetivos que se buscan: el primero, tratar de imponer la fuerza de los hechos para evitar una vuelta a la regulación de los flujos de capitales y, sobre todo, la posible imposición de un impuesto a esos flujos, es decir, impedir que se extienda la idea de la conveniencia de la tasa Tobin –una de las mejores propuestas del movimiento *altermundista*–. En segundo lugar, se intenta enmascarar la realidad para el propio beneficio. Esa realidad que muestra que los países emergentes que mejor han resistido las últimas crisis son aquellos que se negaron a abrir y a desregular su mercado de capitales al ritmo que pretendían imponer tanto el capital financiero como el Fondo Monetario Internacional. La libre circulación de capitales en el mercado global produce tanto cuantiosos beneficios para quien los posee o los maneja como una inestabilidad en el sistema que provoca o agudiza las crisis regionales. Además, la defensa de la libre circulación de esos capitales constituye un argumento más para quienes pretenden restar fuerza a los Estados nacionales en su papel de reguladores del sistema económico. Como siempre, no es

Otra vez, y como siempre, nos sitúan ante un nuevo comienzo de la historia de las sociedades humanas

9. Fernando Vallespin, *El futuro de la política*. Taurus, Madrid, 2003, pág. 42.

la economía lo que se impone, sino la ideología o los intereses de quien defiende determinadas propuestas.

El paraíso de la nueva era: los académicos

Ahora bien, a estas exageraciones sobre el fenómeno de la globalización no les faltan fundamentos teóricos ni estudios en los que apoyarse. Han sido muchos los teóricos de la globalización que le achacan casi todo lo que ocurre en el mundo desde que concluyó la guerra fría. Encontramos aquí una característica típica de la modernidad occidental, el hecho de que cada generación crea asistir a una transformación radical en la historia que la sitúa ante la aparente necesidad de un nuevo comienzo. Pese a lo ridículo de que esta idea se repita con tal continuidad, el fenómeno de la *nueva era* no parece perder intensidad. Sólo en el siglo pasado hemos asistido a varias nuevas eras: la que daba comienzo con el golpe de estado de los bolcheviques en la Rusia de 1917, la que se inauguraba con la caída del fascismo en Europa en 1945 –España al margen–, la que alumbraba la “revolución cultural” de mayo de 1968, la que emergía tras el derrumbe del muro de Berlín en 1989 y, la última por el momento, la nueva era que anuncia la globalización. Claro que a estas nuevas eras de carácter internacional podrían añadirse las circunscritas a cada país. Así que, otra vez, y como siempre, nos sitúan ante un nuevo comienzo de la historia de las sociedades humanas.

Que los académicos descubran cada día nuevos mediterráneos tiene, además, una explicación bastante más prosaica: la necesidad y la conveniencia de magnificar las consecuencias del fenómeno a cuyo estudio se dedican tantas horas y esfuerzos. Parece comprensible la tendencia de los expertos –agudizada por los excesos provocados por su excesiva especialización– a magnificar la importancia del área que investigan, puesto que esa importancia revierte de alguna manera en ellos mismos y revaloriza sus aportaciones.

El paraíso cultural: la explosión nacionalista

Si hay un espacio en donde cualquier exageración sobre las consecuencias de la globalización es bienvenida, ese es el del nacionalismo político o cultural. Para los nacionalistas, multiculturalistas o comunitaristas la globalización se ha convertido en una auténtica maldición que propicia la homogeneización de las culturas, destruye las diferencias y difumina las tradiciones comunitarias. No obstante, deberían explicar, también recurriendo a la globalización, el notable éxito que han tenido en la rehabilitación de los discursos identitarios (religiosos, culturales, étnicos o nacionales). Es decir, en la defensa de su criterio de que las sociedades se comprenden a partir de sus identidades culturales y no de los valores cívico-políticos de los individuos que las forman.

Nos encontramos de nuevo ante una variante del asalto al Estado nacional, cuya consecuencia más obvia sería alimentar la fuerza del proceso globalizador que se dice combatir. Como no puede ser de otra manera, este “narcisismo de las pequeñas diferencias” –como lo llamaba Freud– o nacionalismo –como lo denominamos en este país– tiene como objetivo principal obtener ventajas comparativas en la distribución de los recursos por la vía de diluir el Estado, la única institución actual que garantiza ciertos niveles de igualdad entre los ciudadanos. Es por este motivo, entre otros, por lo que algunas de las mentes más

lúcidas del movimiento antiglobalización, como Susan George, sostienen que, para los fines perseguidos por los impulsores de la globalización neoliberal, “la herramienta psicológica más útil jamás creada es la política de identidad. El objetivo es potenciar la fragmentación, poner de relieve las diferencias con los demás y crear guetos. En lugar de preguntarse qué puede *hacer*, la gente deberá centrarse, sobre todo, en quién *es*”¹⁰. Por tanto, no es paradójico, como sostienen muchos autores, que al proceso globalizador le haya acompañado una explosión de los nacionalismos; al contrario, constituyen las dos caras de la misma moneda. Y así se entiende lo conveniente que resulta para los nacionalistas contribuir a la generalizada práctica de exagerar las consecuencias de la globalización que tanto les alimenta.

3. Un proceso con una larga historia

La mejor herramienta para contrarrestar este cúmulo de interesadas exageraciones continúa siendo la historia. Y en ese contexto tenemos que situar la principal característica que se resalta de la actual globalización, la red, hasta llegar a definir a la sociedad actual como la “sociedad-red”. Sin embargo, no es éste un fenómeno reciente, sino que sus orígenes se remontan casi a los de la humanidad, como bien ponen de relieve J. R. McNeill y William H. McNeill¹¹, quienes afirman que la tendencia a conectar, integrar e internacionalizar las sociedades humanas se ha producido e intensificado a lo largo de miles de años.

Las redes humanas

En su nivel más básico, la red humana nace con la aparición del lenguaje, que facilita el intercambio de información y mercancías. Pese a las muchas limitaciones de aquella época, la difusión, por ejemplo, del arco y la flecha por la mayor parte del planeta demuestra la primera existencia de una incipiente red mundial, que no hizo sino fortalecerse con el tiempo.

La llegada de la agricultura, hace unos doce mil años, permitió procurar sustento a un mayor número de personas. La población crece y también las posibilidades de coordinar los esfuerzos y la cooperación colectivos. Aumenta, pues, la interactividad de ciertas comunidades, que originan redes más compactas de alcance local o regional. En los dos milenios siguientes, los poblados agrícolas se propagaron como una erupción por toda Eurasia, África y América, y pasaron a ser el marco en el que transcurría la vida de la mayor parte de la humanidad.

Hace unos seis mil años, las redes locales y regionales se densifi-

Resulta muy conveniente para los nacionalistas exagerar las consecuencias de la globalización que tanto les alimenta

10. Susan George, *El informe Lugano*. Icaria Editorial, Barcelona, 2001, pág. 114.

11. J. R. McNeill y William H. McNeill, *Las redes humanas. Una historia global del mundo*. Editorial Crítica, Barcelona, 2004. Las aportaciones y los datos de este libro volverán a utilizarse a lo largo de este apartado.

caron gracias a la fundación de las ciudades, que constituían las encrucijadas y almacenes de información, mercancías e infecciones. Y con su expansión, a medida que la agricultura se hacía más intensiva y producía más excedentes, se acabaron generando redes metropolitanas. La agregación de muchas de esas redes conformó hace unos dos mil años la que se ha llamado la red del Mundo Antiguo, que abarcaba la mayor parte de Eurasia y el norte de África. Este proceso histórico de fusión, densificación, expansión, aceleración y creciente complejidad de estas redes metropolitanas era y es permanente, y se despliega alentado por la adquisición y la divulgación de nuevas habilidades, conocimientos y avances técnicos, que facilitan la interacción y el incremento de la velocidad a la que se produce, afectando crecientemente a la vida cotidiana de un número de personas cada vez mayor.

En el año 1450, los trescientos cincuenta o cuatrocientos millones de pobladores de la tierra hablaban varios miles de lenguas, practicaban varios centenares de religiones y tenían varios centenares de gobernantes políticos: seguía predominando una enorme diversidad. Pero en los tres siglos y medio siguientes, casi todos los pueblos del planeta se integraron en una gran comunidad y la red del Mundo Antiguo dio paso a la moderna mundialización, que provocó la inclusión de todas las grandes redes en una de dimensión global. Desaparecieron en el proceso pueblos, lenguas y religiones. Para muchas sociedades el cambio fue catastrófico. Sin embargo, la suma de millones de personas, recursos y ecosistemas a esta incipiente red mundial, provocó un incremento de la especialización del trabajo y de los conocimientos, los intercambios comerciales se internacionalizaron más, y el resultado fue un aumento sorprendente de la riqueza generada por las sociedades, pero también se alcanzaron unos niveles de desigualdad que habían sido desconocidos hasta entonces.

La confluencia en una red global transformó el mundo. En 1800 sólo una pequeña porción de los novecientos millones de habitantes de la tierra permanecía al margen de esa red. Millones de personas emigraron a las costas –alcanzando el mar una nueva y característica prominencia en la definición de las comunidades humanas–, y vivían en ciudades que formaban parte de redes de influencia de largo alcance. No obstante, pese a los cambios, todavía en este momento la mayoría de las personas vivían de la agricultura y utilizaban como energía su propia fuerza muscular, la de los animales y un pequeño porcentaje de energía eólica e hidráulica. Su vida era pobre e insegura, sujeta a la amenaza del hambre, la enfermedad, la guerra y la vejez, mientras buscaban consuelo en la fe religiosa.

En esos momentos, el aprovechamiento de los combustibles fósiles había iniciado ya la Revolución Industrial, que provocó la densificación y la aceleración de esa red mundial, liberando a la humanidad de antiguas limitaciones que impedían un mayor crecimiento de la población. Aumentó la disponibilidad de alimentos, la movilidad y, en general, la producción económica. Las transformaciones provocadas fomentaron cambios sociales y políticos, como la ascensión de los nacionalismos, la abolición de la esclavitud y de la servidumbre, formas políticas más representativas en algunas sociedades, un gran impacto en los ecosistemas, la explosión demográfica, el aumento de la urbanización, la expansión de la agricultura destinada al comercio, grandes migraciones y una intensificación del comer-

cio que afectaba cada vez más a artículos básicos para la supervivencia. La Revolución Industrial y la densificación de la red mundial produjeron una transformación de la condición humana que sólo puede ser comparada con la que acompañó a la introducción de la agricultura varios milenios antes. En 1914, antes de comenzar la Primera Guerra Mundial, la red se mantenía unida gracias al acero, al vapor y a los cables, su extensión abarcaba todo el planeta, y por ella circulaban grandes cantidades de productos, información y personas a un coste decreciente y a una velocidad en aumento, que los siguientes desarrollos tecnológicos no harían sino acentuar. Puede decirse que la globalización era ya un hecho, hasta el punto de que, según muchos autores, en la actualidad el comercio internacional simplemente ha recuperado la importancia relativa que tenía en aquel momento.

Impulso y retroceso en la red

La causa fundamental de la expansión de las redes es invariablemente la misma: las nuevas formas civilizadas de las sociedades humanas pueden interactuar más productivamente con su entorno, procurándose más alimentos y energía, con lo cual generan una riqueza y un poder muy superiores a los de las sociedades precedentes. Las tecnologías de la comunicación y el transporte han jugado siempre un papel clave en este proceso. La primera red mundial carecía de escritura, ruedas y animales de carga, y los mensajes y los objetos que circulaban por ella eran de pequeño volumen y lo hacían a una velocidad lenta. La escritura, la imprenta, el telégrafo e Internet fueron avances cruciales para la transmisión de la información; y las ruedas, el barco de vela, los ferrocarriles y el avión lo fueron para el transporte. Cada uno de ellos redujo notablemente, además, los costes de transmitir la información y el transporte de productos, e incrementó su alcance y su velocidad, esto es, mejoraron la comunicación y constituyeron el soporte que permitió expandir tanto las empresas económicas como las políticas y las culturales.

Todavía en 1800, las personas, las mercancías y la información tardaban bastante más de un año en dar la vuelta al mundo. Pero ya en 1930 una llamada telefónica era instantánea y su coste se reducía progresivamente: tres minutos de conversación entre Londres y Nueva York costaban trescientos dólares; en 1970, veinte; y alrededor de treinta centavos de dólar en 2001. El comercio de larga distancia sufrió una auténtica transformación cuantitativa y cualitativa, y de haber estado reducido casi a mercancías preciosas pasó,

La tendencia a conectar, integrar e internacionalizar las sociedades humanas se producido e intensificado a lo largo de miles de años

a partir de 1800, a incorporar crecientes cantidades masivas de materias primas. Los grandes cambios tecnológicos en las comunicaciones y el transporte que caracterizaron el siglo XX (el teléfono, el automóvil, la radio, el avión, el cine, Internet...) colaboraron a estrechar la red y alteraron las pautas de la vida cotidiana de las personas de todo el planeta. Democratizaron mucho la transmisión de la información en los países prósperos y contribuyeron, al menos hasta alrededor de 1975, a reducir la precariedad de las personas más necesitadas de esos países, confiriendo a esas sociedades una riqueza y un poder que las separó aún más de las de las naciones pobres del planeta.

No obstante, cada estadio de desarrollo de la red se sostuvo tanto con la cooperación como con el conflicto, y en algunos casos provocó abruptas rupturas biológicas y culturales con las formas precedentes de vida. Así, la expansión de la agricultura y la domesticación de animales causó –además de un notable incremento de la riqueza disponible– una importante alteración de los ecosistemas de la Tierra, que sólo sería superada por la que acompañó a la Revolución Industrial. El crecimiento de las redes aparejaba la aparición de nuevos riesgos y peligros, pues las comunidades fueron más vulnerables a las infecciones (al permanecer en contacto más estrecho con sus propios desechos) y al estar más expuestas a contraer las infecciones víricas de sus animales domésticos (la viruela, el sarampión o la gripe). Con el tiempo, la confluencia de las distintas redes en una sola red global homogeneizó las cepas de las enfermedades y restringió los riesgos de las grandes epidemias, al adquirir cada vez más personas los mismos anticuerpos. Mientras que aquellas zonas que habían permanecido más aisladas se hicieron más vulnerables y sufrieron con un rigor extremo su incorporación a la red mundial (como bien puede atestiguar la muerte de millones de habitantes del continente americano tras entrar en contacto con las enfermedades de los europeos). Pero el proceso continuó, y los avances médicos e higiénicos (entre los que destaca el alcantarillado de las ciudades) contribuyeron posteriormente a incrementar la salud y el bienestar físico de un gran número de personas. No obstante, y pese a la creencia casi generalizada, este proceso no ha concluido, como demuestran la epidemia del Sida, el fenómeno de las vacas locas o la reciente gripe asiática.

El proceso de formación de la red mundial no fue lineal, regular o equilibrado. Por el contrario, sufrió numerosos reveses, como el desmembramiento del Imperio Romano, que sucumbió a la presión demográfica de los pueblos de la estepa, la transformación del equilibrio militar y las epidemias, afectando especialmente a la Europa mediterránea, que experimentó una disminución de su población, el declive de sus centros urbanos y la decadencia de la instrucción y la cultura. Algunos de esos reveses fueron definitivos, como el derrumbamiento de la sociedad maya alrededor del año 900, en tanto que otros fueron frenazos momentáneos del impulso globalizador. Tal fue el caso de la Primera Guerra Mundial, que hizo temblar los cimientos políticos y económicos de Europa y tuvo repercusiones en todo el mundo, que acabaron plasmándose en la Gran Depresión de 1929. Se produjeron profundos y perjudiciales cambios en la prosperidad de la mayoría de las naciones –basada en parte en el libre movimiento de mercancías, capitales y personas–, que debilitaron la política que sostenía el liberalismo y generaron un resentimiento y temor

que alimentaron el nacionalismo y acabaron provocando la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, al concluir la guerra, se renovó el impulso para la creación de nuevas instituciones internacionales (ONU, FMI, BM...) que organizaron un nuevo régimen internacional que preparó la llegada del nuevo impulso globalizador de finales del siglo XX.

Los efectos y las consecuencias del proceso de globalización a lo largo de la historia (que terminaron por alcanzar a todas las personas del planeta), no se distribuyeron de manera equilibrada entre ellas ni entre las sociedades a las que pertenecían. En cada momento, la riqueza y el poder se concentraron allí donde la especialización del trabajo y la movilización del esfuerzo humano llegaron más lejos y con más rapidez, y acentuaron la competencia e incrementaron los conflictos al alterar las relaciones de poder existentes, creando temor e incertidumbre entre muchas personas y, en consecuencia, alumbrando fuerzas de resistencia activa al proceso que hoy denominamos “modernización”: algunos, como Sócrates, se opusieron a la utilización de la escritura; otros, como los luditas, lucharon contra la maquinización impulsada por la Revolución Industrial; y, más recientemente, el conglomerado de los movimientos *altermundistas* trata de frenar parte de las peores consecuencias del presente estadio de la globalización. Actualmente, la sociedad humana es una enorme y compleja red de cooperación y competencia sostenida por flujos masivos de información y energía. Pero la tendencia de la sociedad a generar y mantener desigualdades sociales —que resulta evidente a lo largo de la historia—, combinada con la generalización del acceso a la información y, por lo tanto, con la evidencia de tales desigualdades, forma un cóctel explosivo. Continuamos inmersos en el proceso globalizador, y lo seguiremos estando, sencillamente porque la mayoría de las personas, la mayor parte del tiempo, prefiere la riqueza y el poder, colectivos y personales, a la pobreza y la debilidad, aunque el precio sea la subordinación y la dependencia de otros, y luchará por esos objetivos le pese a quien le pese y pase lo que pase.

La hegemonía europea en la red

Los resultados del crecimiento de las redes humanas han sido desiguales incluso en una misma zona del planeta, aunque fuera ésta la que lideró y hegemonizó el proceso de confluencia en una red mundial. La expansión europea que iniciaron españoles y portugueses en el siglo XV permitió la progresiva colonización del mundo por parte de este continente y puso los cimientos del mercado mundial.

La Revolución Industrial produjo una transformación de la condición humana que sólo puede ser comparada con la que acompañó a la introducción de la agricultura

12. David S. Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones*. Editorial Crítica, Barcelona, 1999, pág. 187.

Sin embargo, el primer imperio económico mundial no lo establecieron las naciones que iniciaron la conquista ni ninguno de los grandes países europeos. Fue la intrincada red de ciudades marítimas, aldeas manufactureras del interior, puertos pesqueros y agricultura especializada de la República Neerlandesa del siglo XVII la que constituyó el primer imperio económico verdaderamente mundial de la historia.

Pero la velocidad de la globalización se aceleraba, y en el siguiente siglo el liderazgo cambió de manos. La Revolución Industrial que comenzó en Gran Bretaña en el siglo XVIII proporcionó a este país una incontestable hegemonía mundial en poco tiempo, al provocar un rápido aumento de la productividad y, en consecuencia, de la riqueza producida. Y como podía esperarse, ese crecimiento produjo de nuevo el incremento de las desigualdades entre las naciones. “En primer lugar en Europa: en 1750, la diferencia en la renta per cápita de la Europa occidental (excluida Gran Bretaña) con respecto a la oriental se situaba en torno al 15 por ciento; en 1800, superaba ligeramente el 20 por 100. En 1860, ascendía al 64 por ciento; en el decenio de 1900, casi al 80 por ciento. La misma polarización, pero mucho más acusada, se produjo entre Europa y los países que más adelante dieron en llamarse del tercer mundo”¹².

A mediados del siglo XIX, Gran Bretaña era la potencia predominante en el mundo. Países como Francia, Alemania o Suiza estaban claramente rezagados. ¿Cómo consiguieron alcanzar y, en no mucho tiempo, sobrepasar a los ingleses? En pocas décadas levantaron un sistema educativo general de una calidad claramente superior al del británico, y concentraron buena parte de sus esfuerzos en la enseñanza científica y tecnológica, abriendo la puerta a nuevas ramas de conocimiento de gran potencial económico, entre las que destacaron la química y la eléctrica. En estos campos, y frente a la divisa británica de aprender mediante la práctica, destacaron las nuevas instituciones educativas politécnicas del continente, que generaron y difundieron las nuevas tecnologías que provocaron un nuevo salto hacia delante.

El proceso de industrialización de la Europa continental se reprodujo algo más tarde en Escandinavia, área dramáticamente pobre en el siglo XVIII. Sin embargo, la riqueza intelectual de la región facilitó que los esfuerzos pudieran concentrarse en la adquisición de los conocimientos que permitieron, pese al retraso inicial, un rápido despegue. En 1830, la renta de los españoles superaba claramente a la de los nórdicos; en 1913, ya no llegaba a ser ni la mitad de ésta. El conocimiento científico y tecnológico y sus aplicaciones prácticas constituyeron el principal instrumento que permitió a buena parte de los países del continente abandonar su retraso con respecto a Inglaterra y presentarse en los albores del siglo XX como los países, junto a los Estados Unidos, con más expectativas de desarrollo del mundo.

España pierde el Norte

Si el despegue económico europeo se inició con la era de los descubrimientos, ¿qué ocurrió con España?, el país que inauguró dicha era. Si para algunas naciones como Holanda e Inglaterra la apertura constituyó una ocasión para hacer cosas nuevas de modos nuevos, de subirse a la ola del progreso tecnológico, para España fue una invitación al boato, a per-

severar en el antiguo modo de proceder, pero a una escala mucho mayor. “Dicho de otro modo, España se hizo (o siguió) pobre porque tenía demasiado dinero. Las naciones que trabajaron aprendieron buenas costumbres y las conservaron, tratando de encontrar nuevos medios de perfeccionar y agilizar el trabajo. Los españoles, por su parte, se dejaron arrastrar por su inclinación a las apariencias sociales, el ocio y los entretenimientos, lo que Carlo Cipolla llama ‘la mentalidad de hidalgo imperante’. No eran los únicos. En todos los países europeos se tenía por honrada la vida ociosa y se despreciaba el trabajo manual; en España, sin embargo, esta actitud era más radical, en parte porque una sociedad fronteriza y belicosa no es buena maestra de la paciencia y el trabajo duro, en parte porque la artesanía y los trabajos industriales y agrícolas estuvieron mucho tiempo en manos de minorías expulsadas, como los judíos y los musulmanes”¹³.

El poder económico y la riqueza se desplazaron del sur hacia el norte, porque en esa dirección se desplazaron los conocimientos. La Reforma protestante impulsó la lectura y la escritura, avivó las disidencias y las herejías, y fomentó el rechazo de la autoridad religiosa en las materias científicas, a la par que España se cerraba sobre sí misma e impedía que los españoles pudieran estudiar en el extranjero para evitar la contaminación de las nuevas doctrinas, lo que provocó un incremento de la ortodoxia, la intolerancia y la represión que le llevaron a perder el tren de la revolución científica y a convertirse en un país caracterizado por el atraso cultural. Al comenzar el siglo XX, cuando sólo el 3 por ciento de la población de Gran Bretaña era analfabeta, la cifra era del 48 por ciento en España.

Obviamente, este país ha cambiado mucho en las últimas décadas. Sin embargo, el problema, aunque atemperado, continúa siendo parecido: una relativa escasez de emprendedores, la baja calidad de la enseñanza y la pobreza de la investigación científica y tecnológica. España se ha beneficiado —y de qué manera!— de su incorporación a la Unión Europea, pero su economía continúa siendo escasamente innovadora y competitiva si la comparamos con la de los países más desarrollados del continente. El actual crecimiento económico español se sustenta básicamente en el turismo, la burbuja inmobiliaria, las ayudas europeas y el trabajo basura. Pobres pilares para el desarrollo futuro. Y bien puede decirse que la situación descrita es la que caracteriza a nuestro Archipiélago. La sociedad canaria no ha sido capaz, como el conjunto de la española, de

Cada estadio de desarrollo de la red se sostuvo tanto con la cooperación como con el conflicto, y en algunos casos provocó abruptas rupturas

13. David S. Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones*. Editorial Crítica, Barcelona, 1999, pág. 167.

14. David S. Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones*. Editorial Crítica, Barcelona, 1999, pág. 258.

15. John Gray, *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2000, pág. 27.

utilizar los cuantiosos ingresos de los que se ha beneficiado para colocar las bases de un desarrollo acorde con los retos de la sociedad de la información.

La historia que hemos descrito en las páginas precedentes nos proporciona una enseñanza fundamental: “Las instituciones y la cultura son lo más importante; el dinero viene luego, pero, desde el principio y cada vez más, el factor decisivo es el saber”¹⁴. Así se explica el despegue económico que vive en la actualidad el Este de Asia, la región que mayores esfuerzos ha hecho por elevar la calidad de su sistema educativo y especialmente el destinado a la investigación científica y tecnológica (por ejemplo, Corea triplica el porcentaje de la riqueza que España dedica a Investigación y Desarrollo). Y pone de relieve el drama que significa para los continentes africano y suramericano la emigración, que aspira hacia los países ricos del Norte a muchos de sus ciudadanos más capaces e innovadores.

4. *Un corto reinado: el libre mercado*

El estudio de la historia nos muestra, efectivamente, que el proceso que denominamos globalización viene de lejos. Sin embargo, en no pocas ocasiones se confunde hoy en día ese proceso con el intento político de instaurar sociedades de mercado. En opinión de los fundamentalistas de mercado, el libre mercado sería una institución casi natural a la que tenderían todas las sociedades que alcanzan un alto estadio de desarrollo económico. No obstante, esta idea nada tiene que ver con lo que nos enseña tanto la historia como un análisis sin prejuicios ideológicos de la realidad actual. La sociedad basada en el libre mercado sólo se ha plasmado en dos momentos concretos de la historia: en la Inglaterra victoriana del siglo XIX y en las dos últimas décadas del siglo XX, y exclusivamente en los países anglosajones.

En la Inglaterra de mediados del siglo XIX se abordó la liberación de la vida económica de sus controles sociales y políticos. Y para ello surgió la nueva institución: el libre mercado, que provocó la destrucción de los mercados arraigados en el terreno social que habían existido durante siglos. Surgió un nuevo tipo de economía en la que los precios de todos los bienes, incluyendo el trabajo, dejaban de acomodarse a las necesidades sociales. Ahora bien, los daños causados por el libre mercado a otras instituciones sociales y al bienestar de la población originaron movimientos políticos que acabaron con él. “El *laissez-faire* de mediados de la era victoriana demostró que la estabilidad social y el libre mercado no son compatibles durante mucho tiempo. Antes de finales del siglo habían terminado con el breve episodio del *laissez-faire* en Inglaterra. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, ya existían en Gran Bretaña las bases del Estado del bienestar. El libre comercio sobrevivió hasta que la Gran Depresión ejerció su impacto sobre Gran Bretaña, persistiendo como dogma mucho después de que su utilidad como ideología se hubiera agotado. Sólo se descartó cuando la pérdida de las ventajas comparativas de Gran Bretaña en el comercio internacional se volvió intolerable”¹⁵.

A finales de la década de los setenta del siglo XX asistimos a un nuevo intento de introducir el libre mercado en Gran Bretaña y en los Estados Unidos. Pero esta vez la cruzada pretendió abarcar al conjunto del planeta, y se plasmó en lo que conocemos como el Consenso de Washington, y a él se ha ceñido la actuación de las principales instituciones

económicas transnacionales: Fondo Monetario Internacional, Organización Mundial de Comercio, Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico y, ahora en menor medida, el Banco Mundial. Sin embargo, el mercado libre global es un proyecto ideológico tan condenado al fracaso como el del comunismo mundial. Este anacrónico regreso del libre mercado durante las décadas de 1980 y 1990 constituirá un capítulo efímero en la historia, aunque desconocemos cuáles serán sus secuelas y su influencia en el próximo futuro.

Lo que sí sabemos es que el libre mercado está muy lejos de ser una institución *natural*. Por el contrario, los mercados regulados, o con limitaciones, son la norma en casi todas las sociedades. Lo habitual es que los mercados estén imbricados en la vida social de su comunidad y que sus actividades se vean constreñidas por las instituciones de mediación de esas sociedades. Nos encontramos ante una utopía de imposible realización, porque los intentos de alcanzarla provocan trastornos sociales e inestabilidad económica y política a gran escala. La increíble desigualdad que genera el libre mercado acaba imposibilitando su compatibilidad con una sociedad democrática.

El mito del libre mercado

Además, el libre mercado, la mano invisible o la competencia perfecta no son más que mitos de una teoría económica que jamás se han plasmado en la realidad. Referirse a la perfecta eficiencia del libre mercado en la época de los escándalos empresariales y las burbujas bursátiles e inmobiliarias resulta ciertamente incongruente. De hecho, en el mercado más libre y dinámico, el financiero, la eficiencia que muestran los agentes del mercado es para echarse a llorar: destinan ingentes cantidades de dinero a la investigación y a la predicción, aunque “un estudio tras otro viene demostrando que, a la hora de seleccionar valores, la mayoría no obtiene un resultado mejor que el que obtendría lanzando dardos a una diana”¹⁶.

Esta interesada política se le ofrece a la sociedad con el siguiente argumento: la desregulación y la liberalización incrementarán la competencia en los mercados, beneficiando a los consumidores y, en consecuencia, al conjunto de la sociedad. Ahora bien, se plantea un interrogante curioso: si la competencia en el mercado fuera perfecta, tal como sostiene el mito neoliberal, los beneficios empresariales tenderían a acercarse a la siguiente cifra: cero. ¿Cómo es posible que los grandes grupos económicos presionen para que se adopten unas medidas que acabarían con sus beneficios?

La riqueza y el poder se concentraron allí donde la especialización del trabajo y la movilización del esfuerzo humano llegaron más lejos y con más rapidez

16. Joseph E. Stiglitz, *Los felices 90. La semilla de la destrucción*. Taurus, Madrid, 2003, pág. 101.

17. Joseph E. Stiglitz, *Los felices 90. La semilla de la destrucción*. Taurus, Madrid, 2003, pág. 146.

18. Joaquín Estefanía, *La cara oculta de la prosperidad*. Taurus, Madrid, 2003, pág. 150.

Obviamente, nos están vendiendo gato por liebre. Fue el propio Adam Smith quien puso de relieve que uno de los más importantes fallos del mercado se derivaba del esfuerzo de los empresarios por suprimir la competencia. Y todas las políticas antimonopolio que se arbitraron en el siglo XX surgieron para evitar esa tendencia de las empresas a adoptar comportamientos que iban en detrimento de la libre competencia: utilizar el poder del mercado para explotar a los consumidores cobrándoles precios abusivos e intentar evitar la entrada de nuevos competidores.

No se trata, por tanto, de liberalizar el mercado, sino de apropiárselo. La diferencia que separa la teoría de la práctica de los defensores del mercado libre la reflejaba bien –y desde una posición privilegiada en la Administración Clinton– el Nobel de economía Joseph Stiglitz: “Como presidente del Consejo de Asesores Económicos, observé tres principios que se cumplían casi indefectiblemente entre quienes venían a pedirnos ayuda. Primero: la gente de negocios generalmente se opone a las subvenciones... para todos menos para sí mismos. Cuando se trataba de su propio sector económico, invariablemente encontraban un aluvión de argumentos para explicar por qué era necesaria alguna ayuda del Gobierno. Desde la competencia desleal en el extranjero a un descenso inesperado en casa, las historias eran infinitas. Segundo: todo el mundo está a favor de la competencia... en todos los sectores de la economía, menos en el suyo propio. Y tercero: todo el mundo está a favor de la franqueza y la transparencia... en todos los sectores de la economía, menos en el suyo propio”¹⁷.

La creencia en que los mercados son estables, eficientes y competitivos por sí mismos, sin mediación social, tiene mucho más que ver con la fe que con la realidad. El fundamentalismo de mercado es una ideología que se contradice con la experiencia económica. En realidad, esa experiencia indica que el mercado requiere de normas externas para que pueda funcionar más correctamente. “Un cuarto de siglo de moda liberalizadora demuestra la necesidad de conjugar el binomio liberalización-regulación con mucha fuerza: cuanto más liberalización, más regulación. La liberalización y la desregulación no son conceptos homólogos, sino antinómicos: la liberalización de los sectores económicos puede ser eficaz y coherente si se la acompaña de una intensa vigilancia de los organismos reguladores que impida la ley de la selva”¹⁸.

5. La expansión del turbocapitalismo

Esa aplicación interesada del mito del libre mercado ha contribuido al crecimiento de las desigualdades a todos los niveles que muestra el mundo actual. La revolución conservadora, liderada por Margareth Thatcher y Ronald Reagan, se encargó de cuestionar el reparto de la riqueza imperante para reclamar una nueva política: dirigida a beneficiar a los que apenas nada necesitan en perjuicio de los que casi nada poseen. Fue a finales de la década de los setenta y a comienzos de la de los ochenta cuando comenzó a imponerse el nuevo modelo de capitalismo que Edward Luttwak ha denominado gráficamente *turbocapitalismo*. “Sus partidarios no utilizan este término. Simplemente lo llaman el libre mercado, pero por ese par de palabras entienden mucho más que la libertad para comprar y vender. Lo que ensalzan, predicán y exigen es un sistema de empresa privada liberado de las regu-

laciones gubernamentales, sin un control efectivo por parte de los sindicatos, sin la traba de escrúpulos sentimentales sobre el destino de los trabajadores o de las comunidades, sin la limitación de barreras aduaneras o restricciones a la inversión y con la mínima imposición fiscal posible. Lo que reclaman con insistencia es la privatización de todos los negocios en manos del Estado y la conversión de las instituciones públicas –desde las universidades y los jardines botánicos hasta los centros penitenciarios, desde las bibliotecas y las escuelas públicas hasta los geriátricos– en empresas privadas dirigidas al lucro. Lo que prometen es una economía más dinámica que generará más riqueza. En cambio, de lo que no hablan es de la distribución de esa riqueza, ya sea de nuevo o viejo cuño. Lo llaman el libre mercado, pero yo lo denomino capitalismo turboalimentado o, por la brevedad del término, turbocapitalismo, pues se diferencia mucho del capitalismo estrictamente controlado que surgió en 1945 y se mantuvo hasta la década de los ochenta, de aquel que trajo la sensacional novedad de la opulencia a los habitantes de Estados Unidos, de Europa occidental, de Japón y de todos los países que siguieron este camino”¹⁹.

Según los entusiastas del nuevo modelo, el viejo capitalismo regulado habría provocado una interferencia perniciosa del Estado que dificultaba el crecimiento económico. Sin embargo, ese repetido argumento se desploma cuando se comprueba que el crecimiento de la economía en esas tres zonas fue mayor en el lapso de tiempo que va desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta mediados de los años setenta que el que se produjo durante las décadas de los ochenta y noventa del pasado siglo. En cualquier caso, las posibles ineficacias del capitalismo regulado fueron compensadas sobradamente por las indudables ventajas que proporciona la mayor estabilidad y cohesión social.

No obstante, desde el punto de vista político, el principal problema que provoca la actual versión neoliberal del capitalismo es el trasvase de poder de las instituciones públicas hacia los intereses económicos privados, lo que reduce el control democrático del espacio público. Es este vaciamiento de la democracia en favor de la economía lo que explica la dicotomía que se plantea actualmente con insistencia creciente: *Libertad o capitalismo*²⁰.

El preso, la sirvienta y el mendigo

El modelo económico prescrito por los partidarios del turbocapitalismo ha sido normalmente el estadounidense, del que se retrata exclusivamente una de sus caras: el dinamismo, la eficiencia

El crecimiento provocado por la Revolución Industrial produjo de nuevo el incremento de las desigualdades entre las naciones

19. Edward Luttwak, *Turbocapitalismo. Quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización*. Editorial Crítica, Barcelona, 2000, pág. 49.

20. Ulrich Beck, *Libertad o capitalismo*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2002.

21. Edward Luttwak, *Turbocapitalismo. Quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización*. Editorial Crítica, Barcelona, 2000, pág. 133.

22. Jorge Marsá, "Inseguridad ciudadana", *Canarias7*, 28 de diciembre de 2003.

empresarial y sobre todo la capacidad para generar empleo. Es cierto que la economía estadounidense revela un dinamismo notable y que crea puestos de trabajo, tanto como que “a una empresa norteamericana le resulta mucho más barato contratar a 95 empleados de cada 100 disponibles (dejando un 5 por ciento de desempleo, por decirlo así) y pagarles 7,66 dólares por hora, que suponen unos costes salariales de 29.108 dólares por semana, que a las empresas alemanas pagar 20 dólares por hora a 90 empleados (dejando un 10 por 100 de desempleo), con unos costes salariales de 72.000 dólares por semana”²¹. Resulta curioso que las sociedades de la abundancia, que tanto énfasis ponen en la calidad de vida, pongan tan poco en la calidad del trabajo que realizan la mayoría de sus integrantes.

La otra cara que se publicita menos nos la muestran las consecuencias sociales de ese modelo. Dos son las más llamativas: en primer lugar, el notable incremento de la riqueza de la sociedad norteamericana durante las dos últimas décadas ha ido a parar casi exclusivamente a los que más tienen, hasta el punto de que los ingresos de la mayoría de los estadounidenses son hoy iguales o menores que hace veinticinco años. En segundo lugar, ese crecimiento de las desigualdades ha incrementado la inseguridad. Y para combatirla se ha acudido a una política de encarcelamiento masivo. “Cuando Ronald Reagan llegó al poder, en 1980, estaban encarcelados 139 de cada 100.000 norteamericanos; hoy, esa cifra se ha multiplicado por cuatro y el índice supera los 500 reclusos. Si a los dos millones de encarcelados le sumamos la cantidad de ciudadanos que se encuentran en libertad vigilada o bajo palabra, descubriremos que la suma de norteamericanos condenados judicialmente sobrepasa la escalofriante cifra de seis millones. La justicia se ha convertido en la herramienta preferida para combatir el conflicto social en ese país, por lo que no extraña que en él hallemos a la tercera parte de los abogados en activo del mundo. EE. UU. se ha convertido en el reino de la inseguridad, como bien ilustra que más del 10% de la población viva hoy en edificios cuya seguridad está a cargo de guardias particulares o bien en urbanizaciones privadas vigiladas de la misma forma”²². Es cierto que en este país, la población reclusa siempre ha sido superior a la europea y el reparto de la riqueza notablemente más desigual. Pero sólo con la llegada del turbocapitalismo se dispararon estos fenómenos hasta sus actuales niveles.

La desigualdad creciente se ha traducido también en lo que puede denominarse el retorno del servicio doméstico. Una sociedad en la que los ricos no encuentran tiempo libre ni los pobres empleo estable ha vuelto a recurrir a las criadas. Obviamente, ese papel se le adjudica ahora al sector social al que puede sobreexplotarse con más facilidad: las inmigrantes. Una mano de obra tan barata, que ya comienzan a tener criada sectores de las clases medias de las sociedades ricas.

Hoy puede hablarse, sobre todo en EE. UU. y Gran Bretaña, de un retorno de la pobreza. Los pobres, que hace treinta años comenzaban a escasear en las aceras de las ciudades de los países más desarrollados, han vuelto a las calles. La minoría excluida ha visto agravada su situación por la disminución de las políticas redistributivas y del gasto social destinado a los más necesitados. Y aunque es cierto que esto no ha ocurrido en todos los países y que en casi todas las sociedades ricas la mayoría de la población ha prosperado, los

extremos se han hecho más visibles: tanto la ostentosa abundancia de la minoría más rica como la extrema carencia de la minoría más pobre.

Del capitalismo popular a los salteadores de bolsa

En los años ochenta, a la par que los *yuppies*, surgió el concepto de *capitalismo popular*: el capitalismo se democratizaba al repartirse la riqueza por medio de la posesión de acciones por una parte importante de la sociedad. A partir de ese momento, serían multitud los beneficiarios del casino. Pero el capitalismo popular se convirtió sin pasar mucho tiempo en el *capitalismo de amiguetes*. Y aunque la fiesta se prolongó, no fue posible, pese a lo anunciado, evitar la resaca posterior: “La edición 2003 del *Global Investment Return Yearbooks* cifra en 13 billones de dólares la riqueza destruida en Bolsa en los tres últimos años, equivalente a 2.000 dólares por cada ser humano del planeta. Como, según la misma estimación, no más del 2 por ciento de la población mundial es propietario de acciones, esa relación por habitante es aproximadamente de 100.000 dólares”²³.

El fin de la burbuja financiera, que se había mantenido durante cerca de una década, vino acompañado por el descubrimiento de una auténtica explosión de la corrupción en el mundo empresarial. Hasta el punto de que por primera vez en la historia de EE. UU. los políticos son hoy más populares que los empresarios. Asistimos en todo el mundo desarrollado –aunque con mayor intensidad en EE. UU.– a una concentración de escándalos y estafas empresariales sin precedentes, consecuencia bastante directa de la desregulación del mercado que se produjo en las últimas dos décadas.

Hemos vivido en el paraíso del “enriqueceos”, y quién mejor que los directivos de las grandes empresas para aplicar con éxito la máxima. Dedicaron buena parte de sus esfuerzos a incrementar sus ingresos y, de nuevo, este fenómeno alcanzó sus más altas cotas en EE. UU. “Durante los años noventa la remuneración de los directores generales de las empresas estadounidenses generalmente no guardaba ninguna relación con el curso habitual de la economía. La compensación se elevó a niveles inauditos, desafiando todas las leyes de la economía. Los mercados competitivos dictan que las compensaciones deben determinarse en función de la oferta y la demanda. Pero si fuera cierto que la compensación está determinada por las fuerzas competitivas, ésta sólo podría aumentar en respuesta a un cambio considerable en la demanda o en la oferta. Sin embargo, ni el número de directores generales en el mercado se

***España se hizo
(o siguió) pobre
porque tenía
demasiado
dinero***

23. Joaquín Estefanía, *La cara oculta de la prosperidad*. Taurus, Madrid, 2003, pág. 163.

24. Joseph E. Stiglitz, *Los felices 90. La semilla de la destrucción*. Taurus, Madrid, 2003, pág. 164.

25. Joseph E. Stiglitz, *Los felices 90. La semilla de la destrucción*. Taurus, Madrid, 2003, pág. 162.

redujo drásticamente ni la productividad o el rendimiento de éstos se elevó tanto como para hacerlos merecedores de un repentino aumento del 1.000 por ciento en su remuneración. Durante los años noventa, la compensación de los ejecutivos del nivel más alto se elevó un 442 por ciento en ocho años: de un promedio de 2 millones de dólares a 10,6 millones de dólares. En Japón, por ejemplo, la paga de los ejecutivos generalmente equivale a 10 veces la del trabajador medio; y en Gran Bretaña, es 25 veces superior. En 2000, los directores generales de las empresas estadounidenses percibían más de 500 veces el salario del empleado medio, en comparación con 85 veces más al principio de la década y 42 veces más dos décadas antes²⁴.

Obviamente, estos desmesurados salarios, como las obscenas indemnizaciones que se aseguraban con sus contratos *blindados*, eran aprobados por los consejos de administración de las empresas. Y se detraían, como es natural, de los beneficios destinados a los accionistas. Es sabido que hoy los accionistas disponen de un poder y una capacidad de control casi despreciable sobre los consejos de administración y los ejecutivos que dirigen las corporaciones. Así que muchos de ellos, después de subirse los sueldos, se aprestaron directamente al saqueo de las empresas. Y surgió la moda, legal y que sigue sin considerarse corrupción, de las *stock options*.

Cuando esos ejecutivos recibían *stock options* significaba que la empresa se comprometía a emitir nuevas acciones para entregárselas a sus directivos... disminuyendo así el valor de las acciones ya existentes. Por ello sostiene Joseph Stiglitz: “podría hablarse de las *stock options* como robos empresariales: ejecutivos que roban el dinero de sus accionistas más incautos. Sin embargo, cuando las acciones saltaban de 10 dólares a 20 y luego a 30 dólares, pocos accionistas se daban cuenta. Incluso les parecía que salían ganando. Era como un juego en el que no había perdedores. Pero, desde luego, ellos perdieron. Las acciones se negociaban a 30 dólares en vez de a 40, o a 20 en vez de a 30. Robar –tomar algo de alguien sin su consentimiento– es exactamente lo que estos ejecutivos hacían. Las víctimas no estaban en condiciones de prestar su consentimiento, fundamentalmente porque ni siquiera fueron conscientes de que se les hubiera quitado nada²⁵.”

Además, la generalización de las *stock options* como mecanismo de enriquecimiento de los ejecutivos contribuyó decisivamente a alimentar la burbuja especulativa de las bolsas y al debilitamiento de las propias empresas y, por lo tanto, de la economía real. Porque los beneficios de estos ejecutivos no se incrementaban por asegurar la viabilidad de la empresa a largo plazo, sino que dependían del valor de las acciones a corto plazo, es decir, dependían de proyectar una apariencia de éxito coyuntural en los mercados bursátiles mucho más que de las posibilidades reales de crecimiento futuro.

Otro mecanismo muy utilizado en estos años de la economía de casino para el enriquecimiento de sus protagonistas ha sido el de las fusiones empresariales. Las impresionantes comisiones obtenidas por ejecutivos y banqueros de inversión en cada fusión provocarían el estupor de la ciudadanía si se conocieran. Una fusión u OPA empresarial es también un momento inmejorable para hacer uso de la información privilegiada en la especulación bursátil. Por otra parte, si una fusión entre empresas se revelara económicamente incon-

veniente poco tiempo después, como ha sucedido aproximadamente en la mitad de los casos, surgía otra oportunidad para embolsarse las nuevas comisiones que se pagarían para deshacer el entuerto y los beneficios que se pudieran volver a extraer en la bolsa.

El resultado de todas estas prácticas ha sido una corrupción que ha convertido en un juego de niños la tradicional del ámbito político. El caso más emblemático ha sido el de la compañía eléctrica norteamericana Enron, que durante los años noventa fue considerada como el paradigma del éxito de la nueva economía en EE. UU. “Lo que subyacía al final de Enron era el engaño: el engaño que le permitió obtener beneficios manipulando el mercado liberalizado de la energía de California, que permitió que los accionistas de Enron se enriquecieran a costa de los consumidores, productores y contribuyentes de California, y el engaño mediante el que sus directivos robaron efectivamente dinero a los accionistas de la compañía para enriquecerse. No consistió en un hecho aislado, sino en un variado repertorio de prácticas. Enron y sus auditores a veces se pasaron de la raya, pero la mayoría de lo que hizo Enron fue legal. Enron fue, en aquel momento, la quiebra más importante de la historia. Esto, por sí mismo, ya entrañaba un considerable interés. La duplicidad que se descubrió rápidamente —el hecho de que los altos directivos animaran a sus empleados a comprar acciones mientras ellos las estaban vendiendo—, las penurias que se vieron obligados a sufrir los empleados que perdieron sus trabajos y sus pensiones, y el contraste con los altos directivos que parecían tan bien protegidos; la estrecha relación entre Enron y su presidente con el Gobierno de Bush... todo ello garantizaba que la historia de Enron se convertiría en un éxito mediático. Pero en cambio ha sido poco a poco, según iban transcurriendo los meses, cómo se ha ido descubriendo en qué medida la historia de Enron era la misma que la historia de los noventa: los excesos de la desregulación, las argucias contables, la codicia empresarial, la complicidad bancaria. Así también, a medida que la globalización abrazaba el mundo, Enron abrazaba la globalización, y mostraba al mundo su lado más oscuro. Su final, y los problemas que quedaron al descubierto tras el mismo, han fortalecido las críticas a la globalización. Desde entonces los hechos han demostrado que si bien los problemas de Enron fueron extremos, no fueron aislados; que, incluso, en algún sentido, permanecen”²⁶.

La vieja aspiración a la igualdad se difumina

La consecuencia fundamental de dos décadas de turbocapitalismo es bien conocida: el incremento de la desigualdad. Sin embargo,

Cada versión del capitalismo se articula con la cultura específica en la que se produce, y no parece que vayan a converger, ni económica ni políticamente

26. Joseph E. Stiglitz, *Los felices 90. La semilla de la destrucción*. Taurus, Madrid, 2003, pág. 313.

27. Joaquín Estefanía, *La cara oculta de la prosperidad*. Taurus, Madrid, 2003, pág. 138.

28. Edward Luttwak, *Turbocapitalismo. Quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización*. Editorial Crítica, Barcelona, 2000, págs. 294-295.

“los análisis sobre la desigualdad no suelen figurar en los planes de estudios de las escuelas de negocios ni en los discursos económicos más ortodoxos. Sencillamente son marginados. Como si no existieran. En un interesantísimo artículo publicado en la revista semanal de *The New York Times*, Paul Krugman ha estudiado estos *olvidos* que, según él, no son tales sino fruto de una política medida que busca beneficiar a los más ricos. Según el economista que ha sustituido a Galbraith en las iras de los americanos más conservadores, los grandes recortes de impuestos de los últimos veinticinco años en Estados Unidos, los recortes de Reagan en la década de los ochenta, y los últimos recortes de Bush, están fuertemente inclinados a favorecer a los más acomodados. A medida que los ricos se hacen más ricos pueden comprar muchas cosas además de bienes y servicios. El dinero compra influencia política. Usado inteligentemente también comprará la influencia intelectual. El resultado, dice Krugman, es que las crecientes disparidades de renta en Estados Unidos, lejos de desembocar en la exigencia de reducirlas, se han acompañado de un movimiento creciente para permitir a los ricos quedarse con una mayor parte de las ganancias y traspasar la riqueza a sus descendientes”²⁷. Es decir, que el visible incremento de las desigualdades en el interior de cada nación tiene menos relación con la globalización que con una opción claramente política: la *revolución* de los ricos para incrementar su parte en el reparto de la tarta.

Y el resultado de esa revolución conservadora sólo puede contrarrestarse por medio de la aplicación de medidas políticas cuyo ámbito continúa siendo hasta el momento básicamente nacional: “el uso del poder estatal para cambiar o bien el mismo turbocapitalismo o bien sus resultados mediante la redistribución de los ingresos. La primera vía se ha llevado a cabo anteriormente: por medio de las regulaciones, de las planificaciones indicativas o de la propiedad pública. La última se está llevando constantemente a la práctica en todos los países desarrollados del mundo mediante impuestos sobre la renta progresivos. Con todo, en el clima actual la idea de que el Estado debería domesticar el mercado en lugar de tratar de colaborar para que funcione con dinamismo se ha convertido en algo innominable y casi impensable”²⁸. Incluso entre la izquierda actual, que no ha encontrado recambio para las tradicionales políticas redistributivas keynesianas y parece incapaz de hacer frente a los retos planteados por el turbocapitalismo. El sector más radical se centra en la antiglobalización y en la adicción a la ideología, abandonando en la práctica el principal campo en que puede enfrentarse la revolución conservadora: el nacional. La izquierda más moderada se dedica a gestionar ese turbocapitalismo, prisionera de la idea de que redistribuir la riqueza reduce los incentivos para crearla. De los demócratas estadounidenses a los laboristas ingleses, de las actuales reformas en Alemania al programa presentado en las pasadas elecciones por los socialistas españoles, casi todo el espectro socialdemócrata muestra esa orfandad de ideas que le impide plantear nuevas vías para una reforma del sistema económico dirigida a disminuir las crecientes desigualdades. Y en la mayoría de los casos, la globalización se convierte en el principal argumento para justificar la parálisis. Ninguna corriente política afronta hoy seriamente la lucha contra la desigualdad, nuevas políticas que pongan el acento en la característica fundamental de la izquierda: la igualdad, tanto en el ámbito nacional como en el global. Hasta el momento todo se ha que-

dado en palabras o en una indignación vacía de contenido.

Bien es cierto que la única opción gubernamental que fue un poco más allá, la izquierda plural en Francia, sufrió una derrota estrepitosa en las urnas por la carencia de respaldo de su propia base social, que, desencantada ante la imposibilidad de alcanzar el reino de los cielos, prefirió abstenerse o votar a los troskistas. Es cierto que el poder del dinero influye en las decisiones electorales de la ciudadanía. Pero también lo es que las clases populares, que se han transformado mayoritariamente en clases medias, han pasado en buena medida a engrosar lo que Galbraith denominó “la mayoría electoral satisfecha”²⁹, que en todos los países desarrollados ha preferido elegir las políticas del egoísmo frente a las de la solidaridad. El Partido Popular ganó dos elecciones consecutivas en España con la bandera de la rebaja fiscal. Y el Partido Socialista ha ganado las últimas con la promesa de hacer maravillas sin elevar los impuestos. Resulta obvio que para una política de izquierdas dirigida a disminuir las desigualdades y dotar a este país de un Estado del bienestar a la altura de los europeos más avanzados, es imprescindible elevar la presión fiscal, ¿pero hubiera ganado las elecciones el PSOE el 14 de marzo con esa divisa? La respuesta es negativa. En Canarias, casi dos tercios de los votantes apoyaron la opción de un gobierno de derecha entre Coalición Canaria y el PP. Y en Lanzarote, los votos obtenidos por CC, PIL y PP superan los dos tercios de los votantes. No queda más remedio, por lo tanto, que comenzar a extender las responsabilidades por la actual situación, caracterizada por el incremento de las desigualdades, mucho más allá de los exclusivos círculos de lo que algunos denominan unas veces el poder y otras, el sistema.

6. ¿Desaparición de la diferencia?

Suele sostenerse que la globalización está provocando una homogeneización tanto de los sistemas económicos como de las diferentes culturas, que conlleva una desaparición de las diferencias entre las distintas sociedades humanas. Y de tanto repetirlo, ha acabado por parecerle cierto a la mayoría de la población; sin embargo, dista mucho de serlo. Este temor al desvanecimiento de las diferencias proviene, en realidad, de la asunción de los postulados apriorísticos de las ideologías occidentales herederas de la Ilustración, especialmente del marxismo y del liberalismo económico, que sostienen que el crecimiento económico acabará imponiendo siempre determinado tipo de organización social. Y ese prototipo de sociedad será, obviamente, el propuesto por cada ideología. Porque es tam-

La caída del muro de Berlín puso fin al sueño anticapitalista que caracterizó a la izquierda durante el siglo XX

29. John Kenneth Galbraith, *La cultura de la satisfacción*. Editorial Ariel, Barcelona, 1992.

bién una creencia típicamente occidental pensar que la organización social que se postula es universal, esto es, válida para cualquier sociedad del planeta, y que, por lo tanto, deben asumirse los sacrificios que hagan falta en aras de potenciar el desarrollo económico que nos acabará acercando al paraíso que propugna cada utopía, ya sea la sociedad sin clases del comunismo o el edén del libre mercado.

Durante varios milenios casi todas las sociedades del planeta aceptaron la esclavitud (el modo de producción esclavista, según la vieja terminología marxista), ¿quiere ello decir que habían desaparecido las diferencias entre las distintas comunidades? Centenares de religiones desaparecieron ante el empuje del cristianismo, el islamismo y el budismo, ¿significa esto que las vidas espirituales de los humanos de las diferentes sociedades se tornaron idénticas? Es verdad que el proceso de confluencia de las redes humanas ha contribuido siempre a acercar las ideas, los valores y las actitudes de los diferentes pobladores del planeta, pero ese proceso, aunque estreche el abanico, no ha eliminado las diferencias en cómo las distintas sociedades vivían esas ideas, valores y actitudes. Y además conviene recordar que en muchas ocasiones la adopción de los nuevos valores se produjo porque así lo desearon la mayoría de los integrantes de una comunidad. Por ejemplo: el proceso globalizador está provocando una expansión de la democracia como forma de organizar la convivencia social, ¿constituye un problema que se pierdan formas políticas autoritarias de lo más diversas por la extensión de una de inequívoca procedencia occidental como la democracia?

Lo cierto es que, tras su definición por Adam Smith en 1776 –quien remonta sus orígenes al siglo XIII–, el capitalismo alcanza su auge en el siglo XIX y se convierte en el sistema económico que impera generalizadamente en el mundo hasta la aparición del comunismo en Rusia en 1917, sin que el proceso haya conducido a la tan temida homogeneización, pues no requiere necesariamente que la vida económica esté integrada en la sociedad de la misma manera y con la misma intensidad en cualquier parte del mundo. Además, esa insistencia en equiparar la globalización con una tendencia hacia la homogeneidad no responde a la realidad, que nos muestra que los mercados globales funcionan precisamente gracias a las diferencias entre las distintas sociedades. No hace falta demasiado conocimiento para saber que el capitalismo estadounidense poco tiene que ver con el modelo sueco, como tampoco pueden considerarse homogéneas las maneras de funcionamiento de sociedades como la española o la suiza. Las diferencias entre países como Gran Bretaña e Italia resultan obvias. Y si agrupamos los países por regiones económicas, tendremos que convenir en que los contrastes entre ellas no sólo existen sino que son profundos: el capitalismo de libre mercado de América del Norte es notablemente diferente al del modelo social europeo, ambos son bien distintos del imperante en América Latina, y qué decir de los modelos económicos característicos del continente asiático.

El capitalismo en Asia

El Este de Asia se ha convertido en la región económica de mayor éxito en el momento actual. Y desde luego no parece estar obteniéndolo a base de la imitación mimética de las formas occidentales; menos aún de los modelos utópicos propuestos. “El modelo marxis-

ta, según el cual los avances tecnológicos provocan divisiones y rupturas en las viejas estructuras sociales, es de poca aplicación al caso japonés. Tampoco la historia liberal de la sociedad que evoluciona a través del crecimiento del conocimiento y de la innovación de las ideas. Ninguna narración de la modernización modelada según las historias occidentales es capaz de capturar la experiencia japonesa. La vida ética que el capitalismo japonés expresa no es individualista y no da signos de estar volviéndose tal. Estas diferencias profundas y duraderas entre el capitalismo japonés y el de Inglaterra y Estados Unidos señalan una verdad esencial. Tanto los partidarios como los críticos del capitalismo se han aferrado a la idea de que el individualismo es uno de sus rasgos principales. Pero las vinculaciones entre capitalismo e individualismo no son ni necesarias ni universales, son accidentes históricos. Los primeros teóricos del capitalismo –Adam Smith, Adam Ferguson, Karl Marx, Max Weber y John Stuart Mill– las tomaron erróneamente por leyes universales porque los datos sobre los que basaban sus teorías se limitaban en su mayor parte a los de unos pocos países occidentales. Es cierto que la modernización japonesa involucró muchos préstamos eclécticos de los países occidentales. Sin embargo, ninguna de estas adaptaciones consiguió alterar las estructuras sociales o las tradiciones culturales japonesas. Tampoco se pretendía hacerlo. La industrialización de Japón fue promovida con el propósito de preservar la independencia nacional³⁰.

Pero si las diferencias entre Japón y los países del continente europeo y del norte de América son obvias, también lo son para un observador avezado las que existen entre ese país y las economías emergentes del Este de Asia. Se ha convertido en lugar común la referencia a la actual occidentalización de China en su paulatino abandono del comunismo. La realidad es la contraria: la sociedad china está dejando atrás el violento proyecto occidentalizador inspirado en la teoría marxista y en la práctica soviética –de desastrosos resultados económicos, sociales y medioambientales–, para buscar su propio camino entre las diferentes formas de entender el capitalismo en Asia. Y en ese camino se descubre que, pese al régimen maoísta, el núcleo de los valores de la sociedad china se ha mantenido lo suficientemente intacto como para que las características de su economía actual se reconozcan en el capitalismo practicado por los chinos de la diáspora. Es decir, que el capitalismo chino, como todos, está atravesado por los valores de esa sociedad. Pero si las diferencias entre Japón y China son notables, también lo

La disolución o el relajamiento de la identidad cultural está provocando un notable incremento de la libertad y la autonomía de las personas a la hora de elegir sus estilos de vida

30. John Gray, *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2000, págs. 217-218.

31. John Gray, *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2000, pág. 248.

son incluso entre ésta última y Taiwan, donde la economía está protagonizada, al contrario que en otros lugares, por pequeñas empresas familiares que han obtenido un gran éxito en la economía mundial, incluso en los sectores más avanzados tecnológicamente. Hasta el punto de que la tasa de crecimiento de la economía taiwanesa durante las últimas décadas ha alcanzado una media del 9 por ciento. Este éxito se ha conseguido con un modelo social que ha convertido a Taiwan en el más igualitario de todos los países capitalistas.

No existe un capitalismo asiático; como tampoco existe un capitalismo occidental. Cada versión del capitalismo se articula con la cultura específica en la que se produce, y no parece que vayan a converger, como auguran marxistas y liberales, ni económica ni políticamente. Frente a estas obsesiones ideológicas típicamente occidentales, el capitalismo de Asia Oriental tiene la ventaja de no sobrellevar la pesada carga de las disputas ideológicas sobre los méritos de un modelo frente a otro. Esta característica parece relacionada con que allí, al contrario que en Occidente, las religiones imperantes no se han considerado nunca en posesión de una verdad única, lo que ha facilitado un enfoque pragmático en la política económica. De esta forma, las instituciones y los mercados se ordenan o reforman en función de cómo afectan a los valores y a la estabilidad de cada sociedad, sin subordinar las actuaciones a los prejuicios de la ideología.

El proceso histórico en las últimas décadas, como es habitual, está caminando por derroteros bien diferentes a los previstos. “El crecimiento de la economía mundial no inaugura una civilización universal, algo que tanto Smith como Marx pensaron, lo que sí hace es permitir el crecimiento de distintos tipos de capitalismo autóctono, diferentes tanto del ideal del libre mercado como entre sí. Se crean así regímenes que alcanzan la modernidad mediante la renovación de sus propias tradiciones culturales, no mediante la imitación de los países occidentales. Existen muchos tipos de modernidad y un número semejante de maneras de alcanzarla. La idea de economía global plural rompe una de las líneas más fuertes del pensamiento occidental moderno. Karl Marx y John Stuart Mill creían que las sociedades modernas de todo el mundo se convertirían en réplicas de las sociedades occidentales”³¹. Lo curioso es que sean muchos, a derecha e izquierda, los que continúan creyendo lo mismo pese a los repetidos desmentidos de la realidad.

El fantasma del capitalismo recorre el mundo

No obstante, por muy diferentes que sean sus versiones, el capitalismo parece destinado a perdurar. La caída del muro de Berlín en 1989 puso fin, al menos por bastante tiempo, al sueño anticapitalista que caracterizó a buena parte de la izquierda durante el siglo XX. El intento de buscar vías no capitalistas a lo largo de ese siglo se saldó siempre con el más absoluto fracaso, plasmándose en soluciones autoritarias que, además, no consiguieron un nivel de desarrollo equiparable al que produjeron los distintos caminos del capitalismo. Así que, a corto y medio plazo, el desarrollo económico mostrará sus diferentes caras dependiendo de las soluciones que adopte cada sociedad. No se producirá, como hemos sostenido, la confluencia en un único modelo. Sin embargo, una cosa parece clara: “No existen en la realidad contemporánea otros caminos para el desarrollo que no sean capitalistas. El capitalismo es una realidad histórica vital para la que no parece haber remedios

a la vista, manifestarse en contra de él, así en bloque, se asemeja a una forma de moralismo al mismo tiempo doctrinaria e insustancial. ¿Hemos encontrado alternativas al trabajo asalariado, a la propiedad privada, al mercado? No, al menos por el momento. Y si esto es cierto, el problema que debe plantearse no es el de la destrucción de un sistema para el cual no tenemos sustitutos mejores en este siglo histórico, sino el de forzarlo a reformas continuas que permitan avanzar en la, llamémosla, ‘humanización’ de sus mecanismos económicos”³².

Esa tarea de “humanizar” el capitalismo no es nueva. De hecho, el “rostro humano” del capitalismo actual (donde lo tiene, y en sus diferentes grados) es el resultado de la lucha de la izquierda política. Allí donde el capitalismo dio muestras de gran dinamismo y capacidad para ampliar su base social, triunfó la versión socialdemócrata de la izquierda; allí donde el capitalismo prodigó menos los beneficios al conjunto de la sociedad prevaleció el alma comunista o revolucionaria de la izquierda. Pero ambas versiones de la izquierda son las mayores responsables de la humanización del capitalismo, porque lo son de que el derecho al sufragio sea universal, o de que lo sean también la educación, la sanidad o las prestaciones sociales en los países más avanzados. La izquierda ha sido durante los dos últimos siglos la mala conciencia del capitalismo, la encargada de reconocer los problemas que la derecha no ve o no quiere ver.

La cultura de la izquierda surgió en el interior del capitalismo, en sus luchas por reformarlo, y cuando triunfó y quiso superarlo demostró que, efectivamente, “la razón crea monstruos”. El alma revolucionaria de la izquierda, se inserte en el movimiento comunista o en el antiglobalización, ha entrado en una crisis que parece terminal. Aunque de menor gravedad, tampoco se salva de la crisis la socialdemocracia, que ha perdido en la actualidad la capacidad de innovación política que tuvo durante décadas. La izquierda política está obligada a aceptar que el “fantasma que recorre el mundo” va a continuar siendo durante un buen tiempo el capitalismo, a abandonar los sueños ideológicos anticapitalistas y a volver a ponerse manos a la obra. Es decir, a actualizar la búsqueda de los mecanismos y las políticas destinadas a paliar los peores efectos del capitalismo y a alumbrar las alternativas igualitarias a cada problema social y económico planteado.

Se trata, en suma, de abandonar la adicción a la ideología para concentrarse en la política y asumir la realidad, que nos muestra la

Ni el imperialismo ni la globalización pueden explicar completamente todos los males que sufren los países pobres

32. Ugo Pipitone, *Reflexiones sobre un presente acelerado. Regiones económicas, subdesarrollo e izquierda*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2000, pág. 114.

escasa relación existente entre la sociedad sueca, la estadounidense o la japonesa, esto es, que la etiqueta del capitalismo cada vez nos indica menos sobre los problemas reales que deben abordarse. Porque para los excluidos de los Estados Unidos, un Estado del bienestar como el sueco o la cohesión social y la preocupación por el empleo que caracterizan a la sociedad japonesa, constituyen el más revolucionario de los sueños que puedan imaginar en los próximos decenios.

La cultura de la diferencia

Las referencias a la homogeneización que provoca la globalización alcanzan sus máximas cotas en el terreno cultural. La obsesión por las diferencias culturales entre las distintas sociedades, que se inició en las universidades estadounidenses con la dedicación a los *cultural studies* y que se ha prolongado con la explosión nacionalista, caracteriza hoy a buena parte de la izquierda política, que ha abandonado el terreno de la igualdad para adentrarse en las procelosas y reaccionarias aguas de la diferencia.

Así se explica que en muchos terrenos esa izquierda se comporte de manera no muy diferente a la derecha más típica. La derecha tradicionalista siempre ha sido puritana, ha intentado prescribir códigos de conducta personal de obligado cumplimiento: las parejas deben casarse, las parejas de hecho son intolerables –más si son del mismo sexo–, determinadas prácticas sexuales deben permanecer prohibidas, durante años censuraron lo que podíamos leer en los libros o ver en el cine en aras del mantenimiento de las buenas costumbres. Hoy, sin embargo, es también la izquierda la que, con el objeto de mantener la diversidad cultural y la tradición, nos reconviene por nuestras conductas cotidianas. Se nos advierte contra el cine producido en EE. UU., se aboga por subvencionar los libros que nos conviene leer y el teatro que debemos ver. La paranoia llega al extremo de montar campañas contra los lugares en los que resulta inconveniente comer... hamburguesas, porque representan la cultura de la globalización. Se discute sobre lo que la gente elige para vestirse, porque nos iguala con no se sabe qué cultura. Incluso llegan a decirnos cómo tenemos que hablar: prescribiendo el vocabulario adecuado, el de la *corrección política*; o la lengua, que parece haber sustituido su función básica de instrumento para la comunicación por el de estandarte de la diferencia, hasta el punto de apoyar procesos de *normalización* lingüística destinados a obligar a la población al uso de una lengua que le es ajena, como les está sucediendo a la mitad de los habitantes de Cataluña y a la mayoría de los del País Vasco.

Y todo se justifica sobre la base de una incomprensible traslación del criterio de la diversidad biológica al terreno cultural, destinado a proteger la supuesta diversidad en peligro. Sin embargo, “las investigaciones sobre la evolución de los valores culturales han demostrado repetidas veces que hay poca evidencia de que con el tiempo se produzca una convergencia internacional. Las diferencias de valores descritas hace siglos aún perduran hoy, a pesar de los contactos estrechos y continuados entre las naciones. Esta diversidad cultural se mantendrá por unos cuantos siglos más. La diversidad cultural entre los países no sólo se mantiene: parece incluso que va en aumento. Muchos grupos étnicos llegan a una nueva conciencia de su identidad y reclaman el reconocimiento político de este hecho. Por supuesto, estas diferencias étnicas han existido siempre; lo que ha cambiado es la intensi-

dad del contacto entre los grupos, lo que ha confirmado la identidad de los miembros del grupo”³³.

Y es que la interacción entre las diferentes culturas y la extensión de los nuevos medios de comunicación juegan un papel menos unívoco del que algunos parecen pensar. Entre otras cosas, porque a la concentración empresarial de las grandes empresas mediáticas –que con tanta frecuencia se denuncia– hay que sumarle la auténtica explosión de los medios de comunicación de ámbito regional y local a la que estamos asistiendo. Es cierto que muchas gentes acaban asumiendo comportamientos o valores de otras procedencias, extendidos por los medios internacionales, que pudieran indicar una cierta homogeneización. Pero también lo es que hoy los medios son bastante más diversos de lo que parece, y contribuyen en muchos lugares a facilitar la reafirmación de identidades bien diferentes a la occidental. Esto ocurre también en Occidente, donde muchos individuos procedentes de otras culturas tienen acceso a unos medios –incluso audiovisuales, vía satélite– dedicados a su propia cultura y producidos en su lengua, que refuerzan sus vínculos culturales con sus lugares de origen.

Esta realidad choca frontalmente con la habitual pretensión del nacionalismo, de derechas o de izquierdas, de promover una identidad cultural en la sociedad que ponga coto al actual incremento de la diversidad. Se defiende la identidad en el terreno en el que viven los ciudadanos, en la sociedad, y las referencias a la diversidad se trasladan fuera de las fronteras. Pese al notable apoyo que reciben, los nacionalistas no están consiguiendo detener, afortunadamente, las consecuencias del proceso globalizador en este terreno. La diversidad cultural y el mestizaje se están convirtiendo en una característica creciente de muchas de las sociedades del planeta, y la disolución o el relajamiento de las viejas tradiciones y costumbres –de la identidad cultural– está provocando un notable incremento de la libertad y la autonomía de las personas a la hora de elegir sus estilos de vida.

7. El crecimiento desigual

Como ha venido ocurriendo a lo largo de la historia, este incremento de la libertad, la autonomía y el bienestar de una parte de la población mundial ha provocado que haya aumentado la distancia con respecto al resto. El crecimiento de la desigualdad entre las distintas sociedades del planeta se aceleró intensamente durante la segunda mitad del pasado siglo XX, y hoy las diferencias entre la riqueza de las naciones han alcanzado niveles impensables no hace

Achacar exclusiva o primordialmente al FMI la responsabilidad por la catástrofe de la economía argentina resulta, simplemente, estúpido

33. Geert Hofstede, *Culturas y organizaciones. El software mental*. Alianza Editorial, Madrid, 1999, pág. 383.

34. David S. Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones*. Editorial Crítica, Barcelona, 1999, pág. 17.

mucho tiempo. “A grandes rasgos y de manera sintética, puede decirse que la relación entre la renta per cápita de la nación industrial más rica, Suiza, pongamos por caso, y la del país no industrializado más pobre, Mozambique, es de 400 a 1. Hace doscientos cincuenta años esta relación entre la nación más rica y la más pobre era quizás de 5 a 1, y la diferencia entre Europa y, por ejemplo, el este o el sur de Asia (China o India) giraba en torno a 1,5 o 2 a 1”³⁴.

Aunque esta situación obedece a factores múltiples, no puede ser ajena al hecho de que el proceso globalizador durante los últimos veinticinco años se ha producido en buena parte bajo el liderazgo ideológico neoliberal –que inspiró la apuesta por el libre mercado global plasmada en el Consenso de Washinton– y la dirección de las tres principales instituciones que gobiernan la globalización: el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial de Comercio. Estas instituciones abandonaron buena parte de sus objetivos fundacionales, y pasaron a comportarse como instituciones misioneras al servicio de las prédicas neoliberales de los gobiernos occidentales más conservadores, los de Thatcher y Reagan. En consecuencia, las tres instituciones han dirigido sus intervenciones en la economía internacional atendiendo más a las recetas doctrinales que a los problemas concretos del país al que se dirigían. Por ello no puede extrañar que las consecuencias de las políticas estipuladas por el Consenso de Washington hayan sido favorecer a los ricos frente a los pobres y que los intereses comerciales prevalecieran sobre la democracia, la justicia social y el medio ambiente.

Hoy puede decirse, sin temor a equivocarse, que esas políticas han fracasado generalizadamente en casi todos los países en los que se pusieron en práctica para impulsar el desarrollo económico, sobre todo si se entiende que un objetivo fundamental del desarrollo debería consistir en mejorar la situación de los más necesitados. Pero lo peor es que en muchos lugares han contribuido incluso a dificultar las posibilidades de crecimiento futuro al debilitar el tejido social que sustenta cualquier nación. El fracaso sin paliativos de estas instituciones se revela al comprobar que casi todos los éxitos económicos nacionales que se han producido en el Tercer Mundo se han obtenido siempre obviando o contrariando sus propuestas. Los éxitos limitados en África (Uganda, Etiopía o Botsuana) y los más importantes de Asia constituyen todos ellos ejemplos de cómo ha constituido premisa básica para salir de la miseria el orillar los consejos de las instituciones económicas internacionales.

Así que, visto lo visto, resulta obligado abogar por la transformación de los comportamientos y de los objetivos que guían estas instituciones. Podría hablarse incluso de la conveniencia de volver a los orígenes, porque conviene recordar que el FMI fue impulsado por Keynes con un propósito claramente contradictorio con el que hoy persigue. Se trataba de corregir los fallos del mercado, no de plegarse a él, presionando a las naciones para que centraran sus esfuerzos económicos en la consecución del pleno empleo y ayudarlas con préstamos para que pudieran combatir las crisis con un incremento del gasto público. Actualmente, la receta del FMI es siempre la contraria: políticas destinadas a contraer el gasto público y desregulaciones de la economía, que suelen contribuir decisivamente a

agravar las recesiones económicas y la situación de los sectores más desfavorecidos.

El recurso al imperialismo

Las políticas de esas instituciones internacionales han sido consideradas por buena parte de la izquierda política como la lógica continuación de la vieja dinámica imperialista de las naciones europeas, remozada tras la descolonización en mero neocolonialismo. El imperialismo ha constituido una base de las visiones ideológicas de esa izquierda durante todo el siglo XX, hasta el punto de que algunos han llegado a creer, contra toda evidencia, que el imperialismo fue una invención occidental. Y el saqueo de las economías sometidas por los imperialistas explicaría, en consecuencia, tanto el incremento de la riqueza europea como la pervivencia de la pobreza en el Tercer Mundo. Sin embargo, por mucho que a algunos les sorprenda, y pese a lo que creyeron también quienes impulsaron las políticas imperialistas en su época, “el coste de construir y mantener un imperio colonial se mostró notablemente superior a la más generosa contabilidad de sus beneficios”³⁵.

De hecho, la pérdida de los territorios coloniales no sólo no coincidió con una disminución del crecimiento económico de las metrópolis, sino que éste se vio claramente incrementado. Tampoco se cumplieron generalizadamente en las antiguas colonias las expectativas de libertad, crecimiento y prosperidad que anunciaba la descolonización. Las naciones que accedieron a la independencia han cosechado resultados muy dispares, pero ha sido en África donde el fracaso de aquellas expectativas ha sido más absoluto. Actualmente, veintidós de los veinticinco países más pobres del mundo están en ese continente, y el 54 por ciento de los africanos viven por debajo del umbral de la pobreza. Este fiasco ha puesto de relieve que los gobiernos de las autocracias africanas han sido invariablemente ineficaces, salvo en lo que se refiere a esquilmar las economías en beneficio propio.

Las disparidades producidas en el proceso descolonizador parecen no afectar a los prejuicios de la ideología. Así que quienes responsabilizaban al imperialismo de los males de las sociedades africanas continúan haciéndolo igualmente; simplemente han modificado el término y hoy hablan de neocolonialismo. Escuchándoles, parece que no hubiera ninguna responsabilidad importante en el interior de esas sociedades. Cómo se explica entonces, por ejemplo, que bajo soberanía belga, en 1960, el Congo dispusiera de 140.000 kilómetros de carretera practicable, y que veinticinco años después

La causa determinante del crecimiento de la desigualdad entre las naciones ha sido el despegue de los países occidentales, y este proceso tiene ya tres siglos

35. Paul Krugman, *El gran engaño*. Editorial Crítica, Barcelona, 2003, pág. 338.

36. Joseph E. Stiglitz, *El malestar en la globalización*. Taurus, Madrid, 2002, pág. 309.

37. Datos del Banco Mundial correspondientes al año 2002.

se hubieran reducido a 19.000, de los cuales sólo 2.200 estaban asfaltados; o que Nigeria tuviera un PIB per cápita superior a Indonesia en 1965 –por comparar dos países exportadores de petróleo y pobres–, y en el mismo período de tiempo se convirtiera en tan sólo un tercio del que disfrutaban los indonesios. Ni el imperialismo ni la globalización pueden explicar completamente todos los males que sufren los países pobres.

Responsabilidades compartidas

Esos males encuentran raíces más sólidas en el interior de cada una de las sociedades que en el imperialismo o la globalización. “La globalización ha ayudado a cientos de millones de personas a alcanzar mejores niveles de vida, más altos de lo que ellas mismas, o la mayoría de los economistas, consideraban imaginable hace apenas poco tiempo. La globalización de la economía ha beneficiado a los países que han aprovechado esta oportunidad abriendo nuevos mercados para sus exportaciones y dando la bienvenida a la inversión extranjera. Pero los países que más se han beneficiado han sido los que se hicieron cargo de su propio destino y reconocieron el papel que puede cumplir el Estado en el desarrollo, sin confiar en la noción de un mercado autorregulado que resuelve sus propios problemas. Los países en desarrollo necesitan Estados eficaces, con un poder judicial fuerte e independiente, responsabilidad democrática, apertura y transparencia, y quedar libres de la corrupción que ha asfixiado la eficacia del sector público y el crecimiento privado”³⁶.

No es la globalización la causa principal del fracaso de la mayoría de las naciones africanas. Como no lo es del éxito, por ejemplo, de Botsuana: cuando el país accedió a la independencia en 1966 era tan pobre como los más pobres del continente, su renta per cápita era de 100 dólares al año. Sin embargo, Botsuana se ha desarrollado con tanto éxito que su crecimiento medio durante más de treinta años ha superado el 7,5 por ciento. Ese éxito proviene de la habilidad de esa sociedad para alcanzar y mantener un contrato social que puso las bases del desarrollo, fraguado por la Administración del país con el asesoramiento de algunas instituciones públicas y privadas occidentales. Si excluimos a los países ricos, la renta media mundial es hoy de 1.160 dólares, la del África subsahariana de 450 y la de Botsuana de 3.290³⁷.

¿Es culpa de la globalización lo que han hecho algunos países árabes con los ingentes ingresos obtenidos por la venta de petróleo? ¿Ha sido el éxito del Este asiático provocado simplemente por la intensificación de la interrelación económica en el mundo? En 1960, las siete economías árabes más prósperas tenían una renta media de 1.521 dólares, es decir, superior a los 1.456 correspondientes a las siete naciones más pujantes del Este de Asia: Taiwan, Corea del Sur, Hong Kong, Singapur, Tailandia, Malasia e Indonesia. Treinta años después, los siete países árabes se habían quedado en 3.342 dólares frente a los 8.000 de los asiáticos. Tampoco entre estas últimas naciones ha transcurrido todo de la misma forma: en 1960 la riqueza per cápita de Indonesia y la de Corea del Sur era la misma; al concluir el siglo, la coreana era diez veces mayor.

La importancia de la distinta actuación de cada gobierno puede observarse también en la transición de los antiguos países comunistas. En este caso, resultados espectacularmente diferentes se han producido en períodos de tiempo aún más cortos: en 1990 el PIB chino

era el 60 por ciento del ruso; al terminar la década la situación se había invertido. El crecimiento de la economía china ha sido mayor que el de cualquier otro país durante los últimos veinte años; mientras que en Rusia los activos nacionales han sido expoliados por la antigua *nomenclatura* y la economía criminal ha alcanzado cotas absolutamente sorprendentes. Esas diferencias pueden apreciarse también entre los muy cercanos países de la Europa central: el Gobierno de la República Checa impulsó con rapidez una política neoliberal de privatizaciones –muy aplaudida por el FMI–, que provocó que al terminar el siglo el PIB fuera inferior al de 1989. Los gobiernos de Hungría y Polonia obtuvieron resultados notablemente mejores, con políticas tan distintas como enfrentadas a las directrices del FMI.

Las consecuencias de los malos gobiernos se comprueban con claridad en Latinoamérica. Un continente prácticamente estancado hoy, y que hace una o dos generaciones mostraba un nivel de desarrollo muy superior al del Este de Asia. Achacar exclusiva o primordialmente al FMI la responsabilidad por la catástrofe de la economía argentina resulta, simplemente, estúpido. La responsabilidad de que en sólo cuatro años, entre 1998 y 2002, la renta per cápita argentina descendiera de 8.000 dólares a 4.000 es fundamentalmente del Gobierno de aquel país. Hablamos de un país que al terminar la Segunda Guerra Mundial disfrutaba de una riqueza superior a la de Alemania o Francia. La explicación de lo ocurrido desde entonces se encuentra básicamente en el interior de la sociedad argentina. Y el mismo criterio debería aplicarse para entender el éxito de la vecina economía chilena en la pasada década, con un crecimiento medio anual de su PIB del 6 por ciento.

Uno de los motivos del estancamiento latinoamericano se encuentra en la rémora que supone para el desarrollo económico la increíble desigualdad existente en aquellas sociedades: “Veamos algunos datos acerca de la polarización social usando como indicador el coeficiente entre el ingreso recibido por el 20 por ciento superior y el 40 por ciento inferior de las familias. Si miramos a los países desarrollados de Europa el indicador mencionado varía entre 1,7 y 2,2 veces. Si miramos a Asia Oriental el indicador oscila entre el 1,7 (en Japón) y 3,7 en Tailandia. Pero cuando llegamos a América Latina el abanico va de 4,3 veces en México a 9,6 veces en Brasil. En la historia económica mundial en las últimas tres décadas no existen casos de crecimiento sostenido en el tiempo en condiciones de polarización del ingreso tan agudas como las que caracterizan la

La insolidaridad de los triunfadores se extiende por amplias capas de las poblaciones de los países privilegiados

38. Ugo Pipitone, *Reflexiones sobre un presente acelerado. Regiones económicas, subdesarrollo e izquierda*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2000, pág. 130.

39. Joseph E. Stiglitz, *El malestar en la globalización*. Taurus, Madrid, 2002, pág. 275.

40. Xavier Sala i Martín, *Economía liberal para no economistas y no liberales*. Editorial Plaza y Janés, Barcelona, 2002.

realidad latinoamericana. El crecimiento acelerado de Asia Oriental se dio con mejoras sustanciales y progresivas en la distribución de los ingresos”³⁸.

La historia y la experiencia reciente nos muestran, efectivamente, la importancia del contexto económico internacional en el desarrollo de un país; pero sobre todo nos indican que “cualquiera que sea el estadio de desarrollo político y económico de un país, los gobiernos marcan la diferencia”³⁹.

Desigualdad y pobreza

En demasiadas ocasiones las referencias al crecimiento de las desigualdades se confunden con las que aluden al incremento de la pobreza. Pero una cosa es la desigualdad y otra, la pobreza; no son conceptos idénticos. Que las desigualdades en el mundo son hoy mayores que en cualquier otro momento de nuestra historia resulta obvio. Sin embargo, y pese a la división de opiniones en este asunto, no creemos que la pobreza haya crecido en las últimas décadas en el mundo en términos absolutos. Ahora bien, antes de argumentar la afirmación, resulta obligado resaltar que la pobreza no es sólo un valor absoluto, sino también relativo. Es decir, que la pobreza se percibe por quienes la sufren en relación con la riqueza que tienen enfrente. Por lo tanto, la comparación con la situación de los vecinos constituye un componente fundamental de cómo perciben sus carencias y cómo construyen sus expectativas de vida los desposeídos, que no pueden desligarse de las imágenes de la opulencia de los más ricos que transmiten hoy en día por todo el planeta los medios de comunicación.

Uno de los estudiosos que con mayor detalle ha analizado el fenómeno de la pobreza, medida en términos absolutos, ha sido el catedrático de las universidades de Harvard y Pompeu Fabra, Xavier Sala i Martín. Y sus análisis han sido descartados con notable ligereza –y, en realidad, sin refutación– por sectores de la izquierda política debido a su reconocida filiación neoliberal. Xavier Sala sostiene: “Después de aumentar entre 1960 y 1978, las desigualdades personales de renta comienzan a disminuir. ¿Cómo puede ser que las desigualdades entre personas se hayan reducido a partir de 1978 si las diferencias entre países siguieron aumentando hasta 1998? La explicación es muy simple: en 1978, el país más poblado del planeta, China, empezó un proceso de liberalización y de apertura al exterior que conllevó un progreso económico importantísimo para cientos de millones de personas. Eso hizo que las desigualdades económicas entre esos cientos de millones de personas y los ciudadanos de los países más ricos se redujeran progresivamente. Ese proceso de convergencia de las rentas personales en el mundo se vio acentuado cuando 10 años más tarde, el segundo país más poblado del planeta, la India, también se liberalizó y asimismo empezó a crecer. Eso benefició a otros 1.000 millones de personas. En cuestión de una década, casi una tercera parte de la humanidad había empezado un proceso de acercamiento a los niveles de riqueza y de bienestar de los países ricos, un proceso de erradicación de pobreza como no se había visto antes en la historia”⁴⁰.

El lenguaje neoliberal no invalida ningún argumento, y menos la obvia realidad de que los avances de las economías china e india, de un tercio de la población mundial, han tenido una incidencia claramente positiva sobre la pobreza en el mundo. Puede ponerse en cues-

ción el criterio que suele utilizarse –y que Sala utiliza– para medir la pobreza (el de uno o dos dólares diarios según el grado de pobreza sea más extremo), pero los datos no dejan de ser significativos. Según Sala, la gente que vive en el mundo con sólo un dólar al día ha pasado de ser el 20 por ciento de la población al 5 por ciento, y los que viven con dos dólares, del 44 por ciento al 18 por ciento. Estas cifras no coinciden con las de otras fuentes, pero resulta claro que, pese al fuerte aumento de la población, la pobreza ha disminuido en el mundo, en términos absolutos, aunque haya continuado creciendo la desigualdad.

El despegue de los ricos

Creemos que la causa determinante del crecimiento desmesurado de las desigualdades entre las naciones del mundo ha sido el despegue de los países occidentales, y éste es un proceso histórico que tiene ya tres siglos. Dicho de otro modo, la desigualdad comienza a hacerse llamativa a raíz de la Revolución Industrial. Ése es el momento en que entre los países ricos de Occidente y el resto del mundo se abre una brecha que no ha hecho más que agrandarse. En general, el resto de las sociedades del planeta no se empobrecieron, sino que unos pocos países se enriquecieron y se distanciaron del resto. El fenómeno ha continuado incrementándose hasta nuestros días, en los que la denominada tercera revolución tecnológica permite que crezcan aún más esas diferencias. Si bien es cierto que, afortunadamente, han ido surgiendo otros países que, a diferentes ritmos, han logrado unirse al tren del desarrollo, con especial éxito, como viene diciéndose, lo han hecho en las últimas décadas y continúan haciéndolo hoy muchas de las naciones de Asia.

Criterio parecido debe formar parte de la explicación del crecimiento de las desigualdades en el interior de las sociedades más opulentas. Ha sido el descarado enriquecimiento de las capas más ricas, que permitió el cambio político que supuso la revolución conservadora, lo que explica fundamentalmente ese incremento de las desigualdades; y no tanto el aumento de la pobreza absoluta de los más necesitados. Aunque resulta obligado, de nuevo, insistir en el componente relativo tanto de la riqueza como de la pobreza. Y en la obscenidad que supone un reparto tan desigual de la riqueza producida, especialmente en sociedades que, bien puede decirse, nadan en la abundancia.

La insolidaridad de los triunfadores

Que haya sido el despegue de los ricos el motivo más importante del incremento de las desigualdades no quiere decir que quienes

Se le pide al Estado que nos socorra ante cualquier problema y a la vez se le recrimina su excesiva intromisión en las vidas de los ciudadanos

41. Los datos son los últimos disponibles de la OCDE, y corresponden al gasto del año 2002.

más tienen no estén obligados a socorrer a aquellos que carecen de casi todo. Por tres razones: la primera, porque ese argumento no invalida la importancia de acabar con algunos comportamientos de los países ricos en el ámbito internacional que contribuyen a dificultar la salida de la pobreza a naciones del Tercer Mundo. La segunda, por interés. Resulta imposible pensar que las sociedades ricas puedan permanecer al margen de los problemas que se derivan de esta excesiva desigualdad en la que vivimos, que alimenta en una parte significativa la crisis ambiental, el terrorismo internacional o ciertos conflictos bélicos. La desigualdad contribuye a hacer el mundo mucho más inseguro; y es en ese mundo en el que habitamos también los ricos. Y por último, porque cualquier noción defendible de la ética o la moral debería obligarnos a ser solidarios con las sociedades pobres del planeta, especialmente en la actualidad, cuando los medios de comunicación han hecho tan visibles sus carencias que nadie puede argumentar desconocimiento sobre el drama que están viviendo tantos millones de personas.

Los países desarrollados deben colaborar, inexcusablemente, a atender las necesidades básicas de las sociedades pobres del planeta. Hace ya más de treinta años que la ONU estableció la política de la Ayuda Oficial al Desarrollo, y tasó en el 0,7% el porcentaje de la riqueza nacional que los Estados ricos deberían dedicar a esa ayuda. ¿Qué ha sucedido en este terreno? Los países más poderosos de la Tierra, que se reúnen periódicamente bajo la etiqueta de G-7, dedican una media del 0,2 por ciento de su PIB a la cooperación al desarrollo, esto es, menos de un tercio de lo que se propugnaba hace ya tres décadas. De todos los países ricos, sólo cinco superan el 0,7% propuesto: Dinamarca, Noruega, Suecia, Holanda y Luxemburgo. Pero es que del resto de esas naciones, únicamente tres (Bélgica, Irlanda y Francia) sobrepasan muy ligeramente la mitad de ese porcentaje; las demás dedican cifras vergonzosas a esta ayuda, como España, que ha disminuido sus aportaciones en los últimos tiempos hasta el 0,26 por ciento. Y el país que menos parte de su riqueza consagra al desarrollo es la principal potencia mundial, Estados Unidos, con el 0,13 por ciento de su PIB⁴¹.

Ahora bien, la ayuda al desarrollo no es la única medida que debe afrontarse en este terreno. En los últimos años la atención se ha concentrado de vez en cuando en la necesidad de condonar la deuda externa de las naciones más desafortunadas, porque sin esa condonación muchos países no podrán entrar en la senda del crecimiento económico, puesto que la deuda está absorbiendo buena parte de los recursos que tendrían que dedicar a ese propósito. La polémica sobre la condonación de la deuda de los países pobres apenas ha contribuido a la solución de un problema que continúa siendo grave. Los países ricos han condonado muy poca deuda, y en la mayoría de las ocasiones obedeciendo más a las alianzas políticas que a las auténticas necesidades de los países pobres. Y la deuda continúa impidiendo o dificultando las posibilidades de desarrollo económico de muchos países del Tercer Mundo.

No son pocos los que culpan exclusivamente a los gobiernos y al gran capital de esta in solidaridad, mientras que el común de los integrantes de las sociedades ricas parecería inocente, como si desconociera lo que está ocurriendo. Es cierto que la explosión de las ONG

y la participación en acciones y trabajos solidarios con el Tercer Mundo es hoy mayor que nunca en los países ricos; sin embargo, continúa siendo una minoría de esas sociedades quienes participan en esas actividades, mientras que la insolidaridad de los triunfadores se extiende por amplias capas de las poblaciones de los países privilegiados. ¿Es posible incrementar la ayuda al desarrollo o condonar la deuda externa de los países pobres cuando los ciudadanos de Occidente se dedican a situar en sus gobiernos a aquellos que propugnan la disminución de sus obligaciones públicas, de los impuestos que pagan?

Esta insolidaridad, mucho más generalizada de lo que se piensa, se revela con claridad cuando se afronta la cuestión de la deslocalización de muchas empresas situadas en Occidente o de la “fuga” de capitales hacia países más necesitados. “La intuición ética es que, a largo plazo, la huida de capitales, cuando ocurre, es tremendamente progresiva. Su consecuencia es la elevación de los ingresos de trabajadores que son mucho más pobres que los trabajadores de los países desarrollados. Como igualitaristas, debemos valorar esto como algo positivo. Esto me lleva a lo que creo que ha sido moralmente equivalente al talón de Aquiles en la posición de amplios sectores de izquierda europea y estadounidense: su chauvinismo nacionalista. Como dijera, la desigualdad de ingresos promedio entre las naciones es mucho más grave en sus efectos sobre la auto-realización humana que la desigualdad entre el ingreso promedio y el ingreso más alto en un país avanzado”⁴². En la propia Europa estamos asistiendo actualmente a una manifestación bien reveladora de esta insolidaridad. La ampliación de la Unión Europea está provocando la deslocalización de muchas empresas hacia el Este del continente. Las protestas en los países más ricos ante el hecho de que parte de su riqueza se dirija a los más pobres son tan compartidas que Izquierda Unida proponía en la campaña electoral de las últimas elecciones europeas “una normativa europea que impida a las empresas trasladarse libremente entre países”⁴³.

Lo mismo está ocurriendo cuando se discute el destino de los fondos que reserva la Unión Europea para la cohesión territorial: ante la llegada de los pobres del Este, los países más ricos proponen una disminución de sus aportaciones al presupuesto europeo; y aquellos que más se han beneficiado de esos fondos pelean denodadamente para conservarlos. El principal beneficiario ha sido España, que hoy alcanza ya el 95 por ciento de la riqueza media europea tras la ampliación de la Unión, y trata de mantener buena parte de esas

*Los Estados
continúan
siendo los
agentes
dominantes en
la economía
mundial*

42. John E. Roemer, “Estrategias igualitarias”, en *Razones para el socialismo*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2001, pág. 104.

43. *El País*, 31 de mayo de 2004.

44. Jesús María Ridaio, *La elección de la barbarie. Liberalismo frente a ciudadanía en la sociedad contemporánea*. Tusquets Editores, Barcelona, 2002, pág. 119.

aportaciones, es decir, de disputárselas a los nuevos países miembros, cuya riqueza ronda el 40 por ciento de la de los antiguos miembros. Destaca en este aspecto, el victimismo canario, una sociedad que, como ya dijimos, recibe más de 12 millones de visitantes cada año, y que se empeña en considerarse ultraperiférica y necesitada de todo tipo de subvenciones, las que llegan por la RUP, la RIC, la ZEC, el REA... Ridículo si no fuera tan interesado; nadie parece dispuesto a renunciar a la lluvia de millones que nos ha llegado de Europa, por mucho que resulte obvia la existencia de sociedades claramente más necesitadas que la nuestra.

Un aspecto donde brilla con luz propia la hipocresía, y básico para las posibilidades de desarrollo de los países pobres, es el comercio internacional. Los ricos tratan de obligar a los pobres a que abran sus fronteras a sus productos (y suelen conseguirlo), mientras que mantienen las trabas a las importaciones de los países en vías de desarrollo (piénsese, por ejemplo, en cómo se intenta desde Canarias frenar la entrada del tomate marroquí en Europa). Es cierto que la apertura del comercio internacional debe constituir un objetivo urgente. Pero en una dirección y con unas excepciones bien distintas a las que promueven las sociedades opulentas desde la Organización Mundial de Comercio. Lo importante es abrir las fronteras de Occidente a los productos de los países más necesitados; y las excepciones temporales deben estar destinadas a salvaguardar los sistemas económicos más débiles. Porque conviene recordarles a los dos países que hoy se erigen en los adalides del libre comercio, EE. UU. y Gran Bretaña, que sus economías fueron enormemente proteccionistas durante sus propias fases de crecimiento. Y que los éxitos de todos los países emergentes en las últimas décadas han requerido de la protección de sus economías.

8. El espacio del Estado

Una de las ideas más repetidas en el terreno que nos ocupa es que la globalización está minando los Estados nacionales. Según esta generalizada opinión, la internacionalización de la actividad económica estaría socavando los pilares que sostienen al Estado-nación. Volvemos al terreno de la ideología, y especialmente a la de quienes consideran que es la economía la que determina la forma de la sociedad. Estaríamos, pues, asistiendo a la desaparición del Estado que anunciaba el marxismo, pero provocada, paradójicamente, por el éxito de los neoliberales en la imposición de su utopía del libre mercado a través de la globalización. Pero, teniendo en cuenta la inexistencia de otro sistema de organización que asuma los fines actuales del Estado, “¿a través de qué extraño salto cualitativo, de qué portentosa alquimia, se espera que una sociedad internacional fragmentada en centenares de pequeños Estados-nación se convierta en la pronosticada sociedad-red, donde éstos habrían desaparecido?”⁴⁴

El orden internacional en el que nos desenvolvemos no parece anunciar la desaparición o la disolución del Estado-nación. Desde el siglo XVIII la expansión del Estado ha sido una característica de la sociedad mundial. Tras el final de los imperios europeos, el proceso de descolonización y la caída de la Unión Soviética, el moderno sistema internacional de Estados ha alcanzado su máxima expresión a finales del siglo XX. Durante la segunda mitad de ese siglo se unieron a la sociedad de Estados multitud de comunidades políticas

independientes; de hecho, en ese período se ha doblado con creces el número de Estados independientes, hasta superar en la actualidad la cifra de ciento noventa.

En el terreno de las relaciones internacionales, los Estados continúan siendo los grandes protagonistas. Es cierto que la actual política global debe afrontar una amplia gama de cuestiones que no pueden ser contenidas en las fronteras nacionales: la contaminación que provoca el cambio climático, la internacionalización de la economía criminal, la defensa de los derechos humanos o el terrorismo no respetan esas fronteras y para abordarlas es necesaria la cooperación internacional. Ha surgido una incipiente legalidad internacional que obliga a los Estados; pero el sistema internacional lo han construido los Estados, y se basa exclusivamente en la legitimidad que sólo ellos pueden proporcionarle, puesto que son los únicos instrumentos actuales de mediación política entre el sistema internacional y los ciudadanos. Si bien algunas de sus funciones se han visto constreñidas, lo cierto es que su poder se ha reforzado al extenderse fuera de sus fronteras y poder actuar en la definición de un sistema de convivencia internacional que es propiamente interestatal.

La costumbre de convertir los puntos de vista europeos en leyes universales avala la extendida creencia de que los Estados están sometidos a una doble tensión que va constreñiendo sus posibilidades de actuación: el afianzamiento de instituciones políticas supranacionales limitaría sus competencias por arriba mientras la descentralización administrativa lo haría por abajo. Desde esta perspectiva, hay quien anuncia su desaparición y profetiza la futura Europa de las regiones. Lo primero que debe resaltarse es que el único proceso de unidad política supraestatal que se está produciendo en el mundo es el europeo, es decir, que ésta no es una característica global desde el punto de vista político, como no lo es tampoco la política de descentralización administrativa que se ha impuesto en unos cuantos países. Después, que la Europa de las regiones es el sueño de los nacionalistas sin Estado, pero que es la Europa de los Estados la que se ha impuesto y la que tiene todos los visos de continuar haciéndolo. Y que esa Europa difumina algunos de los contornos del Estado a la par que les proporciona nuevas vías de actuación y nuevos terrenos en los que intervenir. Por último, es necesario recordar que los procesos de descentralización transforman el Estado pero no acaban con él, entre otras cosas porque el confuso vocabulario imperante en la política española lleva con

En las próximas décadas el continente con mayor peso en la economía mundial será Asia

demasiada frecuencia a olvidar que las Comunidades Autónomas son Estado. Ni la descentralización administrativa acaba con el Estado-nación, ni es una novedad: los Estados descentralizados, como EE. UU. o Suiza, tienen una tradición centenaria, y a nadie se le ocurría hace tiempo que constituyeran el anunciado final de su existencia como Estados-nación.

Si nos centramos en la política nacional, tendremos que convenir en que, pese a la influencia de la legalidad internacional y a la existencia de organismos supraestatales como la Unión Europea, los ámbitos de actuación estatales no han hecho más que incrementarse. Durante la segunda mitad del siglo XX, los Estados añadieron a su capacidad política de legislar la de regular el ámbito económico como nunca hasta entonces. La consolidación del Estado del bienestar amplió su capacidad de intervención en la esfera social de una manera completamente nueva y determinó la política de redistribución de la riqueza en cada sociedad. A los Estados más desarrollados se les responsabiliza hoy, además de velar por las tradicionales funciones de orden y seguridad, de la cohesión y la integración social, del mantenimiento de una esfera pública rica y plural que sea capaz incluso de cuestionarles, y en general de la prosperidad y modernización del país. Esa capacidad de intervención de los Estados en cada vez más aspectos de la vida social ha crecido de tal forma que, en no pocas ocasiones, está siendo hoy contestada desde algunos segmentos de la sociedad civil –y no exclusivamente desde aquellos que podrían calificarse de liberales–. Vivimos en un momento histórico en el que, bien contradictoriamente, se le pide al Estado que nos socorra ante cualquier problema y, a la vez, se le recrimina su excesiva intromisión en las vidas de los ciudadanos. Pero esa contradicción no desvela más que la gran importancia de los Estados en las sociedades actuales, que constituyen el único ámbito legítimo en la actualidad sobre el que se asienta la democracia. Y referirse a una deseable democracia cosmopolita en un futuro previsible, es referirse a las posibles formas en las que se perfeccionarán y profundizarán las conexiones internacionales entre los Estados.

El disolvente multinacional

Retornemos al terreno más puramente económico, que es donde la mayoría cree encontrar el disolvente que está corroyendo al Estado-nación: el intento de los grandes conglomerados económicos transnacionales de socavar el poder de los Estados en su propio beneficio. Parece casi una moda considerar que las empresas multinacionales constituyen una especie de gobierno invisible que reemplaza al Estado-nación en muchas de sus funciones o le imponen las grandes opciones económicas. Sin embargo, quienes dirigen esas empresas son conscientes de que la realidad es significativamente diferente, de que los Estados continúan siendo los agentes dominantes en la economía mundial con los que conviene llevarse bien, pues sus políticas no son tan fáciles de burlar.

De hecho, la influencia gubernamental no ha disminuido en ninguna sociedad desarrollada, ni siquiera en aquellas en las que triunfó la idea del “gobierno mínimo” que ha caracterizado la política neoliberal de las últimas décadas. El sector público, y el empleo que proporciona, aumentaron durante los gobiernos de Thatcher, Reagan y Bush padre, y lo habrá hecho de nuevo, probablemente, al concluir el del hijo. Y es que “el ideal de gobier-

no mínimo que inspira el Consenso de Washington es, en el mejor de los casos, un anacronismo. Pertenece a una era en la que las principales amenazas a la libertad y a la prosperidad eran los Estados totalitarios. En la actualidad, el bienestar humano y social peligran, principalmente, por el colapso o el debilitamiento de los Estados. La reforma empieza por la rehabilitación del Estado moderno. La amenaza a la paz y al progreso económico no proviene de tiranías o de Estados expansionistas sino de la ausencia de cualquier tipo de gobierno eficaz”⁴⁵.

La globalización no ha supuesto una disminución del poder de los Estados, aunque sí transforma las condiciones bajo las cuales se ejerce ese poder. Y es cierto que alguna de esas condiciones lo limita, entre las que destaca la libertad y la volatilidad con la que se mueven y agrupan los capitales financieros internacionales, que pueden, efectivamente, comprometer la viabilidad de algunas políticas económicas de los gobiernos. Ahora bien, de ahí a pensar, como algunos defienden, que esta realidad obligue a los gobiernos a asumir políticas neoliberales va un trecho. No es cierto, como no lo es que sean esas políticas las únicas que garantizan el éxito en el mercado global. Suele ponerse de ejemplo la economía estadounidense para sustentar ese criterio. Sin embargo, bien podríamos acudir a otro ejemplo contrapuesto: en la última década, las listas sobre productividad e innovación tecnológica suelen encabezarlas otra nación: “Finlandia muestra que el Estado del bienestar plenamente desarrollado no es incompatible con la innovación tecnológica, con el desarrollo de la sociedad informacional y con una economía dinámica y competitiva”⁴⁶.

El caso finlandés es el más señalado, pero ocurre lo mismo en todas las economías de los países nórdicos, que son, además, de las más globalizadas del planeta⁴⁷. Esto es, en las que el comercio internacional ocupa un lugar preponderante. Se demuestra así que la opción por la desregulación de la economía, el adelgazamiento del Estado del bienestar y la disminución de los impuestos no provienen de la necesidad de competir en la economía global, sino de una opción claramente ideológica. Porque es cierto que “este Estado del bienestar no es sostenible sin una elevada presión fiscal. Pero la fiscalidad no es un problema económico en tanto que la productividad y la competitividad crezcan más deprisa que los impuestos, y en tanto que la gente perciba los beneficios que recibe en forma de servicios sociales y calidad de vida”⁴⁸.

En estos países, los Estados han utilizado los incentivos y la plani-

La supremacía de EE. UU. lleva tiempo menguando

45. John Gray, *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2000, pág. 255.

46. Manuel Castells y Pekka Himanen, *El Estado del bienestar y la sociedad de la información. El modelo finlandés*. Alianza Editorial, Madrid, 2002, pág. 183.

47. La clasificación de la competitividad de las naciones la encabeza Finlandia, seguida de EE. UU., Suecia y Dinamarca. *Global Competitiveness Report 2003-2004*. Oxford University Press, 2004.

48. Manuel Castells y Pekka Himanen, *El Estado del bienestar y la sociedad de la información. El modelo finlandés*. Alianza Editorial, Madrid, 2002, pág. 183.

49. David Held y Anthony McGrew, *Globalización/Antiglobalización. Sobre la reconstrucción del orden mundial*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2003, pág. 60.

50. Fernando Vallespín, *El futuro de la política*. Taurus, Madrid, 2003, pág. 43.

ficación estratégica para complementar los mecanismos del mercado, en lugar de plegarse a las demandas de los sectores más privilegiados de ese mercado en defensa de sus particulares intereses. La diferencia continúa estando en la actuación de los gobiernos, que aunque haya estado matizada por el nuevo escenario global no se ha visto determinada por él. Y lo mismo puede decirse de todos las economías exitosas durante las últimas décadas, en las que la actuación de los gobiernos ha sido la que ha marcado la diferencia. “No hay pues razón para suponer que las condiciones contemporáneas plantean una amenaza real a la soberanía o a la autonomía nacional. Puede decirse que la interdependencia económica, lejos de erosionar necesariamente la autonomía o la soberanía nacional, ha potenciado las capacidades de muchos Estados. Como pone de manifiesto la experiencia de los ‘tigres’ del Este asiático, los mercados globales son perfectamente compatibles con Estados fuertes”⁴⁹. De hecho, bien puede decirse que, lejos de aceptar los augurios sobre la desaparición del Estado-nación, el principal desafío político de los países subdesarrollados continúa siendo construir poderes estatales fuertes que abran el camino que permita abandonar la pobreza.

9. La regionalización de la sociedad mundial

Aunque el proceso de unidad política que se está produciendo en Europa no sea, como decíamos, extrapolable a otras zonas del planeta, lo cierto es que los Estados se adaptan al nuevo estadio de la globalización agrupándose regionalmente. En este sentido, hay quien opina que “hay una cierta ironía en hablar de mundialización de la economía y las finanzas, cuando aquí el ‘mundo’ se reduce casi exclusivamente a tres zonas geográficas: América del Norte, Europa y Asia oriental. Dentro de estos tres bloques económicos se concentra más del 70 por ciento del comercio mundial, de forma que el 84 por ciento del mismo tiene lugar entre países que acogen tan sólo el 24 por ciento de la población mundial”⁵⁰. Es cierto, no obstante, que se están creando una multiplicidad de redes económicas transnacionales que nos impiden concluir que estamos sin más ante una mera regionalización de la economía mundial. Y que los procesos de regionalización e internacionalización no son contradictorios, sino manifestaciones del mismo proceso de interconexión entre las sociedades humanas que se han alimentado mutuamente. El avance de la globalización ha constituido un acicate para que algunos Estados se agrupen dando lugar a regiones económicas plurinacionales. Todo parece indicar que estamos asistiendo a la formación de tres grandes polos económico-políticos que van a dominar la historia mundial en los próximos tiempos: la Unión Europea, Asia Oriental y América del Norte.

En Europa se encuentra el polo más antiguo y más avanzado en su proceso de integración. Porque en este caso no se trata exclusivamente de una integración económica. En la Unión Europea existe una evidente voluntad de formación de un nuevo sujeto político con una proyección mundial. La construcción de la unidad política está teniendo lugar a una velocidad que nos resulta francamente escasa cuando la examinamos día a día, e increíblemente rápida cuando lo hacemos con perspectiva histórica, pero es seguro que colaborará a consolidar la posición de los europeos en el concierto mundial. Este proceso de unidad ha contado en muchos momentos con la oposición de la izquierda más radical. Y esa opo-

sición delata una vez más la ceguera política que en tantas ocasiones la caracteriza. Europa no es ninguna panacea, pero resulta hoy por hoy el contrapeso más real que puede instrumentarse al unilateralismo estadounidense y a los delirios imperiales de sus actuales dirigentes. De la misma forma que la defensa del modelo social europeo –pese a sus carencias y a las notables diferencias entre los países del continente– se erige como la alternativa más clara en Occidente a las propuestas neoliberales de un capitalismo sin rostro humano. La convergencia europea ha comportado –como bien sabemos los españoles– una disminución de la desigualdad entre los diferentes países. Este aspecto es el que lleva a John Roemer a sostener que “la oposición a la integración es éticamente defendible sólo desde un punto de vista chauvinista, que valora las vidas de los compatriotas más que la vida de los seres humanos. La filosofía comunitarista ha intentado justificar esta clase de chauvinismo. Sin duda, la izquierda debiera rechazar esa visión de las cosas”⁵¹. En los países más atrasados social y ecológicamente, como el nuestro, la Unión está cumpliendo un papel claramente positivo. La izquierda política, radical o moderada, debe contribuir a impulsar el proceso de convergencia, y tratar de encaminarlo hacia el cauce que recoge sus planteamientos y sus objetivos, que bien podría resumirse, de nuevo, en la justicia social y la solidaridad con las sociedades más débiles.

Asia oriental se ha convertido en la región económica de más éxito en las últimas décadas. Japón fue la primera potencia económica no occidental. Después asistimos al fuerte crecimiento económico de los denominados dragones asiáticos: Taiwan, Corea del Sur, Malasia, Singapur... En las dos últimas décadas, el país que más ha crecido en la economía mundial ha sido China. Y en la última, la economía de la India se ha incorporado al crecimiento económico en este continente. El éxito asiático está siendo de tal calibre que los analistas de Goldman Sachs aventuran que el tamaño de la economía norteamericana podría ser alcanzado por la china en el año 2025, y por la hindú en el 2050⁵². Ciertamente que la prospectiva en economía nunca se caracteriza por el exceso de aciertos, pero resulta bastante sencillo pronosticar que en las próximas décadas el continente con mayor peso en la economía mundial será Asia. Si a la economía le añadimos la demografía, bien podríamos coincidir con John Gray en que “hemos entrado en la era del ocaso de Occidente. No es una era en la que todos los países asiáticos vayan a prosperar y todos los países occidentales vayan a sufrir un declive. Es un período en el que la identificación de ‘Occidente’ con la moderni-

Destruir el condicionante que liga ciudadanía, nacionalidad y derechos, que hace de la ciudadanía un privilegio que legitima la exclusión de quien no es nacional

51. John E. Roemer, “Estrategias igualitarias”, en *Razones para el socialismo*, Ediciones Paidós, Barcelona, 2001, pág. 105.

52. Paul Kennedy, “Cuidado con los BRIC”, *El País*, 26 de noviembre de 2003.

53. John Gray, *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2000, pág. 246.

dad está terminando. Puede que la propia idea de ‘Occidente’ ya se haya vuelto arcaica: las viejas polarizaciones de ‘Oriente’ y ‘Occidente’ ya no captan la diversidad de culturas y de regímenes del mundo actual. Una ‘Asia’ monolítica es, en buena medida, algo tan quimérico como la ‘civilización occidental’. El crecimiento inexorable de un mercado mundial no da lugar a una civilización universal, sino que hace de la interpenetración de las culturas una condición global irreversible”⁵³.

La unidad política en Europa y la interconexión y la importancia de las economías del Este de Asia pueden anunciar a medio plazo tanto el final de la obsesión por el libre mercado, en los términos en que hoy se manifiesta, como la progresiva desaparición de la hegemonía de su principal impulsor: Estados Unidos. En realidad, la supremacía de EE. UU. lleva tiempo menguando. La hegemonía se mide sobre todo en términos económicos, y la estadounidense alcanzó su máximo esplendor a mediados del pasado siglo. Consideremos las siete principales economías del planeta: Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, Italia, Inglaterra y Canadá. Pues bien, en 1950, la economía de EE. UU. era un 22 por ciento superior a la suma de las otras seis; al comenzar el nuevo siglo su importancia relativa ha descendido tanto que esas seis economías suponen el 250 por ciento con relación a la estadounidense. Nadie sostiene que la economía norteamericana esté hundiéndose, ni que no vaya a continuar creciendo. Pero lo que resulta obvio es que, en relación con el resto del mundo, la fuerza económica de Estados Unidos es mucho menor a comienzos del siglo XXI que a mediados del siglo pasado, y que su importancia relativa va a continuar disminuyendo. Así parecen creerlo también la gran mayoría de los 500 altos ejecutivos de todo el mundo, a quienes la revista *The Economist* preguntaba el pasado mes de junio cuál era la zona que tenía más posibilidades de atraer inversión extranjera directa en los próximos años: las respuestas situaban a China en el primer lugar con el 23 por ciento, seguida de la India (19,4%), la zona euro de la Unión Europea (17%), Estados Unidos (13%) y los nuevos socios de la UE (12,8%). Parece que, por primera vez en la historia, el declive de la hegemonía estadounidense no anuncia su sustitución por otra potencia nacional, sino la tendencia a la organización del mundo en bloques regionales. Y ni siquiera como bloque regional, podrá Norteamérica mantener esa hegemonía frente a la Europa unida y a la emergente Asia Oriental dentro de unas pocas décadas.

10. La política global

La preeminencia de los Estados nacionales y su mayor integración regional no disminuyen la importancia de lo que hoy se denomina la *gobernanza* global, que se ha desarrollado a la par que el proceso globalizador durante la segunda mitad del siglo XX, y que es bastante más plural de lo que algunos están dispuestos a reconocer. Aunque esté lejos de ser un gobierno mundial, este complejo de gobernanza global es mucho más que un mero sistema de cooperación intergubernamental limitada: las Naciones Unidas, el FMI, el BM, la OMC, la Corte Penal Internacional y toda una serie de legislación internacional constituyen, pese a sus obvias y muy remarcadas limitaciones, un incipiente sistema de legalidad internacional novedoso en la historia de las relaciones entre las naciones. Y algunos de sus aspectos más positivos y de las preocupaciones actuales fueron incluidas en la agen-

da política internacional tras la Segunda Guerra Mundial por los EE. UU., pero también gracias a las luchas de la izquierda: primero, contra el fascismo; después, por la democracia social; y la más reciente, contra la globalización neoliberal. Porque se olvida a menudo la considerable importancia de la actual sociedad civil transnacional en un entorno en que los medios de comunicación marcan muchos aspectos de esa agenda y contribuyen a modelar la opinión pública internacional.

Se trata, por lo tanto, de propugnar la reforma y la democratización de las instituciones que dirigen hoy la gobernanza global y plantear la creación de los nuevos instrumentos que se requieran para realizarla. Y en el terreno económico esa democratización pasa por la de las instituciones económicas internacionales que dirigen la globalización: FMI, BM y OMC, que deben dejar de ser *propiedad* exclusiva de los países ricos para que sus preocupaciones se dirijan a donde deben dirigirse: a resolver los problemas de los más necesitados. Quizá el primer paso en esta dirección acabe siendo la exigencia de las grandes potencias emergentes –Brasil, China e India– por ampliar su peso en estas instituciones. Porque si no empiezan a reflejar otras posturas fuera de las de los países más ricos, estas instituciones internacionales terminarán por perder la poca autoridad que les queda para acabar volviéndose irrelevantes. Y tampoco en este terreno tiene sentido el “cuanto peor, mejor”; la sociedad mundial necesita de estas instituciones; se trata, por lo tanto, de reformarlas, de transformar significativamente la distribución del poder para que se centren en los grandes problemas que afectan a la mayoría de la población mundial, y no de proponer su desaparición a cuenta de los pecados cometidos.

No obstante, a día de hoy, cualquier reforma sería de la economía internacional requiere del apoyo de la principal potencia mundial. “Sin un apoyo activo y continuado de Estados Unidos no podrá haber instituciones operativas de gobernanza global, pero mientras Estados Unidos continúe comprometido con el proyecto del libre mercado global vetará cualquier reforma en ese sentido. Mientras su política siga basándose en la ideología del *laissez-faire* que dicta el Consenso de Washington, no habrá posibilidad de reformar la economía mundial”⁵⁴. Esta dificultad, que era ya una realidad bajo la presidencia de Clinton, se ha agravado hasta el punto de convertir en una prioridad para el futuro de la comunidad internacional que los fundamentalistas cristianos que dirigen la Administración estadounidense sean derrotados en las próximas elecciones.

Los prejuicios ideológicos facilitan tanto la conformación de los mitos de la globalización como dificultan su comprensión

54. John Gray, *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2000, pág. 255.

55. Javier de Lucas, *Globalización e identidades. Claves políticas y jurídicas*. Icaria Editorial, Barcelona, 2003, pág. 36.

56. Pietro Barcellona, *El individualismo propietario*, Editorial Trotta, Madrid, 1996, pág. 160.

Una democracia social cosmopolita

La globalización, no obstante, no queda circunscrita al ámbito económico. Estamos obligados a profundizar ese proceso en sus vertientes políticas y sociales. Y para concluir este artículo, bien podemos repetirnos la vieja pregunta: *¿Qué hacer?* Pues bien, lo primero es aceptar la continuidad en la historia de las sociedades humanas. La globalización no supone una “nueva era”, ni un “nuevo comienzo” en esa historia, sino la continuación del proceso de establecimiento de redes entre las distintas sociedades que es tan viejo como la historia de la humanidad, aunque asistimos hoy, ciertamente, a un estadio de notable densificación de las redes humanas. Y desde esa perspectiva, se trata de dar continuidad, con los ajustes y transformaciones necesarios, a la vieja aspiración a la libertad, la igualdad y la fraternidad. La democracia y la igualdad continúan siendo los valores fundamentales que deben presidir la política de la izquierda, a los que en el siglo que acaba de comenzar debe añadirse inexcusablemente la compatibilidad entre el desarrollo humano y los ecosistemas que lo sustentan.

Claro que esos valores deben impregnarse de un universalismo que acompañe al actual estadio de la globalización. Y para empezar, “si hay alguna esperanza de recuperar el mensaje universalista y emancipador de los derechos, el camino empieza por destruir el condicionante que liga ciudadanía, nacionalidad y derechos fundamentales (y concretamente políticos), cosa que hace de la ciudadanía un privilegio, una razón (ya manifiestamente insuficiente) para legitimar la exclusión en la atribución de derechos a quien no es nacional”⁵⁵. Esta ruptura entre derechos y nacionalidad no se producirá de un día para otro, pero el primer paso debería consistir en la defensa de los derechos políticos y sociales de los inmigrantes en las sociedades en las que habitan, porque la conculcación de los derechos humanos de una parte de los ciudadanos que conviven en una sociedad constituye en la actualidad la principal carencia de la democracia en el mundo desarrollado.

Ahora bien, la democracia no resuelve los conflictos por sí misma, la democracia “es el régimen de la indeterminación y del riesgo; sin embargo, es al mismo tiempo un régimen en el que el elemento estructurante es la participación colectiva en las decisiones, y, por tanto, es una forma de sociedad que precisamente se da sus leyes. En cambio, el momento actual es distinto: es el intento de imponer a la sociedad un orden externo, el de los vínculos económicos mundiales”⁵⁶. Y la única manera de evitar el actual déficit democrático, que provoca ese “orden externo” que pretende imponerse, es que la democracia traspase las fronteras nacionales y se proyecte en instituciones internacionales que nos permitan participar colectivamente también en las decisiones que nos atañen globalmente y dotarnos de la legalidad internacional necesaria que nos garantice esa participación.

No obstante, no existe un acuerdo generalizado sobre cómo debe afrontarse la democratización del orden internacional. Lo único que parece estar claro es que todo el mundo rechaza que el objetivo pudiera ser un gran Estado global con un gobierno mundial. En esta situación, el proyecto más definido es el de un grupo de pensadores políticos liderados por David Held, que han denominado “democracia cosmopolita”. “En una versión más reciente, el proyecto se amplía y pasa a denominarse ‘democracia social cosmopolita’, pre-

cisamente para enfatizar que se trata de intentar llevar a la práctica los valores más importantes de la socialdemocracia: Estado de derecho, igualdad política, solidaridad social y eficacia económica, que la democracia por sí misma no incorpora. Uno de los objetivos más reiterados es la intervención de todos los niveles institucionales para hacer efectivos los principios de justicia social, es decir, a fin de lograr una distribución de los recursos mundiales más equitativa y la regulación de la economía global a través del control de los flujos de capital”⁵⁷.

La democracia cosmopolita se revelaría como la lógica continuación de las exigencias de profundización democrática en el interior de los Estados, que necesitan ahora desmontar las barreras al funcionamiento democrático que colocan los agentes económicos que se mueven en el ámbito transnacional y acoger a las poblaciones más desamparadas del planeta, como exigencia ineludible de la extensión internacional de la concepción de la justicia social. Esta tarea política irá alumbrando una ciudadanía global (ya ha comenzado a hacerlo de forma incipiente alrededor del heterogéneo movimiento *altermundista*) que comience a incidir en múltiples aspectos de la gobernanza global.

Parece lógico defender que una propuesta de este tipo debe comenzar por plantear la reforma de la institución más importante y, pese a sus deficiencias, más representativa de la actual gobernanza mundial, las Naciones Unidas. Obviamente, el primer paso de esa reforma es democratizar la organización. Resulta difícilmente aceptable hoy en día que cinco países dispongan del poder de vetar cualquier acuerdo, como el desparpajo con el que algunas naciones incumplen sus resoluciones –en este terreno, el ejemplo es Israel–. La ONU necesita tanto reforzar su poder de actuación en la política internacional como democratizar sus estructuras y la forma en la que se toman las decisiones. Y después, afrontar la necesidad de nuevos flujos de recursos para atender a las necesidades de un nuevo orden internacional, especialmente, la paz y las necesidades de los más desposeídos. Es decir, capacidad de intervenir para evitar los conflictos bélicos o la conculcación de los derechos humanos en cualquier sociedad, y la implantación de la tasa Tobin que reclama el movimiento por otra globalización, un impuesto a la circulación del capital financiero internacional destinado a ayudar a las sociedades más pobres a abandonar la miseria.

Recurriendo a los términos de sus impulsores, “el proyecto de la socialdemocracia cosmopolita puede concebirse como una base

Las sociedades humanas necesitan más globalización y no menos

57. Elena García Guitián, “Sociedad transnacional y democracia cosmopolita”. En AA. VV., *Teoría política: poder, moral, democracia*. Alianza Editorial, Madrid, 2003, pág. 488.

58. David Held y Anthony McGrew, *Globalización/Antiglobalización. Sobre la reconstrucción del orden mundial*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2003, pág. 150.

común de acuerdo para la promoción de la administración imparcial de la ley en el ámbito internacional; mayor transparencia, control y democracia en la gobernanza global; un mayor compromiso con la justicia social en la búsqueda de una distribución más equitativa de los recursos mundiales y la seguridad humana; la protección y reinención de la comunidad en diversos ámbitos (desde el local al global), y la regulación de la economía global a través de la gestión pública de los flujos financieros y comerciales globales, la provisión de bienes públicos globales y la implicación de los principales grupos de interés en la gobernanza corporativa. Esta base común en la política global contiene claras posibilidades de diálogo y acomodación entre los diferentes segmentos del espectro político ‘globalización/antiglobalización’. Además, algunas de las posiciones representadas por los estatistas/proteccionistas podrían formar parte del diálogo, pues ocurre que la ‘socialdemocracia cosmopolita’ necesita claramente de una gobernanza competente fuerte en todos los ámbitos; local, nacional, regional y global”⁵⁸.

El retroceso que ha sufrido el proceso globalizador tras la reacción nacionalista y belicista de la Administración estadounidense al atentado terrorista del 11 de septiembre de 2001 delata que las sociedades humanas necesitan más globalización y no menos; y, como siempre, que las corrientes políticas que pongan el acento en la igualdad de los derechos de todos los humanos, en un sentido amplio, y en la conservación de la biosfera tienen que continuar su batalla política por proporcionarle el rostro humano a la globalización, que bien podría resumirse en la formulación de la democracia social cosmopolita, con la que la izquierda política debería volver a situar el acento en la igualdad, en lo que hace iguales a todos los ciudadanos en el espacio público, y dejar atrás las políticas dedicadas a remarcar lo que les diferencia, las políticas de la identidad. Y para que un camino tal sea practicable resulta obligado insistir en que la política y la ideología distan mucho de ser la misma cosa, y que los prejuicios ideológicos facilitan tanto la conformación de los mitos de la globalización como dificultan la imprescindible comprensión del desarrollo y la interrelación entre las sociedades humanas y, en consecuencia, la tarea de abordar su transformación.



El nuevo escenario político después del 11 de septiembre

Fernando Vallespín

“La posesión de la fuerza perjudica
inevitablemente al libre
ejercicio de la razón”.

Immanuel Kant, *La paz perpetua*.

Las graves consecuencias del atentado del 11 de septiembre de 2001 han introducido un escenario nuevo en la escena internacional. Hay que comenzar advirtiendo que el impacto de este “Chernobil del terrorismo internacional”, por decirlo en palabras de Ulrich Bech¹, ha hecho que proliferen todo tipo de reflexiones y teorías. No es fácil, pues, decir algo original al respecto. Además, una vez que parecía silenciado el inicial estruendo de los comentaristas, su sombra vuelve a cubrir el escenario de los medios internacionales. Esta vez a través de la reciente discusión en torno a la crisis bélica de Irak. Cualquiera que sea la perspectiva escogida para explicar la intervención militar en dicho país, nadie ignora que su espoleta fue activada en aquella malhadada fecha. Los acontecimientos presentes sólo cobran alguna explicación plausible retro trayéndolos al inmenso impacto psicológico que tuvieron sobre la sociedad y la política estadounidense. Con el añadido de que la coincidencia del ataque terrorista con una de las presidencias americanas más conservadoras de los últimos lustros ha creado un extraño y explosivo cóctel de consecuencias todavía imprevisibles.

1. El “retorno de la política”

En un principio, en los días y semanas inmediatamente posteriores al ataque del 11-S, parecía que Estados Unidos había emprendido

*Este artículo es un extracto del epílogo del libro de Fernando Vallespín, *El futuro de la política*. Taurus, Madrid, 2003.

1. Ulrich Bech, *Sobre el terrorismo y la guerra*, Ediciones Paidós, Barcelona, 2002.

el camino hacia mayores políticas de cooperación internacional. Al menos como presupuesto necesario para afianzar su seguridad y proceder al castigo de los presuntos autores de la osada y cruel agresión terrorista. Sus dos primeros movimientos consistieron en proceder a un rápido pago de su deuda con las Naciones Unidas y a armar una “coalición internacional antiterrorista” que sostuviera su casi inevitable implicación en un conflicto bélico con Afganistán. Todo daba a entender, en efecto, que la Administración de George W. Bush iba a romper con sus tentaciones aislacionistas y unilateralistas, e iba a emprender el camino más adecuado al perfil de su país como única superpotencia mundial; es decir, a potenciar nuevos mecanismos de cooperación internacional y de gobernanza global más activos y vertebrados que aquellos de los que entonces disponíamos.

La coincidencia del ataque terrorista con una de las presidencias americanas más conservadoras ha creado un extraño y explosivo cóctel

La relativa facilidad con la que consiguieron tomar el control político y militar de Afganistán “por sí mismos” –si excluimos, lógicamente, su eficaz instrumentalización de la oposición armada de la Liga del Norte al gobierno talibán–, les enfrentó a las dimensiones de su propio poder. Y les dio alas para frenar ese inicial impulso cooperativo y poner en marcha el rediseño de una nueva estrategia de seguridad alejada ya del paradigma de la cooperación y mucho más cercana al de la *hegemonía*. Después de diversos tanteos erráticos, la cristalización definitiva de la nueva concepción política la encontró Estados Unidos en la Nueva Estrategia de Seguridad formulada por la Administración Bush, que instaura un nuevo *statu quo* en el orden internacional marcado por la promoción sistemática de sus intereses y objetivos hegemónicos.

Lo que me interesa destacar aquí es, ante todo, el cambio que esto significa en todo un proceso en marcha dirigido a una mayor “humanización” de los instrumentos de cooperación internacional y de gobernanza global. A lo largo de toda la década de los años noventa del pasado siglo, se comenzó a dotar, en efecto, de un tremendo impulso a todo lo relativo a una mayor “moralización” de las relaciones internacionales. Junto a los “globalistas de libre mercado” aparecieron también los “internacionalistas de los derechos humanos”, que en ningún momento dejaron de suscitar cuestiones de “ética global”. El recurso creciente a argumentos morales en espacios que hasta entonces estaban prácticamente monopolizados por el clásico enfoque realista de las relaciones internacionales tuvo un efecto inmediato sobre la aparición de una nueva cultura legal cosmopolita, inspirada por el deseo de legitimar las acciones en la

esfera internacional con referencia a valores ciudadanos, liberal-democráticos y cosmopolitas. Junto con el nuevo activismo ciudadano a través de ONG y otras organizaciones, se tradujo en la proliferación de declaraciones de principios con una relativa eficacia a la hora de su aplicación (*soft law*); pero también en la incorporación al *hard law* de consideraciones de tipo ético, como son los convenios internacionales sobre derechos civiles y políticos, derechos económicos, sociales y culturales, la propia Declaración Universal de Derechos Indígenas, de los Derechos del Niño, la prohibición de la discriminación racial, los derechos de los inmigrantes, de la mujer, la prohibición de la tortura, etcétera. Sin olvidar tampoco el esfuerzo político por diseñar la Corte Penal Internacional o la puesta en marcha de “intervenciones humanitarias”, que han puesto en cuestión el aparentemente intocable principio de la soberanía nacional.

Este enfoque *normativo* en las relaciones internacionales es el que ahora parece languidecer para dar paso al realista de toda la vida. Con ello abandonamos los esfuerzos por ir a una concepción de la política apoyada en una perspectiva predominantemente *consensual*. Una política en la que se destacara su capacidad para movilizar la cooperación, en el diálogo, la comunicación intersubjetiva y la superación de límites más que la dominación. La política como “adición de voluntades humanas para conseguir fines colectivos”, por valernos de la antigua definición de Bernard de Jouvenel. La dimensión de la política que ahora parece predominar es, por el contrario, la que nos la presenta como la sede del conflicto, el poder, el ámbito de la estrategia, el control y la seguridad. Lo cierto es que en esta nueva forma de ejercer la política la búsqueda de la hegemonía se vincula a la posesión de un poder *fáctico*, no jurídico. Falta el criterio fundamental de la justicia, el sometimiento mutuo y libre a una instancia “superior” de regulación de los conflictos en la arena internacional. La nueva política estadounidense encaja como un guante con eso que siempre se ha calificado como la “justicia privada”: el sometimiento a las normas se hace depender exclusivamente de la discrecionalidad del *hegemón*.

Hay, pues, un *retorno de la política* a la sociedad global, pero con ropajes bien distintos de los que habíamos esperado. La globalización económica había hecho imperativa la presencia de estructuras de poder político transnacionales capaces de controlar todos esos poderes que habían emigrado fuera de las instancias nacionales de regulación política, así como mecanismos de cooperación que per-

La nueva política estadounidense encaja como un guante con eso que siempre se ha calificado como la ‘justicia privada’

mitieran encontrar soluciones colectivas a los problemas compartidos. La nueva política transnacional aparece ahora, por el contrario –y como bien dice Jürgen Habermas– en calidad de “Estado de seguridad global; o sea, en la dimensión de policía, servicios secretos y... como ejército”; no, por tanto, como “potencia civilizadora”. Los logros que parecían haberse alcanzado en el camino hacia un orden mundial cosmopolita, con su esfuerzo por domesticar legalmente el “estado de naturaleza” de la sociedad internacional, se han congelado.

*La fragmentación de la soberanía de los Estados
y el nuevo orden imperial*

No es fácil vislumbrar qué es lo que se esconde en realidad detrás de este renacer de la política. En parte porque estamos ante un paradójico movimiento de flujo y reflujo del Estado. Seguramente estemos presenciando una importante quiebra de la ficción sobre la que se vino manteniendo el sistema internacional, consistente en presuponer, en efecto, un “sistema de Estados”. Uno de los grandes errores de Occidente fue ignorar la *no existencia fáctica* de esta forma de organización política en gran parte del mundo, particularmente en África y Asia, y en dejarse llevar por el formalismo de la antigua “sociedad internacional”. La nueva sociedad “global” le ha devuelto a una realidad mucho más compleja donde se rompen ya todas las conocidas simetrías. Y estos últimos actos de terrorismo global han supuesto la definitiva toma de conciencia de un buen número de nuevas reglas de juego. Esto es perceptible en la misma lógica que parece haber informado el ataque de Estados Unidos a Afganistán: la necesidad de disponer de un “sujeto” contra el que poder hacer la guerra (algo que queda todavía más claro en el caso de Irak). Aunque luego se vea con horror que realmente no es más que un variado puñado de etnias luchando entre sí desde tiempo inmemorial. El Estado sigue presente, aunque sólo sea como el recuerdo que se tiene de un miembro amputado.

Afirmar que existe un retorno a la geopolítica tradicional no es del todo correcto y exige muchas matizaciones. Dicho movimiento sí se manifiesta, como acabamos de ver, en la renuncia por parte de Estados Unidos a valerse de mecanismos de resolución de conflictos por medios unilaterales. Pero eso no significa que necesariamente hayamos retornado a los esquemas de la sociedad internacional protagonizada por los Estados soberanos. El paradigma de la Paz de Westfalia ya está más que superado. Lo que parece abrirse ante nuestros ojos es, por el contrario, una nueva situación de

*La nueva
política
transnacional
aparece ahora
en calidad de
Estado de
seguridad
global*

amplia *hegemonía* de Estados Unidos, que coincide con una limitación *de facto* de la capacidad de los Estados para afirmar su propia soberanía. Y no sólo por el hecho de que la economía y la sociedad como un todo se han escapado al control directo de la política centrada en el Estado; es decir, por la globalización. Una de las principales consecuencias de los acontecimientos del 11-S ha consistido precisamente en una toma de conciencia de la necesidad de intervenir directamente en el territorio de determinados Estados para eliminar santuarios terroristas o presionar a otros, como Pakistán, para que colaboren en su persecución. Por otra parte, la discusión habida en el Consejo de Seguridad de la ONU durante las semanas anteriores al ataque a Irak, atestigua las dificultades de los pequeños Estados cuando se sienten sometidos a “presiones inaceptables” por parte de los más grandes y poderosos. No han dejado de sugerir que sean estos últimos quienes resuelvan por sí mismos sus disputas sin implicarles como meros peones de una estrategia que no les concierne. Con lo que ello tiene de reconocimiento explícito de su propia impotencia y de su situación subordinada en un mundo en el que dominan los grandes. ¿Cuántos Estados pueden permitirse hoy un desplante a la única superpotencia mundial?

Detrás de este nuevo giro de tuerca en el debilitamiento de la forma política estatal se halla la explosión del terrorismo internacional y, en general, de la quiebra de toda una forma de hacer la guerra. Las guerras del futuro se caracterizarán por esta progresiva pérdida de los referentes de la guerra tradicional, como la abolición de los “frentes territoriales”, que se sustituyen por la escaramuza ocasional, los atentados y las masacres –también posiblemente mediante armas químicas y otras de destrucción masiva–; la difuminación de la distinción entre militares y civiles; la sustitución de soldados uniformados por agentes secretos, comandos y terroristas. Las motivaciones de esta nueva guerra se apoyarían también más en los clásicos conflictos étnicos y religiosos de distinto signo, y en las clásicas disputas en torno al control de recursos naturales, que en el puro conflicto ideológico o la búsqueda de fines prácticos; más que un mero medio para alcanzar un fin, muchas veces se presentará como un fin en sí mismo. Y, en la línea del anuncio de Bush después del 11-S, probablemente serán “duraderas, sangrientas y crueles” e irán acompañadas de una creciente dificultad por parte del Estado para asegurar el monopolio de la fuerza física.

De un Estado en crisis se pasaría así a un “nuevo feudalismo” en el que, según el ámbito geográfico, dominarán diferentes grupos

¿Cuántos Estados pueden permitirse hoy un desplante a la única superpotencia mundial?

En el propio EE. UU. la cifra invertida en seguridad privada está a punto de superar a la que se dedica a defensa

armados. El problema de la seguridad será el problema del futuro, y no competirá en exclusiva a los Estados. En gran cantidad de países comienza a surgir un verdadero “Leviatán privado” en el que el número de empleados de empresas de seguridad privadas supera ya al de fuerzas armadas y de policía. Y en el propio Estados Unidos la cifra invertida en seguridad privada está a punto de superar a la que se dedica a defensa. Lo cierto es que las guerras entre Estados siguen siendo prácticamente inexistentes –si exceptuamos ésta de Irak– a la vez que van creciendo las que se producen dentro de ellos. Después suelen ir seguidas de diferentes mecanismos de intervención por parte de la sociedad internacional dirigidos a evitar catástrofes regionales (en Ruanda, Bosnia, Kosovo, el Congo, etcétera), que en gran medida dependen de la financiación europea, de ese impulso humanitario con el que se compensan los déficits de capacidad militar de nuestro continente. Y que acaban encastillándose a lo largo de un período indefinido de tiempo; sabemos cómo nos metemos en esas regiones críticas, pero luego se nos ciegan crecientemente las posibilidades de salida.

El 11-S y su influencia posterior sobre la crisis de Irak expresan claramente la tensión a la que se ve sometida el Estado como consecuencia de su evidente incapacidad para monopolizar los medios de ejercicio de la violencia y, por tanto, de garantizar su seguridad. Hoy nos encontramos ante la paradoja de que el Estado, la sede tradicional y única del monopolio de la violencia legítima, muestra de modo creciente su incapacidad para hacer frente al nuevo mal, la potencial posesión y empleo de armas de destrucción masiva por parte de grupos terroristas, o su acceso a nuevas tecnologías letales, muchas veces incluso a través de Internet. El aumento en los movimientos de población y las migraciones irregulares acentúan esta situación de precariedad en la seguridad. Y no sería excesivamente arriesgado afirmar que el Estado al que estábamos acostumbrados en esta época de fronteras abiertas que caracteriza al período de la globalización puede estar desapareciendo. Esta nueva situación obliga al Estado a emprender una dinámica cooperativa que necesariamente propiciaría su inmersión en un sistema de gobernanza global. Pero estos últimos carecerían de la legitimidad suficiente para convertirse en verdaderos agentes con capacidad para obligar internacionalmente. La disyuntiva de la gobernanza global se convierte así en un juego cooperativo entre actores “legítimos” (los Estados y las organizaciones internacionales) y otros, imprescindibles pero carentes de legitimidad.

Quizá sea excesivo, sin embargo, ubicarse en esta coyuntura dadas las nuevas circunstancias. Como sugiere Robert Cooper², uno de los más sagaces analistas del orden mundial nacido del fin de la Guerra Fría, la proliferación de armas de destrucción masiva en manos de grupos terroristas bien puede dar lugar a algo bastante distinto de este Estado abierto a los intereses del libre mercado: a un nuevo “Estado policial” en el que la obsesión por la seguridad ponga en cuestión gran parte de nuestros logros en materia de libertades. La consecuencia entonces es que podemos llegar a una situación en la cual “los valores sobre los que depende el Estado sean vulnerados desde dentro y su monopolio de la fuerza sea quebrantado desde fuera”. O, lo que es lo mismo, que efectivamente nos veamos impelidos a tener que elegir entre seguridad o libertad y entre cooperación transnacional e imperio.

Obsérvese que esto ocurre en un momento en que está en marcha un proceso de globalización y apertura hacia una sociedad mundial sin precedentes en la historia de la humanidad. Y aquí es inevitable mencionar la cuestión de la incompatibilidad manifiesta entre globalización y seguridad, al menos en un entendimiento de ésta como mero cheque en blanco para intervenir “preventivamente” en casi todo el globo. Ayer fue Irak, mañana pueden ser Irán o Corea, y pasado mañana cualquier otro lugar del mundo. ¿Hasta cuándo puede mantenerse esta situación de indudable anarquía internacional y preterición de las instituciones internacionales sin alterar decisivamente el orden (o desorden) de la globalización? Como recientemente afirmaba Andrés Ortega³ apoyándose en informes de la CIA, son precisamente las consecuencias de la globalización las que han alentado el expansionismo imperial estadounidense. Por muy altos que sean los beneficios de la globalización para uno de los países claramente ganadores de este proceso, como es Estados Unidos, sus efectos no deseados –como la aludida relativa facilidad para hacerse con nuevos conocimientos tecnológicos dirigidos a la fabricación de armas de destrucción masiva, las grandes migraciones, la acentuación del fundamentalismo islámico, etcétera– no dejan de alarmarles, como tampoco el anti-americanismo creciente en todo el mundo. El documento de Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos, a pesar de poner el énfasis sobre la libertad de comercio y la ayuda al desarrollo como algunos de los elementos imprescindibles para asegurar la paz, la condiciona siempre a que quede garantizada la seguridad propia.

Al final, y a modo de conclusión de estas reflexiones, quizá lleve

La proliferación de armas de destrucción masiva en manos de terroristas bien puede dar lugar a un nuevo 'Estado policial'

2. Robert Cooper, *The Post-Modern State and the World Order*. Demos, Londres, 2002.

3. Andrés Ortega, “Imperio o globalización”. *El País*, 2 de marzo de 2003.

*Es inevitable
mencionar la
cuestión de la
incompatibili-
dad manifiesta
entre la
globalización y
la seguridad*

razón Stanley Hoffmann⁴ cuando señala que el mundo se encuentra en estos momentos entre un nuevo Escila y Caribdis: o la intervención universal decidida unilateralmente por Estados Unidos en aplicación de una “misión global”, que “se presenta como una disputa entre el bien y el mal”; o bien la resignación al caos universal producido por nuevos ataques de futuros Bin Ladens, nuevos desastres humanitarios o guerras regionales que amenacen con una escalada continua. Puede que la única salida a este lúgubre escenario sea el abandono de las “estrategias nacionales” (como la estadounidense) para ocuparse de problemas globales; es decir, la vuelta al multilateralismo y la cooperación internacional, y a estrategias de ayuda al desarrollo para combatir la fuente de muchos de estos conflictos, y al *state-building* allí donde sea posible.

2. La profundización en la política de la identidad

Nunca hasta estos momentos había tenido la humanidad esa inmensa capacidad de visualizarse a sí misma como una unidad y de contemplar al planeta Tierra como algo propio y común. Eso que Kant consideraba inexorable por nuestra común adscripción a un hábitat, cuya forma, esférica, nos impide diseminarnos hasta el infinito por el globo. A pesar de todos los recelos derivados de tener que romper el instinto gregario comunitarista y de “estar obligados a vivir con aquellos a los que no pertenecemos”⁵, hoy disponemos –o así lo creíamos– de los medios para crear un orden mundial viable. Uno, al menos, que nos permita abordar la gestión de los bienes públicos globales y que establezca unas estrategias y principios de cooperación mínimos entre los pueblos. La globalización podrá verse como un universalismo frustrado, como un proceso asimétrico o como la encarnación de nuevas formas de dominación, pero sea cual sea la evaluación que hagamos de ella, nadie puede negarle su carácter fáctico. Está ahí, desplegada en formas diversas, no sólo en su más familiar vertiente económica. Y de la manera en la que seamos capaces de gestionarla depende –esta vez sí– el futuro de *toda* la humanidad.

Los acontecimientos del 11-S y las guerras subsiguientes nos han despertado, sin embargo, a una realidad bien distinta. Parece como si el desplome de las Torres Gemelas hubiera arrastrado en su caída a muchos de los avances habidos en la convivencia entre los pueblos y civilizaciones. O puede que dichos avances fueran más aparentes que reales y no se correspondieran con una realidad que estaba bien alejada de la supuesta armonía global del Consenso de Washington. Desde esta perspectiva, entonces, la principal fuente

4. Stanley Hoffmann, “Class of Globalizations”. *Foreign Affairs*, julio/agosto 2002.

5. Peter Sloterdijk, *En el mismo barco*. Siruela, Madrid, 1994.

de nuestros problemas seguramente reside en ese conflicto casi permanente entre las diferentes culturas y civilizaciones y sus respectivas formas de vida y concepciones del mundo. No es preciso recurrir a la tesis sobre el “choque de civilizaciones” del ya inevitable Huntington⁶ para reconocer que el “factor cultural” será una de las principales variables a tener en cuenta en los próximos años. Sea o no cierta su predicción, nadie puede ignorar la dimensión política que han vuelto a recobrar las cuestiones identitarias.

En el campo de las ciencias sociales es un lugar común reconocer que en las últimas décadas se ha producido un cambio importante en las fuentes de la contenciosidad política y social. Cambio que pasa por el tránsito desde el paradigma de la “distribución” al paradigma del “reconocimiento”. O, lo que es lo mismo, que el debate en torno a la distribución de bienes económicos u otros bienes sociales más generales no constituye ya el núcleo del conflicto político. Éste se habría desplazado ahora hacia cuestiones que tienen mucho más que ver con los problemas *identitarios*. Sin embargo, hasta los propios acontecimientos del 11-S, esta unidimensionalidad de los factores de naturaleza cultural comenzó lentamente a dejar paso a una nueva sensibilidad hacia las cuestiones redistributivas de toda la vida en la esfera internacional. Los movimientos antiglobalización protagonizaron, en efecto, un importante despertar de un tipo de conflictividad política claramente apoyada sobre consideraciones de tipo “económico-distributivo”. La tríada libertad, justicia y emancipación volvió a cotizar bien alto en el mercado de los valores políticos. Fuera de los grupúsculos más violentos y de los de perfil más corporativo, en todo este complejo racimo de asociaciones se percibía una preocupación evidente por las inmensas asimetrías que venían acompañando a la globalización, así como una sentida solidaridad hacia los perdedores de este proceso. A pesar de que en la mayoría de ellos predominara una actitud simplista que tendía a equiparar sin apenas matices a la globalización con el “imperialismo”, no cabe duda de que había comenzado a despertar un nuevo “internacionalismo” cuando no una nítida perspectiva de “ciudadanía cosmopolita”. Si por tal entendemos la propensión a actuar y pensar políticamente desde una “conciencia ampliada” capaz de trascender el particularismo de cada Estado y de ver como propios los problemas de toda la humanidad, no cabe duda de que se han hecho más merecedores del título de “cosmopolitas” que del de defensores de la “antiglobalización”.

Es muy posible que la nueva situación nacida el 11-S haya conse-

La tríada libertad, justicia y emancipación volvió a cotizar bien alto en el mercado de los valores políticos

6. Samuel Huntington, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona, 1997.

*Parece como si
el desplome de
las Torres
Gemelas
hubiera
arrastrado en su
caída a muchos
avances habidos
en la
convivencia
entre los
pueblos y
civilizaciones*

guido cegar –o cuando menos “congelar”– esta última salida más político-universalista a los conflictos derivados de la globalización. El enorme peso del fenómeno religioso detrás del terrorismo de Al Qaeda, que enseguida encontró la simpatía de amplios sectores del mundo musulmán, ha vuelto a poner la cuestión identitaria en el centro de interés del debate sobre la globalización. Incluso puede que no sea excesivamente arriesgado afirmar que los atentados han provocado la aparición –o el desvelamiento, más bien– de algo así como un sentimiento identitario “occidental” primario. El problema reside ahora en ver en qué consiste exactamente dicha identidad. Porque con independencia de las diferencias nacionales o entre el bloque europeo y el americano, si hay algo a lo que nos hemos dedicado activamente a lo largo de las últimas décadas ha sido, precisamente, a “deconstruir” y/o “banalizar” dicha supuesta identidad.

La revitalización del fenómeno religioso

Bajo el impacto inmediato de los actos de terror del 11-S, las primeras comparecencias del presidente Bush estuvieron plagadas de referencias al Antiguo Testamento. No es algo anormal en la política estadounidense, y menos aún en unos momentos tan delicados y dolorosos. La separación formal entre Iglesia y Estado no ha sido nunca óbice para que exista un amplio despliegue público del credo religioso en Estados Unidos. Lo sorprendente no son esas manifestaciones religiosas puntuales, sino el contenido más general de la retórica religioso-escatológica que suele acompañar a la nueva campaña antiterrorista de la Administración Bush. Enseguida se comenzaron a utilizar expresiones tales como “cruzada”, “eje del mal”, la persecución de los terroristas como “misión” y en nombre de una “justicia infinita” y destinada a lograr una escatológica “lucha final entre el bien y el mal”; o la misma definición que de sí mismos ofrecen Bush y Ashcroft como “cristianos renacidos”. Toda esta retórica religiosa se explica en parte por la influencia de los “Theocons” o “conservadores religiosos” sobre el gobierno americano, quienes, guiados por un nuevo mesianismo, parecen haberse impuesto a realistas moderados como Colin Powell. Lo más preocupante de todo esto es que se busca confrontar el desafío del terrorismo islámico radical con valores *cristianos* no menos radicales y asociados a un patriotismo extremo. La nueva política de seguridad se cubre de tintes teológico-políticos que contribuyen a anular la dimensión más estrictamente política. En la lucha contra el terrorismo, el *mal* en sentido teológico acaba por suplantar al

enemigo en sentido político. Lo normal es buscar la “capitulación” del *enemigo*, pero con el mal sólo cabe su “eliminación”. Por otra parte, desde el mismo momento de los ataques, el patriotismo tuvo una gran capacidad para impedir un discurso mínimamente crítico frente a la reacción del gobierno americano. Por mucho que se reitera que *nada* podía legitimar un asesinato en masa como el habido en los atentados, bastaba cualquier otra alusión a posibles “causas” capaces de explicar la desesperación de los asesinos-suicidas para ser inmediatamente tildado de “antipatriota” o, si se hacía desde el exterior, de antiamericano. Y esta retórica ha ido en aumento a medida que la ya decidida intervención en Irak iba encontrándose con diferentes olas de oposición.

De repente hemos tomado conciencia de que el hecho religioso, lejos de ser algo relegado a la dimensión privada de las personas, ha comenzado a ocupar el espacio público estadounidense, y ello nos obliga a reflexionar sobre la misma dimensión religiosa dentro de Occidente, algo a lo que los académicos siempre solemos referirnos con desgana. Lo que nos interesa resaltar ahora es cómo la religión, a pesar de la importancia que seguía teniendo en Occidente, no había caído sin embargo bajo eso que K. A. Appiah ha calificado como el “imperialismo de la identidad”: la subordinación y exclusión en su nombre de otros posibles rasgos identitarios. La duda subsiste respecto a si ese “ilustrado sentido común democrático” del que nos habla Habermas tendrá la capacidad de cumplir su función apaciguadora frente a una posible *hybris* de la identidad, por un lado, y el ramplón utilitarismo del sistema económico capitalista, por otro.

El “choque de identidades interno”

Si observamos la actitud de Estados Unidos desde el 11-S la respuesta no es demasiado optimista: nuestros intereses en el escenario de la economía, y de la seguridad global, comienzan a defenderse en nombre de rasgos identitarios *proprios*, de nuestro modo de vida y, como acabamos de ver, de un rancio discurso religioso. A este respecto es importante no perder de vista en ningún momento la función *ideológica*, encubridora, que este recurso a la religión puede cumplir para satisfacer lo que no son más que intereses geopolíticos. Con todo, si tenemos en cuenta la pretensión de imponerlos sobre algunos de los elementos básicos de la legalidad internacional, bien puede afirmarse que los primeros damnificados de este conflicto han sido nuestros *ideales* liberal-democráticos, que han sucumbido bajo el peso de nuestros *intereses*, defendidos ahora

El debate en torno a la distribución de bienes económicos se habría desplazado ahora hacia los problemas identitarios

–insisto– en términos identitarios. Y la propia escisión que se produjo antes de la guerra en el campo de los países europeos puede servir para sacar a la luz también el *choque de identidades interno* al que aludía en un principio, que se manifiesta claramente en la contradicción entre los imperativos morales y jurídicos de la democracia interior y las exigencias de jugar a *hegemón* exterior.

Siempre habíamos pensado que una de las señas de identidad de nuestras democracias liberales consistía precisamente en el sometimiento de la legítima persecución del interés bajo un sistema de reglas “civilizado”. Frente a él, esta nueva búsqueda de la hegemonía, el impulso nunca abandonado, se vincula a un poder “fáctico”, no moral o jurídico, envuelto ahora, además, bajo el manto de una “cruzada” dirigida a preservarnos de los “enemigos del mundo libre”. Y todos los esfuerzos por promover una visión más kantiana y cooperativa parecen llamados a esperar otra ocasión histórica. El resultado es, de una parte, la creación de una curiosa alianza entre un discurso religioso y una actitud “realista” y hobbesiana en defensa de nuestros “intereses de civilización”; y, de otra, su tensión con nuestra otra alma ilustrada, secular y universalista, más interesada en la búsqueda de procedimientos pacíficos en la resolución de los conflictos, aunque también en la eliminación –o la disminución, al menos– de las grandes contradicciones económicas y los malentendidos culturales que caracterizan al mundo de la sociedad globalizada. Otra de las consecuencias de este conflicto ha sido sacar a la luz esta contradicción interna, estas dos formas básicas de entender nuestra propia identidad occidental.

Lo sorprendente es el contenido de la retórica religioso-escatológica que suele acompañar a la nueva campaña antiterrorista de la Administración Bush

Con el “choque de civilizaciones interno”, la idea que deseamos transmitir es que, en primer lugar, las diferentes posiciones operan de forma transversal entre uno y otro lado del continente, se encuentran dentro de ambos polos de la relación transatlántica. Son dos almas distintas dentro de un mismo Occidente. Y, en segundo lugar, que ello no tiene que ver necesariamente con la capacidad para ejercer el poder. Estados Unidos, que salió de la II Guerra Mundial como la primera superpotencia –y la única dotada del arma atómica en esos momentos, no se olvide– fueron los verdaderos creadores de un nuevo orden mundial claramente favorecedor del multilateralismo. Las circunstancias históricas son bien diversas, pero no la posición de poder relativa. De cualquier forma, la experiencia de la guerra de Irak y sus consecuencias han llevado a Europa a una posición más realista en su confrontación de los problemas internacionales y a tomarse más en serio los problemas de

la defensa, del mismo modo que cabe esperar también un giro en la propia actitud de Estados Unidos hacia mayores cotas de cooperación internacional. Puede que al final ambas posiciones se acaben por encontrar en un lugar intermedio.

La politización de la “cultura”

En un sugerente y reciente libro, Terry Eagleton⁷ nos ofrece una interesante diferenciación de tres dimensiones del concepto de cultura. La primera se correspondería con el sentido que suele tener este término cuando lo acompañamos de adjetivaciones como “alta” cultura o cultura “selecta”. Obviamente tiene que ver con el cultivo del *canon*, la excelencia, y de lo que ha de entenderse como grandes valores asociados a todo lo humano. Sería la Cultura, con mayúsculas y en singular, la que por su capacidad para moverse en las proximidades de la Razón y sintonizar con todo lo que es propio de nuestra especie puede aspirar a un carácter *universal*. Es la cultura como *civilidad*. La segunda dimensión de la cultura suele aparecer, por el contrario, en plural. Equivale a grandes rasgos al sentido que le hemos venido dando hasta ahora en este trabajo: la cultura “como identidad”. Las *culturas* –en plural y minúsculas– son *particulares* y tienden a acentuar no aquello que nos une, sino lo que nos separa y diferencia. Como dice Eagleton, “la cultura como identidad detesta la universalidad tanto como la individualidad, pero valora la particularidad colectiva”. Y añade: “se aprovecha perversamente de ciertas particularidades accidentales –el género, la etnia, la nacionalidad, el origen social, la tendencia sexual y cosas por el estilo– y transforma todas esas contingencias en portadoras de una necesidad”. Por último, estaría la tercera dimensión, la “cultura como comercio”, que equivale a la posmoderna “cultura consumista del capitalismo avanzado”.

No es preciso decir que cada una de estas dimensiones está en clara y flagrante oposición con las otras. Así, por ejemplo, el respaldo de excelencia que exige la Cultura y su proclamación de criterios de “superioridad espiritual” no casan bien con la cerrada afirmación del valor de lo particular en sí mismo que sostiene a las “culturas”. Y mucho menos con los productos de la industria cultural: “la cultura como sublimación difícilmente puede rivalizar con la cultura como gratificación libidinal”. Esta industria se ha aliado además también con el posmodernismo y las culturas identitarias en privar a la Cultura de cualquier valor objetivo, de negarle el mayor: la posibilidad de afirmarse con carácter universal. No importa que uno de los rasgos fundamentales de la Cultura sea, precisamente, su

Los primeros damnificados de este conflicto han sido nuestros ideales liberal-democráticos, que han sucumbido bajo el peso de nuestros intereses

7. Terry Eagleton, *La idea de cultura*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2001.

*Las culturas
-en plural y
minúsculas- son
particulares y
tienden a
acentuar lo que
nos separa y
diferencia*

capacidad para superar las dependencias de tiempo y lugar y poder incorporar aquello que hubiera sido merecedor de figurar en un imaginario “museo de la excelencia”, venga de donde venga; no es el monopolio de Occidente ni cabe imaginar en dicho museo algo así como “exclusiones nacionales”. Sus valores no son los propios de una forma de vida particular, sino los de la vida humana como tal. A pesar de su posible “abstracción”, se nutre de las culturas específicas, aunque inexorablemente las acabe filtrando desde importantes y exigentes criterios de relevancia; no puede prosperar fuera de un entorno o contexto específico, pero puede trascenderlo hacia lo universal. Justo lo contrario que nos encontramos en las “culturas” y en las formas de vida concretas, que se limitan a elevar lo históricamente contingente al status de universal, a un “particularismo universal”.

Mientras pudo mantenerse en los límites del campo académico, la relevancia política de esta “guerra cultural” estuvo bastante limitada. El problema se inicia, como observa el mismo Eagleton, cuando comienza a proyectarse hacia un eje geopolítico. La Cultura frente a las culturas, la civilidad frente a las diferentes formas de vida pasa a equivaler hoy al conflicto entre Occidente y el resto del mundo (*the West against the rest*). Y a estos efectos es indiferente que el propio mundo occidental se hubiera pluralizado y fragmentado hacia dentro en una infinita variedad de subculturas o formas de vida; o que el posmodernismo le aplicara un buen correctivo a los aspectos más arrogantes e irritantes de su identidad; o que acabara por banalizarse a través de una intrascendente industria cultural. Aquellos que se sienten excluidos de la supuesta civilidad universal buscarán afirmarse desde su propia cultura particular *contra* ese “falso universalismo”. Y la causa última de esta reacción hay que verla en el mismo proceso globalizador, que por primera vez permite acceder a un escenario en el que cada identidad se ve obligada a entrar en contacto con las otras, en particular con la occidental dominante.

La cuestión no reside ya únicamente en un rechazo de un universalismo que es presentado como particularista, como propio de Occidente y no de la “humanidad”. Probablemente responde, en efecto, a un mecanismo de defensa de las diferentes culturas frente a la cultura occidental, generalmente percibida como ajena, arrogante e imperialista. Pero es expresivo también de un mecanismo de defensa frente a la propia dominación económica del mundo desarrollado y a las enormes dificultades para afrontar la difícil

competitividad en la economía global. La globalización está aquí muy presente también en este otro aspecto, el puramente económico y asimétrico, que no puede dejar de tener implicaciones sobre la autoidentidad de los perdedores de este proceso. Pensemos, y ésta es otra magnífica intuición de Habermas, que *nosotros* hemos sido capaces de superar y “sacrificar” muchos elementos constitutivos de la sociedad tradicional, porque al fin y al cabo los sustituimos por la ciencia y el progreso material y tecnológico. ¿Con qué se quedan aquellos que pierden su forma de vida tradicional y encima no obtienen nada a cambio, ni siquiera una mínima mejora en sus condiciones materiales?

Es difícil saber con exactitud qué responsabilidad tiene cada uno de estos elementos, el cultural y el económico, en esta reacción identitaria frente a Occidente. Porque, como bien observa John Gray, una de las peculiaridades del actual sistema de la globalización reside en su reproducción del “utopismo recurrente de la civilización occidental”. Un mercado libre mundial encarna el ideal ilustrado occidental de una “civilización universal”⁸. Lo que está destinado a unirnos no sería ya, por tanto, la Cultura, sino las condiciones más extensas de una forma de vida que se apoya en pautas homogeneizadoras y en una visión del progreso exclusivamente identificado a la rentabilidad y la productividad económica. En palabras de Botho Strauss, el único credo de Occidente no resulta ser más que un puro “pragmatismo”. Éste “ha evangelizado al mundo con mayor tenacidad que cualquier religión”⁹.

Una responsabilidad específica por esta situación le compete también a la propia industria cultural y al posmodernismo rampante, que juntos han acabado por conformar una cultura como mercancía en la que difícilmente cabe ya diferenciar un núcleo espiritual con un mínimo de aspiraciones a la universalidad. Con el efecto inducido de que Shakespeare y Mozart, por ejemplo, pueden ser “deconstruidos” exactamente igual que la teoría de los derechos humanos “occidentales”. No habría nada dramático en todo esto de no ser por el radicalismo de la reacción etnocultural fuerte que provoca en otros lugares. Como decíamos arriba, la globalización tiene el efecto de poner en contacto a las diversas culturas, que se ven obligadas a manifestarse y “justificarse” unas frente a otras. Y de ese choque de concepciones del mundo y de valores no siempre sale luz, ni mucho menos la comprensión mutua. En muchos casos sólo sirve para llamar y afianzar el fundamentalismo.

No creo que sea demasiado arriesgado afirmar que tanto la voladu-

Detrás de los atentados terroristas hay un misterioso afán de exhibicionismo televisivo global

8. John Gray, *Falso amanecer: los engaños del capitalismo global*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2000.

9. Cfr. en *Die Zeit*, nº 45, 31 de octubre de 2001.

El objetivo es establecer un orden social divino entre los escombros de las democracias modernas

ra de los históricos Budas de Afganistán como el mismo ataque al World Trade Center y al Pentágono responden a esa necesidad del islamismo radical por afirmarse ante el mundo. Con independencia de su distinta gravedad, en ambos casos estamos ante acciones inaceptables provocadas por el fanatismo de grupos islámicos fundamentalistas. Tiene también una curiosa coincidencia: ambos actos fueron planificados para que pudieran ser filmados y contemplados en tiempo real por todo el mundo. Detrás de ellos hay un misterioso afán de exhibicionismo televisivo global que sólo puede explicarse dentro de las reglas y condiciones de este mundo globalizado. En esto parece convenir también Mark Juergensmeyer, quien en la edición española de su libro *Terrorismo religioso* incorpora una breve introducción en la que reflexiona sobre el ataque a las Torres Gemelas. Ahí, como a lo largo del libro, su tesis es clara: aunque no sea la única causa, la globalización y sus consecuencias debe entenderse como el origen inmediato de la violencia religiosa. Bin Laden –y, por cierto, otros grupos religiosos *no islámicos* también– pueden verse como “guerrilleros antiglobalización” que a veces recurren a actos espectaculares, como el ataque al World Trade Center, más como espectáculo público que como aspectos de una estrategia política. “Son declaraciones simbólicas, cuyo fin es otorgar un cierto poder a comunidades desesperadas”¹⁰. Las razones más profundas habría que buscarlas en una “crítica fundamental de la cultura y la política laicas del mundo posterior a la Ilustración”. Y el objetivo es “establecer un orden social divino entre los escombros de lo que los ciudadanos de la mayoría de las sociedades laicas han considerado democracias modernas e igualitarias”¹¹.

Después del ataque a Irak la cuestión que cabría hacerse es exactamente la contraria. ¿Es sensato tratar de crear un “orden democrático” a partir de las ruinas y los escombros de una sociedad previamente definida como “maldita” e incompatible con nuestro propio modo de vida? Y esto no supone exculpar en lo más mínimo el evidente carácter dictatorial y sanguinario del régimen de Sadam Husein. Sólo los métodos elegidos para derribarlo, con el mensaje implícito que habrán de transmitir a otros regímenes del mundo islámico.

3. Observaciones finales

Es de esperar que todo este nuevo orden político-cultural quede en una mera fase transitoria, en una fugaz edad oscura, que podrá ser seguida después por significativos avances en la creación de un mundo más solidario y cohesionado. Todavía es pronto para poder

10. Mark Juergensmeyer, *Terrorismo religioso. El auge global de la violencia religiosa*. Siglo XXI, Madrid, 2001.

11. *Ibid.*

pronunciarse a este respecto. Dependerá de cómo ejercitemos a ese “ilustrado sentido común democrático” al que aludíamos arriba, ya que aún no hemos perdido nuestro control sobre los resortes básicos de la política. Pero también, de que no cejemos en el esfuerzo por procurar el establecimiento y mejora de los derechos y condiciones de vida en otros lugares distintos de Occidente y aspiremos a una mayor comunicación intercultural. Vivimos en un mundo en el que sin duda subsisten importantes tendencias identitarias vinculadas a las principales civilizaciones, pero también muchos otros procesos –desde las grandes migraciones hasta la propia economía global– que no pueden ser abordados exclusivamente desde las pautas de un frío “realismo político” ni desde el actual *statu quo* del orden mundial. Eso que podemos calificar como el “cierre civilizatorio”, bien presente en la firme y excluyente actitud de George W. Bush en su discurso ante las Naciones Unidas del 10 de noviembre de 2001 hacia quienes no se incorporen a su “defensa de la civilización”, no es legítimo ni podrá ser una actitud duradera. Articular una alianza mundial a partir de la indudable capacidad de chantaje de la única superpotencia no parece lo más sensato, sobre todo porque la inmensa mayoría de los Estados simpatizan ya en todo caso con sus esfuerzos por acabar con el terrorismo internacional y se sienten sinceramente solidarios con las víctimas del 11-S. Tampoco podemos pretender que la ideología neoliberal de los años noventa mantenga su legitimidad intacta. La globalización económica no sólo no ha mejorado los estándares de vida de las sociedades menos aventajadas; tampoco ha contribuido a aproximar lo más mínimo a las diferentes sociedades en su comprensión mutua. Y una cosa seguramente tendrá que ver con la otra.

Cuando la población estadounidense, todavía bajo el golpe de los atentados, se preguntó “¿por qué nos odian?” o “¿por qué a nosotros?”, recibió la sorprendente respuesta de que fue atacada porque “envidiaban nuestro modo de vida” y “nuestros valores democráticos”. El intento de *comprender* al Otro, por entender qué hay detrás de la desesperanza que puede conducir a esas bárbaras acciones, se dejó para otra ocasión. Quizá lleve razón John Gray en su reciente libro sobre Al Qaeda, cuando señala que “Los estadounidenses contemplan a su país como titular de valores universales. Otros países ven el modo de vida americano como una forma de vida entre otras; no creen, ni desean, que llegue a ser universal. Al saber por amplia experiencia con cuanta frecuencia los amigos y enemigos cambian de lugar, se resisten a una división del mundo entre regímenes ‘buenos’ y ‘malos’. Al percibir a Estados Unidos como un

¿Es sensato tratar de crear un ‘orden democrático’ a partir de las ruinas de una sociedad previamente definida como ‘maldita’?

Solamente desde una mayor solidaridad internacional parece factible aproximarse a una nueva conciencia cosmopolita

régimen proselitista, temen sus intervenciones. Prefieren los peligros de un mundo sin potencia hegemónica que un poder hecho a la medida estadounidense¹². Cambiar estas percepciones debería ser la primera prioridad de este país.

En cuanto sea factible, las prioridades habrán de pasar por introducir un mayor crecimiento económico, reducir la desigualdad y articular otras imprescindibles medidas de gobernanza global capaces de hacer efectivas nuevas medidas de acción sobre los principales problemas mundiales. Solamente así, desde una mayor solidaridad internacional apoyada sobre eficaces medios de acción política global, parece factible aproximarse a ese objetivo de una nueva conciencia cosmopolita. Puede que entonces la fuente de conflictos que subyace a las líneas de separación cultural se haya podido trasladar ya a aquella que sirve para dividir a las democracias de los sistemas autocráticos. Con todo, si al final no nos queda otra alternativa que tener que convivir con otras culturas y civilizaciones que están a la vez dentro y fuera de nuestras fronteras, no hay más remedio que seguir dándole vueltas una y otra vez al concepto de tolerancia y de convivencia intercultural. Ahora sí, una *nueva política* de verdad.

12. John Gray, *Al Qaeda and what it means to be modern*. Faber & Faber, Londres, 2003.



El terrorismo como globalización regresiva

Mary Kaldor

A medida que la Comisión Hutton, encargada de examinar los hechos que desembocaron en el aparente suicidio del doctor David Kelly, asesor científico del Gobierno británico, continúa sus reveladoras investigaciones sobre los procesos de toma de decisiones que constituyeron el prelude a la guerra en Irak, parece cada vez más claro que lo que el Gobierno no quiso compartir ni con su Parlamento ni con su electorado fue la duda fundamental de si era verdaderamente aconsejable emprender la guerra. ¿Había más probabilidades de que una guerra preventiva derrotara a las fuerzas del terrorismo o de que las exacerbara?

En el discurso que pronunció Tony Blair en Chicago en 1999 para justificar la “intervención humanitaria” en Kosovo, afirmó que “si queremos seguir viviendo seguros, no podemos dar la espalda a conflictos y violaciones de los derechos humanos en otros países”.

En Estados Unidos, los neoconservadores argumentan que si queremos acabar con el terrorismo global debemos ocuparnos del autoritarismo y del conflicto de Oriente Próximo. Es muy importante que quienes se oponen a las políticas del Gobierno de Bush, especialmente al concepto de ataque preventivo, tomen en serio estos argumentos y elaboren políticas progresistas capaces de abordar el problema del terrorismo global.

El terrorismo es una técnica que utilizan cada vez más los movi-

*Este artículo apareció en el número 138 de la revista *Claves*, en diciembre de 2003 (traducción de M.ª Luisa Rodríguez Tapia).

El terrorismo lo utilizan cada vez más los movimientos extremistas de tipo religioso o nacionalista como una forma de violencia dirigida sobre todo contra la población civil

mientos políticos extremistas de tipo religioso o nacionalista como una forma más de violencia dirigida sobre todo contra la población civil. Muchos de esos movimientos permanecieron callados durante el período inmediatamente posterior a la II Guerra Mundial. Sin embargo, en las dos últimas décadas hemos visto un gran aumento de su presencia política no sólo por su participación en episodios violentos sino también en términos electorales. Los que se incorporan a estos movimientos suelen ser jóvenes inquietos, a menudo preparados para trabajos que ya no existen debido al declive del sector público o la industria, incapaces de casarse por falta de dinero y que a veces necesitan dar legitimidad a las actividades semi-criminales que quizá son su única fuente de ingresos. La pertenencia a dichos grupos les ofrece significado, la sensación de tener importancia histórica y la posibilidad de aventura.

A la sensación de inseguridad hay que unir la globalización, es decir, la interconexión creciente y la sensación de impotencia que produce el hecho de que cada vez se tomen en lugares más remotos decisiones fundamentales que afectan a la vida cotidiana. Todos los jefes del grupo de jóvenes saudíes que se suicidaron el 11 de septiembre de 2001 se habían educado en Occidente. Es un rasgo habitual en muchos militantes religiosos que, con frecuencia, son emigrantes del campo a la ciudad o del Sur a Occidente y sufren la pérdida de lazos con sus lugares de origen, al tiempo que se integran del todo en su nuevo hogar.

El término “globalización regresiva” lo empleo para referirme al carácter de los nuevos grupos que utilizan e incluso promueven la globalización cuando conviene a los intereses de un grupo religioso o nacionalista concreto. Dichos grupos surgen como reacción a las inseguridades engendradas por la globalización y la desilusión respecto a las ideologías seculares del Estado. Y, al mismo tiempo, aprovechan las oportunidades creadas por esa globalización: los nuevos medios de comunicación, sobre todo televisión e Internet, y unas posibilidades mayores de financiación por parte de la diáspora y de grupos criminales transnacionales. Por tanto, son muy distintos de los grupos terroristas clásicos por ideología, táctica y organización.

Un programa político moderno con símbolos antimodernos

Los nuevos grupos terroristas, que comparten con el terrorismo clásico el objetivo de hacerse con el poder estatal pero afirman explícitamente que son antimodernos y retrógrados, tienen cuatro características fundamentales:

1. Persiguen el poder político; en general, el control del Estado

Todos buscan el poder político. Los grupos como los partidos nacionalistas en Serbia, Croacia, Hungría o Rumania, que defienden políticas irredentistas en Europa, quizá buscan la expansión territorial para incluir territorios históricos o habitados por sus respectivas naciones étnicas. Otros grupos minoritarios que pretenden tener su propio Estado, como los moros en Filipinas, el pueblo Aceh en Indonesia, los sijs en India (Julistán), los tamiles en Sri Lanka, los corsos en Francia o los uigures en China, persiguen la secesión.

Los vascos buscan tanto la secesión como la expansión porque pretenden unir los territorios habitados por el pueblo vasco. Lo mismo ocurre con los grupos nacionalistas kurdos, que proponen la secesión o la autonomía dentro de Turquía e Irak. Otros, como los nacionalistas hindúes que desean conservar la cultura hindú en India y reducir o eliminar a cristianos y musulmanes, proponen Estados étnicamente puros y el refuerzo de la soberanía. Los nuevos grupos islámicos internacionales, muchas veces vinculados a Al Qaeda, quieren establecer Estados islámicos regionales en Oriente Próximo, el sur de Asia o el sureste asiático.

Todos estos grupos tienen una visión del Estado que se podría calificar de moderna. Siguen creyendo en la soberanía del Estado y rechazan la condicionalidad que acompaña a la globalización. Creen que las religiones y las etnias deben mantenerse dentro de unas fronteras o quedar excluidas de ellas.

2. Se consideran contrarios a la modernidad

Muchos de los nuevos grupos nacionalistas y religiosos se oponen a lo que consideran el relativismo de la modernidad y la afirmación de que la razón humana es superior a las demás formas de conocimiento humano. Rechazan las dudas y los interrogantes que caracterizan a la sociedad moderna y creen que el conocimiento sagrado es la forma superior de conocimiento y que existe una interpretación “correcta” de la realidad proporcionada por Dios que la razón humana no puede contradecir. Además, muchos nacionalistas insisten en que sus creencias son inspiración divina. Pero hasta los nacionalistas laicos, al menos los laicos más extremistas, están de acuerdo en que existe un modelo que la sociedad debe aplicar sean cuales sean los obstáculos.

3. Dan prioridad a la necesidad de regenerar y unificar una sociedad corrupta

La idea de decadencia es una poderosa justificación para la exis-

La pertenencia a dichos grupos les ofrece significado, la sensación de tener importancia histórica y la posibilidad de aventura

tencia de muchos de estos movimientos. A menudo, estos grupos, tanto nacionalistas como religiosos, se aferran a la nostalgia de un pasado “puro” en el que la religión estaba mucho más extendida y seguía un ritual o en el que la nación no estaba “contaminada” por extranjeros, minorías o grupos variados. Por ejemplo, los islamistas proponen el regreso al período fundacional del islam, hace 1.400 años, y consideran que cualquier desviación de aquella era dorada por parte del Estado es *jahiliyya* o ignorancia preislámica. Y las sectas protestantes radicales consideran que representan la vuelta a la *arcadia* de la iglesia cristiana primitiva. Estos grupos son, a la vez, tradicionales y antitradicionales. Insisten en reinventar la tradición y volver a introducir rituales y hábitos del pasado, aunque esas “tradiciones” choquen con las costumbres de la vida cotidiana. En la práctica, estos grupos inventan un pasado e ignoran la historia más reciente o cualquier cosa que no se ajuste a sus ideas preconcebidas.

4. Consideran que forman parte de una gran guerra contra el ‘otro’

La nostalgia suele ir unida a una idea de lucha que tal vez es la principal característica que comparten las ideologías religiosas y nacionalistas. Los grupos islámicos destacan la importancia de la *yihad*. Algunos grupos de la derecha cristiana hablan de “guerra civil” en Estados Unidos. La Iglesia Mundial del Creador, un grupo que en 1999 llevó a cabo asesinatos racistas selectivos en Illinois e Indiana, utiliza como lema y grito de saludo la palabra *rahowa*, “racial holy war” (guerra santa racial). Los dirigentes religiosos conciben su lucha como una “guerra cósmica” contra el “mal” y fomentan la idea de que todos sus seguidores tienen que participar en esa lucha. Así dan legitimidad sagrada a sus causas y proporcionan a sus miembros la sensación de participar en algo que sobrepasa la mera vida cotidiana. De la misma forma que los grupos nacionalistas afirman vengar injusticias históricas.

Formas de violencia

La táctica terrorista clásica de grupos como el IRA, ETA o el GIA en Argelia consistía en adoptar objetivos estratégicos muy específicos relacionados con el aparato del Estado u otras instancias de gran valor; por ejemplo, atentados contra autoridades, altos funcionarios u oficiales militares y policiales. En cambio, ahora hay una tendencia hacia la violencia simbólica y estratégica orientada hacia el asesinato –aparentemente aleatorio y sin sentido– de civiles. La violencia simbólica es un mensaje, una forma de hacer una afirma-

Creen que las religiones y las etnias deben mantenerse dentro de unas fronteras o quedar excluidas de ellas

ción. Los atentados terroristas contra la población civil son típicos. La violencia es “deliberadamente desmesurada” y muchas veces macabra. En Uganda, el Ejército de Resistencia del Señor corta labios y orejas. Los terroristas suicidas de Hamás introducen clavos en sus bombas para matar al mayor número de personas posible. También son importantes espectáculos como el de las torres del World Trade Center o la destrucción de las estatuas de los budas en Afganistán.

Pero la violencia no es sólo simbólica, no constituye sólo “cartas a Israel”, como dijo una vez un activista de Hamás sobre los atentados suicidas. En muchos conflictos armados de épocas recientes, el objetivo ha sido la eliminación deliberada, el exterminio del “otro”. El fin de las guerras en la antigua Yugoslavia o el sur del Cáucaso era crear territorios étnicamente puros. En esos casos, la violencia desmesurada pretendía hacer que la gente odiara sus hogares. Por ejemplo, la violencia sistemática era un instrumento de guerra deliberado cuyo objetivo era hacer que las mujeres, en especial las musulmanas, se sintieran avergonzadas y profanadas y no quisieran regresar a sus casas.

Tanto la violencia simbólica como la estratégica son más fáciles de comprender como forma de movilización política para los grupos extremistas. En Yugoslavia, las matanzas y los desplazamientos del conflicto generaron precisamente las ideologías que, en teoría, habían causado ese conflicto. De hecho, es posible que ese fortalecimiento del sentimiento extremista fuera el propósito de la violencia. Si no, resulta difícil explicar de qué forma un atentado suicida en Palestina va a ayudar a lograr el Estado palestino o cómo la respuesta brutal de los israelíes va a servir para mejorar la seguridad.

Este tipo de situación es difícil de resolver y difícil de contener. Esos conflictos prolongados de Afganistán, Oriente Próximo o determinadas regiones de África son los que producen “agujeros negros” de caos, ideologías extremistas e inseguridad endémica. Y en dichos “agujeros negros” es donde se alimenta la cultura de la violencia.

Organización, medios de comunicación y financiación

El nuevo terrorismo global se distingue del “viejo” terrorismo por su organización, su utilización de los medios y sus métodos de financiación. El creciente carácter transnacional de estos movimientos ha provocado el paso de formas verticales de organización a unas estructuras de red más horizontales. A la red horizontal van unidas la ausencia de estructuras de mando públicamente identifi-

De qué forma un atentado suicida en Palestina va a ayudar a lograr el Estado palestino o cómo la respuesta brutal de los israelíes va a servir para mejorar la seguridad

cables y la tendencia al anonimato, aunque siguen teniendo importancia los dirigentes carismáticos, como Osama Bin Laden. Los “viejos” terroristas siempre asumían la responsabilidad de sus actos. Hoy, todavía no hay nadie que haya reivindicado los atentados del 11 de septiembre.

Además, muchos de estos grupos forman parte de una familia de organizaciones. Los grupos nacionalistas y religiosos suelen construir lo que se podría denominar sociedades paralelas, una compleja infraestructura organizativa con elementos políticos, militares, educativos, mediáticos y de asistencia. Todos estos grupos utilizan los “nuevos medios”: televisión, Internet, vídeo. Muchos poseen sus propios canales de radio o televisión. Los nacionalistas hindúes tienen un nuevo canal por satélite, Star TV. La televisión serbia desempeñó un papel crucial en los años anteriores a las guerras yugoslavas, con su forma de promocionar la propaganda nacionalista e intercambiar hechos contemporáneos con la II Guerra Mundial y la batalla de Kosovo de 1389.

Como en el pasado, muchos grupos cobran “impuestos” a sus partidarios, sobre todo a los que viven en el extranjero. Algunos, como Al Qaeda o la derecha cristiana, cuentan con miembros millonarios. Tradicionalmente, las principales fuentes de financiación para los terroristas eran las donaciones de sus seguidores, el crimen y las subvenciones del Estado. Las dos primeras siguen siendo importantes fuentes de ingresos, aunque tienen un carácter más transnacional que antes. Ahora bien, aunque las subvenciones del Estado han disminuido, el apoyo de la diáspora se ha incrementado.

Los grupos de la diáspora, alejados de la que consideran su patria, son muchas veces vulnerables a la atracción de los grupos extremistas y la descripción imaginaria de la lucha que supuestamente se está llevando a cabo en su país. Por eso el apoyo de la diáspora es cada vez más importante para todos los grupos del sur de Asia, los serbios, los croatas, los albanokosovares y los kurdos. Muchos miembros de la diáspora apoyan a organizaciones caritativas. Con o sin su conocimiento, a través de ONG de tipo religioso se canalizan a menudo los fondos para los grupos extremistas; y ése es el motivo de que las ONG islámicas fueran uno de los primeros objetivos del FBI en su lucha para acabar con el terrorismo tras el 11 de septiembre.

Un caso concreto: Al Qaeda

Al Qaeda es un caso único: más globalizado y con una red más extendida seguramente que cualquier otro grupo violento religioso

Al Qaeda es un caso único: más globalizado y con una red más extendida seguramente que cualquier otro grupo violento religioso o nacionalista

o nacionalista. Al Qaeda fue el grupo que desarrolló la ideología de dirigir la violencia a escala mundial “contra los judíos y los cruzados”, y no sólo las clases dirigentes locales.

La infraestructura de Al Qaeda tiene muchos paralelismos con la infraestructura de las ONG internacionales o las redes de la sociedad civil. Al Qaeda es una red transfronteriza con formas híbridas de organización. En sí, Al Qaeda (“La base”) es una coalición a la que pertenecen varias organizaciones: las más conocidas son los grupos egipcios Yihad Islámica y Grupo Islámico de Egipto y, en Argelia, el GIA (Grupo Islámico Armado). Pero están también presentes organizaciones de Pakistán, Chechenia, Sudán, Somalia y Filipinas, entre otros países. Todas estas organizaciones se agrupan en un *Shura Majlis*, un consejo consultivo que tiene posiblemente unos cuatro comités (religioso-legal, militar, finanzas y medios de comunicación).

Aunque algunas fuentes occidentales puedan exagerar la participación de Al Qaeda, es verdad que también pertenece a asociaciones y distintas formas de cooperación con otros grupos terroristas islámicos. Muchas secciones locales, lo que en Occidente se denomina células operativas, están vinculadas a mezquitas, organizaciones asistenciales musulmanas y ONG, tal vez hasta en 90 países que incluyen a Europa occidental y Norteamérica.

Igual que ocurre con redes como Jubilee 2000 o la Coalición contra las Minas Antipersonales, lo que mantiene unida a la red es su misión. A falta de formas tradicionales y verticales de organización, el compromiso individual es una herramienta organizativa importantísima. En el caso de Al Qaeda, la misión consiste en restaurar en Oriente Próximo el califato musulmán, abolido en 1924, y restaurar el control islámico de los santos lugares, en especial la mezquita de Al Aqsa, en Jerusalén, y las mezquitas de Meca y Medina.

En 1998, Al Qaeda creó la “Yihad Islámica mundial contra los judíos y los cruzados”. Las organizaciones que la componen firman la declaración fundacional en la que se incluía la siguiente *fatwa*: “La orden de matar a los americanos y sus aliados –civiles y militares– es un deber individual de todos los musulmanes capaces de hacerlo en cualquier país en el que sea posible, con el fin de liberar de sus garras la Mezquita de Al Aqsa y la Mezquita Santa (La Meca), y para que sus ejércitos salgan de todos los territorios del Islam, derrotados e incapaces de amenazar a ningún musulmán”.

Como los grupos globalizados de la sociedad civil, Al Qaeda ha

La infraestructura de Al Qaeda tiene muchos paralelismos con la infraestructura de las ONG internacionales o las redes de la sociedad civil

sido pionera a la hora de usar nuevas formas de acción; en este caso, el *raid*, el ataque por sorpresa. En los 10 últimos años antes de morir, el Profeta redefinió ese concepto característico de los grupos nómadas preislámicos y, al hacer que ya no fuera una incursión destinada al lucro individual sino a beneficiar a toda la comunidad, lo convirtió en parte de la *yihad*. Al Qaeda ha resucitado el término. Lo utilizó para definir los atentados del World Trade Center y en otras operaciones. En la declaración funcional antes mencionada, Al Qaeda llama a los “*ulema*, dirigentes, jóvenes y soldados musulmanes a emprender un ataque por sorpresa contra las tropas de Satán, los estadounidenses y los seguidores del demonio que se alían con ellos, y a desplazar a quienes les respaldan para que aprendan la lección”.

Al Qaeda tiene diversas fuentes de financiación. Bin Laden posee una gran fortuna personal; se calcula que su fortuna heredada asciende a 300 millones de dólares y es dueño de diversas compañías; entre ellas, bancos, explotaciones agrarias y fábricas en todo el mundo. Aun así, la red parece estar perpetuamente dedicada a recaudar fondos.

Una segunda fuente de financiación la constituyen los bancos y las organizaciones caritativas islámicas. En 2002, Estados Unidos y sus aliados en la coalición internacional congelaron los activos de dos bancos, Al Taqwa y Bakarat, que realizan habitualmente transferencias *hawala* (transferencias de dinero no documentadas). Dichas transferencias alcanzan los 5.000 o 6.000 millones de dólares anuales. En su mayor parte son legítimas: por ejemplo, trabajadores en el Golfo que envían dinero a sus familias. Pero el banco gana un 5% de comisión y puede utilizar ese dinero para hacer transferencias dentro de la red. Bakarat parece tener sucursales en muchos países, pero es especialmente importante en Somalia, donde actúa de forma extraoficial como banco central. (No está claro si Al Qaeda aprovechó el carácter informal del sistema de *hawala* para sus propios fines o si estos bancos financiaron voluntariamente a la organización).

Asimismo, el FBI dice que se utilizó a ONG islámicas como la Fundación Tierra Santa para la Ayuda y el Desarrollo (HLF), con sede en Texas, o la Organización de Auxilio Islámico Internacional (IIRO), como vías para canalizar fondos e infraestructuras de apoyo a la actividad terrorista. Desde 2001, el FBI ha congelado aproximadamente 125 millones de dólares, ha detenido a unos 2.700 agentes conocidos o presuntos y ha matado a la tercera parte

Por encima de todo, estos grupos tienen en común el compromiso con la idea de la lucha armada, la guerra entre el bien y el mal

de los dirigentes; no obstante, según todos los indicios, la organización sigue creciendo y este año ha realizado *raids* en Arabia Saudí, Marruecos, Pakistán, Yemen y Kenia. Lo importante es la capacidad de reclutar a jóvenes para la causa; eso es lo que permite que se multipliquen las células.

Repercusiones estratégicas

Los grupos como Al Qaeda se distinguen de los terroristas clásicos por sus objetivos (son religiosos y nacionalistas antimodernos, en vez de derechas o izquierdas); por las formas de violencia, que se dirige sobre todo contra la población civil y diversos objetivos simbólicos, en vez de objetivos con valor económico; por sus formas de organización, que suelen consistir en redes transnacionales en vez de estructuras de mando jerárquicas; por su uso de los nuevos medios de comunicación e Internet, y por sus formas de financiación, que tienden a ser transnacionales y criminales. Ahora bien, por encima de todo, estos grupos tienen en común el compromiso con la idea de la lucha armada, la guerra entre el bien y el mal.

Los “globalizadores regresivos”, por un lado, se alimentan de las inseguridades engendradas por la globalización y consisten en redes mundiales parecidas a otras organizaciones internacionales de la sociedad civil o el mundo empresarial. Por otro lado, sus objetivos son muy tradicionales: quieren capturar el poder del Estado o construir nuevos Estados regionales o secesionistas, y los conciben de acuerdo con la tradición, como “recintos de poder con unas fronteras”. En otras palabras, quieren hacer retroceder a la globalización al mismo tiempo que emplean sus instrumentos.

Si este análisis no se equivoca, esos grupos seguramente crecerán, por las inseguridades crecientes y porque ahora es cuando empiezan a aprovechar por completo las posibilidades organizativas que les ofrece la globalización. Sin embargo, en este último contexto, sus objetivos políticos son fundamentalmente contradictorios. El propósito de conseguir Estados puros desde el punto de vista étnico o religioso es menos realizable que nunca. Tal vez estos grupos no esperan alcanzar sus objetivos; quizás lo que les motiva es la lucha, y la dificultad de conseguir sus metas hace que esa lucha sea más creíble. Por tanto, el pronóstico es pesimista.

En el caso de los que podrían calificarse de “globalizadores progresistas”, (es decir, los que están a favor de la globalización siempre que beneficie a muchos y no a pocos y que exigen la reforma de las instituciones mundiales para conseguir que sea así), es muy importante que, para contrarrestar el crecimiento de los grupos

Es importante que la lucha contra la violencia se considere una labor policial y no una forma de guerra

mencionados, elaboren una estrategia basada en la ley y la moral, no en la guerra, pese a que dicha estrategia probablemente tendrá que recurrir a métodos militares. Tal vez nunca sea posible eliminar a esos grupos nuevos, pero quizá sí se pueda disminuir su capacidad de captación y de hacer daño. Si el propósito es reducir las inseguridades que proporcionan el caldo de cultivo para las ideologías extremistas, la estrategia debe consistir en última instancia en un programa mundial de Gobierno progresista. Pero es posible identificar vías políticas más concretas.

No se puede dar prioridad a las vidas de los soldados sobre las de los civiles a los que se supone que deben proteger

1. En primer lugar, esta estrategia debe comprender la protección de civiles y la captura y detención de los criminales responsables de la violencia para hacer frente a los peligros inmediatos. Y esto sirve para todas las formas de violencia ilegal (crímenes de guerra, crímenes contra la humanidad, genocidio, violaciones masivas de los derechos humanos y crímenes particulares), no sólo el terrorismo. Pero es importante que la lucha contra la violencia se considere una labor policial y no una forma de guerra. El mayor riesgo de usar el lenguaje de la guerra y atacar a Estados que patrocinan el terrorismo, como está haciendo el Gobierno de Bush, es que alimenta las propias ideas de lucha de los terroristas. Una guerra implica que los agentes del Estado matan de forma legítima, mientras que el terrorismo es la violencia criminal cometida por agentes ajenos al Estado.

La guerra alimenta las nociones de lucha perpetua de los terroristas. Tal vez es necesario emplear métodos militares, por ejemplo para destruir campamentos terroristas pero cualquier acción militar debe concebirse como una acción policial, no de guerra. Y no sólo en materia de procedimiento, es decir, que el uso de la fuerza militar requiera la aprobación de las debidas instancias, por ejemplo el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. También son importantes los medios empleados. El mantenimiento del orden parte de la hipótesis de la igualdad entre los seres humanos. No se puede dar prioridad a las vidas de los soldados sobre las de los civiles a los que se supone que deben proteger. Por tanto, la fuerza militar debe utilizarse según los mismos principios que las fuerzas del orden: se espera que los soldados arriesguen sus vidas para salvar a otros.

La importancia de los medios afecta asimismo a la información, el mantenimiento del orden y otros procedimientos legales. Las diversas leyes antiterroristas de Gran Bretaña y Estados Unidos permiten adoptar procedimientos, como la detención sin cargos, que pueden llegar a violar los derechos humanos. El peligro no es sólo que

tal situación pueda engendrar más indignación y resentimiento entre posibles voluntarios para las causas extremistas, sino que además es un desafío a nuestras libertades y a nuestra afirmación de que ofrecemos una ideología alternativa. Para lograr el equilibrio entre las necesidades de la lucha antiterrorista y las libertades civiles es preciso que tanto los especialistas como los responsables políticos tengan mucho más cuidado al actuar.

2. En segundo lugar, es fundamental contrarrestar la ideología de estos grupos, y hacerlo a través de una movilización política de base. Eso significa apoyar a diversos sectores de la sociedad civil y dialogar con ellos, sobre todo en las áreas –como los “agujeros negros” creados por el conflicto– en las que más posibilidades tienen los grupos terroristas de reclutar a futuros miembros.

La movilización mundial contra la guerra de Irak representó la oportunidad de construir un movimiento popular alternativo porque contó con la participación de Europa y del mundo árabe y por primera vez incorporó a las comunidades de inmigrantes al proceso político. Este factor fue especialmente importante en Gran Bretaña, donde hindúes, sijs y musulmanes participaron en las marchas. No obstante, por ahora, estos grupos carecen de representación política seria, y es verdaderamente necesario que los cargos electos de tendencia progresista les tiendan la mano. Es verdad que muchos de los grupos e individuos que participaron en las manifestaciones se caracterizaban por su rechazo a la globalización o por su visión regresiva, que con frecuencia eran restos de la vieja izquierda o islamistas. Pero existen miles de jóvenes a los que el movimiento está politizando ante la posibilidad de un programa más constructivo y reformista.

3. En tercer lugar, esta estrategia debe vencer la compleja infraestructura organizativa de esos grupos. Creo que hay que destacar cuatro factores:

- Educación. Una educación primaria universal contribuiría enormemente a que hubiera menos incentivos para enviar a los niños a las escuelas religiosas. La educación de las niñas es especialmente importante.
- Medios de comunicación. Es preciso que en todo el mundo se invierta mucho más en radios y televisiones públicas (pero no estatales). Las radios comunitarias independientes son especialmente importantes a la hora de contrarrestar la propaganda extremista, como se ha visto en Serbia y algunas zonas de África.

La movilización mundial contra la guerra de Irak representó la oportunidad de construir un movimiento popular alternativo

- Labor asistencial. El declive de los servicios sociales ha dejado sitio a ONG humanitarias que, a menudo, también llevan consigo un mensaje político.

- Empleo. Los jóvenes en paro o criminalizados son el principal caldo de cultivo de estas ideologías. Es prioritario encontrar formas legítimas de ganarse la vida para dichos jóvenes.

Existe un verdadero peligro de que los globalizadores regresivos se alimenten mutuamente y dejen cada vez menos sitio a los progresistas

Estos cuatro factores forman parte de una estrategia más amplia para reducir la inseguridad mundial. Quizás el elemento más importante de cualquier estrategia sea no abordar directamente el terrorismo sino los “agujeros negros” que generan la cultura de la lucha armada. Eso exige una enorme dedicación de recursos y voluntad. Significa que, además de hablar en términos cosmopolitas, hay que comportarse con arreglo a ellos. El mayor obstáculo es cognitivo: cómo asumir seriamente el principio de que todos los seres humanos son iguales.

El presidente Clinton destacó, en su discurso ante la Conferencia para un Gobierno Progresista, que la derecha se nutre de enemigos y ataques, mientras que la izquierda tiene que basarse en debates y pruebas. Esta afirmación es muy válida para los movimientos nacionalistas y religiosos de tipo extremista, que siempre se benefician de los sentimientos de lucha e inseguridad. Existe un verdadero peligro de que los globalizadores regresivos, sean los neoconservadores estadounidenses o los movimientos que engendran el terrorismo mundial, se alimenten mutuamente y dejen cada vez menos sitio a los progresistas, es decir, al debate y a las pruebas.



El fantasma de la libertad

Rosario Miranda

“Nosotros, los modernos”, decían Hegel y algunos de sus coetáneos. Lo decían en calidad de afectados por un hecho que marcó un hito en la historia: la Revolución Francesa, el alzamiento del pueblo contra los aristócratas y la instauración de un Estado republicano. Ese fue para Hegel el principio de la encarnación de la idea de libertad en la vida real de los hombres; por eso, desde 1789 hasta su muerte, celebró cada 14 de julio la toma de la Bastilla –acontecimiento tan histórico como simbólico– bajo la mirada suspicaz de las autoridades bávaras o prusianas.

La Revolución Francesa fue la expresión política de la sensibilidad que denominamos “ilustrada” y marcó, efectivamente, el inicio de un nuevo orden político y social en Occidente. La república francesa fue el principio del fin de la sociedad estamental, con su estrecho círculo de poseedores de poder y de bienes y su gran masa de desheredados titulares de deberes y deudas. Un fantasma llamado “¡ciudadano!” se puso a recorrer Europa, y contra él se parapetaron mientras pudieron los poderosos de las naciones vecinas, que lo identificaron con razón como amenaza a un régimen que ante las instituciones republicanas se convertía en “antiguo”.

Pese a su advocación al Hombre y al Pueblo y al uso en su retórica de los conceptos universales de Libertad, Igualdad, Fraternidad y Razón, la Ilustración localizó sus pretensiones de universalidad en Europa, en los varones, en los blancos y en los burgueses, para

*La milenaria
tendencia a
utilizar el
término ‘todos’
cuando se
refieren a un
nosotros
compuesto por
unos cuantos*

*Sería un
anacronismo
juzgar una
época con los
valores de otra
y no reconocer
la importancia
de las
innovaciones
políticas del
pasado*

equivoco y decepción de quienes, como Touissaint L'Ouverture, interpretaron sus consignas en sentido literal. Esclavo negro en la colonia francesa de Santo Domingo –hoy Haití–, Touissaint L'Ouverture llevó la nueva mentalidad hasta sus últimas consecuencias: supuso que, dada la pertenencia de Santo Domingo a Francia y dado el cambio de régimen en Francia después de la Revolución, los negros, mulatos y blancos de las colonias estaban incluidos entre los ciudadanos con derechos; creyó que los valores de libertad, igualdad y fraternidad que se esgrimían en Francia implicaban el fin de la opresión entre las razas y la abolición de la esclavitud. Touissaint L'Ouverture cometió la ingenuidad de no saber de qué hablaban los franceses cuando hablaban de libertad, ni a quién se referían al declarar solemnemente los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Por eso no ganó por razones sino por la fuerza de la insurrección a la Francia ilustrada, pues condujo la primera lucha victoriosa por la liberación contra la esclavitud en la era moderna.

Señalar el carácter burgués, blanco, europeo y masculino que tuvo y tiene la Ilustración no es una crítica ni una descalificación de lo que su retórica proclama y dignifica, sino una prueba más de la inercia de las cosas sociales y también de la milenaria tendencia de los hablantes a utilizar el término “todos” cuando en realidad se refieren a un *nosotros* compuesto por unos cuantos. De ahí la decepción de quienes, tras conocer que en la Antigüedad hubo en Atenas un régimen político donde todos los ciudadanos se autogobernaban –o lo pretendían–, descubren a continuación que ese *todos* no incluía a las tres cuartas partes de la población –mujeres, extranjeros, esclavos– ni, por supuesto, a los no griegos o bárbaros.

La Ilustración es un ideal irrealizado o realizado en mínima medida, un movimiento apenas iniciado del mismo modo que, vista desde hoy, la democracia ateniense fue un magro logro si atendemos a cuántos eran aquellos hombres libres que se autogobernaban. Sería un anacronismo juzgar una época con los valores de otra y no reconocer por ello la importancia de las innovaciones políticas del pasado. Fue un cambio cualitativo de enorme magnitud que todos los hombres libres, no solo los nobles o los ricos, sino los menos ricos y los pobres también, se consideraran iguales para organizar lo común –que es lo que significa gobernar un Estado–, mientras en el resto del mundo era el linaje o la fuerza lo que conducía al gobierno. Fueron los albores de un nuevo sentido común según el cual la capacidad de gobernar no se adquiere porque se hereda sino

porque se aprende, y según el cual una de las funciones del Estado es garantizar que, a la hora de ejercer su capacidad de gobierno, los ciudadanos sean efectivamente iguales. Por eso, independientemente de los excluidos de la ciudadanía, la igualdad política de los atenienses fue una adquisición de primer orden en la historia de la libertad, si bien a una luz ulterior fuera solo un logro flaco y local, un pequeño paso de un camino con mucho recorrido por delante si a la igualdad política añadimos la social y si entendemos que es del conjunto de los seres humanos de quienes predicamos la libertad, lo cual erradica la esclavitud –como concluyó acertadamente Touissaint L'Ouverture– e incluye entre los sujetos que se autogobiernan a las mujeres y a los extranjeros.

Circunstancias como nacionalidad, etnia, clase, raza o género son moralmente irrelevantes

Ya en el seno del mundo antiguo surgió el contrapunto al localismo de la libertad en forma de un ideal moral: el cosmopolitismo. Contra la percepción del griego de otro Estado como extranjero y de los no griegos como bárbaros –hombres extraños de naturaleza inferior a quienes era lícito hacer la guerra y esclavizar–, Diógenes proclamó desde su barril que era ciudadano del mundo y no reconocía a los hombres por su filiación estatal, mientras Alejandro el Conquistador, para escándalo de su ejército, era seducido por la cultura persa y guardaba el manuscrito de *La Ilíada* copiado por Aristóteles en un cofre regalo de Darío.

Siguiendo la línea de Diógenes, los estoicos dijeron que los individuos pertenecen a una comunidad universal, que todos los seres en cuanto humanos valen por igual y que, por tanto, cada individuo debe lealtad moral al común de los mortales. Desde esta perspectiva, circunstancias como nacionalidad, etnia, clase, raza o género son moralmente irrelevantes y no determinan el reconocimiento y el respeto que debemos a una persona. Cualquiera otro nos concierne, la incumbencia moral no está mediatizada por la filiación familiar, grupal o estatal ni por la tradición y se extiende a todos. No existe un *nosotros* y un *ellos*, todo ser humano es *cosa nostra*.

El cosmopolitismo –señalaron los estoicos– no choca con el apego a las tradiciones grupales ni con la importancia que, como es natural, tiene para cada uno lo cercano, lo familiar y lo local; pertenecemos a lo cercano, a lo menos cercano y a lo universal viviendo en una serie de círculos concéntricos que se superponen como capas pero no se excluyen. La identidad de cada cual como ciudadano del mundo lo que sí hace es eliminar la percepción y consideración del otro como extraño y ajeno.

La adquisición moral del cosmopolitismo, del calibre de la innovación política del autogobierno ciudadano, formaba, pues, parte del patrimonio cultural de la humanidad mucho antes de que la jurisprudencia estableciera la noción de crimen contra la humanidad y de que *asuntos propios* como la inmigración, la contaminación o el terrorismo internacional hicieran evidente e ineludible la cuestión de que habitamos todos –y no solo a nivel moral– en un solo y único mundo.

‘Nación’ alude a una comunidad que comparte ascendencia, cultura y lengua y tales comunidades están dejando de existir en los actuales Estados

Pasada la Antigüedad, las adquisiciones señaladas se olvidaron, si bien el noble ideal del cosmopolitismo pervivió en el concepto de prójimo de la moral cristiana. El afán de autogobierno se esfumó y Occidente vivió el poder político como afán de dominio legitimado por la gracia de Dios, de quien recibían en primera instancia su modo de vida privilegiado los reyes, los nobles y el clero frente a las masas de desheredados que lo eran también por voluntad divina. Las nociones de ciudadanía y república cayeron en desuso hasta que, tras las revoluciones burguesas (inglesa, americana y francesa), volvieron a ser centrales en la retórica y en la realidad políticas. La soberanía del monarca y su poder sobre sus súbditos fue sustituida por la soberanía de los ciudadanos en el Estado nacional. El Estado dejó de concebirse como patrimonio del monarca; en la nueva sensibilidad pasó a ser el instrumento con que se gobernaba y administraba su propio bien una ciudadanía que compartía cultura, territorio y lengua y se reconocía en una entidad sociopolítica llamada “nación”. Los Estados nacionales tenían autonomía jurídica y económica, y en aquellos constituidos como repúblicas las leyes debían expresar la voluntad ciudadana y perseguir el bien común; la acción de gobernar era ejercida por unos ciudadanos iguales en esencia a los demás, elegidos para desempeñar transitoriamente esa función en nombre de todos y para el bien de todos.

En este orden de las cosas políticas, la legitimidad de la violencia fue patrimonio del Estado. El mito del contrato social expresaba la obligación real de los ciudadanos de apelar al Estado para resolver sus conflictos, y era –es– el Estado quien castigaba los delitos y coaccionaba a la población a obedecer las leyes para garantizar una vida pacífica que a todos conviene. Pero los Estados entre sí tenían derecho a hacerse la guerra, hecho éste denunciado por Emmanuel Kant, quien dio a la vieja noción de cosmopolitismo una dimensión política.

Kant vio que la paz es universal o no es otra cosa que interludio entre guerras y vida social referenciada en la guerra incluso en

periodos de paz. Creyó que, igual que los ciudadanos dentro de un Estado renuncian a su libertad natural ilimitada y no pueden tratarse con violencia, los Estados deben hacer un pacto –ahora real, no mítico– con la finalidad de erradicar la guerra del mundo. Kant habla de una federación de Estados en una República Universal, de un ciudadano cosmopolita, de un Derecho de Gentes en una comunidad mundial y de una hospitalidad universal o Derecho Cosmopolita, fruto de la conciencia de que la superficie de la Tierra es limitada y su propiedad es común, lo cual impide las guerras de conquista de territorios, que eran las que se estilaban en la época.

Con importantes variaciones, parece que por algo de esa línea nos hemos ido introduciendo. Y no siguiendo las recomendaciones de una razón teórica, no aplicando en la práctica un ideal que la razón concibe –los asuntos humanos no funcionan así–, sino porque el modo de producción capitalista es por esencia universal, por el alcance universal de la tecnología de la comunicación, y porque esa tecnología sustituye la cadena de montaje por la producción en red en una economía sustentada en la informática. Estos factores introducen en el mundo un orden que llamamos “global”.

En ese orden los Estados nacionales decaen porque no controlan ni planifican la economía en su territorio, no son autónomos respecto al capital transnacional, y porque “nación” alude a una comunidad que comparte ascendencia, cultura y lengua y tales comunidades están dejando de existir en los actuales Estados. Kant hizo sus apreciaciones dentro de un paradigma nacional que el capital barre. El capital es hoy global y genera, además de empresas transnacionales, cuerpos jurídicos y económicos supranacionales que son autónomos y trascendentes a los Estados-nación. Lo global no es por tanto un Estado de Estados, una sumatoria de naciones o un orden internacional; se trata de un salto cualitativo o cambio de paradigma político, de un sistema transnacional que conlleva una nueva fuente de leyes, una nueva inscripción de la autoridad y un nuevo fundamento de la legalidad de la coerción que van más allá de una confederación de sujetos nacionales.

El capital no funciona en un territorio acotado. Su racionalidad económica no es producir lo necesario para vivir todos bien sino multiplicarse y crecer, y crece produciendo excedentes mediante el aumento de la fuerza laboral y absorbiendo nuevos mercados.

Cuando el capitalismo estaba en sus primeras fases, el capital era nacional e industrial, se nutría de mano de obra autóctona y colo-

La racionalidad económica del capital no es producir lo necesario para vivir bien todos sino multiplicarse y crecer

*El capital es
insaciable y la
Tierra finita*

caba sus excedentes en el exterior; los empresarios de los países capitalistas contaban con un proletariado nacional explotable y además estaban circundados por un exterior no capitalista lleno de mercados vírgenes y de fuerza laboral explotable en sus lugares de origen. La experiencia soviética del siglo XX redundó en que los proletarios del mundo capitalista obtuvieron derechos y fueron menos explotables, con lo que la fuerza de trabajo se exprimía fuera y producía beneficios –si bien desiguales– al conjunto de la población de los países capitalistas. Así se constituyó un Primer Mundo frente a un Tercero, un Norte frente a un Sur o un centro frente a una periferia, fronteras económicas que demarcaban diferencias de naturaleza en el nivel de vida de la gente según su ubicación en uno u otro lado de esta línea.

Pero esta situación no duró. Por una parte, los mercados que el capital absorbe se convierten a su vez en capitalistas que necesitan un nuevo exterior y así sucesivamente; dicho de otro modo, el capital es insaciable y la Tierra finita. Por otra parte, la comunicación –tanto en el sentido de movimiento físico de las personas como en el de capacidad de informarse acerca de qué sucede y cómo vive la gente en otro sitio– se hace fácil o por lo menos asequible a cualquiera debido a una red mundial de transportes y a los medios de telecomunicación.

La primera de estas circunstancias produce un capital sin exterior que crece generando, además de los agrícolas e industriales, productos que catalogamos como servicios, mercancías inmateriales y efímeras relacionadas con el ocio, el conocimiento, la afectividad, la educación o la salud. Además, una herramienta nueva, el ordenador, presente de un modo u otro en la confección de todo producto, determina el paso de la economía fabril a la informática, de la cadena de montaje a la producción en red, producción en sí misma horizontal y descentralizada pero dirigida, de modo vertical y oligopólico, por grandes financieras centralizadas en Nueva York, Londres o Tokio.

La segunda de las circunstancias citadas, la proliferación de medios de transporte y telecomunicación, produce una migración legal y documentada –refugiados políticos, trabajadores intelectuales, proletariado agrícola, fabril o de servicios de carácter estacional– y una migración clandestina de mucha gente que, movida por el hambre o la guerra en sus países de origen o por el modo de vida que ven en la televisión, empujada por el deseo y la esperanza, por la pobreza y la promesa, y *respondiendo al mercado global de la fuer-*

za laboral, llega a los países ricos a cubrir los trabajos que el proletariado autóctono desecha. Esa gente no es reconocida oficialmente como miembro de la sociedad a la que llega, no es incluida entre la ciudadanía, y por eso es explotada como se explotaba al proletariado nacional antes de que obtuviera una posición económica y social digna. Mientras, los negocios bursátiles, los bancos y las corporaciones transnacionales producen una pequeña migración de ricos al Tercer Mundo, donde también se construyen templos –rascacielos y centros comerciales– al dinero. Por ello, la división entre Primer y Tercer Mundo ya no es cuestión de regiones geográficamente separadas, sino una demarcación interna dentro de cada Estado o país; el Tercer Mundo se instala en el primero como barrio pobre y el Primero en el Tercero como minoría atrincherada en arquitecturas-fortaleza con policía privada. La estrecha proximidad entre poblaciones extremadamente desiguales produce una muy peligrosa falta de cohesión social, y en todas las grandes ciudades del mundo, la más civilizada producción con alta tecnología y trabajadores asegurados coexiste con talleres y empresas agrícolas, hosteleras o constructoras donde trabaja en régimen de esclavitud una población reclutada en sus países de origen por los nuevos tratantes de esclavos, que ahora se llaman mafias, y comprada por los empresarios en los países de llegada.

Esa población tiene hoy las condiciones de vida de aquel proletariado industrial cuyo prototipo era el obrero fabril masculino que Marx, durante la Revolución Industrial, supuso protagonista de la revolución social. Analizando anacrónicamente este momento en aquellos términos, diríamos que el emigrante indocumentado es el sujeto potencial de la futura lucha de clases. Pero estos parias de la Tierra no vibran al compás de *La Internacional* ni dejan atrás su condición a través de un movimiento internacionalista que, a la manera de los topos, excava galerías bajo el suelo del capital hasta hacerlo desplomarse. El fantasma que a través de ellos recorre el mundo ya no se llama “camarada”, se llama “ciudadanía” porque lo que termina con su explotación es la ciudadanía global, el reconocimiento de las personas como sujetos de derechos y deberes en el lugar donde se establecen, la reforma de la condición jurídica del extranjero, es decir, la abolición de la intrínsecamente desfavorable condición de extranjería –como un día se abolió la condición de esclavo o la condición inferior de la mujer– desde la aceptación de que las migraciones se han hecho necesarias para la producción, aunque su legalidad merme las ganancias de quienes se enriquecen con la prohibición.

Los inmigrantes tienen hoy las condiciones de vida de aquel proletariado industrial cuyo prototipo era el obrero fabril

Las migraciones se han hecho necesarias para la producción, aunque su legalidad merme las ganancias de quienes se enriquecen con la prohibición

La libre circulación de las personas por el mundo, extender a las personas el derecho a la movilidad de que gozan las mercancías, el dinero, las empresas o la tecnología produce movimientos de entrada y de salida en gente que, vista la realidad de la tierra prometida, haría el camino de vuelta si fuera fácil el de ida. Mientras no se derogue la extranjería, la esperanza de los que migran seguirá cayendo en las fauces del capital mientras se patrullan mares y fronteras, se segrega a la población dentro de cada país y se alimentan las fuerzas del fundamentalismo contra la realidad occidental que, aparte de explotar a los desfavorecidos, no es en sí deseable, pues todos, niños, mujeres, hombres, viejos, tienen en ella su peculiar y nueva forma de tragedia. No se trata de volver a un pasado que no estaba en absoluto exento de tragedia, sino de comprender que ni la movilidad ni la quietud ni la pureza ni las mezclas son liberadoras en sí mismas. Lo que importa cuando hablamos de libertad en relación al movimiento es por qué se dan los cambios, a causa de qué y por iniciativa de quién.

Lo cierto es que muchos países, antes esencialmente diferentes en su nivel de vida y en su cultura, albergan hoy sociedades cuya diferencia no es de naturaleza sino de grado, de distintas proporciones en un mismo lugar de lo que antes estaba separado: razas, etnias, religiones, culturas, lenguas. El sistema necesita –y por eso produce– circulación, movilidad, diversidad y mezcla porque eso es lo que hace posible el comercio mundial. Se difuminan, aunque permanezcan vigentes las fronteras, las líneas que dividían el mundo entre *nosotros* y *ellos*. Matar neoyorquinos o madrileños ya no es matar a blancos cristianos ricos. Durante la Segunda Guerra Mundial, los ciudadanos estadounidenses de etnia nipona fueron recluidos en campos de concentración por considerarse enemigos en potencia, ya que *pertenecían* a la vez a *los otros*. Absteniéndonos de juzgar semejante medida, ¿cree alguien posible hacer algo así hoy¹?

En EE. UU. se fomenta ahora el sentimiento de nación o de patria para unificar a una comunidad en la que conviven poblaciones diversas, con el argumento de que la retórica patriótica proporciona una identidad común en la que todos pueden reconocerse. Pero la lógica dualista y binaria entre *nosotros* y *ellos* inherente al concepto de patria está trasnochada en el mundo actual; esa manera de producir identidad funcionó durante el colonialismo, cuando los europeos eran *nosotros* frente al otro no europeo –el negativo de su identidad–, un otro que no vivía en su territorio, no era beneficiario

1. "Ellos son nosotros y nosotros somos ellos", dijo el alcalde de Madrid refiriéndose a los madrileños musulmanes y no musulmanes tras la matanza del 11 de Marzo de 2004.

de sus derechos, estaba subordinado política y económicamente y era considerado inferior culturalmente; y funcionó para que los países sometidos llevaran a cabo luchas anticoloniales y afirmaran la dignidad de su población y su cultura y su independencia política mediante el recurso a su identidad. ¿Hoy? ¿Quién es *el otro* hoy? ¿Para un neoyorquino chino el italiano de enfrente es *suyo* y el chino de Singapur un negativo de su identidad? Hoy la nación es una barrera más a extinguir junto al resto de oposiciones y jerarquías entre razas, géneros, clases y culturas. Lo único que, hoy como siempre, produce cohesión entre gente que comparte un territorio –sea heterogénea o no en su credo o color– es un nivel de vida similar, una justa recaudación de impuestos y una proporcionada distribución de los bienes, así como la participación activa en el orden que se desprende de una Constitución. Lo común a la gente diversa que convive en un Estado no es la patria, es la ciudadanía, siendo el buen ciudadano, desde Aristóteles, aquel que hace y obedece las leyes y trata al otro ciudadano como igual. Esos son los patrones de cohesión en los Estados actuales poblados por ciudadanos que *están* independientemente de lo que *son*, y también los únicos medios eficaces contra la guerra.

En el orden global los Estados siguen teniendo el monopolio de la violencia legítima, el derecho a hacer la guerra y a ocupar militarmente un país. La guerra, acción digna y noble antaño, es hoy repudiada por la ciudadanía, mientras los Estados dominantes en el orden mundial la justifican por motivos pretendidamente éticos: la acción militar –dicen– es efectiva para lograr el orden y la paz, la fuerza militar es un bien al servicio de la justicia; la guerra no es derecho de ataque o de conquista sino derecho y deber de intervención en territorios ajenos en nombre de principios éticos superiores; las fuerzas militares son “ejércitos de paz” que intervienen en el mundo para garantizar acuerdos, restaurar el derecho internacional violado, resolver asuntos humanitarios e imponer la paz. Aunque mediante la intervención militar –contra la voluntad ciudadana– los Estados conquistan mercados, dominan sistemas políticos y se apoderan de fuentes de recursos, la función explícita de la guerra es proteger, no atacar, y el ejército se convierte en una especie de policía moral mundial protectora y sancionadora.

Prescindiendo de analizar la ambigüedad y contradicción –cuando no el abierto descaro– de unas “fuerzas militares de paz”, observamos que de hecho no existe diferencia entre la intervención y la invasión. La ocupación de un territorio por la fuerza de las armas

Lo común a la gente diversa que convive en un Estado no es la patria, es la ciudadanía

se llama invasión. Invadir es lo que hicieron las legiones romanas cuando construyeron el imperio y los ejércitos bárbaros que ocuparon ese imperio, y las tropas iraquíes que ocuparon Kuwait y las fuerzas aliadas que ocupan Irak o el ejército israelí que ocupa Palestina; invadir es lo que hizo Alejandro desde Grecia hasta la India o la Unión Soviética cuando ocupó Polonia y Checoslovaquia, o lo que hizo Napoleón cuando extendió su imperio, aunque se viera a sí mismo como un héroe de la libertad que implantaba en Europa las incipientes instituciones republicanas y concedía, por tanto, a los pueblos que su ejército conquistaba “el regalo de un destino adverso”².

*La guerra,
acción digna y
noble antaño,
es hoy
repudiada por
la ciudadanía*

Dado que la función protectora y dominadora se solapan, la intervención moral es algo muy delicado, especialmente si se considera la fuerza militar como un instrumento legítimo de intervención. Desde un pensamiento moral que extiende a todos el alcance de lo que a uno le incumbe, es legítimo impedir el asesinato, la tortura, el trabajo infantil o la lapidación de adúlteras en cualquier parte del mundo en que estos hechos se produzcan, pero ello requiere un Derecho de alcance universal y unos organismos que impidan esos desaguisados éticos con unos medios de coerción consensuados entre los que no se encuentra la guerra.

La legitimidad de la guerra está actualmente puesta en entredicho no solo por la razón teórica sino por la sensibilidad y la voz de la multitud del mundo. Parece que vamos admitiendo el carácter literal y el efecto universal que ciertas palabras y conceptos tienen. Pasaron un par de siglos hasta que la ingenuidad de Touissaint L'Ouverture se convirtiera en sentido común, como también se ha convertido en sentido común –desde que hace un par de siglos lo señalara el marqués de Sade– que castigar el crimen matando es una incongruencia, lo que descalifica la pena de muerte. Esta forma de razonar y de sentir se extiende hoy a la guerra.

Desde Hiroshima y Nagashaki, la guerra ya no consiste en el enfrentamiento de ejércitos en campos de batalla sino en el bombardeo y ocupación de las ciudades con resultados de matanza sobre la población civil, con lo cual, desde la perspectiva de las víctimas, los efectos de la guerra legítima de los Estados son los mismos que los de la guerra ilegítima del terrorismo. Desde la perspectiva de las víctimas, la diferencia entre guerra y terror es la misma que la establecida entre medicina y droga dependiendo de si el valium lo manda el médico o se lo compra uno en la calle. Toda guerra es matanza y atrocidad, es decir, terror, independientemente

2. La expresión es de George Lukacs

de que las matanzas las perpetren los Estados o los particulares, al igual que la pena de muerte es asesinato. El terrorismo es un execrable modo de actuación y la guerra también. Ya no está clara la diferencia entre crimen de guerra y crimen contra la humanidad, porque la condición de ser humano y la capacidad de cometer atrocidades son o deberían ser incompatibles.

Los crímenes de guerra se ejercen sobre los partisanos o sobre los ejércitos, son horrores de la guerra que prescriben cuando la guerra acaba; presuponen en las víctimas una cierta libertad por haberse expuesto a ellos a causa de un compromiso político o un autosacrificio ético. El crimen contra la humanidad es aquel que se ejerce sobre cualquiera, no es justificable desde ningún Estado y no prescribe, y fue tipificado como delito entre 1942 y 1945 con ocasión de la masacre de judíos por los nazis. Viene al caso señalar que ese delito es castigable desde que el exterminio fue padecido por blancos europeos, cuando los blancos europeos habían visto el exterminio de armenios por los turcos o de los indios por los españoles (como después siguieron viendo el exterminio de los tutsies por los hutus en Ruanda) como crímenes de interés local que no ofendían su conciencia, y además habían puesto muchas gotas en el océano del sufrimiento humano en su violencia contra los pueblos *otros*. Pero lo que ahora importa es que el crimen contra la humanidad está establecido como delito, y que tal delito amenaza no solo la impunidad de dictadores y reyezuelos sino además la legitimidad de la violencia que ejercen los Estados.

Todo crimen es crimen, y al crimen están expuestas todas las poblaciones por mor de la guerra *ética* de los Estados o del terrorismo nacional e internacional, incontrolable este último por los cuerpos y fuerzas de seguridad de los Estados, y mucho menos por operaciones de castigo y venganza u otros pulsos de poder. Los cuerpos y fuerzas de seguridad, los servicios secretos y de espionaje son impotentes, por mucho que se afanen, ante la imaginación maléfica imprevisible empeñada en la destrucción. Nadie escapa a los zarpazos del terror, y cualquiera puede morir por orden del propio Estado si el avión en que viaja –hoy es avión, mañana qué será– es convertido en bomba contra *los suyos*. Las fuerzas de seguridad del Estado son capaces de encontrar y castigar a los autores de matanzas, pero ese logro es toda la *protección* que pueden ofrecer. Por otra parte, la prevención del terrorismo en estos términos produce una cotidianeidad policíaca, un permanente estado de excepción donde el recorte de las libertades e incluso la vejación de las per-

La guerra ya no consiste en el enfrentamiento de ejércitos en campos de batalla sino en el bombardeo y ocupación de las ciudades con resultados de matanza sobre la población civil

sonas se justifica y normaliza. No es precisamente protección lo que sienten unos ciudadanos convertidos en sospechosos que hacen colas para descalzarse y ser registrados por policías malencarados que comprueban huellas digitales o confiscan tijeras de uñas. Esta táctica defensiva no nos libra de la amenaza sino es amenazadora ella misma, y armoniza con la mentalidad guerrera de unos Estados que defienden sin reparos políticas armamentistas, gastan cantidades ingentes de dinero en ellas en detrimento de las políticas sociales y utilizan el miedo como instrumento de poder mientras reclutan soldados entre los pobres y cubren sus ejércitos con mercenarios, porque con el bolsillo medianamente lleno nadie tiene interés alguno en morir por los Bancos, que es por quien Occidente hace la guerra hoy.

Pero no es el miedo, ni la táctica defensiva, ni la política armamentista ni la paranoia universal lo que nos saca de la guerra y del terror. Lo que nos sitúa en otra óptica y en otra realidad es la cooperación y la justicia social en el mundo, igual que lo que elimina de verdad el robo no es el refuerzo de la policía sino la distribución de la propiedad, o que la cohesión social no es cuestión de compartir credo o vestimenta sino de gozar de un nivel de vida similar.

Intervenir para bien en el mundo no es cosa de guerras justas, ni siquiera de caridad universal; es llevar adelante una globalización decente contra la globalización éticamente deficiente del pensamiento neoliberal, que no ve el mundo como un todo más que respecto al mercado. Si el mundo es uno solo, en los foros y organizaciones políticas y económicas mundiales deben estar equilibrados en voz y en poder de decisión todos los países en igualdad de condiciones; el hecho de que no lo estén en la ONU, o de que los países pobres –y menos pobres– ni siquiera sean convocados a instancias económicas *mundiales* como la O.M.C. o el F.M.I. es tan insostenible como que hubiera esclavos o mujeres y negros carecieran de derechos civiles después de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre. Y si el mundo es uno solo, la dilación en establecer la libre circulación de las personas por doquier no hará sino agravar los males que se derivan ya de la existencia de fronteras. Intervenir para bien en el mundo es hacer a nivel global lo que a causa del neoliberalismo se está dejando de hacer en los Estados *avanzados*: una política civilizada de recaudación de impuestos y redistribución de beneficios que limite la pobreza y la riqueza y corrija desigualdades, desde la que resulten inadmisibles realidades tales como paraísos fiscales, deudas externas, tráfico de armas o la

*El crimen contra
la humanidad es
castigable
desde que el
exterminio fue
padecido por
los blancos
europeos*

libertad ilimitada de las multinacionales. Una globalización decente exige que la ciudadanía de los distintos Estados deshaga la falsa dicotomía entre lo local y lo global, se pronuncie contra lo que considera indeseable en calidad de multitud del mundo, y conciba el trabajo y utilice la tecnología en otra lógica que la avaricia; y exige una mentalidad cosmopolita, incluyente, desde la que la diversidad cultural, más allá de una retórica pronunciada con arrogancia, sea comunicación efectiva con lo distinto, una desenvoltura con lo otro denominada desde siempre “mundaneidad”.

Aunque la libertad siempre será un fantasma de dudosa materialización y la guerra una torpeza difícil de ahuyentar, estas prácticas hacen de la Ilustración algo más que un buen propósito o una ingenuidad. Si alguna vez nos referimos efectivamente a todos cuando hablemos de Ciudadano y Libertad, podremos decir, como Hegel en su día, “nosotros, los modernos”.

Intervenir para bien en el mundo no es cosa de guerras justas; es llevar adelante una globalización decente

CITA

Hoy, todos somos modernos. No tenemos ni idea de lo que significa ser moderno, pero estamos convencidos de que es una garantía de futuro para todos nosotros.

Para los positivistas del siglo XX, la modernidad suponía una nueva versión de medievalismo: una tecnocracia jerárquica en la que la ciencia reemplazaba a la religión. Para Marx y para los Webb, significaba una economía sin mercados ni propiedad privada. Para Francis Fukuyama, implica un mercado libre mundial y una democracia liberal universal. Cada una de esas visiones dispares ha sido considerada en su momento la esencia misma de la modernidad. Todas han resultado ser puras fantasías.

Creemos que el de modernidad es un concepto de las ciencias sociales, cuando, en realidad, es el último refugio de la idea de 'moralidad'. Los creyentes en la modernidad están convencidos de que, dejando a un lado los desastres naturales, la historia está del lado de los valores de la Ilustración. A fin de cuentas, eso es lo que significa ser moderno, ¿no?

La realidad es que hay muchos modos de ser moderno y otros muchos, también, de no serlo. No en vano, un número significativo de expresionistas estuvieron entre los primeros partidarios del nazismo. Los nazis estaban comprometidos con la transformación revolucionaria de la vida europea. Para ellos, modernizarse implicaba conquista racial y genocidio. Toda sociedad que utilice la ciencia y la tecnología sistemáticamente para alcanzar sus objetivos es moderna. Los campos de la muerte son tan modernos como la cirugía con láser

Los modernizadores del siglo XXI emplean el tono anti-cuado de Marx y de los positivistas: europeos del siglo XIX que confundieron sus expectativas de mira estrecha con leyes históricas universales.

John Gray



La crisis ecológica global: razones para el pesimismo

Ginés Díaz Pallarés

Jorge Marsá

Hasta hace poco tiempo, las denuncias de los ecologistas sobre los problemas ambientales eran despreciadas tanto por la mayoría de la ciudadanía como por la casi totalidad de la clase política. Las cosas han cambiado notablemente: los ecologistas han dejado de ser esos agoreros, catastrofistas o aguafiestas y el medio ambiente ha entrado de lleno en la agenda política. Sin embargo, esa transformación del ámbito político apenas ha sobrepasado la aceptación de lo verde como parte de la cosmética de lo políticamente correcto que impera en el último par de décadas. En realidad, los debates sobre la actuación política y los mecanismos democráticos continúa teniendo lugar en el aire, esto es, sin tener en cuenta las bases sobre las que se sustentan la vida de los humanos y sus actividades: los ecosistemas en los que habitamos.

Y cuando hablamos de ecosistemas, la primera palabra que viene a la mente es crisis. Porque, efectivamente, este planeta está inmerso en una crisis ecológica global de proporciones considerables, pero cuyo alcance exacto sólo comprobaremos a lo largo de este siglo recién inaugurado. Esta crisis es el resultado de cómo se han tomado las decisiones durante mucho tiempo, es decir, asistimos a una crisis política, no simplemente a los resultados colaterales de meras aplicaciones tecnológicas. La relación entre los problemas ambientales y la acción política complica sustancialmente el panorama

político y deja escaso margen, desgraciadamente, para el optimismo. Para afrontar la crisis ecológica global debemos transformar notablemente los presupuestos políticos que han marcado todo el siglo anterior. Porque tanto los defensores de las distintas variantes del capitalismo como del socialismo afrontaron sus proyectos políticos desde un punto de partida que hoy se ha demostrado utópico: la posibilidad de un crecimiento económico ilimitado en un mundo finito. Una política ecológica tiene que partir de la asunción de que la reproducción del modo de vida que caracteriza a nuestras sociedades debe transformarse radicalmente si aspiramos a que la especie humana continúe viviendo en condiciones saludables en este planeta o, incluso, simplemente viviendo.

Esa transformación del ámbito político apenas ha sobrepasado la aceptación de lo verde como parte de la cosmética de lo políticamente correcto

En Lanzarote, el desmesurado crecimiento turístico, la evidencia de los límites físicos de la insularidad, y las propuestas y las críticas de algunas personalidades y de sectores de la sociedad civil han logrado que la ‘cultura de los límites’ haya encontrado acomodo en una parte –aún minoritaria, desde luego– de la sociedad lanzaroteña. Sin embargo, los pobres resultados obtenidos en la contención del crecimiento turístico y la evidencia de que continúa estando ausente del debate político nuestra contribución a la crisis ecológica global nos deben llevar a la conclusión de que tanto los presupuestos como las propuestas de la acción política en esta Isla –y en este Archipiélago– deben acometerse desde una perspectiva sustancialmente diferente. Estamos obligados a poner en el primer plano de la agenda política el que, junto a las angustiosas carencias de gran parte de la humanidad, se configura como el gran problema político de los tiempos venideros. Porque la crisis ecológica es, fundamentalmente, el resultado de las políticas aplicadas y los objetivos propuestos durante mucho tiempo en las sociedades ricas del planeta.

La crisis ecológica

Las actividades de todas las sociedades humanas van a verse, antes o después, más mediatizadas aún por la crisis ambiental, cuya existencia se ha convertido ya en una evidencia que revela multitud de datos. Parece difícil cuestionar que la actividad económica de las sociedades industriales ha provocado una sobreexplotación de las fuentes de las que extraemos nuestros recursos y que está sobrepasando la capacidad de los colectores renovables de que dispone la naturaleza para absorber nuestros residuos. Resultan habituales las noticias sobre la cantidad de años en los que podremos continuar extrayendo muchos recursos, la degradación de los suelos, la dis-

minución de los rendimientos pesqueros, la contracción de las superficies forestales, la grave pérdida de biodiversidad, la calidad de las aguas y el aire, la imposibilidad de la atmósfera para continuar absorbiendo dióxido de carbono al ritmo en que lo producimos, etc. De hecho, los datos parecen indicar que los únicos recursos renovables infrautilizados por nuestras sociedades son la energía solar y la fuerza de trabajo humana. En consecuencia, la existencia de límites medioambientales al crecimiento no puede ponerse en duda seriamente. La frontera quizá resulte aún difícil de determinar, pero ya está claro que hay límites. Ha transcurrido más de una década desde que, “en noviembre de 1992, más de 1.500 científicos de 70 países –entre los cuales estaban la mitad de todos los premios Nobel vivos en ese momento– alertaban con un dramático manifiesto titulado ‘Advertencia de los científicos del mundo a la humanidad’, en el que se pedían cambios sociales fundamentales para lograr evitar una catástrofe ecológica global. Aunque algunos no quieran darse por enterados, en realidad este clamor de alarma lleva tres decenios resonando”¹.

No pretendemos abordar en profundidad la crisis ecológica en este artículo, sino exclusivamente las dificultades que nuestras sociedades tienen para instrumentar políticas y comportamientos que puedan paliarla. Razón por la cual, tan sólo dedicaremos unas pinceladas a las tres cuestiones claves de la crisis global: el incremento de la población, la cuestión energética y la pérdida de biodiversidad de los ecosistemas; el aspecto central de los conflictos ambientales en el ámbito insular –el crecimiento turístico–, que ha sido abundantemente tratado en muchos números de esta revista, irá surgiendo a lo largo del artículo.

El crecimiento demográfico

La polémica sobre los riesgos del excesivo crecimiento demográfico, bien para la propia especie humana bien para el resto de las que pueblan el planeta, viene de lejos: en 1798 se publicaba el famoso *Ensayo sobre el principio de población*, de Thomas Malthus, quien sostenía que la producción de alimentos no sería suficiente para abastecer a todos los futuros habitantes del planeta y proponía formas –hoy bastante incorrectas, ciertamente– de controlar el crecimiento demográfico. La polémica sobre esta cuestión ha sufrido altibajos a lo largo de dos siglos; han existido momentos que podríamos calificar de más optimistas y otros de más pesimistas, pero ese debate ha pervivido hasta hoy. Sobre este asunto, también existen visiones esperanzadoras en el ámbito del ecologismo: “La

La relación entre los problemas ambientales y la acción política complica el panorama y deja escaso margen para el optimismo

1. Jorge Riechmann, *Un mundo vulnerable. Ensayos sobre ecología, ética y tecnociencia*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2000, pág. 317.

producción mundial de alimentos es, hoy en día, muy superior a las necesidades mínimas de la actual población mundial y crece un 30 por ciento más rápido que la población. Si las actuales tendencias continúan, habrá comida más que suficiente para mantener a una población mundial de 10.000 millones cuando se alcance este tamaño relativamente estable”².

Ahora bien, lo cierto es que, a la par que la discusión, continuó creciendo la población. La población mundial rondaba los 1.000 millones de personas en 1798. Transcurrido un siglo, se había producido un aumento del 60 por ciento, y en 1900 la Tierra tenía 1.600 millones de habitantes. Un siglo después, el incremento alcanzó el 400 por ciento; al comenzar la centuria actual son 6.200 millones los humanos que pueblan la Tierra, y se prevé que en el año 2050 oscilen entre 9.000 y 10.000 millones. Resulta obvio que un proyecto político que tuviera sentido para 1.000 ó 1.600 millones de personas deberá sufrir una transformación significativa cuando los destinatarios fluctúen entre los 6.200 de hoy y los 10.000 del futuro inmediato. Así, cuando se habla de crisis ecológica, de globalización, de desigualdades, de pobreza, etc., debe tenerse en cuenta el factor del crecimiento de la población en cualquier propuesta política que contemple criterios globales. Pero sobre todo no queda más remedio que asumir que la extensión de nuestros estándares de vida a una población de 6.000 o de 10.000 millones de personas es, simplemente, imposible. Es decir, la austeridad y la cultura de los límites aparecen como criterios imprescindibles para cualquier política que proponga como un valor fundamental la conciencia de especie.

Energía

Si existe un factor fundamental que contribuya directamente a provocar la crisis ambiental es el energético: “Es sabido que el consumo de energía es uno de los indicadores predilectos de quienes trabajan en torno a los problemas ecológicos. Existen buenas razones para esta preferencia. En primer lugar, el consumo de energía es un indicador *sintético* , esto es, resume en sí mismo una gran variedad de efectos ambientales, algunos de ellos muy graves. No sólo está directamente asociado a la emisión de CO₂ y la consiguiente alteración del clima, sino también al desarrollo del transporte –con sus múltiples secuelas territoriales y de contaminación–, al incremento de los procesos industriales, a la artificialización de la agricultura y a los procesos de urbanización”³. Así que si necesitáramos reducir a una única cuestión las causas de la crisis ecológica de nuestro

No pretendemos abordar en profundidad la crisis ecológica, sino sólo las dificultades para instrumentar políticas y comportamientos para paliarla

2. Barry Commoner, *En paz con el planeta*. Editorial Crítica, Barcelona, 1992, pág. 158.

3. Antonio Estevan, “El nuevo desarrollismo ecológico”, *Cuadernos del Guincho*, n.º 8. Lanzarote, 2000, pág. 34.

planeta, tendríamos que convenir, con Hermann Scheer, que la “Agenda 1” se dedicaría al problema energético y emergería imperiosamente la necesidad de una *Estrategia Solar* para corregir el rumbo que nos ha conducido al deterioro de los ecosistemas en los que habitamos⁴.

La energía es la arteria vital de cualquier desarrollo natural y social. “De forma correspondiente a su papel fundamental como motor de la producción y de las transformaciones humanas del medio, la energía es el máximo responsable del deterioro ambiental acelerado que estamos viviendo. El 80% de los contaminantes vertidos a la atmósfera proviene de la quema de los combustibles fósiles”⁵. Y el efecto invernadero que están provocando se ha convertido en la mayor amenaza para los ecosistemas del planeta. Sin embargo, pese a que esta situación es ya sobradamente conocida, y a que fue abordada internacionalmente en la cumbre de Kioto, el comportamiento de la mayoría de las sociedades del planeta está siendo justamente el contrario del que se predica como necesario: el consumo de combustibles fósiles no deja de aumentar y, por consiguiente, también las emisiones contaminantes. Y las consecuencias comienzan a aparecer de forma preocupante: Europa anegada por las aguas en el verano de 2002 y al año siguiente asfixiada por la sequía y el calor; la temperatura de la Tierra aumenta; se licua la capa de hielo en el Polo Norte durante el verano y desaparece el 50% de la masa de los glaciares alpinos, provocando la subida del nivel de los océanos; los huracanes se multiplican, y los que tienen consecuencias catastróficas se duplican en cada una de las décadas transcurridas desde 1960.

En el terreno energético destaca, desde luego, lo que está ocurriendo en España, país que, según los acuerdos internos de la Unión Europea para el cumplimiento del protocolo de Kioto, podía incrementar sus emisiones en un 15 por ciento con respecto a las de 1990. Pues bien, tras un compromiso tan cuestionable, en el año 2002 nuestras emisiones superaron a las del año de referencia en un 38 por ciento. Y pese a esta situación, se constata la ausencia de voluntad política para evitar ese aumento de la contaminación y el incumplimiento de los acuerdos internacionales: el verano pasado se conocía el borrador de la *Estrategia de ahorro y eficiencia energética en España 2004-2012* (elaborado por el Ministerio de Economía), donde se afirmaba que “las emisiones de CO₂ energético se incrementarán un 78% —en ausencia de la Estrategia—, mientras que lo harán un 58% de cumplirse los objetivos previstos”⁶. Es

Un proyecto político que tuviera sentido para 1.000 o 1.600 millones de personas deberá transformarse cuando los destinatarios fluctúen entre los 6.200 de hoy y los 10.000 del futuro inmediato

4. Hermann Scheer, *Estrategia Solar*. Editorial Plaza y Janés, Barcelona, 1993.

5. Juan Carlos Rodríguez Murillo, “Energía y equidad para un mundo sostenible, en *De la economía a la ecología*, AA VV. Editorial Trotta, Madrid, 1995.

6. *El País*, 28 de julio de 2003.

No queda más remedio que asumir que la extensión de nuestros estándares de vida a una población de 6.000 millones es imposible

decir, que los objetivos previstos apuntan a multiplicar por cuatro el nivel de las emisiones al que se comprometió España.

En Canarias las cosas van aun peor que en el resto del país: “La Comunidad Autónoma de Canarias fue la región española que registró el mayor incremento de las emisiones contaminantes en los últimos trece años, ya que las Islas tuvieron un espectacular crecimiento del 76,7 % entre 1990 y 2002”⁷. Así se reflejaba en el informe sobre la evolución de las emisiones de gases de efecto invernadero en España que realizaron CC OO y el instituto WorldWatch. Ese pesimismo crecería si se contemplaran como propias parte de las emisiones que genera el transporte aéreo que utilizan casi todos los turistas para viajar a las Islas, contaminación aun más pernicioso por emitirse directamente en las partes altas de las atmósfera.

La respuesta política a la cuestión energética en Canarias la encontramos a primeros de abril del pasado año, cuando el gobierno regional presentó el Plan Energético de Canarias (Pecan). Como es habitual, la insostenible propuesta fue presentada como modelo de desarrollo sostenible. Y como también suele suceder, las consecuencias de nuestro consumo energético no preocuparon a nadie, ni siquiera a los ecologistas de Ben Magec, que no dijeron ni pío sobre el asunto. Las propuestas sobre energías renovables delatan que el Pecan supone una apuesta decidida por el incremento de nuestro consumo de petróleo, al que se le añadiría, a partir del año 2007, el gas natural. Según el plan, el consumo proveniente de energías renovables en Canarias en el año 2011 supondría tan sólo el 5,9%, si atendemos al informe entregado a la prensa⁸, o el 4,5% si extraemos el objetivo de la página web del Gobierno. Se nos propone un consumo de energías renovables para el año 2001 que no llega al existente hoy en día en España (6%) y que ni siquiera alcanza la mitad del objetivo –ya bastante lamentable– de la Unión Europea para el año 2012 (12%).

Claro que la situación en Lanzarote resulta aun más preocupante. Aquí el consumo energético se ha disparado. Si acudimos a los datos disponibles, los de la producción bruta de electricidad, podemos comprobar la afirmación: en el año 87 se producían en la Isla 167.634 MWH de electricidad; en el año 2001 se alcanzaban los 703.833 MWH. Es decir, en tres lustros el consumo se incrementó en más de un 400 por ciento. Podría pensarse que este increíble aumento del consumo energético obedecería sobre todo al incremento de abonados provocado por el crecimiento demográfico, pero ésa es sólo una explicación, la otra viene de la transformación

7. Canarias7, 1 noviembre de 2003.

8. Canarias7, 10 de abril de 2003.

de nuestros hábitos de consumo, puesto que la electricidad utilizada por cada abonado se ha duplicado en 15 años, pasando de 5 MWH a más de 10 hoy en día. Además, en un lugar donde el desarrollo sostenible parece invención autóctona, la contribución de las energías renovables supone tan sólo el 2,8 por ciento de la electricidad producida, y la cifra sería auténticamente irrisoria si contempláramos el consumo total de energía en Lanzarote⁹.

Pese a lo dicho, la cuestión energética continúa ausente de la agenda política, tanto de la derecha como de la izquierda. Cualquier proyecto político preocupado por la situación medioambiental debe poner énfasis en la transformación del modelo energético, que va mucho más allá de instalar algunos nuevos aerogeneradores. Es necesario, como hemos dicho, acometer una auténtica *Estrategia Solar* que convierta los combustibles fósiles en energías alternativas y las renovables en la norma. Las condiciones tecnológicas lo permiten, es cuestión de voluntad política.

Biodiversidad

Puede que muchos miembros de la especie *homo sapiens* no sean conscientes del alcance de la crisis ecológica en la que estamos inmersos, entre otras cosas porque quienes ya la están sufriendo más directamente son sobre todo otras especies. El actual estado de la biodiversidad constituye la constatación más dramática de esa crisis. En los últimos años, los estudios sobre la biodiversidad han ido confirmando los peores temores y los pronósticos se han agravado. El paleontólogo Richard Leakey apuntaba en su conocido libro del año 1997 que podrían estar desapareciendo entre 10.000 y 40.000 especies cada año¹⁰; hoy eleva esas cifras hasta entre 50.000 y 100.000 especies anuales.

A lo largo de la historia de la vida en la Tierra se han producido cinco grandes extinciones, la más reciente hace 65 millones de años, cuando desaparecieron los dinosaurios en un brevísimo lapso de tiempo. Cada una de estas extinciones constituyó una auténtica catástrofe: en todas ellas desaparecieron al menos el 65 por ciento de las especies vivientes. Pues bien, según Leakey, el planeta está ya experimentando *La sexta extinción*, y sobre el agente causante no existe discusión en este caso: el hombre. La acción predatoria de los humanos sobre el resto de las especies del planeta viene de lejos, pero sus efectos se han incrementado exponencialmente a causa del desmesurado crecimiento de la especie humana y de las consecuencias de sus modos de vida, transformados radicalmente a raíz de la Revolución Industrial y, definitivamente, tras la explosión

El consumo de combustibles fósiles no deja de aumentar y, por consiguiente, también las emisiones

9. Fuentes: UNELCO, ISTAC y anuarios estadísticos del Cabildo de Lanzarote.

10. Richard Leakey y Roger Lewin, *La sexta extinción*. Tusquets Editores, Barcelona, 1997.

de la sociedad de consumo en Occidente después de la II Guerra Mundial. Donde sí existe discusión es en el alcance que vaya a tener esta extinción: Leakey opina que puede haber desaparecido el 50% de la biodiversidad ecológica al concluir este siglo. Parece obvio que un proceso de esta envergadura amenaza a las condiciones de reproducción de nuestra propia especie.

¿Cuál es la actitud de las sociedades humanas ante esta catástrofe? Mirar hacia otra parte. En algunas de ellas, las más desarrolladas, las más cultas y las que más han contribuido a la actual dimensión del problema, se han puesto en marcha pequeños programas de conservación de especies en territorios protegidos y se han incrementado los fondos destinados a estudiar y a preservar la biodiversidad. Fuera de sus países, esas sociedades comienzan a preocuparse por lo que ocurre en las de los pobres, especialmente por las zonas más emblemáticas, como la Amazonia. En las sociedades más pobres del planeta, la situación es distinta: no hay fondos, y la pobreza de la mayoría presiona destructivamente sobre los recursos del medio ambiente acelerando su deterioro.

Los objetivos previstos apuntan a multiplicar por cuatro el nivel de las emisiones al que se comprometió España

En Lanzarote, los espacios protegidos tienen un fin distinto: preservar el paisaje para su comercialización turística. Este objetivo es compartido por casi toda la población, y la preocupación por la conservación de la biodiversidad no ocupa ni a la sociedad política ni a la civil. En Lanzarote se produjo un retroceso crucial en esta cuestión que tiene fecha: el otoño de 1997. Los trabajadores de la Unidad de Medio Ambiente sostuvieron una huelga durante tres meses con un único objetivo: mantener y mejorar el trabajo destinado a esa conservación en la Isla. En enero de 1998, el presidente del Cabildo, Enrique Pérez Parrilla, llegó a un acuerdo con ellos para poner fin a la huelga; dos semanas después incumplió su compromiso y decretó, implícitamente, el final de las actividades dedicadas a la conservación. Durante esos meses, la actitud del conjunto de la sociedad insular fue ignorar el conflicto y dar la espalda a los trabajadores que trataban de defender la biodiversidad de los ecosistemas insulares. Después, el páramo. Tan sólo algunas actividades de la delegación de WWF-Adena se han dirigido al propósito que nos ocupa, pero la actual crisis de esa delegación y la renuncia del grupo ecologista El Guincho a ocuparse de este aspecto en los últimos tiempos, nos llevan a sostener que en Lanzarote las actividades destinadas a preservar la biodiversidad son prácticamente inexistentes¹¹.

La crisis de la biodiversidad debe afectar a presupuestos políticos

11. Sobre este asunto, recomendamos la lectura del número 7 de *Cuadernos*, cuya carpeta se dedicó a la biodiversidad. Y sobre la situación específica de Lanzarote, el artículo de Domingo Concepción García, "Biodiversidad: Dossier Lanzarote", que formaba parte de esa carpeta. Lanzarote, 1998.

fundamentales. Durante mucho tiempo tanto el pensamiento político como el religioso han considerado que el valor básico que debía presidir cualquier proyecto de sociedad se encontraba en la prevalencia de la vida humana. La traducción de ese valor constituyente ha sido el expolio de la naturaleza en beneficio de nuestra especie. Hoy, ese valor debe ser transformado radicalmente. Bien porque se ponga fin a esa visión antropocéntrica, apreciando la importancia del resto de las especies que comparten casa con nosotros, bien porque se considere que la vida humana no alcanzará un desarrollo más pleno, o se encontrará en peligro, si no es capaz de compartir su existencia con la vida no humana. Desconocemos cuáles podrían ser las implicaciones y las consecuencias de relativizar esa prevalencia absoluta de la vida humana –un valor tan fundamental en nuestra sociedad– en los proyectos y en la actividad política cotidiana, pero sí creemos que afrontar ese cambio se ha convertido, pese a su dificultad, en imprescindible: nos va la vida en ello.

El crecimiento económico

Si sostenemos que han sido las políticas y los objetivos perseguidos por las sociedades ricas la causa principal de esta situación, deberíamos comenzar por averiguar cuál es el componente central que impulsa la actividad de esas sociedades. Resulta habitual escuchar que la característica fundamental de Occidente se encuentra en la democracia política, y que esa forma de organizar la convivencia es parte fundamental de su éxito económico. Creemos que la relación debe invertirse: “El crecimiento económico ha sido la sustancia de la democracia posterior a 1945 en la zona noroccidental del mundo y la representación política pluralista, su forma. La armonía de este mundo autocomplaciente tiene dos pilares fundamentales: la abundancia material y los derechos del individuo. Si el incremento de la primera se para, se ciernen nubes negra sobre los segundos. Y aparece el miedo: el temor a dejar de ser ricos y a dejar de ser libres. El sistema integrado por ambos elementos ha resultado en un pacto social implícito, mantenido a costa de la Madre Tierra, del Tercer Mundo y de los seres humanos del mañana. De esa manera ha reducido los conflictos. La sociedad capitalista de consumo de masas se consolidó hacia 1950 en América del Norte. De entonces acá se ha propagado por doquier y se ha erigido en el modelo de vida para una quinta parte de la humanidad. Como resultado, el consumo de minerales básicos, de energía, y de bienes y servicios de difusión masiva se ha multiplicado por factores entre dos y cinco durante la segunda mitad del siglo XX”¹².

Es necesario acometer una auténtica Estrategi Solar que convierta los combustibles fósiles en energías alternativas y las renovables en la norma

12. Ernest Garcia, *El trampolín fáustico. Ciencia, mito y poder en el desarrollo sostenible*. Ediciones Tilde, Valencia, 1999.

*Puede haber
desaparecido el
50% de la
biodiversidad
ecológica al
concluir este
siglo*

La apuesta por el crecimiento económico ha provocado ciertamente un amplio consenso social, ¿pero es razonable, es realista esa opción a largo plazo? “En cierta ocasión Kenneth Boulding afirmó que ‘quien crea que el crecimiento exponencial puede durar eternamente en un mundo finito, o es un loco o es un economista’. Pues bien, hoy en día nos encontramos rodeados de locos o de economistas, o de economistas locos. Cualquier medio de comunicación nos alerta sobre la necesidad del crecimiento económico para resolver nuestros problemas. Lo cierto es que la falacia es doble: por una parte, años de políticas neoliberales y crecimiento económico han demostrado que con más de lo mismo no se resuelven los grandes problemas sociales: la desigualdad y el desempleo; por otra parte, el mismo crecimiento económico se constituye, desde la perspectiva de la crisis ecológica, en el gran problema, no en la solución”¹³.

El crecimiento económico ha sido intelectualmente liderado por una teoría económica –la economía neoclásica dominante– que ha mostrado una irresponsable despreocupación por el sustrato material, biofísico, sobre el que se construyen las economías humanas. A la teoría tenemos que sumar una práctica caracterizada por horizontes temporales muy limitados, que dificultan la solución de los problemas ambientales. Han sido las grandes empresas multinacionales las que han marcado las pautas de esa práctica; empresas que, cada vez con mayor frecuencia, carecen de dueño concreto, y son dirigidas por ejecutivos que permanecerán en ellas sólo unos pocos años y que, por lo tanto, orientan su trabajo hacia la obtención de resultados inmediatos. Difícilmente asumirán estos dirigentes las consecuencias ambientales que aparecerán años después de que ellos ejerzan su actividad en la empresa. Así que, como en la política, la necesidad de obtener beneficios a corto plazo se revela como una de las explicaciones de que nuestras sociedades sean incapaces de afrontar, más allá de las declaraciones de intenciones, la solución de los conflictos ambientales que creamos. Además, la forma en que la economía afronta la producción en nuestras sociedades está mucho más destinada y preparada para obtener beneficios privados que para gestionar bienes públicos difícilmente monetarizables y que no pueden ser comercializados. Y éste es el caso de muchos de los recursos naturales y de los ecosistemas, que tienen la capacidad de reciclar nuestros residuos. El medio ambiente es el bien público por excelencia y su gestión escapa a la lógica que impulsa el espacio en el que la economía imperante trata de resolver los conflictos: el mercado.

13. Jorge Marsá, “20 mandamientos para un crecimiento insostenible. El paraíso Lanzaroteño”. *Cuadernos del Guincho* número 3, Lanzarote, 1997, pág. 58.

No obstante, pese a los problemas planteados y los nuevos datos, la respuesta continúa siendo la misma: “La economía, estúpidos, es la economía”. Esta contestación de Bill Clinton a su equipo, cuando buscaban la clave para que un desconocido senador pudiera derrotar a George Bush en 1992, se ha repetido hasta la saciedad. Simplemente, es la constatación de que sólo el éxito en la consecución de un mayor crecimiento económico orientado al consumo de masas garantiza la continuidad de los políticos. Por ello no puede extrañar que se haya convertido en la meta primordial de la actividad política. Y continúa siéndolo pese al flujo incesante de información sobre la crisis ambiental que ese mismo crecimiento está provocando.

En Lanzarote, parece que la elección ha sido la misma: la economía, el crecimiento. Durante más de tres lustros el debate político y ecológico ha colocado en el centro la cuestión del crecimiento turístico. El resultado ha sido, simplemente, que la discusión y la literatura sostenible se han convertido en acompañantes de la auténtica opción de la sociedad: la continuidad del crecimiento económico. No compartimos el retrato victimista que tantas veces se ha hecho de la sociedad lanzaroteña: una sociedad mayoritariamente contraria al crecimiento turístico que está siendo traicionada por las élites políticas y empresariales. Ciertamente las encuestas indican que la inmensa mayoría de la población se muestra partidaria de detener ese crecimiento; pero contestar a una encuesta es gratis. Ahora bien, cuando la sociedad tiene que tomar decisiones, ha optado por votar siempre a quienes propugnaban la continuidad de la expansión inmobiliaria, y ha concedido las mayorías a los alcaldes que le garantizaban que todo propietario de suelo se beneficiaría de la posibilidad de seguir construyendo. El éxito de una figura tan cuestionable como Dimas Martín, y de todos los políticos –de su partido o de otros– que se han sumado a ese populismo desarrollista, contrasta con el lento pero imparable declive del único partido político que en estos años ha parecido encarnar una postura favorable a la contención del crecimiento: en veinte años el PSOE ha pasado de la mayoría absoluta a un triste 22 por ciento de los votos. El reciente éxito de la manifestación del 27 de septiembre de 2002 y de Alternativa Ciudadana en las pasadas elecciones refleja, en efecto, el hastío de un sector importante de la sociedad, pero tan minoritario como su porcentaje de votos: el 7 por ciento.

Desde sectores de la izquierda política más contestataria se definen de que el hecho de que la actividad primordial de la acción política

En Lanzarote, la preocupación por la conservación de la biodiversidad no ocupa ni a la sociedad política ni a la civil

se dirija a fomentar el crecimiento económico es una característica exclusiva de la conjunción entre democracia liberal y sistema económico capitalista. Sin embargo, la realidad no parece compatibilizarse bien con este presupuesto ideológico: el objetivo de los regímenes del socialismo fue el mismo, y la transformación de lo que queda de esos proyectos sólo parece tener éxito en aquellos países que centran sus esfuerzos en alcanzar la sociedad de consumo –China, Vietnam–. En el Tercer Mundo no se conoce proyecto político con apoyos significativos que no esté orientado por el mismo criterio. Y en el supermercado occidental ocurre otro tanto de lo mismo: cualquier propuesta política que tenga visos de poder ser aceptada por sectores cuantitativamente significativos de la ciudadanía en un futuro inmediato propugna un incremento de la capacidad adquisitiva de aquellos a los que va dirigida: los ciudadanos. Por lo tanto, podemos concluir que no existe en estos momentos ninguna corriente política en el mundo, con posibilidades de alcanzar éxitos significativos a corto plazo, que proponga una vía de actuación en la que el crecimiento económico dirigido al consumo de masas no sea preponderante. Dicho de otra manera: el ámbito político parece creer generalizadamente que ese consumo se ha convertido en la máxima aspiración de la mayoría de la población mundial... y los hechos no hacen más que confirmarlo.

Tecnología y sociedad del riesgo

Pero es que, además, el crecimiento económico se sostiene sobre una base que hoy podemos llamar tecnocientífica, que en muchas ocasiones ha dejado de ser parte de la solución para pasar a serlo del problema. El nacimiento de la industria nuclear, que acompañó al de la sociedad de consumo de masas tras la II Guerra Mundial, inició lo que se ha denominado la tercera revolución tecnológica, cuyo segundo gran pilar, el progreso de la ingeniería genética, se ha desarrollado en el último cuarto del pasado siglo (el tercero, el procesamiento de la información por medios electrónicos no presenta los problemas de los otros dos por lo que a la cuestión ambiental se refiere). Sin embargo, esta ‘revolución’ no ha transformado el criterio tradicional: las aplicaciones tecnológicas se continúan perfeccionando por medio del ensayo y el error. Ahora bien, lo que era aceptable para tecnologías que podían fracasar, ha dejado de serlo cuando las consecuencias del fracaso pueden alcanzar proporciones incalculables.

Desde el comienzo de las aplicaciones de la tecnología nuclear se calcularon los riesgos: se llegó a la conclusión de que eran prácti-

La necesidad de obtener beneficios a corto plazo se revela como una de las explicaciones de que nuestras sociedades sean incapaces de afrontar los conflictos ambientales

camente despreciables. Los accidentes que vinieron después no parece que hayan transformado la forma de afrontar este tipo de actividades, y con la ingeniería genética y la introducción de organismos genéticamente modificados vuelve a ocurrir lo mismo. “La tesis que defendemos es que si Chernobil es posible, entonces lo racional es precisamente ponerse en lo peor, y atender a los casos extremos [...] El riesgo se define por la vieja fórmula de Bernouilli (el riesgo de un suceso es el producto de la probabilidad estimada del mismo por los costes o beneficios que acarrearía si sucediese). Si el coste es infinito, entonces da igual que la probabilidad asociada sea muy pequeña, porque el riesgo también es infinito, y en ningún caso debe asumirse. Por tanto, si –como conceden los defensores a ultranza de las tecnologías genéticas– un Chernobil genético es posible, entonces toda precaución es poca. La prioridad no debe ser acelerar su desarrollo para recoger beneficios, sino tomar las medidas preventivas adecuadas para evitar un Chernobil genético. Lo que la razón sugiere es una política de moratoria, una política basada en el principio de precaución”¹⁴.

Sin embargo, la lógica de la prudencia casa mal con la del beneficio inmediato. Así que lo que está ocurriendo es justamente lo contrario de lo que parecería aconsejar una mínima racionalidad: por no cuestionar el objetivo del crecimiento económico, continuamos asumiendo la inseguridad de manera creciente. Hasta el punto de que en las dos últimas décadas se ha extendido en el campo de la sociología el término ‘la sociedad del riesgo’ para describir el actual momento de nuestras comunidades. Ulrich Beck, autor del primer libro con ese título, caracteriza el paso de la sociedad industrial clásica a la sociedad del riesgo por, entre otras cosas, la ausencia de un seguro privado que pudiera correr con los gastos derivados de un accidente: “Sería ventajoso el que la economía del sector asegurador, que tiene un interés especial en convertir la globalización de los riesgos en negocio que no la exponga a riesgos incontrolables, se definiera como la instancia que estableciera la barrera entre las consecuencias controlables y las que no lo son. Mi pregunta sobre las nuevas industrias y tecnologías cuyo potencial de riesgo no se puede investigar en detalle, pues ello supondría el parón de su actividad, no puede ser más sencilla: ¿tienen póliza de seguro o no la tienen? Es bastante ilustrativo el hecho de que los grandes avances tecnológicos, tan debatidos por la opinión pública, en la mayoría de los casos no tengan un seguro privado y posiblemente tampoco sean asegurables”¹⁵.

El medio ambiente es el bien público por excelencia y su gestión escapa a la lógica que impulsa la economía: el mercado

14. Jorge Riechmann, *Un mundo vulnerable. Ensayos sobre ecología, ética y tecnociencia*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2000, pág. 289.

15. Ulrich Beck, *Libertad o capitalismo. Conversaciones con Johannes Willms*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2002, pág. 127.

Sólo el éxito en la consecución de un mayor crecimiento económico orientado al consumo de masas garantiza la continuidad de los políticos

Efectivamente, el riesgo de una central nuclear o de la introducción de un organismo genéticamente modificado es de tal calibre que hace imposible que ninguna compañía de seguros o reaseguros lo asuma. Pero lo mismo ocurre con muchas otras actividades: por ejemplo, ¿podría la compañía Repsol contratar una póliza de seguros que cubriera sus responsabilidades ante un posible accidente al extraer petróleo en las costas de Fuerteventura y Lanzarote? La respuesta es no. Y lo que resulta increíble es que la sociedad asuma esos riesgos que ninguna compañía está dispuesta a asumir. Dicho de otra forma: en una sociedad en la que está prohibido manejar un automóvil sin tener una póliza de seguro, permitimos que se utilicen tecnologías o se instalen industrias cuyos riesgos somos casi incapaces de calcular. No parece difícil conectar esta irracionalidad con las formas y los objetivos que imperan en la acción política de nuestras sociedades. ¿Puede resolver la crisis ecológica global una sociedad que continúa creyendo mayoritariamente en el mito de que los avances tecnológicos resolverán el problema creado en buena parte por esas tecnologías?

¿Estamos creciendo?

Ahora bien, si, pese a los riesgos, el objetivo político primordial de la sociedad continúa siendo el crecimiento económico, cobran especial relevancia tres preguntas: ¿estamos creciendo realmente?, ¿cómo se mide ese crecimiento?, y ¿el crecimiento es sinónimo de bienestar? Los economistas y los políticos utilizan para medir el crecimiento el Producto Interior Bruto (PIB). Que estas sociedades son ricas, parece una evidencia, pero también debería serlo que el PIB no es indicador fiable del bienestar humano, puesto que éste no puede expresarse tan sólo en términos monetarios. Veamos algunas de las críticas que pueden hacerse al PIB¹⁶:

- No refleja la distribución de los bienes, sino sólo su acumulación: pueden existir grandes desigualdades sociales y el crecimiento del PIB podría coincidir con el agravamiento de estas desigualdades.
- No se tiene en cuenta la composición cualitativa de los bienes. Si los zapatos son menos resistentes pero más caros, el PIB aumenta. Si la carne engordada con hormonas hace aumentar la proporción de carnes y grasas en nuestra alimentación (empeorando con ello la calidad de la dieta y nuestra salud), el PIB aumenta.
- El proceso de mercantilización de cada vez más áreas de la vida humana, que a menudo provoca una pérdida de calidad de vida, se refleja como crecimiento en el PIB. Si Inalsa no nos proporciona agua potable por el grifo y nos vemos obligados a comprar agua

16. Seguiremos para este propósito las aportaciones de Jorge Riechmann en *Ni tribunales. Ideas y materiales para un programa ec-socialista*. Siglo XXI de España, Madrid, 1996.

mineral en el supermercado, el PIB crece. Si contaminamos la Bahía de Arrecife hasta el punto de no poder bañarnos y construimos piscinas para hacerlo, el PIB crece. Otra variante de este aspecto es que no se reflejan bienes no mercantilizados que tienen una incidencia directa en nuestra calidad de vida. Si nos cargamos el parque Islas Canarias de Arrecife y construimos un aparcamiento, el PIB crece.

- Se contabilizan como ‘bienes’ algunas producciones que en realidad son ‘males’: producción de armas o de sistemas anticontaminación, por ejemplo. Cada vez que hay un accidente en las carreteras de la Isla, se disparan los gastos sanitarios y el PIB crece, podría ser que creciera más aún si el accidente fuera mortal y a los gastos sanitarios se añadieran los del entierro. Si usted está enfermo provoca unos gastos que incrementan el PIB; si su enfermedad es lo suficientemente grave como para requerir tratamientos especiales y costosos medicamentos, entonces el crecimiento económico será más pronunciado.

- Las cuentas del PIB se limitan al trabajo asalariado. Es decir, se excluye una enorme cantidad de trabajo socialmente necesario: el trabajo doméstico, por ejemplo. En todo el mundo, las economías domésticas producen aproximadamente el equivalente a un tercio del PIB. Si el señorito se casa con la criada, y ésta deja de cobrar el sueldo para hacer lo mismo convertida en ama de casa, asistiríamos a un descenso del PIB.

- El PIB no refleja el impacto de la actividad económica en el medio ambiente. No sólo no recoge la pérdida de calidad de vida a consecuencia del deterioro ambiental, ni el agotamiento de los recursos, sino que, al contrario, contabiliza como renta generada el consumo e incluso el agotamiento de los recursos naturales con valor de mercado.

- El PIB considera los gastos e inversiones realizadas para disminuir o reparar el deterioro ambiental como renta producida. Esto es, se incrementa nuestra riqueza si tenemos que dedicar dinero a regenerar el destrozo ecológico que provocan los vertidos en la bahía de Arrecife o en Puerto Naos.

Parece una locura; pero así se mide el crecimiento económico en nuestras sociedades. Si se utilizaran índices corregidos ecológicamente, seguramente resultaría que hace tiempo que nuestras economías han dejado de crecer. Según cálculos de la OCDE, la tasa de crecimiento económico general de los países industrializados disminuiría entre el 3 y el 5 por ciento si se restasen los costes de

No existe ninguna corriente política con visos de éxito a corto plazo que proponga otra vía que el crecimiento dirigido al consumo de masas

La lógica de la prudencia casa mal con la del beneficio inmediato

la contaminación (¡sólo los de la contaminación!) producida junto con el producto social. Teniendo en cuenta que los objetivos de cualquier gobierno o partido político son incrementar el PIB alrededor de un 3 por ciento anual, cabe pensar fundadamente que el ‘crecimiento’ actual es negativo incluso cuando se produce al ritmo deseado, porque hay enormes disminuciones del patrimonio natural que no se recogen en la contabilidad nacional. En definitiva: el incremento del PIB no es equivalente a crecimiento económico real; y, por otra parte, el crecimiento económico no es equivalente a desarrollo humano. Así que el objetivo político fundamental de esta sociedad puede calificarse, al menos a largo plazo, como un mito insostenible. Ahora bien, conocemos sobradamente el increíble poder de los mitos entre los hombres.

La explosión de las necesidades. Las clases en un mundo global
Cualquier política que pretenda transformar el mundo teniendo en cuenta las limitaciones ecológicas tiene que afrontar la transformación de la percepción de sus necesidades que tienen los habitantes de los países ricos¹⁷. En 1907, la frase de Gandhi parecía incontestable: “La Tierra brinda lo suficiente para satisfacer las necesidades de todos, pero no la codicia de todos”. Hoy, con 6.200 millones de habitantes y una auténtica explosión de las necesidades, esto ya no está tan claro. Desde hace medio siglo el objetivo ha sido vivir como los norteamericanos... blancos de clase media. Pero en la actualidad sabemos que “la población de los EE. UU. es aproximadamente el 6% de la mundial y consume el 33% de la extracción anual de recursos no renovables. Con el volumen de extracción actual, sólo el 18% de la humanidad podría vivir como los norteamericanos. La universalización implicaría un aumento del flujo anual de recursos de un orden superior al 700%. Si el uso actual de materiales está provocando ya un serio daño a la capacidad del planeta para sostener la vida, la multiplicación por siete parece de lo más problemática. Puede concluirse, pues, que un modelo de consumo de recursos al estilo de los EE. UU. para un mundo de más de seis mil millones de habitantes es imposible y, en caso de poder conseguirse, duraría muy poco”¹⁸.

La dificultad de extender comportamientos de consumo que hoy consideramos normales puede ilustrarse con el concepto de huella ecológica: “Se ha calculado, por lo bajo, que la huella ecológica de un estadounidense es de 4,5 hectáreas. Parece posible acordar que la de un lanzaroteño bien podría estar en torno a dos terceras partes de esa cifra, es decir, 3 ha. ¿Qué ocurriría si los más de 6.000 millo-

17. Sobre este asunto recomendamos la lectura del libro, coordinado por Jorge Riechmann, *Necesitar, desear, vivir. Sobre necesidades, desarrollo humano, crecimiento económico y sustentabilidad*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 1998. En el número 7 de esta revista se publicó el capítulo redactado por Joaquín Sempere, “Necesidades y política ecosocialista”.

18. Ernest García, *El trampolín fáustico. Ciencia, mito y poder en el desarrollo sostenible*. Ediciones Tilde, Valencia, 1999, pág. 73.

nes de personas que habitan en el planeta tuvieran una huella ecológica como la nuestra? Pues que harían falta más de 18.000 millones de hectáreas. Pero en la tierra solo hay 13.000 millones de hectáreas, de las cuales sólo 8.800 son ecológicamente productivas (campos de cultivo, bosques, pastizales), es decir, algo menos de 1,5 hectáreas por persona. Así que si la huella ecológica de toda la población mundial fuera como la de los lanzaroteños, necesitaríamos dos planetas como la Tierra para vivir. Cuando, en pocos años, la población mundial llegue a 9.000 millones de personas, y suponiendo que los lanzaroteños estancáramos nuestros consumos, necesitaríamos una tercera Tierra adicional”¹⁹.

Así que parece obligado preguntarse *¿Cuánto es bastante?*²⁰. Pero no sólo por lo que pueda ocurrir en un futuro próximo, sino por lo que está ocurriendo hoy. La crisis ambiental y la globalización deben transformar radicalmente el viejo concepto marxista de las clases sociales. Hoy las diferencias de ‘clase’ más llamativas se producen en el ámbito global: “En el mundo existen tres clases ecológicas: los consumidores, la clase media y los pobres. Estos grupos que se definen de una manera ideal en función de su consumo per cápita de recursos naturales, emisiones de contaminación y alteración de los hábitats, pueden distinguirse en la práctica por medio de dos medidas: sus ingresos medios anuales y sus estilos de vida”²¹. Utilizando los datos más recientes del Banco Mundial, los relativos al año 2002, podemos cuantificar esas tres clases entre los 6.200 millones de personas que habitan en el planeta: los consumidores son 950 millones, el 15%, que disfruta del 80% de la riqueza mundial (con unos ingresos medios de 26.310 dólares). La clase media la componen 2.750 millones, el 45%, que ingresa el 16% de la riqueza (1.840 dólares per cápita). Y los pobres son 2.500 millones, el 40%, que recibe el 4% de esa riqueza, que les proporciona unos ingresos per cápita de 430 dólares. Es cierto, para ser consecuentes con lo que defendíamos, que el PIB no es una buena medida para comparar el bienestar de las personas, y que si utilizamos la comparación de poder adquisitivo del Banco Mundial, en dólares internacionales, la desigualdad es algo menor: 27.590 dólares para los ricos (España 20.460), 5.630 para la clase media y 2.040 para los desposeídos. En cualquier caso, la desigualdad es, sencillamente, de escándalo.

Resulta claro, por tanto, que el entramado institucional, político y económico, que rige nuestras sociedades, y del que tantos se enorgullecen, sólo funciona para una escasa quinta parte de la población

Por no cuestionar el objetivo del crecimiento económico, continuamos asumiendo la inseguridad de manera creciente

19. Jorge Marsá, “La cultura de la queja. Lamentos en un isla afortunada”. *Cuadernos del Sureste* nº 10, Lanzarote, 2002, pág. 22.

20. Alan Thein Durning, *Cuánto es bastante. La sociedad de consumo y el futuro de la Tierra*. Ediciones Apóstrofe, Barcelona, 1994.

21. Alan Thein Durning, *Cuánto es bastante. La sociedad de consumo y el futuro de la Tierra*. Ediciones Apóstrofe, Barcelona, 1994, pág. 20.

del planeta. Y que las limitaciones ecológicas impiden su extensión al resto de la población mundial. Por ejemplo: hoy se habla con admiración del ‘milagro económico’ chino –ante el crecimiento monetario, la democracia y los derechos humanos pasan a un segundo término–. Sin embargo, si los chinos tienen éxito, es decir, si se acercan a los estándares de consumo que tenemos en Occidente, se convertirán en el gran problema ambiental de las próximas décadas. Y es que son demasiados para vivir como nosotros; no podemos añadir 1.300 millones a la actual clase pudiente que formamos ya casi 1.000 millones de personas.

Las consecuencias tanto de esta desigualdad como de la progresiva escasez de los recursos naturales sobre la acción política van a resultar sustanciales, además, para la paz en el mundo. Uno de los componentes tradicionales de la actividad política de casi todas las sociedades conocidas a lo largo de la historia de la humanidad ha sido el destinado a apropiarse de los recursos de otras para incrementar los beneficios propios. Y la escasez de los recursos agravará notablemente los conflictos entre los países para su control. Son muchos los especialistas que opinan que esa lucha por los recursos naturales constituirá el escenario de la mayoría de los conflictos violentos que nos aguardan en un futuro próximo. De hecho, esa situación ya se está produciendo: las invasiones de Afganistán e Irak por el ejército estadounidense han sido provocadas, fundamentalmente, para preparar ese futuro inmediato ante la anunciada escasez del que se considera actualmente el principal recurso natural: el petróleo.

*En una sociedad
en la que está
prohibido
manejar un
automóvil sin
póliza de
seguro,
permitimos
tecnologías
cuyos riesgos
somos casi
incapaces de
calcular*

La conclusión resulta obvia, y se ha comentado ya anteriormente: el modelo occidental basado en el consumo de masas y en la democracia política ha sido posible, en primer lugar, a costa de una explotación irracional de la naturaleza. En segundo lugar, a costa de la explotación del Tercer Mundo, porque hemos expoliado sus recursos y a la par a sus ciudadanos más cualificados que nos traemos a producir para nosotros, normalmente pagándoles, además, una miseria. Y, por último, a costa de las generaciones futuras, que según algunos son quienes nos prestan la Tierra para que la mantengamos en condiciones para que ellos puedan aspirar también a una vida digna.

Y la causa más relevante de esa agresión a la Tierra, al Tercer Mundo y al porvenir de las futuras generaciones es la explosión de las necesidades de los habitantes de los países ricos. Por lo tanto, cualquier proyecto político que se considere emancipatorio está

obligado a plantearse poner límites al desmedido consumo de nuestras sociedades. ¿Qué nivel de consumo podría permitirse la humanidad sin poner en peligro los ecosistemas? Es una pregunta difícil de contestar. Hace pocos años se realizó un estudio en Brasil para tratar de encontrar una aproximación a esta respuesta, y la conclusión fue que la población mundial podría acceder a un modo de vida similar al que tenían las clases medias europeas a comienzos de la década de los setenta. Suena bien. Pero comiencen ustedes a pensar en lo que tienen ahora y no disfrutaban al iniciarse esa década. Le parecería razonable a alguien que una opción política se presentara a las próximas elecciones con un mensaje de este tipo: podemos utilizar lavadoras eléctricas para nuestra ropa sucia y frigoríficos para prolongar la conservación de los alimentos; pero habrá que prescindir de lavavajillas, aire acondicionado y la mayoría de las calefacciones, del segundo televisor y coche, del ordenador de uso individual, de la mayor parte de los desplazamientos superfluos –o sea, poco turismo a larga distancia–, del microondas, del equipo de música en cada habitación, de la asistenta, de más de la mitad de las salidas a cenar fuera de casa y de la ropa que utilizamos, de la mayoría de los fastuosos regalos a nuestros hijos, y un etcétera muy muy largo. ¿Qué resultado electoral auguraríamos a ese nuevo partido político?

El dilema del prisionero

Parece claro que la mayoría de los ciudadanos no apoyarían una opción política cuyas propuestas tuvieran realmente en cuenta los problemas ambientales. No porque no sean conscientes, en un grado suficiente, de la existencia de esos problemas, sino porque en una sociedad en la que las opciones individuales corresponden casi exclusivamente a los propios intereses esto no es posible. Volvamos al ejemplo de la actitud de la mayoría de los lanzaroteños con respecto al crecimiento turístico. Y analicemos la contradicción entre el pronunciamiento de los ciudadanos en las encuestas –favorable a la detención del crecimiento– y su elección en las urnas –apoyando a las opciones políticas que impulsan ese crecimiento– para ilustrar la dificultad que planteamos.

Podemos recurrir a la teoría de los juegos desarrollada por los matemáticos para analizar la elección racional y las estrategias egoístas, altruistas o cooperativas y, en concreto, al juego conocido como dilema del prisionero. Desde este punto de vista, las elecciones que, entre otras cosas, han impedido la detención del crecimiento turístico podrían ser del tipo de las siguientes: soy cons-

Si Inalsa no nos proporciona agua potable por el grifo y nos vemos obligados a comprarla en el supermercado, el PIB crece

ciente de la necesidad, incluso imperiosa, de detener la expansión turística para conservar el territorio en que vivo; pero, obviamente, la solución no es individual, no depende exclusivamente de mí. En el caso de que el resto de mis conciudadanos decidan renunciar a sus opciones de construir nuevos alojamientos, el hecho de que yo construya una segunda residencia o un nuevo complejo de apartamentos apenas influirá sobre el ecosistema; obtendré así un notable beneficio provocando unos daños casi inapreciables al medio ambiente. Si renuncio a ese beneficio privado, el bien común resultante será ciertamente mínimo, porque ¿qué diferencia hay entre que en Lanzarote existan 80.000 camas u 80.100? En el caso de que mis vecinos opten por no renunciar a sus intereses privados y construyan, que yo lo haga pasará también inadvertido. En este caso el perjuicio será grave, las camas turísticas podrían crecer notablemente, por ejemplo, de 80.000 a 100.000 y la presión sobre el territorio se volvería francamente preocupante. Ahora bien, ese conflicto habrá sido creado por las 20.000 camas edificadas por los demás, no por las 10 o las 100 que yo dejara de construir, es decir, que mi interés personal apenas añadirá, de nuevo, grandes males, por lo que sería ridículo renunciar a él.

Podría parecer que el dilema del prisionero se produjera exclusivamente en personas que no son capaces de contrarrestar sus elecciones egoístas por carecer de principios éticos suficientemente solidarios o porque fueran menos conscientes de la gravedad de la situación del entorno natural. Sin embargo, y desgraciadamente, no es así. “Las discrepancias entre discurso y comportamiento se dan también entre los sectores más concienciados ambientalmente: también aquí, por desgracia, hay mucho trecho del dicho al hecho, demasiadas veces. A menudo, en estos sectores ecológicamente más conscientes, tales discrepancias y contradicciones se justifican minimizando los efectos de la conducta personal: lo fundamental, se nos dice, no son los cambios personales que yo podría introducir en mi vida (cuyos efectos globales serían despreciables), sino los cambios estructurales que realmente vayan a la raíz de los problemas. Parece sin embargo que minimizar los efectos de la conducta individual no está justificado. En primer lugar, los comportamientos individuales diferentes pueden tener un impacto ambiental espectacularmente distinto: los efectos agregados de estos comportamientos individuales deberían ser también espectacularmente diferentes. Es mucho lo que puede hacerse en la esfera puramente individual o familiar, o en el pequeño círculo de nuestras amistades. En las sociedades con economía de mercado, esa soberanía del con-

sumidor frecuentemente invocada pero en la práctica casi inexistente podría sin embargo llegar a convertirse en una fuerza política real. La agregación de los cambios de los hábitos de consumo de muchas personas podría cambiar muchas cosas. Un segundo e importante argumento en esta línea es el que podríamos llamar argumento del poder de los buenos ejemplos. Si en la transición hacia la sociedad sustentable no necesitaremos vanguardias omniscientes, en cambio son inexcusables las minorías ejemplares”²².

La generalización de estos comportamientos contribuye a explicar que “uno de los aspectos más contradictorios de la evolución social registrada en este último cuarto de siglo sea la conjunción de una creciente conciencia ecológica con un comportamiento crecientemente antiecológico, tanto en el plano individual como colectivo. Los datos disponibles lo indican claramente. Los daños infringidos a la Naturaleza, tanto en los países que ya han sido desarrollados como en los que están siéndolo en la actualidad, no hacen más que aumentar, tanto en términos agregados como si se calculan por persona, y ello pese a la continua predicación ecológica y a los esfuerzos tecnológicos que se han venido realizando para ocultar o suavizar la destrucción”²³.

Debemos aceptar que algunos sectores de la población no sean conscientes de que el gran conflicto de fondo de la crisis ecológica lo constituya la insostenibilidad de las formas de producir y consumir del mundo desarrollado. Sin embargo, parece inevitable aceptar también que otros sectores prefieran ignorar ese conflicto de fondo porque no están o estamos dispuestos a renunciar a nada del bienestar material obtenido hasta la fecha y del que se nos anuncia en un futuro inmediato. Y para ello se acude normalmente tanto al mito del progreso como al tecnológico: el tiempo y la tecnología acabarán con esa contradicción. Así que las esperanzas de una pronta resolución o de un atemperamiento de la crisis ecológica resultan remotas. Transformar los valores profundos sobre los que se asienta la sociedad siempre resulta tarea lenta. Sin embargo, la crisis ambiental requiere soluciones urgentes, y sólo podría contribuir a paliarla una fuerte conciencia ética, la que nos permitiría elegir el bien común incluso en contra de nuestro inmediato interés individual. Este tipo de dilemas no tienen nunca una salida simple. Normalmente, la única respuesta la solemos encontrar en el cambio de las reglas del juego, esto es, en el conflicto social y en la transformación de las coordenadas culturales en las que nos desenvolvemos. En cualquier caso, por mucha que sea la dificultad y el

22. Jorge Riechmann, *Un mundo vulnerable. Ensayos sobre ecología, ética y tecnociencia*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2000.

23. Antonio Estevan, “El nuevo desarrollismo ecológico”, *Cuadernos del Guincho*, n.º 8. Lanzarote, 2000, pág. 32.

tiempo requerido, siempre será mejor avanzar algo que nada y un poco antes mejor que un poco después.

Problemas internos

Las dificultades para resolver los problemas ambientales no están relacionados tan sólo con la manera en que realizamos nuestras elecciones, sino también frecuentemente con la forma en que los humanos procesamos la información, con la forma en la que la distorsionamos para evitar nuestras contradicciones o para que armonice con nuestras ideas preconcebidas. Este fenómeno ha sido muy analizado por la psicología cognitiva desde hace décadas bajo el nombre de teoría de la disonancia cognitiva. “Básicamente, la disonancia cognitiva es un estado de tensión que se produce cuando un individuo mantiene simultáneamente dos cogniciones o certezas (ideas, actitudes, creencias, opiniones) psicológicamente incompatibles. Dicho de otro modo, dos cogniciones son disonantes si, considerándolas aisladamente, la opuesta a una sigue a la otra. Puesto que la producción de una disonancia cognitiva es desagradable, las gentes se ven impulsadas a reducirla. Mantener dos ideas que se contradicen es jugar con el absurdo, y el hombre es una criatura que se afana toda la vida intentando convencerse de que su existencia no es absurda. ¿Cómo nos convencemos de que nuestras vidas no son absurdas? Es decir, ¿cómo reducimos la disonancia cognitiva? Cambiando una o ambas de las cogniciones o certezas para hacerlas más compatibles (más consonantes) entre sí, o añadiendo nuevas condiciones que ayuden a tender un puente entre las originales. Los individuos distorsionarán el mundo objetivo para reducir la disonancia, a la gente no le gusta ver u oír cosas que la pongan en conflicto con sus más profundas creencias”²⁴.

La reducción de la disonancia, que nos sirve en muchas ocasiones para mantener una imagen positiva de nosotros mismos, para mantener la autoestima que necesitamos para afrontar muchos de nuestros retos, se comporta con respecto a nuestra posición frente a la crisis ecológica como un mecanismo que nos conduce a minimizar el problema. Porque en situaciones negativas, pero consideradas inevitables, las personas modificarán sus actitudes o creencias y relativizarán las informaciones que pudieran inducir al pesimismo. Cuanto más amenazadora e inevitable parezca una catástrofe, más se tenderá a restarle importancia, incrementando, como no puede ser de otra forma, el peligro que se debería afrontar. Este comportamiento psicológico nos ayuda a explicar que, pese a lo difícil que resulta ignorar el conflicto ambiental, haya tantas personas que

Si la huella ecológica de toda la población mundial fuera como la de los lanzaroteños, necesitaríamos dos planetas como la Tierra para vivir

24. Elliot Aronson, *El animal social. Introducción a la psicología social*. Alianza Editorial, Madrid, 1975, pág. 149.

continúen obviándolo. Por ejemplo: la preocupación en la sociedad lanzaroteña ante la posibilidad de que Repsol se dedique a extraer petróleo frente a nuestras costas es en estos momentos ciertamente notable, pero disminuirá si llega a convertirse en una realidad ante la que consideremos que ya nada puede hacerse.

Así que existen limitaciones inherentes a nuestra psique a la hora de deliberar y actuar. La moderna psicología cognitiva ha mostrado que importantes fuentes de prejuicios y distorsiones son inseparables de los procesos reflexivos y pueden tener una incidencia importante en cómo afrontamos los desafíos del conflicto ambiental²⁵. Una fuente de deformación adicional de nuestro conocimiento es el llamado efecto de representatividad: sobrevaloramos los casos particulares y las experiencias personales en detrimento de las informaciones más generales y objetivas. Tenemos una gran tendencia a considerar representativo a un aislado y único incidente, a convertir la anécdota en categoría. Y las consecuencias de la crisis ambiental permanecen en la mayoría de las ocasiones al margen de nuestra experiencia personal, porque el tiempo y el espacio son factores clave en lo relativo a las reacciones ante el medio ambiente. Diversas investigaciones han mostrado que las personas se sienten menos implicadas emocionalmente en los acontecimientos lejanos en el tiempo y en el espacio. En la medida en que esto sucede, nos resulta más fácil ‘externalizar’ hacia otros espacios o sociedades buena parte de los problemas ecológicos y desentendernos emocionalmente de las consecuencias de nuestros actos.

Una parte importante de la inercia cognitiva que nos caracteriza parece tener que ver con dos mecanismos bien conocidos de ‘pereza mental’: por *aquiescencia*, aceptamos los problemas dentro de la formulación con que se nos aparecen, sin generar espontáneamente versiones alternativas (que acaso permitirían resolver el problema con mayor facilidad). Por *segregación*, aislamos el problema de su contexto global y hacemos que ocupe el centro exclusivo de nuestra atención. En lugar de tomar en consideración todos los pros y los contras, en vez de construir mentalmente las distintas situaciones globales posibles, estamos inclinados a limitarnos a las acciones y decisiones que tienen un efecto inmediato sobre la situación (considerada además dentro de su marco inmutable: *aquiescencia*). Resultan obvias las dificultades que tales mecanismos plantean cuando se trata de hacer frente a los problemas ecológicos. Otro factor conocido de distorsión cognoscitiva es el exceso de confianza. La gente está demasiado segura de que ya conoce la res-

La escasez de los recursos agravará notablemente los conflictos entre los países para su control

25. Los ejemplos utilizados a continuación pertenecen al libro de Jorge Riechmann *Un mundo vulnerable. Ensayos sobre ecología, ética y tecnociencia*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2000.

puesta a las cuestiones, lo que la hace menos dispuesta a asumir nueva información e interesarse por los nuevos modos de considerar el mundo. En resumidas cuentas: las investigaciones en psicología cognitiva muestran que, a causa de limitaciones cognitivas intrínsecas a los seres humanos (entre ellas, nuestra limitada capacidad de asimilar y manejar información), tendemos a no percibir claramente las restricciones ecológicas, y a considerarlas con un nivel exagerado de confianza; tendemos a sobrevalorar la experiencia local (en el tiempo y en el espacio) y a infravalorar los principios más generales que podrían ayudarnos a superar las limitaciones de la experiencia personal; infravaloramos el cambio y las nuevas informaciones, mientras que por el contrario esperamos ‘más de lo mismo’, haciendo gala de una notable pereza cognitiva. Así que podemos concluir que algunas dificultades importantes para encarar con suficiente racionalidad el problema ambiental se encuentran dentro de nosotros.

La puerilización de la sociedad

Pero hay otro factor importante, que atañe a la sociología en lugar de a la psicología, que engrosa nuestras dificultades para afrontar el conflicto ambiental: ese fenómeno que algunos sociólogos han calificado como ‘la puerilización de la sociedad’. La conjunción del increíble incremento de la riqueza, la implantación del Estado del bienestar y el individualismo imperante en la cultura de masas que caracteriza nuestra época han terminado por “crear una infantilizada cultura de la queja, en la que papaíto siempre tiene la culpa y en la que la expansión de los derechos se realiza sin la contrapartida de la otra mitad de lo que constituye la condición de ciudadano: la aceptación de los deberes y las obligaciones”²⁶. Se produce, en realidad, “esa paradoja del individuo contemporáneo pendiente hasta la exageración de su independencia pero que al mismo tiempo reclama cuidados y asistencia, que combina la doble figura del disidente y del bebé y habla el doble lenguaje del no conformismo y de la exigencia insaciable”²⁷.

Esta realidad no surgió exclusivamente del consumismo, sino también de la revuelta contestataria que le acompañó: *Lo queremos todo, y lo queremos ahora*. “Este grito de guerra sesentayochista no es una consigna de emancipación sino –me temo– la expresión de un fracaso cultural profundo. Hace pensar en infantilismo; también en drogadicción. Puerilización del mundo”²⁸. Así que parece que la liberación de las necesidades materiales primarias no ha alumbrado un ciudadano más consciente sino, muy al contrario, debilitado el

¿Qué nivel de consumo podría permitirse la humanidad sin poner en peligro los ecosistemas?

26 Robert Hughes, *La cultura de la queja. Trifulcas norteamericanas*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1994, pág. 21.

27 Pascal Bruckner, *La tentación de la inocencia*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1996, pág. 14.

28 Jorge Riechmann, *Un mundo vulnerable. Ensayos sobre ecología, ética y tecnociencia*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2000, pág. 60.

componente ciudadano de muchas personas. Porque para que exista ciudadanía resulta necesario que el individuo acepte una cierta suspensión de su punto de vista privado para tomar en consideración el bien común, para entrar en el espacio público donde las personas hablan de igual a igual. Es decir, lo contrario de lo que está ocurriendo en Occidente, donde los individuos se consideran tan inocentes como dispuestos a no hacer otra cosa que culpar a los políticos y a la sociedad de todas sus frustraciones personales y, en consecuencia, a reclamar a otros la resolución de todos sus problemas (el clima de victimismo y desprecio por los políticos que se vive en Lanzarote es buena muestra de este asunto). Difícilmente una sociedad en la que el número de privilegiados que reclaman el papel de víctimas no hace sino crecer podrá encarar la resolución de un conflicto que se produce en el espacio más público en el que podamos pensar: los ecosistemas. Pedirle a este ciudadano-niño, que lo quiere todo y ya mismo, que renuncie a una parte de las golosinas para salvaguardar el entorno físico y para solidarizarse con el resto de los humanos que habitan en él y con sus descendientes parece pedirle demasiado.

La democracia y los problemas ambientales

Hasta el momento, nos hemos dedicado sobre todo al análisis de los conflictos y las contradicciones que surgen con la ‘sustancia’ de las sociedades ricas, el crecimiento económico, y con nuestras propias dificultades para transformar los comportamientos que han provocado la situación; hora es de interesarse por la relación entre los problemas ambientales y la ‘forma’ en que se organizan estas sociedades: el pluralismo político plasmado en el funcionamiento de la democracia representativa²⁹. Defenderemos que la democracia liberal de competencia no asegura las mejores decisiones y no permite identificar correctamente ni resolver los conflictos ambientales. Y esta dificultad comienza por la manera que tiene la democracia liberal de recoger las preferencias de los ciudadanos: 1) porque se contemplan exclusivamente las de quienes están en condiciones de votar; 2) porque se forman a partir de los individuos que eligen según sus intereses; y 3) porque las decisiones se toman privadamente, sin que se exija razón alguna.

1. *El sistema contempla exclusivamente las preferencias de quienes pueden votar.* La clase política, para atraer el máximo número de votos, promete todo a todos. El objetivo es poder realizar la mayor cantidad de promesas y satisfacerlas sin perjudicar a nadie que esté en condiciones de votar. Esto sería posible siempre que exista la

Si en la transición hacia la sociedad sustentable no necesitaremos vanguardias onmiscientes, en cambio son inexcusables las minorías ejemplares

29. Para ello recurriremos, a menudo literalmente (aunque no repetiremos la cita), a la argumentación utilizada por Félix Ovejero en su libro: *La libertad inhóspita. Modelos humanos y democracia liberal*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2002.

La crisis ambiental sólo podría paliarse con una fuerte conciencia ética que nos permitiera elegir el bien común incluso en contra de nuestro inmediato interés individual

posibilidad de que los beneficios de unos no requieran las pérdidas de otros. Es decir, siempre que pudiera garantizarse la abundancia. Sin embargo, en un mundo con recursos escasos o no renovables a escala humana resulta imposible. Así las cosas, se trata de encontrar individuos dispuestos a asumir los costes sin reclamar beneficios, esto es, sobre los que puedan recaer los perjuicios que acompañan a los beneficios de quienes votan. Y tales individuos existen: los ciudadanos de otros países y las generaciones futuras. Sus preferencias no están recogidas por el sistema.

La sociedad lanzaroteña ha elegido, por ejemplo, un sistema de transporte motorizado privado que provoca una contaminación y un consumo energético claramente excesivos; sin embargo, los mayores peligros ambientales de la extracción y el refinado del combustible fósil no afectan a nuestro territorio y, además, la contaminación atmosférica se la lleva el viento, es decir, se la trasladamos a otros. Por lo tanto, las protestas sobre las consecuencias ambientales de ese modelo de transporte son casi inexistentes, porque quienes sufren esas consecuencias no viven ni votan en Lanzarote. La prueba de ello es que no ha comenzado a hablarse en esta Isla de ese conflicto ambiental hasta que se ha vislumbrado la posibilidad de que afecte a quienes decidimos aquí, hasta que ha surgido la amenaza de la extracción de crudo en las costas de la Isla. Con el crecimiento turístico ocurre algo parecido: de su continuidad, la mayoría de los votantes recibe, además de inconvenientes, sustanciales beneficios, razón por la que se continúa construyendo. Quienes recogerán exclusivamente los perjuicios son las próximas generaciones que habiten en Lanzarote: se encontrarán un territorio masificado, no sólo no podrán continuar levantando alojamientos turísticos sino que tendrán que dedicar buena parte de sus recursos a paliar las consecuencias urbanísticas y medioambientales de nuestra herencia. Pero los que vienen detrás de nosotros no votan, sus preferencias o sus intereses no son tenidos en cuenta por el sistema, porque si los políticos los tuvieran en cuenta tendrían que restringir parte de nuestros beneficios y la mayoría de la ciudadanía dejaría de votarles.

2. *El sistema sólo recoge información sobre preferencias que se forman a partir de intereses.* La democracia liberal y el sistema económico no contemplan el interés general como motor de la sociedad, sino que se piensa que la suma de intereses egoístas acabará produciendo el bien común. De hecho, cada día avanzan más las propuestas para privatizar los problemas ambientales: valga

como ejemplo la proposición de implementar un mercado de emisiones, aceptado en Kioto, para que las empresas puedan comprar o vender sus derechos a contaminar el ambiente. No vamos a discutir aquí lo que nos parece una obviedad: la privatización del medio ambiente no contribuirá a resolver su crisis, y son muchos los ejemplos que podrían ponerse. Pero el problema se agrava, además, porque no se produce una información adecuada que permita a los individuos conocer sus auténticos intereses, oscureciendo las relaciones entre sus acciones y las consecuencias de éstas. No ha de extrañar, por tanto, que paradigmáticos comportamientos irracionales como la preferencia injustificada por el presente y la propensión exagerada al riesgo escasamente justificado sean habituales en el caso de los problemas ecológicos.

La agricultura canaria puede servirnos de ejemplo. A la búsqueda del criterio sustancial, la maximización del beneficio privado, se anima a los agricultores a utilizar cualquier medio disponible a su alcance: Canarias es una de las regiones del país donde más se abusa de fertilizantes y pesticidas. Los agricultores incrementan sus ganancias a corto plazo a costa de su salud y de la contaminación del suelo, o sea, a costa de su futuro. Parece lógico concluir que quien pone en peligro su futuro no debe ser absolutamente consciente de las secuelas de sus actos. Pero las consecuencias van más allá del ámbito privado: los consumidores de los alimentos así producidos padecen una contaminación cuyas derivaciones desconocen en la mayoría de las ocasiones. Los ejemplos sobre las diferentes contaminaciones que padecemos a causa de las acciones de otros son incontables, y suelen producirse sin que quienes los inducen y quienes los padecen sean conscientes de las consecuencias. Todos estos acontecimientos o procesos tienen indudables efectos sobre la vida de los individuos, aunque éstos no puedan reconocerlos. De modo que puede sostenerse que la ausencia de información suficiente para tomar nuestras decisiones se revela consustancial al sistema político-económico que utilizamos para estructurar la convivencia, y que no parece que se den las condiciones más elementales para que las preferencias se muestren sensibles a los problemas ecológicos.

3. *Las preferencias de los individuos se conforman en el ámbito privado*, sin que tengan que apoyarse en razones que justifiquen socialmente las opciones elegidas. No hay que dar razones, porque no caben razones públicas de por qué se quiere algo. Mientras las razones lo son para todos y comportan un reconocimiento de crite-

Los individuos distorsionarán el mundo objetivo para reducir la disonancia, a la gente no le gusta ver u oír cosas que la pongan en conflicto con sus creencias

ríos universales, los intereses pertenecen a cada cual. En este escenario, cuando los individuos negocian desde el interés tienen razones –y por lo tanto lo harán– para ocultar sus preferencias, para distorsionarlas o para sobrevalorarlas y, de ese modo, obtener un resultado más favorable a sus objetivos. Así, asistiremos a la negociación con el poder político de empresarios que reciben cuantiosas subvenciones por no llevar a cabo las destrucciones con las que amenazan, campesinos encantados de recibir dinero por no realizar tareas con efectos contaminantes, pescadores que pondrán fin al expolio de los ecosistemas marinos y hundirán sus barcos a cambio de contraprestaciones económicas... O veremos a ciudadanos que, como decíamos, se pronuncian contra la excesiva ocupación del territorio por la industria turística a la par que apoyan a los alcaldes que les permitirán continuar construyendo o que exigen ese derecho frente a la conservación del ecosistema en cuanto se discuten las normas urbanísticas o cualquier plan para la protección del territorio (la actual discusión sobre el proyecto del Plan para el espacio protegido de La Geria es un ejemplo más).

La manera en la que se gestionan y se eligen las preferencias bastaría para defender la insolvencia de la democracia liberal a la hora de identificar las dificultades ecológicas. Pero existen otras razones añadidas para examinar su funcionamiento, porque no es únicamente que la democracia representativa de competencia carezca de sensibilidad ecológica, no sólo es que no resuelva, es que agrava. Y eso tiene que ver con el otro aspecto: con el mecanismo.

El primer paso para evaluar la competencia de la democracia liberal ante los problemas medioambientales es mostrar la dinámica de funcionamientos de estos últimos: a) los agentes responsables de las acciones (deforestación, capturas pesqueras, contaminación, etc.) obtienen un beneficio inmediato y generan unos costes ambientales que no pagan ellos en particular, que recaen sobre la comunidad; b) no resulta fácil –con bajo coste– controlar sus acciones; c) los mecanismos, las secuencias causales, que vinculan la acción con sus desastrosas consecuencias (efecto invernadero, capa de ozono...), son relativamente opacos; d) aunque los individuos reconocen lo inconveniente de sus acciones, no está en sus manos modificar las cosas, no pueden dejar de participar en una carrera que a nadie complace y cuyo final, desastroso, resulta indeseable para todos (volvemos a la estructura del dilema del prisionero: si los demás adoptan estrategias conservacionistas, lo que yo haga es poco relevante, de modo que lo mejor es procurar mi beneficio; si

Tendemos a no percibir claramente las restricciones ecológicas y a considerarlas con un nivel exagerado de confianza

los demás devastan, otro tanto; como todos piensan lo mismo, es mejor anticiparse...).

Además, el ámbito exclusivamente nacional de la democracia liberal dificulta la solución a un problema que es global: los ciudadanos de cada país tienen razones –egoístas– para votar contra los de los otros, cosa que inevitablemente harán para anticiparse a una acción parecida de los demás. Un partido que, para preservar la atmósfera del planeta, prometiera medidas en el país para reducir las emisiones a costa de unos niveles de crecimiento económico menores tendría pocas posibilidades de acceder al gobierno, sobre todo si no tiene –ni puede tener– garantías de que en otros países adoptarán la misma política. Por otra parte, el mercado político sitúa a los partidos en la complicada tesitura de hacer propuestas que recojan los intereses de todos, pero que, a la vez, no atenten contra los intereses de nadie. El resultado es que se ofertan programas ambiguos o vacíos, las propuestas no interesan a nadie, la política se diluye en el abstencionismo general y los sistemas políticos pierden su eficacia a la hora de detectar los intereses. Las ofertas políticas poco atentas con la naturaleza, los ciudadanos de otros países y nuestros descendientes permiten escapar a ambas tensiones: por una parte, se trata de propuestas con perfiles que no molestan a ningún votante; por otra, las propuestas no hacen sentir a los individuos que están actuando contra otros miembros de su comunidad, antes al contrario, perciben que sus conciudadanos también comparten el mismo interés común. De ese modo se salvan buena parte de las dificultades psicológicas que acompañan a la actividad pública: se refuerza el sentido de la comunidad, se aumenta el sentimiento de ‘estar de acuerdo’, y todo ello se hace de modo preciso, sin vaguedades y sin actuar contra ningún ciudadano.

Si en un escenario competitivo existe una posibilidad de obtener una ventaja, todos se ven obligados a adoptarla. Lógica que se vuelve particularmente perversa cuando, como es el caso, se opera sobre un horizonte temporal limitado: las próximas elecciones. Los políticos tienen la perpetua tentación de ir vendiendo el patrimonio para que disfruten de los beneficios los accionistas presentes, los únicos ante los que responden. No resulta interesante transmitir una información realista de cómo están las cosas cuando es posible aplazar los problemas a otros, a otros votantes y a otros gestores. Por lo demás, cuando los consumidores/votantes no están dispuestos a asumir los costes de problemas tan públicos como los ambientales, ni tienen razones no egoístas para confiar en los profesiona-

Los individuos se consideran tan inocentes como dispuestos a culpar a los políticos y a la sociedad de todas sus frustraciones personales

Pedirle a este ciudadano-niño que renuncie a una parte de las golosinas para salvaguardar el entorno es pedirle demasiado

les de la política, a éstos no les queda más que seguir adelante con la ficción. Mientras la resolución de los problemas ecológicos requiere, más que cualquier otro caso, grandes dosis de realismo, el sistema alienta el ocultamiento de unos datos que, además, siempre se mirarán con escepticismo, puesto que ponen en cuestión la conveniencia de continuar incrementando sin límites los beneficios de los votantes. Así que no parece que la democracia de competencia electoral que utilizamos para organizar la convivencia constituya el mecanismo más adecuado para afrontar la crisis ecológica que afecta al planeta.

El desarrollo sostenible

Hasta aquí hemos tratado de describir cuál es en nuestra opinión la situación y las dificultades para afrontar su solución. Se trataría a partir de ahora de abordar las respuestas que esta situación está provocando en las formas y en los contenidos de la acción política. Simplificando, quizá en exceso, podemos agrupar en dos las alternativas ofrecidas desde los sectores con mayor poder económico y político de nuestras sociedades: la primera, la de aquellos que niegan incluso la existencia de la propia crisis ambiental y proponen continuar como si nada. El liderazgo de esta corriente política pertenece, obviamente, a los fundamentalistas cristianos que gobiernan actualmente los Estados Unidos. Las propuestas para permitir el incremento de la contaminación de las empresas norteamericanas, para aumentar la tala de bosques, comenzar a extraer el petróleo de Alaska y, sobre todo, la negativa a suscribir el protocolo de Kioto, ignorando el proceso de calentamiento global, constituyen unos pocos ejemplos suficientemente significativos que justifican la consideración de que esa corriente política supone una de las grandes amenazas para la futura conservación de los ecosistemas.

La otra alternativa surge de los espacios menos sectarios del poder, que han dejado ya hace tiempo de negar que el medio ambiente constituye un problema. Se acabaron los tiempos en los que todos los ecologistas eran despreciados como románticos poco realistas; al contrario, “la consolidación de los principios ecológicos en el mundo de la terminología políticamente correcta ha despertado el interés de los gobiernos hacia el debate ecológico como potencial fuente de imagen”³⁰. Así ha surgido un nuevo discurso ambientalista donde la estrella que todo lo alumbraba es el “desarrollo sostenible”. El término fue adoptado por la Comisión Brundtland en 1987, y convertido ya en talismán universal en la Conferencia de Río de 1992. El desarrollo sostenible se ha convertido en la respuesta de

30. Antonio Estevan, “El nuevo desarrollismo ecológico”, *Cuadernos del Guincho*, n.º 8. Lanzarote, 2000, pág. 40.

casi cualquier político o empresario –al menos en Europa– ante los desafíos que plantea la crisis ecológica. Sin embargo, el término plantea serios problemas, “el concepto de desarrollo sostenible es científicamente inconstruible. Culturalmente es desorientador, porque esconde las ideas y valores alternativos y no altera los términos del dilema planteado en la civilización industrial. Políticamente es engañoso: reconoce que hay alguna cosa equivocada pero sugiere que el error puede corregirse con dosis mayores de las mismas medicinas. El anuncio de un desarrollo sostenible actúa en este doble frente. ‘Desarrollo’ es la reafirmación, el recordatorio de que el camino seguido ha sido acertado. ‘Sostenible’ es la promesa de un futuro sin restricciones ni decadencias. Así se establece su marco y su función ideológica”³¹.

Los años del “desarrollo sostenible” han producido algunos cambios. No puede negarse que en los países ricos (con España a la cola) se han introducido y aplicado políticas medioambientales en las últimas décadas, ni que esas políticas hayan tenido o vayan a tener efectos positivos. Tampoco que, pese a lo limitado de las propuestas, las *Directrices* del Gobierno de Canarias o la *Estrategia* y la *Moratoria* del Cabildo de Lanzarote supongan un avance sobre la situación anterior. Ahora bien, lo que resulta obvio es que tras esos años la situación del medio ambiente no ha mejorado. Al contrario, casi todos los indicadores importantes en Occidente, España, Canarias y Lanzarote han empeorado sustancialmente. En consecuencia, debe sostenerse que el cambio que se anuncia bajo la etiqueta del desarrollo sostenible se revela absolutamente insuficiente para afrontar los conflictos ambientales. Y que la transformación social y política que se requiere para hacerlo debe ir bastante más allá, empezando por cuestionar las bases sobre las que asienta el sistema, las políticas y las económicas.

El dilema de Russell y el gobierno global

El fracaso del desarrollo sostenible y el consiguiente agravamiento de la crisis ecológica nos obligan a cuestionarnos el territorio político en el que debieran afrontarse las posibles soluciones. Si nos alejamos del poder y nos acercamos a espacios más alternativos, encontraremos también una diversidad de opciones que, por simplificar, reduciremos de nuevo a dos: la vía autoritaria y la que progna una profundización democrática.

Es cierto que el espacio del ecologismo político está habitado por individuos mucho más proclives al componente libertario de los proyectos políticos que al autoritario; sin embargo, si la democra-

Los que vienen detrás de nosotros no votan, si los políticos los tuvieran en cuenta tendrían que restringir parte de nuestros beneficios y la ciudadanía dejaría de votarles

31. Ernest Garcia, *El trampolín fáustico. Ciencia, mito y poder en el desarrollo sostenible*. Ediciones Tilde, Valencia, 1999, págs. 8-11.

cia representativa se muestra incapaz de resolver el conflicto ambiental, no puede extrañar que surjan algunas propuestas que pongan en cuestión esa democracia, y aboguen por una suerte de despotismo ilustrado de corte ambiental. Ya en 1975 Wolfgang Harich propugnaba un “comunismo sin crecimiento”, de matiz inequívocamente autoritario, como el único camino posible para garantizar la continuidad de la especie en unas condiciones ecológicas sustentables³². El dilema no es nuevo. “La idea la formuló hace ya tiempo un pensador liberal y racionalista como Russell, quien, enfrentado a problemas no muy diferentes de los que nos ocupan, proponía una suerte de autoridad mundial. La sugerencia de Russell casi siempre se despachó como el delirio propio de un filósofo con escaso sentido de la realidad. Desgraciadamente, las opiniones de Russell eran algo más que locuras. Al fin y al cabo, Russell, además de liberal, era uno de los lógicos más importantes del siglo XX.

Los agricultores incrementan sus ganancias a costa de su salud y de la contaminación del suelo, a costa de su futuro

“El dilema parece obligar a elegir entre respetar la democracia y proporcionar soluciones a problemas de la magnitud del conflicto ecológico. Si hay que aceptar como inevitable la ontología social de la democracia liberal y, a la vez, se está dispuesto a reconocer —como hay razones para hacerlo— la prioridad absoluta de los problemas ecológicos, la propia naturaleza de éstos impone acabar con la democracia liberal. Dada la naturaleza del escenario ecológico, el carácter interdependiente de las acciones y el ámbito planetario de las repercusiones, se impone una toma de decisiones a escala planetaria. La solución de los problemas ecológicos requiere hacer propios los intereses de otros, requiere de una disposición cooperativa con las generaciones futuras y con los otros, que son todos los habitantes del planeta.

“¿Hay que resignarse y elegir, para decirlo a la tremenda, entre la supervivencia y la democracia? Resulta tentador rechazar el dilema. Cuando la vida nos emplaza en elecciones ingratas, es inmediata la tentación de ignorar sus envites. Pero hay que evitar la tentación. En los asuntos ecológicos, las fantasías no caben. Si algo sabemos, es que ya no todo es posible. Y la ‘ilusión de solución’ es parte del problema. Hay que desconfiar de las respuestas rápidas. Sabemos de la bien predispuesta vocación de los humanos a creer que todos los sueños son conciliables y de la menos honrosa disposición de los intelectuales y los políticos a alimentar su insania.”³³

La idea de un cierto gobierno mundial, pero de carácter democrático en este caso, aparece también en muchas de las propuestas que

32. Wolfgang Harich, *¿Comunismo sin crecimiento? Babeuf y el Club de Roma*. Editorial Materiales, Barcelona, 1978.

33. Félix Ovejero, *La libertad inhóspita. Modelos humanos y democracia liberal*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2002, págs. 213-218.

colocan la solución de los problemas ambientales en un lugar central. Se argumenta que los asuntos globales deben ser encarados por instituciones globales que no dependan apenas de los intereses locales que dificultan la toma de las decisiones que se revelan como imprescindibles. Sin embargo, tampoco escasean las voces que alertan de la deriva escasamente democrática de esta solución y de los problemas que ya ha creado la globalización en este sentido. No obstante, aunque la descentralización política aparezca como un objetivo tan loable en la teoría, lo cierto es que parece obligado reconocer que tampoco el acercamiento del poder a los ciudadanos, como el que ha supuesto el proceso autonómico en España u otras soluciones federales, nos han situado en una vía que nos permita afirmar que la solución de los problemas ambientales se encuentra un poco más cerca. Y es que descentralización política y democracia no son, ni mucho menos, y por más que algunos lo crean, conceptos sinónimos.

Un final sin receta

No creemos que una solución autoritaria garantice los resultados ecológicos que hasta la fecha echamos en falta, y además constituiría una alternativa indeseable por muchos otros motivos. No parece realista apostar por la posibilidad de un gobierno mundial que pudiera acudir a una especie de despotismo ilustrado de corte ambientalista. Tampoco lo esperamos, es verdad, de la vía más generalizada en el movimiento ecologista: la profundización del proceso democrático. La realidad parece indicar que difícilmente las mayorías de las distintas sociedades van a optar a corto plazo por formas y objetivos políticos que pongan el acento en la solución de la crisis ecológica en lugar de hacerlo en el crecimiento económico destinado al consumo. Desgraciadamente, somos de la opinión de que la crisis ambiental continuará agravándose durante un tiempo, hasta que la evidencia de sus consecuencias, hasta que el incremento de los desastres naturales nos obligue a cambiar el paradigma político imperante en el mundo actual. Somos pesimistas, pero no por gusto; quizá por eso uno de los motivos que en el fondo nos ha impulsado a escribir este artículo sea la posibilidad de que alguien nos contestara y pudiera convencernos de que nuestra percepción es errónea.

Pese a lo dicho, acudimos al terreno de la voluntad para mostrar nuestro deseo de sumarnos a las corrientes del ecologismo que apuestan por la renovación o la profundización del proceso democrático, porque existen muchas otras razones políticas, al mar-

El mercado político sitúa a los partidos en tesitura de hacer propuestas que recojan los intereses de todos, pero que no atenten contra los intereses de nadie

No resulta interesante transmitir una información realista de cómo están las cosas cuando es posible aplazar los problemas a otros

gen del aspecto ambiental, que hacen deseable la apuesta por la democracia. Y ello, insistimos, pese al escepticismo a que obligan las dudas planteadas en este artículo, y a que el último siglo ha sido la época del acceso de las masas a la política y en el que la participación de la población ha sido mayor que en cualquier otro momento de la historia de la humanidad. No obstante, resulta obligado constatar la inexistencia de una receta que resuelva las contradicciones que aparecen en esta discusión. “Parece que el cambio hacia una mayor sostenibilidad demandaría cambios, no sólo en las finalidades y objetivos de la política, sino también en sus formas, y supondría otra democracia, una democracia distinta en algunos aspectos de la actual. Sin embargo, las exigencias de la consciencia ecologista oscilan entre un sistema político más experto y otro de mayor participación (a veces, ambas cosas al mismo tiempo). Aparentemente, las demandas son contradictorias. La tensión entre el *motivo de participación*, ligado doctrinalmente a teorías de democracia radical de la nueva izquierda y dirigido en la práctica a llenar de contenido la democracia representativa, y el *motivo de supervivencia*, ligado al debate sobre si el instrumento del cambio en el sistema de necesidades debe ser la coerción o la reforma voluntaria, así como la especulación sobre la eventual superación de esta tensión en un camino emancipatorio, son temas usuales en la literatura ecológica. La incapacidad de resolver esa tensión explica tal vez el hecho de que las formulaciones desde el ecologismo sobre qué características habría de incorporar la democracia son más bien raras y precarias”³⁴.

Nos gustaría pensar que un relativo acercamiento de la democracia representativa actual al modelo de la antigüedad clásica, mucho más participativo y deliberativo, la pertrecharía mejor para afrontar la conservación de los ecosistemas, pero esa vía será difícilmente practicable en un planeta poblado por más de 6.000 millones de personas. Lo que si parece obligado es comenzar a pensar en profundizar derechos que dejen fuera del mercadeo de preferencias asuntos claves para el medio ambiente. Es decir, excluir del juego de lo que se puede votar, ‘constitucionalizar’, los asuntos ambientales que afectan sustancialmente a la calidad de vida de las personas y ponen en riesgo la continuidad de esa vida. Más complicado, pero no menos urgente, resultaría encontrar la manera de que el alcance de esos derechos no muera con el paso de una frontera. En el mundo globalizado de los escenarios ecológicos tienen cada vez menos justificación los ‘derechos de bienestar’ derivados de las fronteras, derechos que, como algún filósofo moral ha dicho: “Son

34. Ernest Garcia, *El trampolín fáustico. Ciencia, mito y poder en el desarrollo sostenible*. Ediciones Tilde, Valencia, 1999, pág. 107.

el equivalente moderno de un privilegio feudal: un estatus heredado que mejora notablemente las probabilidades de vida”³⁵.

Lo que sí resulta, en nuestra opinión, indiscutible es que para paliar la crisis ecológica la actividad política tendrá que propugnar un cambio cultural importante en Occidente. Debemos propugnar un estilo de vida material diferente que ponga fin a la “explosión de las necesidades” de los consumidores, que acabe con el criterio de cuanto más mejor y los sustituya por la medida de lo suficiente. Esta transformación sólo puede acudir, por el momento, a la persistente insatisfacción que nuestro modo de vida genera en algunas gentes del Norte y a la resistencia a la expropiación ejercida por los sectores más activos de las poblaciones del Sur. Porque para nosotros es obvio que ningún proyecto político que tenga en cuenta el conflicto ambiental puede continuar sosteniendo el pacto social implícito que conforma nuestra sociedad, y que se ha realizado a costa de la Tierra, del Tercer Mundo y de los seres humanos del mañana. Obligado es aceptar que la hipótesis de la abundancia, del crecimiento económico ilimitado, en la que se han basado todas las grandes alternativas políticas desde la Revolución Industrial, se ha revelado pura quimera.

Nos gustaría pensar que las cosas son más sencillas. Por ejemplo, que la imposibilidad de detener el crecimiento turístico en Lanzarote se ha debido, simplemente, y como parecen pensar algunos, a la perfidia de los dirigentes de la clase política y de la empresarial. Sin embargo, y como hemos tratado de mostrar en este texto, la cuestión se revela bastante más complicada. Ni el sistema político-institucional, ni el sistema económico, ni el consenso social en torno a la prioridad del crecimiento orientado al consumo de masas colaboran a paliar la crisis ecológica, tanto en su vertiente local como en la global. Y transformar ese consenso social se convierte a la vez en la gran prioridad y en la gran dificultad. Porque no podremos encontrar una nueva estabilidad política dirigida a garantizar la continuidad de la vida de la especie humana en condiciones dignas para todos sin un cierto grado de consenso social, pero si ese consenso resulta excesivo, y continúa sustentándose sobre las bases actuales, impedirá la transformación social requerida. Tendremos que asumir que en cualquier salida democrática el consenso y el conflicto constituyen elementos indispensables.

No somos partidarios de practicar el catastrofismo ni creemos en las soluciones mágicas. En el devenir de la sociedad el factor tiempo aparece siempre como un componente fundamental para la reso-

Obligado es aceptar que la hipótesis de la abundancia en la que se han basado todas las grandes alternativas políticas se ha revelado pura quimera

35. Félix Ovejero, *La libertad inhóspita. Modelos humanos y democracia liberal*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2002.

*Para paliar la
crisis ecológica
la actividad
política tendrá
que propugnar
un cambio
cultural
importante en
Occidente*

lución de los grandes conflictos. Y, pese a lo que algunos piensan, creemos que efectivamente se ha producido un innegable progreso en la forma en la que se han organizado las sociedades en muchas partes del planeta. Sin embargo, el pesimismo puede transformarse en realismo cuando dejamos de disponer del tiempo para resolver las dificultades. Y ése es el gran desafío que nos plantea la crisis ecológica: disponemos de poco tiempo. Quizá resulte obligado retomar aquella actitud de los viejos períodos revolucionarios y acompañar al “pesimismo de la razón con el optimismo de la voluntad”. Porque la escasez de tiempo nos revela la urgencia y la necesidad imperiosa de afrontar la transformación del proyecto político en la dirección que nos marca el conflicto ambiental.



La democracia realmente existente

Cuadernos del Sureste

Durante años se utilizó este mismo eufemismo para referirse a los países en los que imperaba la dictadura de un partido comunista. Constituía una manera de reconocer que el socialismo realmente existente nada tenía que ver con lo que se esperaba del socialismo. Pues bien, si la democracia fuera, como se dice en tantas ocasiones, el gobierno del pueblo, entonces, deberíamos convenir en que habitamos en las sociedades de la democracia realmente existente, porque resulta obvio que en ellas el pueblo no gobierna, sino que se limita a elegir cada cuatro o cinco años, entre las listas electorales confeccionadas por unos pocos partidos políticos, al sector de la clase política que regirá los destinos de la sociedad.

Hoy en día, se considera que la definición de la democracia como gobierno del pueblo carece de sentido o constituye, simplemente, una figura retórica. Entre otras cosas, porque si se defiende la pertinencia de dicha descripción resultaría obligado reconocer que en la historia de las sociedades humanas la excepción democrática quedaría limitada a la experiencia ateniense en la Grecia clásica. Este artículo se dedicará, someramente, a la descripción de esa experiencia, a su comparación con la democracia representativa que se conformó en el siglo XVIII en Occidente, y terminará defendiendo la posibilidad de complementar esta democracia actual con algunas de las características esenciales de la democracia radical

La democracia en la Grecia clásica significó que gobernarán los de abajo

ateniense. (Utilizaremos con profusión, aunque prescindiremos de las citas literales, las fuentes que se reseñan como bibliografía al final del texto).

La excepción democrática

Resulta obvio que en la historia de la humanidad los regímenes que han predominado han sido las oligarquías. La idea de que incluso las democracias actuales puedan incluirse en esa caracterización no parece descabellada. De ahí la importancia histórica del momento fundacional de la democracia en la Grecia clásica, que significó que por primera vez en la historia –y, según algunos, la última por el momento– gobernarán los de abajo, controlando los recursos del Estado y pudiendo, por tanto, defender políticamente sus intereses. La democracia ateniense constituye la gran excepción a una desgraciada regla de la historia: la regla según la cual los pocos que acaparan el poder social y económico en sus manos, se hacen además con el poder político.

*Aquellos
ciudadanos se
entregaban a la
cosa pública y
supieron forjar
una activa vida
civil*

La democracia comienza a surgir en Atenas, en el año 508 a.n.e., cuando llega al poder el partido popular dirigido por Clístenes. Se empezó por quebrar la influencia de la nobleza por medio de una reforma territorial que acabó dividiendo el Ática en 139 *demi*, y haciendo de la pertenencia a un *deme* la condición de la ciudadanía. Cada uno de ellos tenía su propia asamblea y decidía sus candidatos a las magistraturas. Después se funda el Consejo de los 500 (*Boulé*), al que cada *deme* enviaba uno, dos o tres miembros, dependiendo de su tamaño. Los 500 integrantes anuales de la *Boulé* no eran seleccionados mediante elecciones, sino por medio del sorteo, y por el mismo mecanismo se elegían los 50 *pritanos* que configurarían el ejecutivo junto al presidente. También las magistraturas eran breves y se impusieron severas restricciones a la repetición en esos cargos. Finalmente se crearon los Tribunales populares, los *Dikasteria*, encargados de juzgar y sentenciar todos los procesos civiles o penales; los jurados eran también seleccionados mediante el mecanismo del sorteo.

La reforma liderada por Clístenes había puesto las bases de lo que acabaría siendo una auténtica democracia: el sorteo, la rotación de cargos y la brevedad de los mandatos. Estos criterios lograron que muchos plebeyos pudieran participar, de verdad, en las tareas de gobierno; se pudo –como le gustaba decir a Aristóteles– “gobernar y ser gobernado por turno”. La soberanía no se sustentaba sobre una clase pasiva de ciudadanos que emiten un voto cada cuatro años, delegan en políticos profesionales y se encierran en la vida

privada. Aquellos ciudadanos se entregaban a la cosa pública y supieron forjar una activa vida civil.

Pero la constitución de Clístenes no consiguió alejarse del todo del sistema oligárquico, porque los cargos públicos eran honoríficos, es decir, no estaban remunerados. Esto suponía en la práctica la exclusión de muchos de los varones libres que, dependiendo de su trabajo, no podían permitirse el lujo de asistir regularmente a la Asamblea –que se reunía ordinariamente 4 veces al mes–, de ser jurados o de formar parte de una pritanía. La reforma que encabezaron Efialtes y Pericles tuvo su momento decisivo en el año 461, cuando se introdujo el jornal para los miembros del Consejo, de los tribunales y para los asistentes a la Asamblea. Fue a partir de este momento cuando la mayoría de los pobres libres se hizo con el control del Estado.

La democracia perduraría hasta que fue derrotada por el ejército macedonio en el año 322 a.n.e. Durante un siglo y medio de existencia, la democracia ateniense mantuvo un imperio comercial y militar en el Egeo, y fue capaz de sobreponerse a dos cruentas reacciones oligárquicas a finales del siglo V, la segunda de las cuales, el régimen de los “treinta tiranos” (404-403), acarreó el asesinato de no menos de mil quinientos ciudadanos. La democracia superó aquella dura prueba y aun se fortaleció realizando una reforma constitucional que incrementó las garantías de los derechos individuales y el imperio de la ley.

Una larga reacción

Durante siglos se ha tratado de minimizar el éxito de la democracia ateniense y de diluir su radical componente social. Se ha pretendido caracterizar aquella sociedad, desde la derecha y desde la izquierda, como un pequeño experimento que fue posible gracias a la existencia de la esclavitud y a la subordinación política de las mujeres. Resulta curioso, sin embargo, que no se objete lo mismo, y con la misma frecuencia, sobre la democracia moderna. Más de dos mil años después, la democracia norteamericana se conjuga durante un siglo con la esclavitud y aún durante más tiempo con la exclusión política de las mujeres. La esclavitud fue práctica consentida hasta el último tercio del siglo XIX en muchas de las democracias parlamentarias de Occidente. En algunas de ellas, el voto estaba restringido a los varones que tuvieran propiedades. Y el sufragio universal, el derecho al voto de las mujeres, no se generalizó hasta mediados del siglo XX (en una de las cunas de la democracia moderna, Francia, el voto femenino no se hizo realidad hasta

Durante siglos se ha tratado de minimizar el éxito de la democracia ateniense y de diluir su radical componente social

1945, y en España llegó con la Segunda República, en 1931). Pese a la esclavitud y a la exclusión de las mujeres, la democracia ateniense fue, como no podía ser de otro modo, una democracia social, en la que parece que un tercio al menos de los desposeídos, del potente proletariado de Atenas, vivieron bastantes días al año de alguna actividad pública, sufragada naturalmente con los impuestos pagados por los ricos. Puede decirse, incluso, que la república democrática de Atenas apenas conoció formas sociales de dependencia civil de los libres pobres respecto de los magnates.

Ahora bien, pese al notable éxito de aquella experiencia histórica, la mayor parte del pensamiento político ha intentado desde entonces demostrar la imposibilidad o la inconveniencia de que una sociedad pueda ser efectivamente gobernada por la mayoría de sus integrantes. Este trabajo comenzó ya en la misma Grecia clásica y la semilla plantada germinó y se reprodujo durante mucho tiempo. Fueron los dos grandes filósofos de la Antigüedad los iniciadores de esa corriente de pensamiento. Platón (428-384 a.n.e.), que nació en la misma Atenas, en el seno de una familia noble y rica, se pronunció tan claramente en contra de la democracia que su influencia ha sido menor entre quienes reelaboraron siglos después los ideales democráticos. Muy superior ha sido, sin embargo, la del discurso más matizado de Aristóteles (384-322).

Aristóteles sostiene la idea de que la riqueza y la propiedad suelen coincidir con la virtud

En el pensamiento de Aristóteles la escisión principal de la comunidad política es la que se produce entre ricos y pobres, entre propietarios y desposeídos. No hay contradicción cuando, en otros momentos, esa diferencia se concreta entre la virtud y el vicio, porque el filósofo sostiene la idea de que la riqueza y la propiedad suelen coincidir con la virtud, siendo aquélla la fuente de ésta:

Además, los ricos parecen tener aquello cuya carencia hace que los delincuentes delincan: por eso los llamamos selectos y distinguidos; y lo mismo que la aristocracia concede la supremacía a los mejores ciudadanos, también se dice que las oligarquías están constituidas principalmente por los selectos.

Y claro, si la virtud se encuentra entre los propietarios, será su ausencia lo que hallaremos en las distintas clases que componen el pueblo pobre:

Después de un pueblo de campesinos, el mejor es el compuesto de pastores que viven de sus ganados [...] Los otros pueblos que constituyen las restantes clases de democracia son, por lo general, muy inferiores a éstos, pues su género de vida es inferior, y entre los trabajos de que se ocupa un pueblo de artesanos, de mercaderes y de

asalariados no hay ninguno virtuoso. Además, por lo general, esta clase de hombres suele frecuentar la plaza del mercado y la ciudad, acude fácilmente a la asamblea, mientras que los labradores están diseminados por el campo, y ni se encuentran ni sienten en el mismo grado la necesidad de esa reunión.

En opinión de Aristóteles, el principal problema de la democracia es que en ella mandan los carentes de virtud, mérito o excelencia. Razón por lo cual defiende un régimen mixto, una república en la que, sin excluir del todo a los pobres libres, quede asegurado el mando de las clases superiores:

Sólo será posible que el régimen sea a la vez democracia y aristocracia [...] si los notables y el pueblo tienen ambos lo que desean. En efecto, que el gobierno esté más abierto a todos es democrático; que sea la clase superior la que ejerza las magistraturas es aristocrático, y eso ocurrirá cuando no sea posible lucrarse con ellas; entonces los pobres no podrán gobernar, puesto que no se gana nada con ello, y preferirán dedicarse a sus asuntos particulares, y los ricos podrán gobernar, puesto que no necesitan nada de la comunidad. Con lo que resultará que los pobres se enriquecerán al poder dedicarse por completo a sus trabajos, y los notables no serán gobernados por cualesquiera.

Aristóteles ataca en su *Política* la reforma constitucional de Efilates, que hizo que los cargos públicos, la participación en las asambleas deliberativas y en los tribunales populares de justicia, fueran remunerados con fondos públicos. Y lo hace sin remilgos:

Por haberse hecho las ciudades mucho mayores de lo que fueron en un principio y disponer de ingresos en abundancia, todos tienen parte en el gobierno a causa de la superioridad numérica de la muchedumbre, y participan en él y en la administración incluso los pobres, que disponen de tiempo de ocio porque reciben un salario público. Una muchedumbre de esa clase es incluso la que de más ocio dispone, porque no se ven embarazados lo más mínimo por el cuidado de sus intereses privados, como los ricos que, a causa de eso, muchas veces no toman parte en la asamblea ni en la administración de justicia. Esto hace que el elemento soberano en este régimen sea la muchedumbre de los pobres y no la ley.

Tras opiniones como la expuesta, quedan claras dos contradicciones de importancia en el pensamiento aristotélico: la primera, cómo explicar que los desposeídos de virtud y de propiedades son capaces durante un siglo y medio de participar masivamente en las deliberaciones y en la gestión de la vida política una vez que se les ha facilitado el acceso a ella. Y la segunda, cómo se entiende que los notables ricos, los supuestamente en condiciones de generar virtud

El principal problema de la democracia para Aristóteles es que en ella mandan los carentes de virtud, mérito o excelencia

y dispuestos al servicio de la comunidad, abandonen la escena pública en cuanto pierden el monopolio de la misma. En cualquier caso, queda claro que Aristóteles considera inconveniente la democracia, la posibilidad de gobierno de los libres pobres, y un mal especialmente peligroso el gobierno efectivo de los pobres que se produjo tras la reforma de Efilates. Y todo ello tiene poco que ver, naturalmente, con la virtud, y mucho con las opciones políticas que se defienden o con los prejuicios que las acompañan.

Si nos detenemos en el pensamiento político de Aristóteles es porque en él se sientan las bases de las que se ha alimentado casi toda la filosofía política hasta la actualidad. Y sus criterios inspiraron el surgimiento de la democracia moderna a ambos lados del Atlántico. Porque en la larga historia de la humanidad, sólo la cultura occidental –en la Grecia clásica y en el mundo moderno– ha sido capaz de alumbrar un régimen social que contempla que la fuente de la ley es la sociedad misma, por lo que permite discutir y poner en cuestión las instituciones existentes en esa sociedad. Puede decirse que el proyecto de autonomía social e individual es una creación de Occidente y, en consecuencia, también la filosofía y la política.

Sólo la cultura occidental ha sido capaz de alumbrar un régimen social que permite discutir y poner en cuestión las instituciones existentes

La democracia moderna

La gran mayoría de los autores modernos, a la hora de plantearse cuál era la mejor forma de gobierno, mostraron su preferencia por el gobierno representativo en lugar de por la democracia clásica, con criterios, como decíamos, muy próximos a los de Aristóteles. Esos esquemas políticos inspiraron tanto a los “fundadores” norteamericanos como a los “conventuales” franceses, quienes compartieron el criterio aristotélico de que el principal peligro procedía directamente de la división de la sociedad entre propietarios y no propietarios.

La democracia representativa no surgió de forma gradual, por el incremento de poder de los viejos parlamentos medievales, sino que se consagró después de procesos revolucionarios: primero en Gran Bretaña, tras la Revolución Gloriosa (1688), y después con las revoluciones norteamericana y francesa que alumbraron sus constituciones en 1787 y 1791. En todos los casos, quienes participaron en la discusiones sobre el carácter de la nueva forma de organización política descartaron la democracia directa de Atenas y escogieron la delegación política en representantes que gozarían de una notable autonomía. Así, ninguna de las cuatro grandes señas de identidad de la democracia clásica estarían presentes en la moderna: ni el sorteo, ni la rotación de los cargos, ni la brevedad de los

mandatos, ni la remuneración de la participación política.

Fue en la Norteamérica de finales del siglo XVIII donde con más claridad y libertad se afrontó el debate que nos ocupa. Y de él surgió la Constitución norteamericana que, en opinión de Ralf Dahrendorf, constituye “uno de los más notables, quizá incluso el más notable documento de la historia política de la humanidad”. Pues bien, en ese documento se plasman las preocupaciones de los fundadores de la democracia estadounidense y los mecanismos políticos utilizados para convertir en realidad sus aspiraciones. No es casual, por tanto, que casi todos ellos estuvieran destinados a prevenir la perniciosa influencia de la mayoría, de los no propietarios, que podría provocar el derecho al sufragio de todos los varones. Así lo explicitaba claramente Madison, probablemente el más capaz de los redactores de la Constitución:

Las democracias han sido siempre espectáculo de turbulencia y de disputa; siempre se han considerado incompatibles con la seguridad personal o con los derechos de propiedad; y en general, han sido de vida tan corta, como violentas en su muerte.

Estas palabras explican su apoyo al empeño de los federalistas de proceder a un diseño constitucional que pusiera barreras insalvables a la voluntad de la mayoría. Se comenzó, como en Atenas, por la cuestión territorial. Y en la discusión se impusieron quienes propugnaban circunscripciones electorales extensas, pues se obligaba así a costosas campañas electorales que estaban al alcance de muy pocos, y se contribuía a distanciar, como convenía, a los representantes de los representados. Después se organizó la división de poderes con el mismo criterio: una presidencia fuerte que dispusiera de la capacidad de vetar las decisiones que surgieran del poder legislativo, más cercano a las presiones de los de abajo. Se consagró explícitamente la preeminencia del poder ejecutivo sobre el legislativo. Además, éste fue dividido en dos cámaras: el Congreso –elegible para períodos más cortos de tiempo–, que representaría al pueblo, y el Senado –elegible por los propietarios y para períodos más largos–, que debería representar a los más ricos, y dispondría también de la capacidad de vetar las decisiones de la cámara baja. Adams llegó a proponer que la presidencia fuera vitalicia, y lo mismo hizo Hamilton con los miembros del Senado, porque “sólo un cuerpo permanente puede poner freno a la imprudencia de la democracia”. Y se acabó por implantar una última revisión de las leyes que estuviera ya completamente alejada de la voluntad popular, la de los jueces. No extraña que el propio Jefferson acabara

Con la Constitución norteamericana se intentó poner barreras insalvables a la voluntad de la mayoría

cuestionando años después el enorme poder adquirido por la Corte Suprema para decidir sobre la legitimidad de las leyes aprobadas por el Congreso, un poder que:

Nos colocaría bajo el despotismo de una oligarquía. Pues nuestros jueces son tan honorables como los demás hombres, y no más. Tienen, como cualesquiera otros, las mismas pasiones partidarias, por el poder y el privilegio de su cuerpo, y su poder es tanto más peligroso cuanto que ocupan el cargo de por vida, y no son responsables, como otros funcionarios lo son, ante el poder electivo.

Como se ve, la división de poderes fue entendida y aplicada con criterios harto distintos a los que inspiraron a Montesquieu, quien la proponía ante la amenaza tiránica que para este republicano europeo del siglo XVIII representaba, no el pueblo y los pobres, sino una administración monárquica completamente independiente de la sociedad civil. Y así se ha reconocido hasta no hace mucho tiempo. De hecho, todavía a comienzos del siglo XX, en 1907, el politólogo y economista conservador norteamericano A. T. Hadley, rector de la Universidad de Yale, se refería a estas cuestiones con una franqueza que hoy resulta sorprendente:

Cuando se dice, como comúnmente se dice, que la división fundamental de poderes en los estados modernos se da entre el legislativo, el ejecutivo y el judicial, el estudiante de las instituciones americanas puede con justicia observar una excepción. La división fundamental de poderes en la Constitución de los Estados Unidos se da entre votantes, de un lado, y propietarios, del otro. Esta teoría sobre la política americana no se expresa a menudo. Pero se actúa de manera universal conforme a ella. Ha tenido las consecuencias más fundamentales y de largo alcance sobre la política del país. Para no mencionar más que una: ha permitido ensayar el experimento del sufragio universal en condiciones muy distintas de las que llevaron a la ruina a Atenas y a Roma.

Claro como el agua. Que hoy resulte impertinente sólo se explica por el oscurecimiento al que la realidad de las democracias representativas ha sido sometido por la mayoría de la clase política y del pensamiento filosófico y político contemporáneo.

El desarrollo de la representación

La manera en la que se han plasmado los principios de la democracia representativa evolucionó desde su nacimiento en el siglo XVIII. Simplificando mucho, y obviando sus concreciones en cada sociedad, resumimos esa evolución en tres estadios: el parlamentarismo, la democracia de partidos y la democracia de audiencia.

Parlamentarismo. La primera encarnación del gobierno representa-

En las sociedades en las que cuajó la democracia representativa estaban restringidos los derechos políticos de los no propietarios y de las mujeres

tivo, en la época del liberalismo doctrinario clásico, ocupa la mayor parte del siglo XIX, y se caracteriza por la quiebra de la sociedad de estamentos rígidamente separados y de los privilegios vinculados a la propiedad señorial, que dieron lugar a una cierta igualdad política. En las sociedades en las que cuajó la democracia representativa primaban las monarquías constitucionales, con los poderes del monarca ciertamente restringidos, como también lo estaban, en general, los derechos políticos de los no propietarios y, siempre, los de las mujeres. Los representantes políticos eran personas de posición desahogada e importantes conexiones políticas que mantenían con sus electores una relación más o menos directa, y que deliberaban en un parlamento cuyo capacidad para controlar al poder ejecutivo era bastante relativa.

Democracia de partidos. La aparición de los partidos de masas, impulsados por los movimientos socialistas y por la ampliación del sufragio, transformó el sistema político de manera notable a lo largo del siglo XX. Desaparecen los viejos candidatos, independientes y casi siempre aristocráticos, porque se vota ya a un partido, que se presenta como portavoz de una ideología definida que refleja la visión particular sobre el conflicto político y social. Los parlamentos son progresivamente reducidos a la inoperancia, puesto que una vez resuelta la confrontación electoral ya puede adivinarse el resultado de cualquier debate: la aprobación de la propuesta presentada por quien o quienes dispongan de la mayoría. La deliberación política desaparece, pues, del parlamento y se traslada al interior de unos partidos en los que, de otra parte, impera una fuerte disciplina interna. El éxito de los partidos de tradición obrera y el fantasma del comunismo contribuyen a generar el Estado del bienestar, causante directo de lo que se ha denominado “la edad de oro del capitalismo”, el período que transcurre desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta la crisis económica de mediados de la década de los setenta del pasado siglo.

Democracia de audiencia. Aunque los partidos continúan ocupando el centro de la escena política durante el último cuarto del siglo XX, lo cierto es que se produce una cierta preeminencia del liderazgo político, basado en la personalidad de los líderes que encabezan las listas electorales. Los partidos se transforman en redes captadoras de recursos al servicio de aquéllos, a la par que van dejando atrás las más llamativas diferencias ideológicas. Ese permanente viaje al centro viene impulsado por la despolitización que ha provocado en la mayoría de la población el notable incremento

El permanente viaje al centro viene impulsado por la despolitización que ha provocado en la mayoría el incremento de la riqueza

de la riqueza producido durante las últimas décadas. El escenario de la deliberación se traslada de los partidos a los medios de comunicación, que se convierten en el interlocutor principal –en realidad, casi exclusivo– entre el sistema político y los ciudadanos. Y en el espacio de los medios, el debate se polariza en torno a dos cuestiones: el carisma de los candidatos y el escándalo político. La política ha devenido espectáculo, acompañando la transformación de la ciudadanía en audiencia.

La participación no tiene dueño

*Los
parlamentos
son progresi-
vamente
reducidos a la
inoperancia*

Pese a que el debate sobre las características del proceso democrático se extiende transversalmente sobre todo el arco político, y las tradiciones que lo alimentan provienen de fuentes muy diversas, se encuentra muy extendida la creencia en que la reivindicación de la participación de los ciudadanos en el espacio público constituye una particularidad de la izquierda política, a pesar de que esta afirmación no se compadece con la historia ni con la realidad actual.

Ninguna de las dos grandes corrientes políticas en las que se dividió el movimiento obrero a principios del siglo XX ha reivindicado nunca las características propias de la democracia radical de los atenienses. La socialdemocracia asumió la representación como base de la democracia desde el primer momento. La corriente comunista sí se ha referido a la democracia directa o consejista en numerosas ocasiones, pero la propuesta se concretaba de dos formas: en la teoría, se asumía la propuesta liberal de elegir a los mejores, que en este caso serían los dirigentes de la vanguardia revolucionaria. Así funcionaron los soviets desde su fundación, y así ha funcionado cualquier experiencia consejista inspirada por esas vanguardias. La otra forma en la que se ha concretado esa propuesta, en la práctica, ha sido en unas cuantas dictaduras, algunas de las cuales han descollado entre los grandes fenómenos de barbarie provocados por las sociedades humanas. Por lo que respecta a la rotación de los cargos y a la brevedad de los mandatos, sólo puede decirse que los dirigentes socialdemócratas no destacaron en este aspecto, y que los comunistas parecieron inspirarse en el modelo del Papa.

Tampoco entre los herederos que gustaban de situarse a la izquierda de esas dos grandes corrientes hemos asistido al cuestionamiento del criterio representativo. La profundización de la democracia no pareció, desde luego, la preocupación fundamental para la generación que salió a la calle en 1968. Aquellos antisistema escogieron como figura emblemática a una tan poco ciudadana y democrática

como la del guerrillero; más exactamente, el guerrillero con posibles, aquel que renuncia a sus privilegios de clase para luchar y, si hace falta, morir por la revolución. Los antisistema de hoy, dirigidos en buena parte por el sector del 68 que continúa en la brecha, han mantenido la vocación militarista y han sustituido a Ernesto Guevara por un subcomandante. Marcos también cambió su acomodada posición para ir a defender y a *representar* a los indios chapaneos. Y tras diez años ejerciendo, no parece que los nuevos guerrilleros estén muy interesados por el sorteo, la rotación de cargos o la brevedad de los mandatos.

Sólo algunas modestas propuestas del ámbito político verde han intentado transformar algo la escena política y el propio partido desde el que surgían. Se mantenía el criterio de elección, pero se introducían los de la brevedad de los mandatos y la rotación de los cargos públicos elegidos, quienes serían sustituidos por otros una vez alcanzada la mitad de la legislatura. Sin embargo, pese a su modestia, casi todos esos propósitos fueron abandonados. Abandono que provocó un cierto empobrecimiento de aquella experiencia y, todo hay que decirlo, un incremento del apoyo electoral. Una experiencia distinta ha sido la del presupuesto participativo, que nació en Porto Alegre, probablemente la más exitosa y conocida en los últimos tiempos; pese a ello, no puede olvidarse que en las asambleas de esa ciudad sólo participan alrededor del 1 por ciento de sus habitantes (que no es poco).

En Lanzarote, tras la campaña electoral de las elecciones locales de un nuevo partido político, Alternativa Ciudadana, y el éxito alcanzado, la cuestión de la participación de los ciudadanos alimenta no pocos debates. En esa opción política, el planteamiento ha sido el clásico: una asamblea que elige a la vanguardia para representarles. Aunque sostienen que todos son iguales, la realidad es que unos son más iguales que otros: los candidatos que iba a elegir la asamblea para las elecciones del pasado año los dio a conocer la prensa antes de que se celebrara el acto. Y los más iguales son tan pocos, como siempre, que no tuvieron más remedio que multiplicarse y sacrificarse yendo en más de una lista electoral. Lo cierto es que tampoco en esta experiencia se ha pensado en el sorteo entre los miembros de la asamblea como una posibilidad, y ni siquiera, como hicieron Los Verdes alemanes, en la rotación de los cargos y la brevedad de los mandatos. Y cuando se plantea la revocación de cargos, más parece éste un mecanismo para dirimir diferencias que pensado para ampliar las posibilidades de la participación.

La elección es un mecanismo de selección aristocrático, no democrático. Porque no se elige a cualquiera

*El alejamiento
de los
ciudadanos de
la participación
guarda relación
directa con el
monopolio de la
acción política
que ejercen los
partidos*

Así que tampoco entre las gentes de la izquierda se ha cuestionado un criterio que en la democracia ateniense resultaba obvio: la elección es un mecanismo de selección de los cargos públicos aristocrático; no, democrático. Porque, obviamente, no se elige a cualquiera, sino al mejor, al más preparado para esa tarea o al más conveniente para nuestros intereses. Es decir, la elección excluye a muchos ciudadanos de la posibilidad de participar en la gestión de la cosa pública. No obstante, no es sólo una cuestión de izquierda y derecha, sino de que tampoco parecen los ciudadanos muy interesados en esa participación. Lo bien recibida que fue la conversión a la *tradicionalidad* de Los Verdes alemanes por los votantes, o el hecho de que a las reuniones de Alternativa Ciudadana, un partido que pone el acento en su componente asambleario, no acudan más allá del 2 o el 3 por ciento de sus votantes (que no es poco), son manifestaciones que ponen de relieve una vez más que la profundización del proceso democrático no resulta, desde luego, una de las prioridades de la mayoría de la población.

La opinión en la época del político profesional

Ahora bien, este alejamiento de los ciudadanos de la participación, su condición de elementos políticamente pasivos, guarda relación directa con el monopolio de la acción política que ejercen los partidos políticos, con independencia, como hemos visto, de su adscripción ideológica. Los partidos, que constituyen, como se repite, un elemento sustancial de la democracia, se han convertido a la vez en uno de los obstáculos para su desarrollo.

La esencia de la democracia debería consistir en que nadie sea dominado por otros, esto es, privado de su opinión y del intento de transformarla en acción política, dando así lugar a un poder compartido, conformado a partir de opiniones singulares, porque la democracia es división y parcialidad. En otros términos: democracia quiere decir partidos, pues, en efecto, las opiniones se organizan selectivamente por afinidades políticas, precisamente para poder superar la impotencia que provoca la opinión aislada. Sin embargo, los partidos convierten esas voluntades individuales, afines aunque diversas, en una voluntad única. Así, los individuos que dan vida a la organización, con el objetivo de fortalecer sus propias opiniones, se ven relegados de la escena, que es ocupada por el partido como único sujeto político efectivo. Además, la lógica propia de la organización excluye del escenario a quienes pretenden mantener su autonomía y se niegan a aceptar la manera en que el partido reduce el conjunto de las opiniones a un mínimo común deno-

minador. En definitiva, quien no se organiza pierde relevancia, y quien se organiza, autonomía; el ciudadano desaparece como protagonista de la escena política, aunque podrá asomarse a ella como técnico –que puede emitir opiniones– o como elector –que sólo puede compartir las opiniones ajenas–.

Lo que se inició como una coalición de ciudadanos para alcanzar un fin, al constituirse en organización estable, transforma la actividad pública en profesión. Y el intercambio de las opiniones, la deliberación, deja paso a la adhesión, convirtiendo a los militantes en fieles. Pero el proceso que transforma la política en una profesión despoja también al político –ahora ya hombre de partido– de toda posibilidad de autonomía, pues pasa a depender en todo y para todo del partido o de su líder. La política se torna horizonte profesional, y la necesidad de perpetuar y acrecentar el poder se convierte en el objetivo de la profesión, que no puede alcanzarse sin reforzar la propia organización de la cual depende, actividad en la que se concentran los principales esfuerzos de estos profesionales. En esta situación, las ideas y los ideales desaparecen progresivamente. Los partidos se convierten en simples organizaciones de cazadores de empleos, que formulan programas vacuos para cada campaña electoral al hilo del humor de unos electores que demuestran su escasa voluntad de participar en la gestión de la cosa pública.

Vemos, pues, que los partidos se debaten en una ambivalencia que es estructural: facilitan la acción política del ciudadano que se organiza al tiempo que terminan por excluir a los ciudadanos de esa acción política. Y la profesionalización de la actividad política acaba constituyendo una barrera determinante no sólo para la propia participación, sino también para la deliberación democrática, provocando así, además, el empobrecimiento de la propia acción de gobierno. No puede extrañar, por tanto, que al adueñarse del espacio público, estas organizaciones hayan impedido la aparición de las características básicas de la democracia griega: la brevedad y la rotación de los cargos y su elección por sorteo, mientras que la retribución de los cargos públicos queda limitada a los profesionales de la política.

Una propuesta inocente

Llama la atención, tras más de dos siglos de democracia representativa, la pobreza innovadora –en una sociedad que considera ésta una de sus características– de la que han hecho gala tanto quienes se dedican a la acción política como los que lo hacen al pensamiento político. Si bien es cierto que la mayoría de los ciudadanos

Quien no se organiza pierde relevancia, y quien se organiza, autonomía

no parecen estar interesados en participar en la vida política, no lo es menos que ese interés, que probablemente nunca será mayoritario, depende también de las facilidades que proporcione el propio sistema político. Dadas estas circunstancias, profundizar el proceso democrático requiere abordar transformaciones estructurales que propicien la aparición en la escena política del ciudadano individual, al que los partidos políticos mantienen alejado de ella, para que pueda manifestar sus opiniones y actuar en ese espacio.

No parece descabellado acudir para ello a las enseñanzas de la democracia clásica, pese a que han sido muchos y durante mucho tiempo los que han sostenido que la complejidad y la dimensión de las sociedades actuales impiden la aplicación de sus cuatro grandes características. No obstante, resulta claro que lo que a gran escala parece tan complicado se simplifica en escalas más reducidas, y la sociedad moderna dispone de una gran cantidad de microespacios políticos en los que la rotación, la brevedad de los mandatos y el sorteo son perfectamente aplicables. Así sucede en la política local, en el interior de los partidos políticos y en múltiples asociaciones de la sociedad civil —en los sindicatos y en los comités de empresa, en la escuela o la universidad...—. También se cuestiona que nuestras democracias pudieran soportar el gasto de sufragar la participación política de muchos ciudadanos; pero este argumento palidece en cuanto lo confrontamos con los cuantiosos fondos, de procedencia pública y privada, que nuestra sociedad destina a costosísimas campañas electorales y a financiar a los partidos, amén de los que dedicamos a los sueldos de no pocos políticos y asesores.

*La propuesta
consiste en
añadir a los 23
consejeros
elegidos en la
actualidad en
representación
de los partidos
otros 23
ciudadanos
elegidos por
sorteo*

No se trata de enfrentar de manera excluyente la democracia antigua con la moderna; creemos que la profundización del proceso democrático debería consistir hoy en lo que podría denominarse una democracia mixta, en la que a la democracia representativa se le añadieran, en dosis variables, los criterios básicos de la antigua democracia participativa. Nuestra propuesta pone su acento en la recuperación del sorteo para implicar, de verdad, a todos los sectores de la sociedad. Y no puede descartarse sin más este mecanismo, como lo hace la mayoría, cuando ya se está aplicando a una actividad de consecuencias tan trascendentales como impartir justicia. Si un grupo de ciudadanos elegidos por sorteo puede decidir sobre la libertad o el encarcelamiento de una persona, parece obvio que deberían poder hacerlo sobre la gestión del espacio público y el destino de los fondos que a esa gestión se dedican.

Como decíamos, hay bastantes espacios en los que aplicar los cri-

terios mencionados, pero en este texto lo ejemplificaremos en uno de ellos: en la política local, y más concretamente en el Cabildo de Lanzarote. La propuesta consiste en añadir a los 23 consejeros elegidos en la actualidad en representación de los partidos políticos otros 23 ciudadanos elegidos por sorteo. Para respetar la voluntad expresada en las urnas, la elección del presidente y del grupo del gobierno se realizaría exclusivamente entre los 23 consejeros electos. Pero a partir de ahí, todas las decisiones de gobierno tendrían que ser respaldadas por la mayoría de los 46 representantes, con la única excepción de la designación de los cargos que se consideraran de confianza de la presidencia o de la mayoría de gobierno. Efectivamente, esos ciudadanos participarían en la decisión de si es necesario o no detener el crecimiento turístico, las licencias que se conceden y las que se deniegan, si construir una carretera o incrementar el transporte público, en la adjudicación de los contratos, en la contratación del personal y en sus salarios...

Ese cuerpo añadido de 23 ciudadanos sería elegido por sorteo, como se hace con los jurados, entre los integrantes del censo electoral. No obstante, y puesto que parece difícil justificar hoy la obligatoriedad de la participación pública, podría contemplarse que cualquier ciudadano pudiera solicitar ser excluido de ese sorteo. La actividad de las personas elegidas sería remunerada con la misma cantidad de dinero que se estableciera para los políticos profesionales (habría que ver cómo se concretarían los derechos laborales que conllevaría esa participación, como ocurre con los delegados sindicales). Parece obvio que ese salario podría constituir un acicate precisamente para los más desposeídos, para quienes se encuentran hoy más alejados del ámbito político. La rotación la impondría la propia brevedad del mandato, que podría ser de seis meses. Con una duración menor quizá no dispondrían del tiempo necesario para familiarizarse con los problemas de la gestión (podría contemplarse que, para mantener ese conocimiento, se dividieran en dos partes y que cada una de ellas se sorteara cada tres meses, con lo que el 50% llevaría siempre un mínimo de un trimestre de actividad). Un período como éste permitiría que durante los cuatro años participaran 184 ciudadanos en el gobierno de la Isla; esa cantidad y la brevedad del mandato dificultarían notablemente el habitual intento de comprar conciencias de los poderes político y empresarial.

Puede adivinarse la oposición de la mayoría de la clase política a un sistema mixto que complicaría notablemente su actividad, porque terminaría con las mayorías estáticas que imponen su voluntad

Los gobernantes tendrían que defender sus propuestas de forma razonada pues carecerían de una mayoría estable

durante cuatro años sin necesidad de acudir a ningún consenso ni a razonar siquiera las decisiones tomadas. Y es en este campo, en el del componente deliberativo de la democracia, donde esta propuesta muestra sus principales virtudes, pues los políticos que gobiernan tendrían que defender sus propuestas de forma razonada para que fueran aprobadas, en una asamblea en la que carecerían de una mayoría estable. Obviamente, este sistema supondría un notable incremento de la participación de la ciudadanía en la gestión del espacio público y, en consecuencia, de su implicación en él. Se contribuiría así a acercar a los ciudadanos al sistema político del que tan lejos se encuentran hoy. En suma, se incrementaría la confianza necesaria para ampliar la legitimidad y la eficacia del ámbito político, porque la participación en él dejaría de ser exclusivamente cuestión de las élites, como sucede hoy tanto en el espacio institucional como en el de los partidos o en la sociedad civil.

Bibliografía:

- Norberto Bobbio, *Teoría general de la política*. Editorial Trotta, Madrid, 2003.
- Cornelius Castoriadis, *El ascenso de la insignificancia*. Ediciones Cátedra, Madrid, 1998.
- Ralf Dahrendorf, *Después de la democracia*. Editorial Crítica, Barcelona, 2002.
- Andrés de Francisco, "Teorías y modelos de democracia". AA. VV., *Teoría política: poder, moral, democracia*. Alianza Editorial, Madrid, 2003.
- Antoni Domènech, *De la ética a la política. De la razón erótica a la razón inerte*. Editorial Crítica, Barcelona, 1989.
- Antoni Domènech, "Democracia, virtud y propiedad (Anteayer, ayer y hoy)". AA. VV. *Teoría política: poder, moral, democracia*. Alianza Editorial, Madrid, 2003.
- Paolo Flores D'Arcais, *Hannah Arendt. Existencia y libertad*. Editorial Tecnos, Madrid, 1996.
- Elena García Guitián, "Problemas de la representación política". AA. VV., *Teoría política: poder, moral, democracia*. Alianza Editorial, Madrid, 2003.
- Ludovico Geymonat, *Historia de la Filosofía y de la Ciencia. Vol. 1 Antigüedad y Edad Media*. Editorial Crítica, Barcelona, 1985.
- Félix Ovejero, *La libertad inhóspita. Modelos humanos y democracia liberal*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2002.

No resulta sencillo prever con detalle la transformación política que acarrearía la implantación de una reforma como la planteada; pero sería importante y, creemos, claramente positiva. Las dificultades técnicas para su implantación son escasas, pese a que pudiera requerir una reforma constitucional (mucho más renovadora que la de tratar de definir cuántas naciones tiene este país). En cuanto a los ámbitos en los que podría aplicarse, la política local parece el terreno idóneo para comenzar; el ejemplo utilizado para el Cabildo es fácilmente trasladable a los ayuntamientos. Ahora bien, ello no significa que, en un segundo estadio, este sistema mixto de representantes por elección y sorteo no pudiera ser aplicado, con las variantes que se contemplaran, a nivel autonómico o nacional. Por supuesto, lo más sencillo, y por donde lógicamente debería comenzarse, es aplicarlo en el interior de partidos, sindicatos y colectivos sociales, culturales o deportivos, donde a las direcciones elegidas por votación podrían sumarse también una cantidad equivalente de asociados elegidos por sorteo.

Reconocemos que, como sostiene un liberal como Ralf Dahrendorf, "toda democracia tiene dentro de sí un elemento oligárquico", y que probablemente así continuará siendo, pero el objetivo de esta propuesta, que debería ser el de cualquier proyecto político emancipatorio, no es otro que el de restarle preeminencia por la vía de incrementar el componente igualitario, que también debe estar presente en toda democracia. Es decir, mantener el espíritu de aquellos que durante siglos han luchado por ella.

Sociedad educativa: la necesidad insatisfecha

Luis Arencibia Verdú

No llego a comprender por qué, siendo los niños tan inteligentes, los adultos son tan tontos. Debe ser fruto de la educación.

Alexandre Dumas

Sociedad y educación

En la educación, naturaleza y sociedad convergen para dar lugar al hombre educado, es decir, socializado de acuerdo con el “manual de instrucciones” de dicha sociedad: su cultura. Las funciones sociales de la educación se pueden englobar en dos vertientes: la conservadora y la innovadora. Ambas son necesarias y complementarias: es tan necesario que la comunidad perpetúe elementos propios como que estimule la innovación y la adaptación a nuevas circunstancias. Yendo un poco más allá, la educación, en su vertiente social, se presenta como medio de control social, vía de estratificación, promotora de cambios, agente de movilidad social y precursora de desarrollo¹.

Las preguntas que se plantean son: ¿en manos de quién está en nuestra sociedad dicho poder?, ¿con qué finalidad se hace uso de él?, ¿cómo se puede tomar el control de la situación?

Vivimos en el tiempo y el lugar de la incertidumbre y, como consecuencia de ello, vivimos en la inmediatez. Y uno de los resultados más llamativos y escalofriantes de ello es la confusión en los procesos por los cuales se transmiten los patrones culturales, los códigos morales, las pautas de conducta... de generación en generación. La cantidad de elementos que actualmente intervienen en este proceso (nuevas tecnologías, marketing, centros de formación, urbanismo, ideologías políticas, mercado laboral, innovaciones pedagógicas, códigos morales, núcleo familiar, migraciones...), la

Es tan necesario que la comunidad perpetúe elementos propios, como que estimule la innovación y la adaptación a nuevas circunstancias

1. R. Medina Rubio, L. García Aretio y M. Ruiz Corbella, *Teoría de la educación. Educación Social*. UNED, Madrid, 2001.

Si en su momento era la familia, ahora es la escuela la que entra en crisis

velocidad con la que cambian, y las diferentes combinaciones a las que dan lugar desbordan constantemente la capacidad de análisis y se salen repetidamente del marco en cuanto se intenta fotografiarlos.

Lejos de alentarse un intenso debate acerca de quiénes, cómo, por qué o para qué modelan a la siguiente generación, se llevan a cabo una cascada de análisis y acciones estancas que tratan la problemática de forma fragmentaria, llena de prejuicios y casi siempre en beneficio de quien ostenta el poder. Esto puede llegar a originar una brecha entre los esfuerzos para la mejora del mundo donde vivimos y los encaminados a cualificar a los futuros protagonistas por los que se pretende velar y que ya están entre nosotros. Vano esfuerzo, por ejemplo, el de preservar el medio ambiente si no logramos que los que nos sucedan no cometan los mismos errores que nosotros.

Un pedazo del camino hasta hoy

Con la llegada de la Revolución Industrial, la organización gremial comienza a desmoronarse. Los oficios comienzan a dejar de pasar de padres a hijos, así como los valores, la posición social, el lugar de residencia... La estructura familiar pierde peso educativo a pasos agigantados. Se puede decir que este proceso no ha cesado hasta nuestros días, en gran medida debido a la puesta en marcha y desarrollo de la *educación formal* universal y obligatoria, por medio de instituciones acondicionadas para ello, en las cuales la sociedad delega gran parte de la responsabilidad de instruir a los niños y jóvenes en pro de su éxito personal.

Ya en la segunda mitad del siglo XX, se produce otro salto cualitativo. Si en su momento era la familia, ahora es la escuela la que entra en crisis. La sociedad del aprendizaje exige transformarse para adaptarse a nuevas exigencias, nuevas situaciones sociales²:

- Consolidación del derecho a la educación y la democratización del acceso.
- Cambios en las estructuras demográficas de la población.
- El avance de las nuevas tecnologías.
- La reorganización económica.
- Los cambios sociales y culturales.

El futuro para el que se pretendía preparar en la escuela cambia constantemente, por lo que debe consolidarse una formación basada en lo esencial, y fundamentalmente apoyada en destrezas y valores. Por lo tanto, del entrenamiento hacia la consecución de una meta concreta (un puesto ya existente en la sociedad, y que se suponía permanecería con similares características cuando el edu-

2. R. Medina Rubio, L. García Aretio y M. Ruiz Corbella, *Teoría de la educación. Educación Social*. UNED, Madrid, 2001.

cando acabara su periodo formativo) se pretende pasar a una formación integral de la persona en sus vertientes individual y social, desarrollando en ella virtudes como la capacidad de análisis, la flexibilidad o la empatía, necesarias para la adaptación y competitividad en el incierto futuro que se le avecina. A las dos grandes áreas del aprendizaje, “saber” y “saber hacer”, se reincorpora la tercera, “saber ser”.

Por otra parte, desaparece la idea de tiempo limitado de formación. La metamorfosis continua del mercado de trabajo, la revolución de las nuevas tecnologías o la prolongación de la vida, entre otros múltiples factores, hace que tengamos la necesidad y el derecho de formarnos y reciclarnos desde nuestro nacimiento hasta nuestra muerte. Aparece entonces la noción de *educación permanente*, y se acaba de tomar conciencia de la importancia de cuidar los procesos por los cuales aprendemos, día a día y en todas partes, más allá de la etapa académica.

Para ordenar las diversas herramientas de las que se estaba haciendo uso, en respuesta a las múltiples necesidades, se establecen también las categorías de *educación formal* (sistema educativo institucionalizado, jerárquicamente estructurado), *no formal* (sistemática y organizada, pero fuera del sistema oficial) e *informal* (proceso permanente por el cual todo individuo adquiere destrezas, actitudes... a partir de sus experiencias cotidianas de interacción). Esta última, única de las tres que no está organizada, es la que más tiene que ver con los procesos de socialización y asimilación de la propia cultura.

El presente: la sociedad educadora

Actualmente parece claro, y las iniciativas más innovadoras van en ese sentido, que la única perspectiva clarificadora es la que toma la realidad como un todo educativo: desde las ordenaciones del territorio hasta los horarios comerciales. Todo influye, y esta responsabilidad abstracta debe ser analizada y asumida por cada una de la infinidad de partes que intervienen, como un elemento más a considerar. Más que en la propia idea (velar por los menores y por los ciudadanos en general), la novedad radica en el análisis sistemático de la cuestión y en la implantación de mecanismos para la puesta en marcha de actuaciones ambiciosas a la vez que realistas. Básicamente, por medio de tres vías: adaptando la Administración pública, dotando presupuestariamente y reglamentando.

Para concretar en algunos ejemplos: ¿qué repercusiones tienen en este sentido las continuas incorporaciones irregulares a las admi-

La única perspectiva clarificadora es la que toma la realidad como un todo educativo

nistraciones locales e insulares? La lista es larga y, por supuesto, poco alentadora: desmotivación y baja autoestima de los menos agraciados en lo que a *contactos* se refiere, desconfianza hacia la administración pública, predominio de planteamientos como el “todo vale” o desprecio del compromiso con el bien colectivo. ¿Y la planificación urbanística supeditada a intereses especulativos? Pues otro tanto: baja autoestima como comunidad, escasas redes de comunicación, transformación del entorno para hacerlo propio (pintadas, vandalismo...), establecimiento de zonas de reunión en espacios no acondicionados para ello, tensiones sociales o depresión. ¿Y la publicidad dirigida a los niños?³ ¿Y la existencia de zonas recreativas públicas distintas para ricos y para pobres?...

El reto está en construir entornos educativos en los que se aspire a la igualdad de resultados

El reto está en construir entornos educativos en los que se aspire a la *igualdad de resultados*, más allá del actual uso cínico de la *igualdad en las oportunidades*, entendiendo éstos como la consecución de la felicidad personal (en un sentido más amplio que el meramente hedonista que hoy predomina), y en los que se diluya la diferenciación artificial entre agentes educativos y agentes no educativos, ya que en realidad todo y todos conformamos una gran maquinaria educativa.

Deberes para los municipios

Parece claro que el marco ideal para emprender esta tarea son las administraciones locales. Según explica Subirats, con la llegada de la democracia se produjo en éstas una revolución desarrollista en la que ya que faltaba casi todo por hacer, casi todo estaba permitido. Pero con la llegada de los noventa, lo novedoso se fue agotando, las exigencias de la población habían aumentado y los presupuestos se hicieron cada vez más restrictivos, por lo que fue siendo necesario priorizar unos objetivos que a la vez marcarían una dirección y una temporalización. Canarias, con la implantación de la industria turística a partir de los setenta, es un ejemplo paradigmático de esto.

No se trataría en ningún caso de sobrecargar de competencias a los municipios, sino de llevar a cabo un reparto claro de responsabilidades y de aprovechar la potencialidad de éstos como generadores de redes y posicionamientos personales constructivos⁴.

Existe, asimismo, un Movimiento Internacional de Ciudades Educadoras⁵, en el que se integran diversas ciudades canarias, que establece que “la ciudad será educadora cuando reconozca, ejercite y desarrolle, además de sus funciones tradicionales (económica, social, política y de prestación de servicios), una función educadora, cuando asuma la intencionalidad y responsabilidad cuyo objeti-

3. A pesar de que este tema no despierta gran alarma social en nuestro país, en ciertos países la publicidad dirigida a los niños está totalmente prohibida.

4. J. Subirats (coord.), *Gobierno local y educación: la importancia del territorio y la comunidad en el papel de la escuela*. Ariel, Barcelona, 2002.

5. Con sede en Barcelona, fue creado en 1990 con motivo del I Congreso Internacional de Ciudades Educadoras. Su página web es la siguiente: www.bcn.es/edcities/aice/estaticques/espanyol/sec_iaec.html.

vo sea la formación, promoción y desarrollo de todos sus habitantes, empezando por los niños y los jóvenes”. Además, hace reposar dicho compromiso en “tres premisas básicas: información comprensible (necesariamente discriminada) hacia la ciudadanía, participación de esta ciudadanía desde una perspectiva crítica y responsable y, finalmente, (aunque no menos importante) evaluación de necesidades, propuestas y acciones”.

Desde este punto de vista, queda por pensar lo que les falta a las instituciones locales lanzaroteñas para llegar a ser lo que casi todo el mundo piensa que deben ser. En este sentido, es frustrante que después de haber pasado de la nada al todo, con el boom turístico, se haya regresado a la nada, respecto a las posibilidades abiertas, por la labor de la inmensa mayoría de los gestores y la complicidad de la inmensa mayoría de los ciudadanos, topándonos con instituciones que son como esas personas obsesionadas por el dinero que no tienen, bien porque lo han malgastado, bien porque les sirve como excusa frente a su propia incapacidad para funcionar.

Frente a otros pronósticos menos halagüeños, son evidentes las ventajas que nuestro territorio alberga para la implantación de las dinámicas adecuadas: fácil percepción como comunidad, debido a la existencia de límites geográficos claros, estratificación social inferior a muchos otros entornos, número medio de habitantes...

Los obviados: niños y adolescentes

Gran parte de la culpa de este descuido colectivo respecto a las consecuencias de nuestras decisiones como sociedad estriba en un hecho: el período en el que somos más sensibles a las influencias educativas coincide con el período en que no se nos permite votar. En la sociedad de la autosuficiencia y del proyecto vital individualizado, donde el ejercicio de la participación política queda reducido al voto, los menores se ven incapacitados para ejercer presión.

Cuando la vía cotidiana de integración y vertebración pasa por la capacidad para consumir (vivienda, tecnología, transporte, ocio, educación de calidad, elementos distintivos de clase, servicios de asesoramiento...), quedan los niños y adolescentes inmersos en un limbo entre la teoría, las buenas intenciones y la realidad, en el cual el precio del ticket de salida está puesto, literalmente, en los escaparates de los establecimientos comerciales. Los responsables de marketing de todo el mundo son conscientes de esto, y dedican todos sus esfuerzos y conocimientos para conseguir acentuar cada día un poco más esta dependencia.

Mientras acotamos espacios y tiempos para los menores, los tene-

Todo y todos conformamos una gran maquinaria educativa

mos escasamente en cuenta en la construcción de nuestro proyecto colectivo presente, sea éste el que fuere. De hecho, no fue hasta la Convención de las Naciones Unidas del 20 de Noviembre de 1989, cuando se les declara ciudadanos de pleno derecho, al otorgarles derechos civiles y políticos, respaldando su necesidad de participar en función de su grado de madurez y de hallar su lugar junto a los adultos.

Mientras que las palabras no se trasladan a los hechos, se produce una curiosa contradicción entre la idea generalizada del menor como proyecto futuro, como algo que existe para llegar a ser, y la evaluación de sus rendimientos como individuo analítico y maduro, capaz de digerir y relativizar, por ejemplo, las tres, cuatro o cinco horas que pasa cada día frente a la televisión sin ningún tipo de supervisión. Desde el punto de vista de la sociedad educativa, debates como el que gira acerca de la conveniencia de repetir o no curso están interesadamente sesgados si no se tienen en cuenta estos otros factores.

No se puede huir de esta elección: o se considera a los menores proyectos incompletos de lo que van a llegar a ser, por lo cual debemos supervisar constantemente el camino hacia esa meta, guardándoles de todo lo que pudiera desviarlos, o se les considera individuos en un intenso proceso de maduración y adaptación a un entorno cambiante y muchas veces hostil, por lo cual no se pueden dejar de tener en cuenta todas y cada una de las circunstancias que les condicionan.

Las nuevas líneas de actuación que van surgiendo en programas de educación social reniegan de la primera visión, la del destinatario de la acción como pedazo de algo por concluir, instruyéndole, por ejemplo, en “habilidades sociales”. De hecho, hay quien actúa sin la intención de integrar. Pretender que un habitante de una barriada infradotada encaje en el sistema, ¿es una forma de liberar o de dominar? Se trataría en este caso de considerar las actitudes del sujeto como parte de la adaptación lógica a su entorno y de mostrarle posibilidades para enriquecer sus recursos personales, dejando la posibilidad de elección a su criterio.

Aplicándolo a las estrategias educativas imperantes en gran parte de las familias, se percibe cierto grado de alarma respecto de los supuestos peligros a los que están sometidos los jóvenes, pero, en vez de intentar incidir sobre estas carencias del entorno, se pretende la salvación de los propios hijos por medio de la promoción académica y el control exhaustivo hacia la consecución de la meta

*Mientras
acotamos
espacios y
tiempos para
los menores, los
tenemos
escasamente en
cuenta en la
construcción de
nuestro
proyecto
colectivo
presente*

futura, en función de los anhelos, recursos y patrones culturales de cada núcleo familiar. Lo que da lugar a individuos con serias dificultades para sacar provecho de sus experiencias presentes en el espacio donde habitan y, por tanto, madurar socialmente. Valores como el respeto al medio ambiente o la actitud crítica con la realidad social sólo pueden recalar sólidamente en las personas tras una intensa relación con la realidad inmediata que les rodea.

Debemos dejar de interpretar la problemática infantil y juvenil como una “falta de” (estímulos, valores, perspectiva...) Primero, porque en la inmensa mayoría de los casos es falso; otra cosa es que los estímulos sean caóticos y contradictorios, los valores que absorben sean los opuestos a los que pretendíamos inculcar o la perspectiva se acabe en el fin de semana próximo. Segundo, porque nos pone un velo ante la tarea pendiente de pararse a pensar qué entorno físico, psíquico y social estamos construyendo día a día para quienes, en breve, asumirán las responsabilidades que hoy ostentamos nosotros.

¿Cómo estamos?

Hoy, el estado de los principales actores en el proceso educativo es bastante preocupante. Por una parte, el núcleo familiar es cada vez más reducido y, además, la comunicación es escasa y de baja calidad por la falta de tiempo y el choque intergeneracional, entre otros motivos. No es que las familias no eduquen y esa responsabilidad la asuma, por ejemplo, la televisión. El núcleo familiar, aunque en menor grado, seguirá siendo el principal espacio de socialización⁶. Lo que pasa es que se está convirtiendo, a veces sin darse cuenta, en correa de transmisión de todos los males sociales a los que debería hacer frente: despersonalización, materialismo...

Por otra parte, el sistema educativo institucionalizado es cuestionado repetidamente, por los docentes, por los responsables políticos o por un mercado laboral en continuo cambio. Además, queda mucho por hacer para que los constantes retos que la sociedad plantea sean asumidos por éste de forma dinámica y productiva.

Finalmente, las comunidades, en cuyo seno se desarrollan los menores, se encuentran inmersas en una feroz competición en la que cada ciudad, comarca, isla... intenta atraer para sí la mayor cantidad posible de ingresos. Bien sea en forma de subvenciones, intercambios comerciales, turistas... (Christian Thomas Reutlinger). En este proceso, sobra decir que lo que prima no es una estructura social solidaria y compensatoria. Aplicado al caso de Lanzarote es ya casi un tópico la coletilla “y además esto repercutirá en la pro-

El núcleo familiar es cada vez más reducido y, además, la comunicación es escasa y de baja calidad

6. J. Subirats (coord.), *Gobierno local y educación: la importancia del territorio y la comunidad en el papel de la escuela*. Ariel, Barcelona, 2002.

moción exterior de la Isla”. Así se pretenden justificar escalofriantes inversiones en infraestructuras de dudosa necesidad, mientras que necesidades sociales básicas reciben partidas a cuentagotas.

La trampa de la superficialidad

En los últimos años parece que van formando parte de nuestras vidas una serie de palabras (ecología, mestizaje...) y, menos, algunas ideas conectadas con ellas, como la participación y la vida en comunidad, relacionadas con el argumento de este artículo. Se podría concluir que hemos llegado a un punto de bienestar social y control de la información tal, que nos estamos rebelando contra comportamientos claramente irracionales del pasado, como pueden ser el dominio del débil por el fuerte o la desconfianza hacia el desconocido. Pero una rápida mirada a las prioridades vitales de la inmensa mayoría de las personas nos desengaña de este bienintencionado análisis. A esta contradicción entre los planteamientos que manejamos y nuestros actos se le pueden buscar diversos orígenes. Entre ellos, el marketing a cargo de empresas, ONG o partidos políticos, cada cual en pro de sus intereses, que han bajado estas ideas a la calle por medio de versiones descafeinadas de fácil asimilación y ejecución: “salve a las ballenas por 5 euros al mes”, por ejemplo. Hay que tener en cuenta que cualquier planteamiento espeso o revisión concienzuda de nuestras vidas probablemente nos hará desistir del intento. Lo prioritario es la idea como producto, no como base para la acción. Frente a este proceso, inevitable, e incluso justificable, se impone la necesidad de potenciar la autocrítica y el afán constructivo en ciudadanos e instituciones.

Más allá de los necesarios posicionamientos ideológicos, actuamos en base a la satisfacción de la escala de necesidades materiales y psicológicas, desde la seguridad física, hasta la realización personal. Y parece evidente que estas necesidades sólo son satisfechas con una interacción adecuada entre el individuo y el colectivo o colectivos con los que se identifica, por lo que se hace necesario huir de la concepción de las redes sociales como algo complementario u opcional y valorarlas como una fuente inagotable de recursos personales.

Y para poder llevar a buen fin estas intenciones, es imprescindible comprender y actuar en base a las repercusiones educativas, en menores y adultos, de cada una de las actuaciones que afectan a la colectividad. ¿Y por dónde empezar? Pues, obviamente, y cayendo en el tópico, por nosotros mismos.

Huir de la concepción de las redes sociales como algo complementario u opcional, y valorarlas como una fuente inagotable de recursos personales

Comer largas distancias, comer petróleo

Jorge Riechmann

Los sistemas agroalimentarios de las naciones industrializadas son enormemente "petrodependientes". Esto no sólo supone una gran vulnerabilidad (el petróleo es un recurso finito que está agotándose rápidamente), sino que además hace que el sector contribuya de forma significativa al cambio climático. Aunque cada eslabón de esas cadenas alimentarias industrializadas y "petrodependientes" emite gases de efecto invernadero (sobre todo CO₂), un eslabón especialmente importante es el transporte de alimentos a larga distancia.

El informe *Eating Oil: Food in a Changing Climate*, publicado en diciembre de 2001 por la ONG británica SUSTAIN y el Centro de Investigación Elm Farm, alerta sobre este fenómeno y lo cuantifica. *El transporte de alimentos a larga distancia casi se ha duplicado en los últimos 30 años*: concretamente, en el período entre 1968 y 1998, el comercio internacional de alimentos aumentó un 184% (mientras que la producción de alimentos sólo creció el 84%), lo que significa que los alimentos

viajan más y a mayores distancias por tierra, mar y aire.

En el Reino Unido, entre 1985/86 y 1996/98, las distancias promedio recorridas por los consumidores para hacer la compra aumentaron un 57% (de 14 a 22 kilómetros), y también la frecuencia (de 1,68 a 2,42 veces por semana). Los planificadores de supermercados estiman que la gente viajará en automóvil hasta 70 kilómetros (35 de ida y 35 de vuelta) sólo para ir de compras. Y, si estos desplazamientos ya causan mucha contaminación, los kilómetros que vuela la cesta de alimentos que compra típicamente una familia cada

VOLAR CALIENTA EL CLIMA DEL PLANETA

- ◆ **El tráfico aéreo es la fuente de emisiones de gases de efecto invernadero que está creciendo más deprisa.** Entre 1990 y 2001, expresado en pasajeros/km, ha crecido un 7,4% en promedio anual; el tráfico en los aeropuertos de la UE se ha quintuplicado entre 1970 y 2000.
- ◆ **De todas las modalidades de transporte, el avión es la que más contribuye a las emisiones de dióxido de carbono.** Sus emisiones son dos veces más elevadas que las de un automóvil, y seis veces más elevadas que las del tren o el autobús (en pasajeros/km). Por cada litro de combustible de aviación que se quema, se liberan 2,5 kg de dióxido de carbono a la atmósfera
- ◆ En la web www.chooseclimate.org, cualquiera puede calcular los costes ecológicos reales de un viaje en avión.

semana *causarán cincuenta veces más contaminación y calentamiento del planeta* que esos viajes en coche.

Por otra parte, el transporte de mercancías por tierra en la Unión Europea se ha triplicado desde 1970. Los alimentos y piensos para animales representan nada menos

¿Qué sentido tiene que en un año Gran Bretaña importase 126 millones de litros de leche y exportase 270 millones?

que un 30% de todas las mercancías transportadas.

Algunas formas de comercio con alimentos resultan claramente un desatino: ¿qué sentido tiene que en un año –1997– Gran Bretaña importase 126 millones de litros de leche y exportase 270 millones? Además, se utiliza más energía para transportar los alimentos que la proveniente de los propios alimentos (en la forma de calorías alimentarias). Por ejemplo: por cada caloría de lechuga iceberg que vuela de Los Ángeles a Londres se están quemando 127 calorías de combustible.

Tampoco hay que pensar que promover el comercio a larga distancia de alimentos vaya en el interés de los países más pobres (o más bien: de sus poblaciones más pobres). En un período en que las exportaciones de fruta desde Kenia se duplicaron, el consumo doméstico cayó de 30,5 a 26,5 kilos por persona y año.

Algunas clases de alimentos siempre tendrán que ser importados, pero hay formas de transporte mucho menos perjudiciales para el medio ambiente que otras. *El transporte por mar es una de las mejores opciones*, ya que –en lo que a alimentos se refiere– el transporte terrestre genera seis veces más CO₂ y el flete por aire cincuenta veces más.

Los alimentos ecológicos utilizan en su producción menos energía que los alimentos convencionales. La leche convencional, por ejemplo, necesita cinco veces más energía por vaca que la ecológica. Pero en un país como Gran Bretaña, como el 75% de los alimentos ecológicos que se consu-

men son importados, queda anulado uno de los principales beneficios ambientales de los alimentos ecológicos. Cuando éstos son importados por avión desde Nueva Zelanda, el consumo de energía del transporte es 235 veces mayor que el ahorro de energía en la producción ecológica. En Gran Bretaña, una cesta típica de 26 productos ecológicos importados ha dado seis veces la vuelta al mundo (241.000 kilómetros).

Un estudio de caso comparaba un típico menú inglés compuesto a base de ingredientes importados, frente a otro cocinado con ingredientes locales comprados en el mercado de abastos. En el primer caso, la comida había viajado 24.364 millas y consumido 52,7 megajulios de energía; en el segundo caso, apenas 376 millas y 1,04 megajulios. Como se ve, las diferencias resultan sustanciales.

Para luchar contra el cambio climático y avanzar hacia un desarrollo que de verdad sea sostenible, urge acortar esos largos kilómetros de viaje (y las correspondientes emisiones de CO₂) que incorporan los alimentos. Para ello necesitamos *recentrar la producción y el consumo sobre el territorio*, promoviendo activamente el consumo de alimentos locales y de temporada. Comer de lo cercano es tan importante –o más– que comer ecológico.

Fuentes:

Food Magazine n.º 56 (2002)

www.sustainweb.org/pdf/eatoil_pr.PDF (documento en la página web de la organización británica SUSTAIN.

Más información:

Jorge Riechmann, *Cuidar la T(t)ierra*. Icaria, Barcelona, 2003.

¿Quién friega los platos?

Jorge Marsá

Los conflictos por el trabajo doméstico constituyen hoy el pan nuestro de cada día en las relaciones de pareja. ¿Tiene alguna relación la pelea sobre quién friega los platos con el amor, la realización personal, la igualdad entre las personas, la liberación de la mujer, la identidad cultural o el individualismo? La contestación bien podría ser negativa si la pregunta la responde un varón, y afirmativa si lo hace una mujer.

Ese conflicto constituye una manifestación del cambio de las costumbres que se ha producido durante las dos últimas generaciones en las sociedades más desarrolladas del planeta. La identidad cultural de quienes habitamos en esas sociedades ha sido radicalmente transformada por el proceso de individualización, acelerado tras la revolución cultural que emergió con claridad en la década de los sesenta del pasado siglo.

La individualización ha provocado que un número cada vez más creciente de mujeres y hombres disfrutaran de una libertad sin prece-

dentos a la hora de plantearse la forma en que querían vivir sus vidas. Pero también nos proporcionó una tarea sin precedentes: hacer frente a las consecuencias. La libertad individual obtenida, que nos liberaba de las constricciones de la identidad cultural tradicional, nos enfrentaba a la par al fantasma de la incertidumbre, materializado en el temor al fracaso. Porque la libertad y el fracaso constituyen pareja inseparable.

Donde puede observarse con más claridad el imparable proceso de individualización, el paso de las concepciones centradas en el conjunto a las que lo hacen en la persona, ha sido en las relaciones de pareja. Se ha discutido frecuentemente en estas décadas sobre la posible desaparición del matrimonio o de la familia. El debate fue estéril en no pocas ocasiones, porque se utilizaban los mismos términos para definir realidades bien distintas. El matrimonio y la familia permanecen; pero tienen poco que ver con lo que eran.

Hasta los años sesenta, el matrimonio era una institución que prevalecía por encima de la libertad individual de los esposos. Se entendía que existían unas obligaciones, especialmente por lo que se refería a las mujeres, que no podían ser contravenidas por quienes contraían matrimonio. Y así lo reflejaba la legislación de cualquier país. La familia fue hasta entonces una comunidad de necesidad, en la que la solidaridad resultaba una obligación, al margen de que fuera aceptada en muchas ocasiones de buen grado. Fuera de ella era difícil guarecerse de las inclemencias de una sociedad escasamente preocupada por asumir la

La libertad individual obtenida, que nos liberaba de las constricciones de la identidad cultural, nos enfrentaba a la par al fantasma de la incertidumbre

* Aunque no se haya citado textualmente, este artículo ha utilizado sin reparo dos libros de Ulrich Beck y Elisabeth Beck-Gernsheim: *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, y *El normal caos del amor*, ambos publicados por Ediciones Paidós.

solidaridad con los más débiles. Sin embargo, esa situación fue transformada en buena parte por tres fenómenos: en primer lugar, la consolidación del Estado del bienestar, que proporcionó un cierto cobijo a los individuos de menos éxito en el mercado laboral, disminuyendo su dependencia de la familia. En segundo término, la masiva incorporación de las mujeres a ese mercado laboral, con secuelas similares al reducir su dependencia del matrimonio. Por último, y como consecuencia de ambos fenómenos, por la revolución de las costumbres a la que hacíamos referencia.

A partir de entonces, en la vida de muchas personas comenzó a cobrar más importancia el empeño por construir su propia biografía personal que el sometimiento a las tradiciones comunitarias. Y, claro, esa vida que antes transcurría con una cierta "naturalidad", con arreglo a las tradiciones, empezó a complicarse; porque son muchas las decisiones, y las dudas aparejadas, cuando uno tiene que afrontar la vida propia e, inevitablemente, confrontarla con la de aquellos que nos acompañan.

La familia y el matrimonio han dejado de ser una comunidad de necesidad, para convertirse en relaciones de elección; y, además, provisionales. Hoy asistimos a relaciones elegidas, en las que cada uno de sus integrantes aporta su propios intereses, experiencias y objetivos. No es de extrañar, por tanto, que resulte necesario un esfuerzo notablemente superior que en el pasado para mantener unidas las diferentes aspiraciones a la construcción de biografías

personales. Y que incluso con ese esfuerzo, los resultados no estén garantizados: hoy, en los países más desarrollados de Occidente, uno de cada dos matrimonios acabará en divorcio.

Amor o trabajo

Como resulta obvio, esta transformación social no ha afectado de igual manera a todos los individuos. En el terreno de la familia y el matrimonio, la lucha por la liberación de la tradición la lideran las mujeres, mientras que no son pocos los hombres que, con muy diferentes e incluso correctos vocabularios, se resisten a perder los privilegios de la vieja identidad cultural. Y asistimos a un claro desequilibrio en la balanza del amor. Como sostiene Elisabeth Beck-Gernsheim, no hay suficientes hombres modernos para las mujeres modernas, o no hay suficientes mujeres tradicionales para tanto hombre tradicional.

El amor se transfigura dependiendo de esa modernidad o tradicionalidad de los intereses. Así lo explica una mujer en una entrevista: "Buscamos diferentes muestras de amor. Él se siente amado cuando hacemos el amor. Yo me siento amada cuando él me prepara la cena o hace la limpieza". Y es que en las entrevistas con los sociólogos un número sorprendentemente elevado de mujeres relaciona el amor con la ayuda en casa; tan sorprendente como el de los hombres que lo hace: ninguno.

Esta constatación nos revela la muy diferente forma en la que se asume el principio de igualdad entre los sexos, que en teoría todo el mundo acepta. Dicho de otro modo, la notable discrepancia entre las ideas y las prácticas de

Un número sorprendente-mente elevado de mujeres relaciona el amor con la ayuda en casa; tan sorprendente como el de los hombres que lo hace: ninguno

los varones en la vida cotidiana. Sin embargo, las palabras tienen más fuerza de lo que muchas veces se cree, y varias décadas de retórica de la igualdad, de derechos y de oportunidades, han transformado a las mujeres. Razón por la cual, en esas mismas encuestas, muestran mayoritariamente su deseo de estar más emancipadas de lo que ya están; mientras los hombres preferirían que su pareja estuviera menos emancipada de lo que está, esto es, que fuera una esposa más tradicional.

La aspiración a la consecución de la igualdad ha provocado, lógicamente, que cada vez haya más mujeres que no están dispuestas a aceptar la desigualdad real en el seno de sus relaciones de pareja. Así, el reparto de las tareas domésticas se convierte en una fuente de enojos y tensiones, cuando no de discusiones abiertas, dentro de los matrimonios.

Esas perspectivas de igualdad han llegado a interiorizarse, hasta formar parte de la propia personalidad, que ahora se ve refutada por la desigualdad que se produce en la vida privada. Ese es el motivo por el que para muchas mujeres de hoy la conducta de sus compañeros no queda reducida a la insolidaridad con las tareas domésticas, sino que constituye una negación de las expectativas y exigencias que conforman su proyecto de vida, es decir, un menosprecio de su personalidad.

Los platos sin fregar

En una sociedad individualista, la discusión sobre quién friega los platos delata un proceso de transformación social de gran envergadura. Las mujeres se han liberado

—en parte, al menos— de las ataduras familiares, y cada vez esperan menos que un hombre las mantenga, por lo que tienen que valerse y preocuparse por sí mismas. Y cuanto mayores son las expectativas de igualdad con las que afrontan la relación de pareja, más cualidades debe ofrecer el hombre que no esté dispuesto a correr con su parte del trabajo doméstico.

Algunos de ellos comienzan a buscar alternativas a las exigencias de las mujeres liberadas. Es el caso de los que optan por el viejo modelo de casarse con mujeres de un nivel cultural inferior —lo que los norteamericanos denominan *marrying down*—. Actitud que explica, en parte, el notable crecimiento de los matrimonios con mujeres de otra nacionalidad. Se busca para el matrimonio una mujer que cumpla dos requisitos: provenir de un medio cultural en el que todavía se asume que las cuestiones de la casa y la familia son cosa de mujeres; y encontrarse en una situación de desventaja material —bien por vivir en la pobreza en el Segundo o Tercer Mundo, o en la inmigración—, que facilitará la asunción de una relación desigual.

Otros optan por asumir el cambio social. En los países más avanzados en este aspecto, existe un grupo reducido de hombres —pero en constante crecimiento— que optan incluso por un trabajo a tiempo parcial para disponer de más tiempo para dedicarlo a atender las obligaciones del trabajo doméstico y el cuidado de los hijos.

Resulta evidente que el incremento de este tipo de actitudes dependerá de que la igualdad entre ambos sexos se conquiste en el mercado laboral. Es decir, depen-

Suele librarse de fregar los platos quien ha pagado la vajilla

**Las mujeres,
hartas de la
insolidaridad de
sus
compañeros,
optan por la
separación**

derá de los ingresos que obtengan las mujeres de su actividad profesional. Porque, cuando esos ingresos son altos, comienza a producirse un fenómeno que hubiera sido impensable poco tiempo atrás: la revista estadounidense *Business Week* relataba que en las parejas en las que las mujeres disponen de ingresos superiores a los hombres, el 51 por ciento de los varones dedican más tiempo a las tareas domésticas que sus compañeras. El artículo terminaba de este modo: "Finalmente, más mujeres profesionales están obteniendo lo que dicen que más necesitan: una esposa". Y el pasado año, la revista *Fortune* destacaba la creciente cantidad de maridos de las altas ejecutivas norteamericanas que abandonan su profesión para dedicarse al cuidado de los hijos y de la casa. Así, vuelve a confirmarse que suele librarse de fregar los platos quien ha pagado la vajilla.

No obstante, en las parejas más pudientes la solución más extendida continúa siendo "externalizar" la desigualdad. Esto es, subcontratar las tareas domésticas, incluyendo el cuidado de los hijos. Contrato al que acceden siempre las mujeres más desfavorecidas, las inmigrantes de forma claramente creciente.

En las clases medias, se generalizan otras conductas destinadas a disminuir el conflicto del trabajo doméstico. Aquí encontramos una clara tendencia a la utilización de servicios exteriores –como restaurantes o lavanderías– que eliminan parte de ese trabajo. Si entre esos servicios no se incluyen los de atención a la infancia y a las madres –entre los que destaca una buena red de guarderías–, nos encontraremos con una disminución del

número de hijos, por la negativa de las mujeres a convertirse en esclavas del trabajo doméstico.

Y tanto en las clases medias como en las más desfavorecidas asistimos, incluso entre las parejas sin hijos, al triunfo de los criterios masculinos. A la reducción de las exigencias del trabajo de la casa. Esto es, que cada vez se generaliza más el comportamiento de lo que se consideraba el desastre doméstico del hombre soltero: poca limpieza y mucha comida enlatada. Obviamente, esta vía atenúa tanto el conflicto como la calidad de vida de la pareja.

El recurso que se propaga con más rapidez en los países occidentales no puede considerarse una solución al conflicto de la pareja. Las mujeres, hartas de la insolidaridad de sus compañeros, optan por la separación y acarrear con dos trabajos: el que todos denominan trabajo, y el que realizan en casa.

En cualquier caso, una cosa está clara: las decisiones cada vez son más individuales, como no podía ser de otro modo en una sociedad individualizada. Y continuarán siéndolo de forma creciente, porque la añoranza por las edulcoradas imágenes de la identidad cultural perdida no van a disminuir un ápice ese proceso social de individualización.

Y bien podemos concluir con la misma pregunta con la que comenzábamos: ¿Tiene alguna relación la pelea sobre quién friega los platos con el amor, la realización personal, la igualdad entre las personas, la liberación de la mujer, la identidad cultural o el individualismo? *The answer, my friend, is blowing in the wind.*

FUNDACIÓN CÉSAR MANRIQUE PATROCINADORES

BODEGAS MOZAGA

MEGACENTRO

SOCIEDAD DEMOCRACIA

Concj. Cultura AYUNTAMIENTO DE ARRECIFE

SALA DE ARTE PUNTO DE ENCUENTRO

HARINERA LANZAROTEÑA

LÍNEA

CIBE SPORT

Cuadernos 2 del Guincho

EDITORIALES

Segunda entrega

El Guincho, 10 años

El PEPA: la Marina en entredicho

A vueltas con El Risco

CARLOS NOVALES

Tindaya: el arte como pretexto

JORDI PALOU

Industria turística en el Tercer

Mundo

JORGE MARSÁ

El amargo sabor del éxito

Carpeta: Arrecife

JOSÉ RAMÓN BETANCORT MESA

Arrecife en *Tipos de mi tierra*

M^a DEL ROSARIO HERNÁNDEZ

Arrecife: aprender a caminar

COLECTIVO FAYNA-ZONZAMAS

Arrecife, 200 años

ENRIC TELLO

Ciudades sostenibles

CIUDADANOS POR ARRECIFE

Una visión alternativa de la Marina

MANUEL LÓPEZ GONZÁLEZ

Evaluación económica del puerto deportivo

RICARDO SANTANA SANTANA

Arrecife: entre la huida y la desesperanza

CODA

Patentar seres vivos

NATALIA JIMÉNEZ MARSÁ

Nuestro ocio

GRUPO AGRICULTORES ECOLÓGICOS

La agricultura ecológica

GRUPO DE RESIDUOS Y RECICLAJE

Boicot al PVC

LIBROS

La economía verde

La cultura de la satisfacción

Cuadernos 3 del Guincho

EDITORIALES

Cuatro años sin Reserva

Cabildo, una estrategia para la esperanza

El legado de César Manrique

El hombre que hizo visible el mundo submarino

RICARDO SANTANA SANTANA

Campistas, consumidores y conejeros

CIUDADANOS POR ARRECIFE

Arrecife, el reto de una ciudad

FERNANDO CEMBRANOS DÍAZ

Bienestar, ecología y participación social

Carpeta: Reserva y desarrollo sostenible

COLECTIVO GIMARAL

Lanzarote, Reserva de la Biosfera. ¿Oportunidad o camelo?

ANA CARRASCO

Lanzarote como Reserva de Biosfera

JOSÉ MANUEL NAREDO

Sobre el origen, uso y contenido del término "sostenible"

JORGE MARSÁ

20 mandamientos para un crecimiento insostenible

LUIS DÍAZ FERIA

El coqueto aerodinámico rocanrol de color caramelo de ron

MIGUEL ÁNGEL MARTÍN ROSA

Gente, ¿cuánta gente?

REINHARD KÜHNL

Sociedad en transformación

ARANTXA RODRÍGUEZ

Mujeres y el medio ambiente

Veredicto del Tribunal Internacional por los crímenes en Irak

EL EXTREMISTA INDISCRETO

El lagarto verde y la profecía de la homologación

LIBROS

Vivir mejor con menos

Cuadernos 4 del Guincho

EDITORIALES

Cuadernos, un año

Estrategia, Competitividad y Marketing

Kioto: el clima al servicio de la economía

RAMIRO ARBELO

¡Basta ya!

NATALIA JIMÉNEZ

Un final feliz para el Gran Hotel

LOUIS TURNER Y JOHN ASH

La horda dorada

DOMINGO CONCEPCIÓN GARCÍA

Huelga en Medio Ambiente en Lanzarote

Carpeta: Identidad

JORGE MARSÁ

El pasar del tiempo

ANGEL FERNÁNDEZ BENÉITEZ

La identidad reclamada

ERIC J. HOBSBAWM

Identidad

JULIO SANTIAGO OBESO

Identidad lanzaroteña

JORGE MARSÁ

El supermercado de la identidad

ELSA DE LA HOZ GONZÁLEZ

Otra foma de ver la identidad

MARIO ALBERTO PERDOMO

Mi identidad

ALFONSO SANZ

Los 'sin coche'

RICARDO SANTANA SANTANA

Periodismo de investigación

NATALIA JIMÉNEZ MARSÁ

Imaginemos el Lanzarote que nos gustaría

LIBROS

En paz con el planeta

Cuadernos ^{5/6} del Guincho

EDITORIALES

Presentación

El aparcamiento de Timanfaya
Catástrofe en Doñana

ANTONIO VERCHER NOGUERA

Reflexiones sobre poder y
medio ambiente

PABLO FRUTOS BETANCORT

El Poder Ambiental Insular
y el miedo

CIUDADANOS POR ARRECIFE

Un futuro para la Bahía de
Naos

JOSÉ MANUEL NAREDO

Configuración y crisis del mito
del trabajo

Carpeta: La Estrategia Lanzarote en la Biosfera

Una lectura crítica
de la *Estrategia*

Población y convivencia

Cultura y patrimonio

La economía insular

El sistema urbanístico

La ecología insular

Los sectores ambientales clave

Sobre los fundamentos
jurídicos de una estrategia de
desarrollo sostenible

Las conclusiones de El Guincho

ÁNGEL SÁNCHEZ

¿Qué Canarias quiero?

ÁNGEL FERNÁNDEZ BENÉITEZ

Sobre la utilidad de enseñar y la
conveniencia de aprender

ROSA COBO BEDIA

La democracia moderna y la
exclusión de las mujeres

CIUDADANOS POR ARRECIFE

Otra forma de construir ciudad

Cuadernos ⁷ del Guincho

EDITORIALES

Nos conformamos con que
cumplan la Ley
Consenso político contra el
medio ambiente
El Guincho-Ecologistas en
Acción: una nueva etapa

JORGE MARSÁ

Una obra imprescindible

EL GUINCHO-ECOLOGISTAS EN A.

Historia de una farsa:
la Moratoria turística

ROQUE CALERO PÉREZ

La nuclearización de Marruecos
y Canarias

Carpeta: Biodiversidad

JOSÉ ANTONIO PASCUAL TRILLO

8 preguntas para una situación
desesperada

CARLOS J. MELIÁN, JOSÉ M.

MONTOYA, MIGUEL A. RODRÍGUEZ
El equilibrio de la naturaleza
en medios insulares

DOMINGO CONCEPCIÓN GARCÍA

Dossier Lanzarote

VANDANA SHIVA

El saber propio de las mujeres
y la biodiversidad

EZEQUIEL NAVÍO

El comercio de vida silvestre:
un mercado de alto riesgo

ÁNGEL FERNÁNDEZ BENÉITEZ

La otra contaminación

JOAQUÍN SEMPERE

Necesidades y política
ecosocialista

FORO LANZAROTE

Manifiesto por la detención
del crecimiento turístico

JORGE MARSÁ

El nuevo aeropuerto:
¿sueño o pesadilla?

LIBROS

Cuadernos Worldwatch

Cuadernos ⁸ del Guincho

EL GUINCHO

La misma insostenibilidad
El litoral de Arrecife

NATALIA JIMÉNEZ MARSÁ

Carta de una ballena canaria a
Joaquín Araújo

ENRIC TELLO

Novedades en Baleares

BELÉN BALANYÀ

Más allá de Seattle

ANTONIO ESTEVAN

Nuevo desarrollismo ecológico

ÁNGEL FERNÁNDEZ BENÉITEZ

Paraísos naturales y artificiales

Carpeta: Nucleares

GREENPEACE

¿Energía nuclear? No, gracias

JOSÉ NARANJO

Energía nuclear en Marruecos:
Tan Tan es sólo el comienzo

COLECTIVO SURESTE

Pateras, tomates, pescados
y nucleares

JORGE MARSÁ

Construcción y medio
ambiente

FÉLIX HORMIGA

Mito y realidad del Puerto
del Arrecife

FERNANDO GÓMEZ AGUILERA

La Marina de Arrecife

CIUDADANOS POR ARRECIFE

Arrecife: algunos criterios
para construir la ciudad

JOSEP MARÍA MONTANER

El modelo Curitiba:
movilidad y espacios verdes

JORGE MARSÁ

Una alternativa irracional:
el automóvil

MARIO ALBERTO PERDOMO

La 'ecotasa' que ha de llegar

EDITORIALES

**Nueva etapa en Cuadernos
Con la vista puesta en Berrugo**

JORGE MARSÁ

**Tindaya:
el síndrome de Van Gogh**

RAMIRO ARBELO

El trabajo en España

GINÉS DÍAZ PALLARÉS
Y JORGE MARSÁ

**Crecimiento turístico
y contestación social**

FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY

**Las mujeres desaparecidas
y la cuestión de género**

Carpeta: Inmigración

I. La sociedad migratoria

**II. Biología y cultura:
del racismo al
fundamentalismo cultural**

**III. El crecimiento de la
desigualdad**

IV. El desafío de la convivencia

V. Otras voces de aquí

JOSÉ ANTONIO PASCUAL TRILLO

El valor de la vida

FERNANDO SABATÉ BEL

**Yendo pa' la mar
a por lapas y burgaos**

EZEQUIEL NAVÍO

Identidad

CIUDADANOS POR ARRECIFE

**Litoral de Arrecife:
una propuesta de gestión**

CIUDADANOS POR ARRECIFE

**Bu Litoral: propuesta de
creación de un tranvía**

JORGE MARSÁ

**De la competencia a la
economía planificada**

RICARDO SANTANA SANTANA

La demolición del viejo Arrecife

WWW.QUENECESITAARRECIFE.ORG

**Arrecife, una ciudad sin
proyecto**

CARLOS MECA

El turista de calidad

CARLOS NOVALES

Ataque a la civilización

JORGE MARSÁ

La cultura de la queja

JORGE RIECHMANN

Comer carne

¿Turismo de calidad?

CUADERNOS DEL SURESTE

Sobre el turismo de calidad

EL GUINCHO - WWF-ADENA

**Maciot Sport: las razones de
una oposición**

ACHITACANDE

**Turismo de calidad y
sostenibilidad**

CUADERNOS DEL SURESTE

**Directrices para un crecimiento
insostenible**

FERNANDO GÓMEZ AGUILERA

Paisaje de las visitadas

FEDERICO AGUILERA KLINK

**Cambios sociales e
institucionales para la gestión
ambiental**

DANIEL RAVENTÓS

La Renta Básica

ÁNGEL FERNÁNDEZ BENÉITEZ

**Los conflictos de la proximidad
y la excusa del racismo**

SUSAN GEORGE

Un Contrato Planetario

BRÍGIDA MARTÍN

Lanzarote comienza en 2003

RAMIRO ARBELO

Adicción a la ideología

EDITORIALES

27 de septiembre

**Petróleo en Galicia y Lanzarote
La financiación de la extrema
derecha**

MARIO ALBERTO PERDOMO

**Directrices: igualito que en
Lanzarote**

FAUSTINO GARCÍA MÁRQUEZ

Las directrices desde Lanzarote

JORGE MARSÁ

Arrecife: el espejo insular

HANS MAGNUS ENZENSBERGER

Compadezcamos a los políticos

Carpeta: Corrupción

CUADERNOS DEL SURESTE

El flujo de la corrupción

CARLOTA GURIÉRREZ

El secretario: el quinto poder

CARLOS ESPINO ANGULO

Ciudadanía y corrupción

ALEJANDRO NIETO

La democracia corrompida

FERNANDO GÓMEZ AGUILERA

**Creemos redes de
comunicación**

MARIO ALBERTO PERDOMO

**Salvar Lanzarote: un
compromiso político**

JORGE MARSÁ

El enemigo exterior

ARUNDHATI ROY

Nunca más

RAMIRO ARBELO

Contradicciones ciudadanas

CARLOS MECA

Rehenes de la desconfianza

RICARDO SANTANA SANTANA

A los españoles les va regular

JORGE MARSÁ

**Esculturas con denominación
de origen**